

CULTURA 70

MINISTERIO DE EDUCACION/EL SALVADOR



CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION DE EL SALVADOR

No. 70

JULIO-DICIEMBRE/1980



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América.



CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION
DE EL SALVADOR

Director:

David Escobar Galindo

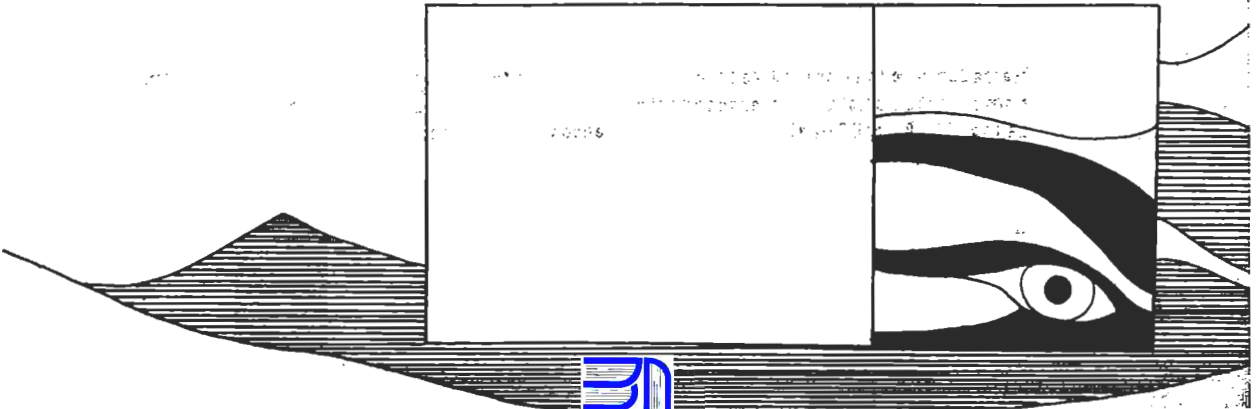
Toda colaboración es solicitada e inédita. Cuando se reproduce un trabajo en la Revista se indica su procedencia.

Portada e Ilustraciones:
Gino Graniello
de la Escuela de Artes Aplicadas
de la Universidad "Dr. José Matías Delgado"

Impreso en la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
Pasaje Contreras 145. San Salvador,
El Salvador, Centro América.

NARRATIVA

**Cuentos de
Carlos Murciano
Jorge Kattán Zablah**



CARLOS MURCIANO
(Ver CULTURA número 66-67)

JORGE KATTAN ZABLAH

Narrador y ensayista salvadoreño (1939). Sus cuentos se enmarcan dentro de un humorismo costumbrista cuyo antecedente más destacado en El Salvador es José María Peralta Lagos (T. P. MECHIN). Su libro de cuentos: "Estampas Pueblerinas" (San José, Costa Rica, 1981).

10

CARLOS MURCIANO

EL CURANDERO

Este cuento obtuvo el Premio
"Francisco García Pavón", 1979.

Vivía en la Cuesta del Sable, dos casas más abajo de la mía; en realidad, la calle se llamaba José Solano, y así constaba en cada una de sus dos esquinas. Solano había sido alcalde de mi pueblo cuando lo de Napoleón, y en aquella calle, en aquella cuesta, un día de diciembre de 1808, se había enfrentado, sin armas, a un oficial y a tres soldados franceses, y los había dejado secos a mamporrazos. Anduvo huido por los cerros y, cuando la horda pasó, regresó al pueblo y —faltara más— fue reelegido. El sable del oficial, que alguien había ocultado, estuvo colgado de una hornacina vacía, como un testimonio de lo allí sucedido, como una ofrenda quizás, yo no sé cuánto tiempo: de ahí el sobrenombre.

Pues en aquella cuesta, digo, vivía Jeremías, el curandero. Era alto y huesudo, pajiza la escasa pelambre, muy claros los ojos, silencioso y secreto. Como su hija, compañera fiel. No como su nieto, el Rafa, mi amigo mejor, que aunque no desmentía la pinta familiar, era vivaracho y alborotador, nervioso como rabo de lagartija. Sobre el frontal de la casa del Rafa, había un hermoso azulejo con una virgen y una leyenda: "Nuestra Señora de los Desamparados. ¡Pedidla!". El Rafa y yo, y mi primo Tomás, y otros cuantos, acostumbábamos a orinarnos en aquella pared con afán competitivo, pues que tratábamos de superar el borde del azulejo, aunque sin mancharlo. Mi primo, que tenía un hermano en el Seminario, nos había dicho que aquello podía ser un sa-

crilegio, y aunque no sabíamos qué era un sacrilegio, la palabra nos producía escalofrío, y andábamos siempre listos para no errar.

El Rafa y yo, a lo largo de cada día, pasábamos sin cesar de una casa a otra; y así como yo rara vez intercambiaba unas palabras con su abuelo, él hacía buenas migas con el mío. Mi abuelo Miguel era uno de los tres médicos del pueblo: los otros eran don Cristóbal y don Lucas, pero mi abuelo, así al menos me lo parecía a mí, era el más médico de los tres. Tenía un corpachón grande y bamboleante, y una densa barba blanca, rizada y limpia, cubría la mitad de su pecho. Para ir a visitar a las afueras —a las huertas, a las viñas, a los cortijos cercanos—, montaba en una mulilla cansina, que hacía, puntual pero sin prisas, su recorrido rutinario, sin que mi abuelo apenas la dirigiera. Y era de ver aquel hombretón sobre tan corta cabalgadura, yendo y viniendo como un patriarca por entre las calles y bajo los soles de su heredad.

Con frecuencia, el Rafa y yo, un tanto a escondidas, subíamos a la azotea de mi casa y nos refugiábamos —con estampas, cromos, cuentos, soldados de plomo, bolindres...— en el palomar, enjalbegado y vacío. El abuelo, cuando podía, subía también y se quedaba estático mirando el horizonte, las colinas doradas, la joroba azulosa del cerro de San Florián, donde nacía el río, los cielos malvas del atardecer. La abuela había muerto hacía unos años, y él parecía desde entonces más nostál-

gico y melancólico. Para mí que lo que muchas veces avizoraba, con los ojos húmedos, era el cementerio, que se perfilaba, nítido, en su loma pinariega. Allí, en la azotea, recién salido de sus ensimismamientos, el abuelo echaba en ocasiones largas parrafadas con el Rafa, que respondía a sus preguntas sin turbarse y arriesgaba opiniones sobre las cosas más dispares, provocando su risa. Una tarde en que estaba, como tantas otras, perdido en su contemplar, inmóvil como una estatua, imponente en su perfil barbado, el Rafa se le quedó mirando y me dijo en voz baja: “—Hay que ver qué raros son los médicos”.

Naturalmente, para el Rafa su abuelo era el cuarto médico del pueblo. El veía desfilar por su casa, como yo por la mía, gente aquejada de los males más diversos, callada y respetuosa. Jeremías recibía a su clientela en una mesa-camilla recubierta de paño gris, sobre la que había siempre una jarra de agua y un vaso. Su hija, la madre del Rafa, llevaba al comedor a los que aguardaban, y los iba pasando a la habitación de su padre por el mismo orden en que llegaban. Campesinos casi siempre, traían cestas con huevos, gallinas, lechugas, nísperos, patatas, según. Jeremías no pedía, no cobraba: se limitaba a aceptar el regalo o el billete, sin exigir nunca. Recetaba refriegas, cocimientos, bebidas, y en la mayoría de los casos facilitaba él mismo las yerbas con que habría de prepararse el remedio. Junto a la mesa-camilla, cerca de la ventana,

colgaba una jaula con un jilguero silbador, pequeño y serenante, que Jeremías cuidaba personalmente.

Una vez, al abuelo le dieron unos vómitos malignos y anduvo en un tris de seguir a la abuela. Vinieron don Cristóbal y don Lucas, y movían la cabeza, hablando con mi madre, con gesto preocupado. Yo los oí discutir en la sala. Al parecer, no se ponían de acuerdo sobre qué medidas tomar, y el abuelo amarillecía y tenía los ojos cada vez más hundidos. Mi padre, que andaba casi siempre en la finca, estuvo varios días sin salir de casa, y propuso trasladarlo a la capital, pero el abuelo se negó. Yo no me acostumbraba a verle así, e inconscientemente huía de casa y me refugiaba en la del Rafa. Recuerdo que una de esas mañanas llegó Jeremías; un poco quemado del sol, traía a la espalda una barjuleta de cuero, y de la cintura le pendía una cantimplora. A mí me sorprendió, ya que era muy difícil verle salir, verle abandonar su rincón. Al rato, me llamó. Yo entré un poco temeroso, pues, como digo, era extraño que me hablase. Estaba en su sitio habitual, y en la mano tenía una bolsita azul.

—Llévale esto a tu madre —me susurró—. Dile que lo hierva con agua y una cucharada de miel, y que, cuando se enfríe, se lo dé al abuelo. Una taza por la mañana y otra por la tarde.

Yo corrí a casa con la bolsita. La miré al trasluz, y nada; la palpé, y sólo yerbas. Mi madre se enfadó. —Pues sí, esto era lo que nos falta-

ba“, rezongó, y la puso en la alacena. Pero cuando aquel mediodía le repitieron al abuelo los vómitos, se apresuró a seguir la receta de Jeremías. Los vómitos no volvieron, y el abuelo sanó en pocos días, aunque se quedó flaco y ojeroso. El no lo supo nunca, pues mi madre guardó para sí la confidencia. O acaso lo supo siempre, que era un lince el abuelo. Pero también se lo guardó para sí.

Una noche le vi llegar muy alterado. Se encerró con mis padres en su despacho y les contó lo ocurrido. Yo oía su voz bronca, pese a la puerta cerrada. Le habían llamado al casino don Cristóbal y don Lucas, quienes, de acuerdo con el secretario del Juzgado, pensaban poner en marcha un expediente para denunciar a Jeremías. El abuelo, indignado, les dijo que no contaran con él. —Jeremías es un buen hombre, que no hace mal a nadie. No conocemos un solo caso en que haya perjudicado con sus consejos o sus preparados a ninguno de sus visitantes. Si confían en él, libres son de buscarle y oírle; y si además los sana, trabajo que nos quita”, arguyó. Trataron de convencerle, pero el abuelo, cuando creía tener razón, era más terco que su mula. —No contéis con mi firma para una cosa así”. El asunto no fue adelante. Pero para mí que llegó a oídos del viejo, porque una mañana en que andaba yo enredado con el Rafa en una de nuestras frecuentes discusiones, como quiera que él me llamara no sé qué, Jeremías vino hasta donde estábamos, puso una mano sobre mi cabeza y reconvino a

su nieto: “—Estás equivocado, hijo. Tu amigo es un caballero, como su abuelo”. Y el Rafa se quedó de una pieza, y yo no menos, ya que, para nosotros, caballeros eran los de las armaduras plateadas que contemplábamos en nuestros libros de cuentos, con doncellas y lanzas y hasta dragones; y el abuelo Miguel, por aquello de la barba y de la mula, todavía, pero anda que yo... Y acabamos riéndonos, y todo siguió como siempre, aunque yo notaba que el Rafa me miraba desde entonces de otra manera.

Hasta que enfermó. Quiero decir, hasta que enfermó Jeremías, porque las cosas cambiarían a partir de ahí, que andábamos más crecidos y, poco después, me enviarían interno a la capital. La madre del Rafa me dijo: “—Dile a tu abuelo que venga cuando pueda”, y a mi abuelo le faltó tiempo para subir los escalones de cemento rojo que

separaban la calle de la casa del Rafa. Yo me colé detrás. Jeremías estaba en una cama estrecha, muy pálido, respirando con dificultad, incorporado, la espalda apoyada en unos almohadones ornados de encajes. Mi abuelo lo estuvo auscultando, con detenimiento. Luego tomó su mano derecha y le miró a los ojos:

—Esto va mal, colega.

Jeremías puso su otra mano sobre la del abuelo:

—Gracias, don Miguel. Las cosas son así. Todo se acaba.

El Rafa estaba serio, cogido a las faldas de su madre, que trataba de mantener la entereza. Yo tenía un nudo en la garganta que casi no me dejaba respirar.

Jeremías murió al día siguiente y las campanas de San Cosme doblaron por él, hondas y graves. Mi abuelo presidió el entierro, sombrero en mano, erguido y solemne. Aún me parece que le estoy viendo.

JORGE KATTAN ZABLAH

EL COMPADRE

“Ya no aguanto más este pueblo del carajo... Ahorita mismo me largo con viento fresco... Ese Compadre maldito sólo vino aquí para arruinarnos la vida... El acabó para siempre con los buenos tiempos... Terminó con lo típico nuestro... Antes de que el Compadre se metiera en política, era un placer pasearse por las calles de mi pueblo... No había día de Dios que no presenciáramos, con deleite, hercúleas peleas de puercos sueltos que, en valiente lid, se disputaban los tesoros encerrados en los basurales de las esquinas... Esta gloriosa tierra, que antes recibía la excelsa música ejecutada por armoniosos coros de mosquitos, es hoy un pueblo mudo y desabrido... En ese entonces, perennemente contemplábamos, con regocijo, las interminables reyertas

de astutos zopilotes, cuyos vencedores, con acompasados graznidos, se proclamaban dueños y señores de las tripas de algún animal muerto... Pero lo que más revestía de colorido a mi terruño era la visión fantasmagórica de los audaces borrachines que, blandiendo sus afilados machetes, no sólo gritaban día y noche ingeniosísimos insultos, sino que hasta se atrevían a echarse su siesta en las aceras y aun a media calle... Hoy todas esas exquisiteces no son más que un borroso recuerdo... Aquí uno ya no puede ni emborracharse a gusto...”.

El que así lamentaba, con auténticas lágrimas de dolor, era don Afrodisio Guerrero, un anciano que se las daba de poeta y que creía ciegamente en aquello de que todo tiempo pasado fue mejor.

Pero los hechos hay que contarlos tal como ocurrieron...

II

—¡Qué barbaridad! ¡Esos gringos hijos de la guayaba le han vuelto a bajar el precio al café! —exclamó indignadísimo uno de los lugareños que se hallaba en rueda de amigos en “El Patriota”, la muy distinguida cantina de don Saturnino Aguado.

—¡Sí, hombre! salmodió otro—. Eso lo leí esta mañana en La Gaceta. ¡Es una desvergüenza!

Y todos los presentes empezaron de inmediato a agregarle emotivos condimentos a la sabrosa conversación que se acababa de iniciar, al grado de que era casi imposible distinguir quién era el que decía esto o aquéllo:

—Claro, ¿qué saben ellos del sudor que a los pobres nos cuesta producir el grano?

—¡Creerán que son frijoles que solo se siembran y ya dan vainas!

—Sí, esos gringos son unas sanguijuelas. Vean ustedes. Se metieron en Panamá y ahora ya no los saca de allí ni Dios Padre.

—Con su dinero están corrompiendo al mundo entero.

—Aquí, quien de veritas manda, es la Yunaited.

—Eso ni para qué decirlo.

—Ya tienen más de veinte años de estarnos prometiendo la nueva carretera que nos va a unir con la capital.

—¡Uy! Eso vengo oyendo desde que era chiquitito.

—Gringos malparidos...

Apasionadas discusiones como éstas eran el pan de cada día en la cantina del pueblo. Eso sí, tan pronto aparecía en el umbral de la única puerta de aquel centro social la imponente figura del Compadre, se cortaban las palabras de sopetón y se congelaban temporalmente los rostros de los parroquianos. En seguida, se cambiaba de tema y se hacía del recién llegado centro de una nueva tertulia.

—¡Adelante! ¡Pase usted, Compadre! —exclamaban a una voz los circunstantes.

—Grashias. Muchos grashias —era la invariable respuesta a aquellas efusivas demostraciones de cariño.

III

John Mason medía más de dos metros de alto, era fuerte como un toro y tenía el pelo tan rubio que parecía que le habían restregado cincuenta yemas de huevo en la cabeza. Era originario de Watsonville, una pequeña ciudad del estado de California. Cuando terminó sus estudios de High School, en vez de irse a una universidad cercana, prefirió hacerse constructor de casas, como su padre. Al principio su negocio marchó viento en popa, pero al cabo de siete años la industria de su país, en general, sufrió una inesperada crisis y Mason resultó tan afectado que no le quedó más remedio que declararse en bancarrota. Pero él no era de los que se cruzaban de brazos así no más. No. El no se daba por

derrotado fácilmente. A los pocos días de aquella catástrofe, ya se había agenciado el puesto municipal de inspector de nuevas construcciones, cargo que ocupó hasta el momento en que decidió abandonar su patria. Mas, a pesar de que aquel trabajo le otorgaba una seguridad económica envidiable, quién sabe por qué razones, jamás quiso casarse.

Cierto día, mientras viajaba por Centroamérica en un avión LACSA, para disipar el aburrimiento aéreo, se puso a hojear uno de los folletos turísticos que suele haber en el respaldo de cada asiento. Maravilladísimo quedó Mason al ver una fotografía a colores que mostraba un risueño caserío tropical silueteado por paisajes de bucólica belleza. Y a partir de ese entonces se le metió entre ceja y ceja la peregrina idea de irse a vivir a Cojontepeque, pues tal era el nombre del atractivo pueblito. Claro, había que salvar un gran obstáculo: la lengua. Pero una vez más, Mason no se amilanó. Tan pronto como regresó a su país se fue a un supermercado y allí se compró un cursillo titulado "Instant Spanish", de éstos que vienen con discos. A las pocas horas ya había aprendido a decir unos cuantos disparates en español. De modo que cuando llegó el día que Mason había señalado para la partida, sólo fue cosa de hacer las maletas y salir disparado hacia el lugar de sus sueños.

Cuando llegó a Cojontepeque, paraiso en la tierra, según lo que había leído en el folleto del avión.

casi le da un ataque al corazón al toparse en las calles con tantos zopilotes, cerdos y borrachos, amén de las nubes de perniciosos mosquitos. Se sintió terriblemente defraudado; pero como John Mason no se arredra ante nada, sobrepasado el susto, alquiló una casita en las orillas de la población y se quedó a vivir allí. Digna de registrarse aquí es la gran sorpresa que se llevaron los parroquianos al ver, por primera vez en la vida, a un hombre de colosal estatura, rubio, de ojos azules y limpio, que correspondía milimétricamente a la descripción de los gringos que con frecuencia aparecía en La Gaceta. No había duda. Aquel hombronazo no podía ser otro que un *mister*, por dondequiera que se le mirara.

A John Mason le gustaba levantarse temprano para ir al mercado. Allí se aperaba de guayabas, mangos, marañones, piñas y aguacates. Carne jamás compraba; era vegetariano. Una vez que terminaba de aprovisionarse, volvía a su casa, donde se quedaba la mayor parte del día, seguramente estudiando su "Instant Spanish" o leyendo alguno de los libros que había traído consigo.

Al mes de haber llegado, la alegría tan característica del pueblo, se apagó de repente. La fiebre tifoidea, que con regularidad asolaba la región, se había propagado de nuevo. Pero he ahí que el único sano en el lugar era Mister Mason; y era lógico, pues él, precavido por naturaleza, jamás se tomaba una gota de agua sin echarle cloro para desinfectarla.

Y los lugareños, atónitos, al ver a aquel hombre que era inmune a la implacable plaga, acudieron a él para que les explicara el milagro. Y Mason les dijo la verdad.

A partir de entonces no sólo se le empezó a poner cloro a toda el agua del pueblo, con lo cual se logró mantener a la peste alejada del lugar, sino que, además, los parroquianos empezaron a atribuirle al visitante poderes sobrenaturales, muy superiores, por cierto, a los del mismo brujo, don Indalecio Barrientos.

El prudentísimo alcalde municipal, don Everardo Salazar, tan pronto oyó hablar de todos los sortilegios y maravillas que la gente le achacaba al gringo, convocó con urgencia al cabildo pleno, donde se llegó al siguiente acuerdo: Había que invitar, sin pérdida de tiempo, a Mister Mason para que sirviera de consejero en los asuntos municipales. Y se determinó que se reunirían con él esa misma tarde en la cantina de don Saturnino.

IV

A la hora convenida se presentó Mason en la taberna. Al entrar tuvo que agachar la cabeza para no descalabrarse de un topetazo contra el dintel.

—¡Adelante! ¡Pase usted, Mister Mason! —exclamaron al unísono todas las autoridades edilicias allí congregadas.

—Grashias. Muchos grashias —respondió alegremente.

—¡Siéntese, Mister Mason! —dijo el alcalde.

—¡Uno momento! Yo hablar la verdad. Yo no gusta ustedes llamar mí 'Mister'. Yo gustar 'Compadre'.

Y desde ese momento John Mason quedó bautizado para siempre con el cariñoso nombre de 'Compadre'.

Cuando las autoridades le comunicaron el motivo de aquella junta, el Compadre aceptó con agrado el cargo de consejero municipal que le ofrecían, aunque por dicho puesto no iba a percibir remuneración alguna. Después de tomarse unas copas de aguardiente —Mason se echó dos; ése era su límite—, quedaron en reunirse religiosamente en la cantina todos los miércoles a las cinco de la tarde.

Un miércoles, durante una de las asambleas cantinescas, el nuevo consejero tuvo su primera intervención de peso:

¿Por qué haber aquí tanto grande negro pajarito?

—No son pajaritos, Compadre —replicó el tesorero—. Son pajarracos. Se llaman zopilotes —agregó.

—Yo ver pajarracos comer caca. No ser bueno para salud de ustedes. Turistas no visitar si haber pajarracos comecacas.

—¿Y qué sugiere usted, Compadre, que hagamos? —preguntó uno de los regidores.

Mason se rascó la cabeza y frunció el ceño tratando de encontrar una solución. Al poco rato, dijo:

—Por el momento, cada uno enterrar propia caca. Después yo enseñar

ustedes construir sépticos pozos. Si pajarraco comeacas no ver caca, no visitar ciudad. Animal muerta y basura también enterrar. Ser bueno para plantas. Si no haber caca, animal muerta y basura, mosquito ir otra parte. Cerdo no bueno libre. Cerdo vivir en corral.

En otra de las singulares asambleas, el Compadre se pronunció sobre el problema de los borrachos, el cual tocaba muy de cerca a casi la totalidad de los habitantes:

—Todo persona tener derecho emborrachar, pero en propia casa. Si salir calle y molestar vecinos, ir a cárcel. Cuando borracho estar bien, barrer calles por una mes. Cabildo prohibir Saturnino Aguado vender cada hombre más de dos tragos si querer tomar en cantina...

Y con éstos y otros sabios consejos, el Compadre llegó a ser una pieza imprescindible del engranaje municipal. La tifoidea nunca más se atrevió a meter las narices en aquel pueblo desinfectado. A los cerdos no sólo se les encerró en chiqueros, sino que el mismo Mason, asociado con el alcalde y el cura párroco, estableció un enorme criadero de ganado porcino que satisfacía plenamente las necesidades del lugar, y hasta alcanzaba para venderles a otras localidades. Además, el Compadre diseñó y construyó todo un sistema moderno de alcantarillado que hizo desparecer, como por encantamiento, las manchas de zopilotes y los nubarrones de mosquitos. La municipalidad, bajo el inteligente asesoramiento de Mason, mandó edificar el

primer hotel del pueblo, que a los pocos días ya estaba atestado de turistas. Don Saturnino, que podría haber resultado exageradamente perjudicado por la limitación en el expendio de aguardiente que se le impuso, se encuentra hoy muy contento porque, aunque al principio sus ingresos mermaron un tanto, ya no se arman dentro de su cantina las samotanas y trifulcas de antaño, con los consiguientes destrozos que causaban. El orden que ahora reina en la taberna le recompensa con creces la disminución de sus ingresos, que por lo demás no fue excesiva, y ha permitido agregarle al negocio el servicio de restaurante, frecuentado por innumerables turistas y familias pueblerinas.

VII

Los lugareños, agradecidos en grado sumo por los beneficiosos consejos y las progresistas obras de su ángel rubio, caído del cielo, le han erigido una estatua enfrente de la parroquia. Sí, todos idolatran al Compadre. Todos, excepto don Afrodisio Guerrero, aquel anciano que se las daba de poeta y que tuvimos el disgusto de conocer al principio de este relato. El, a horcajadas sobre su pollino, seguía con sus amargos lamentos, mientras se alejaba del lugar:

“Ya no aguanto más este pueblo del carajo... Ahorita mismo me largo con viento fresco... Ese Compadre del diablo sólo vino aquí para arruinarnos la vida... El acabó con los buenos tiempos...”

Entre tanto amor que se le profesaba al Compadre, don Afrodiseo era el único que desentonaba. Sentía un odio profundo hacia él porque al haber eliminado el espectáculo que cotidianamente representaban los cerdos, los zopilotes y los mosquitos, se habían ahuyentado las musas que le inspiraban el lirismo de sus nauseabundos poemas y porque, don Afrodiseo, borracho incontinente, jamás iba a permitir que su vicio se lo sujetaran a ridículos reglamentos. Tampoco iba a dejar que lo metieran al bote y lo pusieran a barrer las calles por *sécula seculorum*.

Desde que el Compadre se metió en la política local todo cambió. El pueblo está irreconocible. Sin em-

bargo, en los corrillos que se forman en la cantina-restaurant de don Saturnino Aguado se continúa discutiendo acaloradamente el eterno tema de los lugareños, siempre y cuando el Compadre no esté presente:

—¡Qué barbaridad! ¡Esos gringos hijos de la guayaba le han vuelto a bajar el precio al café!

—¡Sí, hombre! Eso lo leí esta mañana en La Gaceta. ¡Es una desvergüenza!

—Claro, ¿qué saben ellos del sudor que a los pobres nos cuesta producir el grano?

—¡Creerán que son frijoles que sólo se siembran y ya dan vainas!

—Esos gringos son unas sanguijuelas.

—Sí, son unos malparidos.

POESIA

de

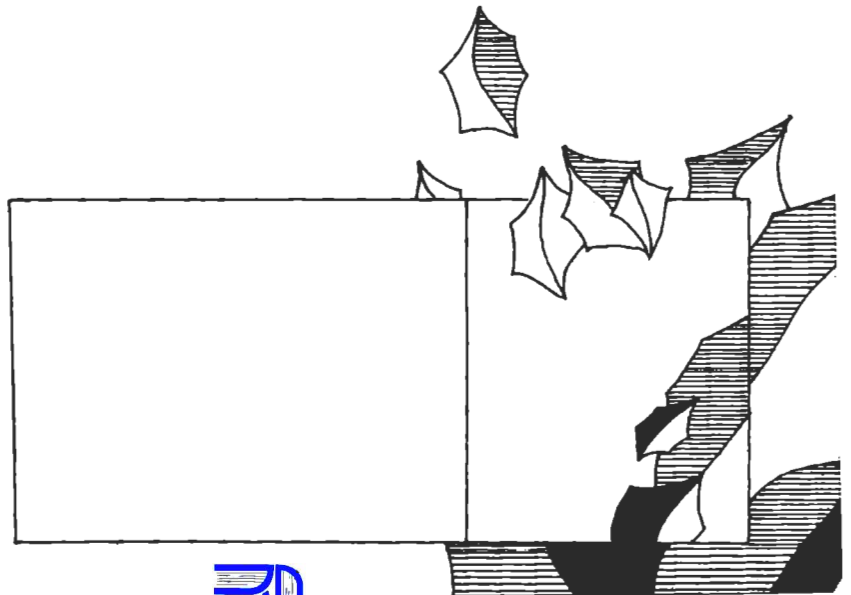
Miguel Arteche

Hugo Lindo

Francisco Andrés Escobar

Julio Sequeira

Mario Rodríguez Mejía



MIGUEL ARTECHE

Poeta chileno (1926). Es notable la pureza de su expresión y la hondura de sus contenidos. Algunas de sus obras: "El Sur Dormido" (1950); "Destierros y Tinieblas" (1963); "Antología de Veinte Años" (1970).

HUGO LINDO

(Ver CULTURA número 64)

FRANCISCO ANDRES ESCOBAR

(Ver CULTURA número 64)

JULIO SEQUEIRA

Pintor y poeta nicaragüense. En su poesía hay un sabroso regionalismo con reflejos vanguardistas.

MARIO RODRIGUEZ MEJIA

Joven poeta salvadoreño. No ha publicado libro.

MIGUEL ARTECHE

EN LA TORRE

1. *Esta es la Torre donde te refugias
cuando la noche llega y sientes miedo.
Torre de los espejos y los biombos
de carne y de los muros con mil ojos.*
5. *Por las habitaciones se pasea
el pavor del silencio que te impide
bajar los párpados. Nunca amanece.
No llega nunca el sol sobre tu almohada.
Con la cera de lenguas que te adulan*
10. *cierras en vano tus oídos: no hay
cera en el mundo que cubrirte pueda
del ay y de los ayes moribundos
que clasifican tus sicarios: suena,
suena el teléfono que tienes cerca.*
15. *Te llaman todos tus asesinados,
y cuando cortan de tu mano corre,
cae y resbala un óxido de llanto.
¿Cómo dormir, cerrar, cerrar los ojos
de los muertos que gritan en tu cama?*

20. *Te levantas, te siguen, y en tu boca
hay un sabor de sangre derramada
que no podrás restituir: la sangre
tiene puertas y puertas y más puertas
que nunca cerrarás. Y tú lo sabes.*
25. *Y cada noche se abren otras puertas
en la Torre, que tú ni tus balidos
pueden tapiar. Ni tus bufones.
Y en los muros hay caras que se encienden,
que te acechan, relámpagos de náuseas,*
30. *y un grito, un grito allá en los corredores.
Dormir no puedes. ¿Por cuál de esas puertas
vas a salir? ¿Salir? Zumban coléricos
los élitros sin fin de tu helicóptero.
Se apagan ya las caras una a una,*
35. *pero otra vez se encienden en tus manos.
¿Jamás los viste? ¿Nunca las tocaste?
También las manos gritan y se arrastran
sobre fecales heces en las cuatro
paredes de las calles, cuando se hunden*
40. *rayos testiculares. ¿No los sientes?
No te puedes quitar las manos como
quien se saca los guantes. Y te unes
a ellas, sólo a ellas, como el agua
se une en el agua con el agua. Siéntate.*
45. *En el umbral está el que te esperaba.
¿Lo ves? ¿Lo reconoces? ¿No lo ves?
Pero, ¿qué pueden ver ojos ferales?
Levántate. Te busca el que te espera.
¿Qué allí no hay nadie? No: había nadie.*
50. *¿Y no eras nadie tú? Vuelve a tu espejo:
algo se arrastra allí, turbio y viscoso.
La niebla cubre ya los corredores.
Más allá de la Torre yace el mar.
Por la ventana que se ha abierto mira,*

55. *pero en el mar sólo tú ves su sangre.
La Torre ahora es para ti mortaja
blindada, cerca de tus ojos pétreos.
La noche te rodea en metralletas
que —tú crees— alejan a la muerte.*
60. *Los centinelas se responden bajo
la bruma que se arrastra y ahora lame
los vientres del acantilado. Ulula
una sirena. Un tiro. Ulula un ay
en las tinieblas. Pasos que resuenan,*
65. *y tras los pasos una voz. Desciendes.
En los peldaños, nadie. En las paredes,
nadie. En la bruma donde espera nadie.
Las grandes puertas se abren: sólo estás
rodeado por tus nadas y tus nadies.*
70. *El pulso de las olas late y late.
Si llamas a tus guardias, no responden.
En la explanada de la Torre ves
sólo el silencio cuya piel divide
el alarido fantasmal de la*
75. *gaviota: las estrellas se han hundido.
Alguien se yergue sobre aquella roca.
¿Y tu poder? ¿Y aquellos que mandabas?
El poder que se pierde es para siempre
un cigarrillo pisoteado.*
80. *Sobre el acantilado te detienes,
y allí te espera el único que fuiste.
Pero no está: la bruma te corona
y pone en ti una máscara de vómito.
¿A quién hablas? ¿A quién? Nadie te escucha.*
85. *No hay vitores, ni aplausos, ni zalemas,
y nadie multiplica tus palabras.
Hablas a solas para ver si te oyes,
y sólo escupes sílabas de hielo.
Por el sendero que baja a la playa*

90. *sube una taza de sangre a tus labios.
¿Qué no quieres beber? Tendrás que hacerlo.
¿Pensabas que la sangre derramada
se agota en una taza? No bastaran
mil años. En un hombre torturado*
95. *estalla toda una galaxia y deja
silencios, más silencios, más silencios.
Nunca podrás cerrar los ojos.
En cada grano de arena hay un ojo
que fosforece, te mira y te acecha.*
100. *y no hay en ellos pupilas serviles
¿En dónde estás? ¿Por qué, por qué te miran?
Tus ojos y tus ojos y tus ojos
que ven y no verán y nunca vieron,
¿no saben ver lo que ahora te susurran?,*
105. *¿no te acordabas del sabor que tiene
el miedo? El miedo que se pega a tus
labios. La playa ya siente tus pasos,
y hay ayes y más ayes y más ayes
cuando la arena pisas. ¿Quién te hubiera*
110. *dicho en la noche que los muertos tienen
tanta sangre? Y ahora estás atado
y no puedes huir. Alguien te acerca
a tu boca un micrófono, y hay voces
membranosas, y en el viento otoñal*
115. *hay murmullos de viejas sin dientes.
Tarde vinieron, pero ya se acercan.
¿No escuchas los tambores en sus ráfagas?
Ya no hay rincón donde esconderte puedas.
Sólo yo el que te habla porque yo soy tú.*
120. *Vamos. El barco negro nos espera.*

NOTA: Este poema surgió entre la noche del 29 de septiembre y la madrugada del 30 de septiembre, en Madrid, en 1968. En estos diez años ha sufrido distintas correcciones y "afinamientos", pero es, en esencia, el mismo que fue escrito en aquel tiempo. No fue recogido en *Noches*. Santiago de Chile, 1975, Editorial Nascimento, pues por su atmósfera no pertenece a ese libro. Pero forma parte de un próximo libro de poesía, que se publicará en su oportunidad. M. A.

HUGO LINDO

POESIA RECIENTE

CASI DE VUELTA

*Casi de vuelta. Casi
en el preciso punto de partida.*

*¡Y volver a empezar, porque la rueda
se detiene un instante, y luego gira!*

*¿Cuándo será el reposo verdadero,
sin sombra de inquietud ni de fatiga?
¿Cuándo el cerrar los ojos, y con ellos
abandonar el llanto y la sonrisa?
¿Cuándo pasar definitivamente
a un aire sin orillas?*

*Aún los duendes del viento
cruzan entre los árboles y vibran:
aún hay sombras clavadas como lanzas
en el pecho del día
y puñales de luz en el espacio
en que soñaba la tiniebla misma.*

*Y yo sé que es fugaz la luz que canta
como es fugaz la noche que agoniza.
Sé que es fugaz la imagen del silencio
como es fugaz la voz que lo ilumina.*

*Debo viajar entonces hacia donde
ni la luz ni la voz se contradigan:
al lugar en que estuve, y no recuerdo,
al polen, al estambre, a la semilla.*

IDENTIDAD

*Y si los otros eran yo, y yo era
una porción apenas de los otros,
si una tremenda identidad se echaba
igual sobre sus hombros y mis hombros,
si el contenido pleno de la historia
con todas sus crueldades, sus agobios,
sus lámparas de alivio y de esperanza,
sus instantes de júbilo y arrobos,
habían de pesar sobre mi carne
porque también mi carne era los otros . . .
Si ninguna sustancia diferente
nos trazaba su signo divisorio,
si estábamos contruidos de igual barro,
vueltos hacia la luz al mismo soplo,
¡al oficiar rencor, era yo mismo
víctima y sacrificio y sacerdocio!*

RECUERDO DEL ABUELO DESCONOCIDO

*Abuelo de la sombra, bisabuelo
de los fantasmas, grave antepasado
que de improviso brotas de las páginas
dulcemente borrosas en el álbum.
Ya nadie puede recordar tu rostro
ni el color que tenían tus miradas,
nadie el vaivén ni el ruido de tus pasos
ni la cadencia de tus movimientos.*

*Es difícil saber si todavía
puede afirmarse que estuviste entonces,
un entonces golpeado por olvidos
incesantes y tercos, un entonces
que hoy afinca los pies sobre la bruma
y pudo no ser cierto. No se sabe
el tono de su voz, ni si fue duro
tu mentón, o tu gesto, pensativo.*

*Ahora te ven los ojos, a los ojos
de papel desvaído y tinta muerta,
y se asombran de ser como los tuyos
piedras de luz calmada e indecisa.
Sin embargo por ellos, por los ojos
difíciles de ver, por ellos mismos
ha entrado el sol hasta los otros, éstos
que están viendo a tus ojos apagados.*

*Abuelo ya sin nombre, bisabuelo,
célula germinal, patrón de ausencia,
¿qué sucesión de días y de noches
te aleja o aproxima a nuestro tiempo?
¿Por qué del álbum viejo como lápida
de corroídas letras, tu memoria
levanta una solemne, interminable*

*marea de recuerdos sin apoyo,
de agujas sin reloj, de rosas tristes,
de minuciosos, fútiles espejos?*

ES EL INSTANTE

*Es el instante el que al llegar otorga
la gracia o la quietud, el dúctil juego
de las imágenes, o el gentil reposo,
y crea el viento como de la nada
o modela una luz desconocida.*

*Es el instante. El hombre apenas puede
ir en las ondas móviles del tiempo
y reflejar en lagos de sorpresa
lo que afuera perece y resucita.*

*¿Quién encendió las flores de la tarde
en el pleno equinoccio del perfume
y las dejó vagar toda la noche
con los fantasmas del desvelo puro?*

*¿Quién atizó el fulgor de las miradas
desde el rostro de un cosmos tan lejano?
¿Quién hizo negro el techo de la sombra
para pintar en él de madrugada?*

*Es el instante quien inventa el ruido
con que discurre el agua en las acequias,
el que canta en el baile de las hojas
y el que trae el amor. Es el instante.*

*Después, las mismas cosas aparecen
desprovistas de sueño, desprendidas
de sus volubles túnicas de magia,*

*tal como si jamás se hubieran visto
o entrevisto en atmósferas secretas.*

*Atrapa, pues, su vuelo. No lo dejes
escapar a los huecos del olvido:
él te trae el milagro de las cosas,
el sér de las palabras, el murmullo
transparente del aire solitario,
y el impoluto nácar de la aurora
con su rosa de asombro y de poesía.*

EL GRIS PERFECTO

*¡Oh, gris, hijo del gris, en quien reposa
la sucesión de grises invariables!
Como en la playa inmensa, en ti recalán
hechos gris, los colores de la tarde.
Y más allá de ti
nada asciende ni cae,
porque la luz que te encontró, se aduerme
en tu pradera gris de austeridades.*

*Viene de la fogata
sabía en danza de rojos infernales,
de soterraños índigos
y amarillos vibrantes.*

*Ya sufriste el oficio
de las llamas fugaces
y la tortura que retuerce el humo
en dolorosas voluptuosidades.*

*Ya supiste el chasquido en que besabas
los invisibles párpados del aire
y el júbilo de estar sobre la tierra
junto al susurro verde de los árboles.*

*Hoy, de vuelta,
has detenido el viaje,
y gris, gris de cabello, de ceniza,
nadie podrá encenderte ni apagar-te.*

V A C I O

*Retomo aquí el vacío que emprendí hace un instante,
me lo llevo a las sienes, lo oprimo junto al sueño
y lo hago destilar burbujas y gemidos
para que deje apenas escapar un sollozo.*

*Está el aire tan llano, tan desierto, tan puro,
que un solo colibrí sería suficiente
para quebrar la tersa quietud que lo señala
y establecer tormentas en su aceite dormido.*

*Pero yo sé que adentro del vacío que llevo
vibra una población de alas contradictorias:
que el espejo está lleno de secretas imágenes,
la ceniza de mieles, y el silencio de músicas.*

*Despoblada la cámara, todavía una sombra
parece andar pisando la faz de sus ladrillos.*

*Aniquilado el nombre, todavía sus ecos
guardan la persistencia gloriosa del orgullo.*

*Escanciada la cratera, todavía en su barro
se embriagan los colores y fragancias del vino.*

*No llega este vacío, ni aun creciendo en mis sótanos,
a integrarse en la plena plenitud del vacío:
siempre lo acosan líneas, afares, mordeduras,
constancias dolorosas, páginas imprevistas.*

FRANCISCO ANDRES ESCOBAR

BENDICION DE LA NANA

A Rosario García, la Chaíto, mi nana.

- I — INTROITO AL RECUERDO
- II — MEMORIAS
- III — LAS DADIVAS
- IV — MENSAJE
- V — ALTAR
- VI — BENDICION

I

*Sobreviene el silencio de escondrijo lejano
a habitar la hornacina de un querido presente.
¡Hay instantes fugaces . . . !
¡Hay relámpagos claros en los cielos del alma
que alumbran los resquicios
de anteriores edades!
¡Hay transportes de fuego a pasadas estancias,
a viejos limoneros, florecidos traspacios,
a la mano que amasa los panes cotidianos
y vuelve de faenas con olor de azahares!
¡Hay momentos en que algo del adentro nos vuela
y se posa en geranios,
en arcones con años
guardianes del misterio de voces apagadas!*

*¡Hay íconos amados que vuelven a sitiales
que en dolor, o en amor, construyeron despacio!
Hay instantes furtivos, como juegos del alma
en que el tiempo nos pide revelar su retrato . . .
y entonces, por la puerta que el recuerdo entreabre,
instalan su presencia las cosas y sus nombres.
Esas cosas que el tiempo consagró como enormes,
esos nombres que Dios los signó con su nombre.*

II

*Entre las hornacinas de mis predilecciones,
entre las mil imágenes de un santoral amado,
resulge con sus luces de tonos celestiales
la imagen de mi nana.
Como eslabón bendito entre Dios y mi madre
vino con su presencia
dejando atrás su raza.
Ella vino de un cielo de morenos arcángeles,
de un país de canela con olores de salvia,
de un cielo de amapolas,
de un mundo en que la sangre lleva, entre sus torrentes,
perfiles de la raza.
Su tierra era de templos de roca milenaria,
de volutas celestes que celebran el agua,
la flor,
el nacimiento,
los veranos salvajes.
Lugar donde las fieras no padecen el hambre
porque la misma tierra les nutre las entrañas.
Dejó atrás su pasado,
sus dioses,
sus rituales;
tal vez algún amor que encendido esperaba
el suave plenilunio para juntar las alas.*

*Y se vino hasta aquí,
por esas coincidencias que la vida traslapa,
que confunden al hombre,
que son irracionales;
pero que los poderes eternos predisponen,
como abren los caminos donde anda la esperanza.
Ella entró a un mundo extraño,
de colores más claros,
con tonos de pastel como pintura de agua,
a un mundo de costumbres, sin profundos rituales,
a un mundo en que las cosas tenían líneas dadas.
Y allí, desde un principio,
ella fue soberana
porque desde sus lares traía dos regalos
cuya fina envoltura era epidermis de alma:
la hondura del saber que le dejó su raza,
no de signos y números de carácter arábigo,
sino todo el saber que dejan las edades
en las que la experiencia
vuelve reflexionando;
y se trajo el amor a todo lo que es santo:
ese amor del humilde que lee sobre el árbol
la caricia pedida
y la da con la mano;
ese amor que es eterno,
de telúrico estambre,
que es AMOR a la vida y FE en destinos grandes.
y así vino . . . sencilla . . .
perfumada de gracia,
con incompleto amor estragado en la entraña
y con un gesto dulce
de paz y de nostalgia.
Y me entregó el calor de sus hijos no dados,
y la oración de un huerto que vivió solitaria,*

*el calvario terrible de abandonar su raza
y empezar con un mundo
a partir de la nada.*

III

*Mi nana fue tan buena como almendra endulzada,
como azafrán silvestre,
como canto de ave.*

*Como el rostro apacible de los celestes lagos
que en su fibra más honda reflejan la montaña.*

*Mi nana me enseñó a hablarles a los santos
(para juntar las palmas me besaba las manos),
me lavaba los pies en mis cortas edades
y cuando yo lloraba. . .*

ocultaba sus lágrimas.

*Mi nana no sabía contar como contamos:
contaba entre los cielos sus luces cenitales.*

*Mi nana no sabía leer como leemos:
ella leía signos de inaccesible arcano.*

En la orfandad amarga fue más madre que madre.

*En tiempo de dolor,
o en tiempo nacarado,
sus dos manos benditas estaban desplegadas.*

Mi nana me enseñó

a esperar el ocaso

en la cumbre de un monte que absorbiera sus gualdas.

Me acostumbró a esperarlo

con las manos cruzadas,

con la oración sublime flotando entre los labios,

porque dijo que allí los cielos se traslapan

y es deber del humano

descubrir el milagro

que en floración de luces genera cada tarde.

Mi nana me enseñó a amar las soledades

*porque dijo que allí hablan las voces sabias.
Mi nana me enseñó que el silencio es el eco
de la interior palabra,
me enseñó que también
es estación de tránsito para “los celestiales”,
me dijo que es posible escucharles los pasos
cuando desde la tierra vuelven hasta lo alto.
Mi nana me enseñó que a los ojos ajenos
hay que darles mirada
serena,
clara,
franca.
Me dijo que la luz no deberá negarse,
como no hay que negar
el pan,
la sal
y el agua.
Me dijo que la vida revela su misterio
a quien nunca la ultraja,
que dentro de los rostros
hay siempre alguna lágrima,
que a veces la sonrisa tiene raíz amarga;
y que la burla al llanto
y al dolor del humano
es pecado que el cielo no puede perdonarlo.
Me dijo que leyera la señal en los ojos,
los labios,
pies y manos,
porque son terminales que revelan el alma
y son sus asideros a los suelos en que anda.
Me dijo que hay caminos que van a mil verdades,
que la íntima verdad no es la única que vale,
que sólo hay ABSOLUTO en el LOGOS más alto
y que su acceso al hombre es vía revelada.
Mi nana me enseñó que el trigo y el naranjo*

*floreces y descansan en su propia estación;
que para el río hay tiempo
de agotada sustancia,
tiempo de plenitud, de fragor,
de nostalgia.*

*Todo eso me lo dijo con palabra sencilla,
con la suave palabra que declaran los sabios
y nombran a las cosas con el término exacto.
Todo eso me lo dijo con la simple palabra
del indio en las iglesias cuando es Semana Santa.*

*¡¡Mi nana era bendita, como la virgen madre,
a pesar de que un Cristo no dieran sus entrañas!!*

IV

Nana:

*nunca la luz detuvo su camino
como esa vez que se quedó en tus párpados
para fulgir las cosas que rodeabas.
Nunca la vida me entregó secretos
de misterios tan altos
como aquellos que desde tu palabra
abrieron las respuestas a preguntas
como se abre un santuario;
como aquellos caminos que mostraste,
con índice hacia el alba,
para que yo entendiera que la luz
creciendo se agiganta
y que si hay cenitales en que explotan
los átomos radiantes
es porque hay un sendero enardecido
que persiguen y alcanzan.
El génesis del ser que me angustiaba
en ti encontró la calma,*

*porque siempre estuviste ante la vida
de frente,
sin jugarle las vueltas misteriosas que le juega
quien pretende explicarla.*

*El tiempo signado por la ausencia,
hija de sombra extraña,
nada pudo con el hondo venero
que en mi interior dejaste.
Ni pudo nada ante el amor que diste
a tu niño pequeño.
Ni nada con el eco de tus ojos
que quedó en mi mirada,
ni nada con el modo en que a la vida
tú me enseñaste a amarla,
ni nada con la fe que de tus dioses
y del mío sacamos.
Nada pudo la ausencia con que el hombre
castiga a los paisajes
frente a tus signos que grabados llevo
como marca sagrada,
frente a los signos míos que quedaron
sobre tu amor de nana.*

V

*Vas a quedarte, nana bendecida,
en la rosada flor de los duraznos
y en el terso vaivén de sus frutales.
En la estación dorada que madura
la miel de su bondad en la naranja.
Vas a quedarte así porque tu imagen
es construcción de flor, perfume y agua.
Porque les diste nombres a los páramos
con el nombre bendito de tus manos:*

*vas a quedarte como risa y lágrima,
como mirada tierna del Dios Padre.
Vas a ser como el monte milenario
que oculta el corazón de ónix y ágata,
como el filón dorado en que resfulgen
las entrañas del magma.
Vas a quedarte como la hostia blanca
se queda en el reposo de los cálices,
como el misterio de la Presencia Santa
—se queda en el sagrario,
o como el cirio que encendido vela
la santidad del arca,
como la luz que quiebran los vitrales
y ennoblece la estancia.
Tu forma ha de llenar mi pensamiento
como fruta de viña madurada
y en cada Padre Nuestro de mis labios
estará tu añoranza.
Tu nombre es la oración que, en su partida,
me heredara mi madre;
por eso he de decirla en el ocaso,
mediodías
y albas.
Por eso el viento llevará el sonido
de tu nombre sagrado
hasta el sitio donde el Señor de todo
sabe de tus bondades.
Y en mi interior yo construiré un santuario
con material de amor que me heredaste:
tu altar será el recuerdo de tus manos
salvándome de lágrimas;
y la liturgia de los actos sacros
serán estas edades
en que junto a mi pena y a mi gloria
camino con tu estampa.*

*Vas a quedarte, nana de mis días,
de mis años de infancia,
como ha quedado sobre libros santos
la palabra sagrada.
Y pasarás el filo del recuerdo,
los límites humanos:
tu altar será mi altar a tu nobleza
¡y en ti a todas las nanas!*

VI

*En nombre de aquel niño que yo he sido
y que llevo en el alma;
en nombre de ese niño que todo hombre
fue en los días lejanos
y que por circunstancias del vivir
disfraya con mil máscaras;
en nombre de los niños que caminan
bajo sombras de nanas:*

*¡Bendigo el claro amor que, en su destierro,
encontró patria extraña;
y a pesar de lo extraño de hombre y mundo
le dieron esperanza!*

*Bendigo el arrojó de luz y plata.
Bendigo la caricia enternecida
y el silencio apretado del abrazo.*

*Bendigo las palabras pequeñas
que le dieron al llanto un dique blanco.
Bendigo las ojeras agrandadas
por amor desvelado.*

Bendigo el “mi” de amor, ese “mi niño”

*en que la carne ajena encontró calma,
cuna,
calor
y el anhelado brazo.*

*Bendigo las tareas cotidianas
en que ponen su gracia
mujeres silenciosas cuya entraña
permaneció callada.*

*Bendigo los silencios de su sangre
por la sublime voz que generaron.*

*Bendigo su presencia que, escondida,
permanece en las casas
y es como las velas que se encienden
a venerados santos,
cuyo milagro sólo se comprende
en trágicos instantes.*

*Bendigo el paso noble con que andan
por pasillos y cuartos,
poniendo en el sendero de los niños
algo de dulce y mágico.*

*Bendigo la azucena mañanera
de su sonrisa franca
y la oración que dicen por “su niño”
cuando van a acostarse.*

*Bendigo a las que al rostro ya crecido
lo quieren como infante,
a las que lloran por su niño-hombre
que ha dejado la casa
y que libra batallas iracundas*

*por justos ideales,
o que trasiega el cauce de su sangre
para darlo al hermano.*

*Bendigo a la Creación que no ha olvidado
dejar algunos ángeles
en mundos que los hombres convertimos
en proyectos de sangre,
en desamor,
en lucros,
en contratos,
en gestos rutinarios,
en caricia aprendida,
en kinemas mecánicos,
en compromisos de una vida absurda
que piden cuna y casa,
piel, vestidos . . . ¡y hasta alma!*

*¡Bendigo a esas mujeres que se quedan
cuando todos se escapan!*

*En el sagrado nombre de los niños;
en el sagrado nombre de Dios Padre;
en el sagrado nombre de las cosas
en la vida más altas:*

*¡¡Benditas sean las entrañas solas!!
¡¡¡Benditas sean las nanas!!!*

Lagos de Montebello, Comitán,
México, abril de 1979.

JULIO SEQUEIRA

POEMAS

*Montaños y doliente murmurio
un aleteo en son, un vuelo esquivo
una piedra que choca sobre el río
es el boaco!! boaco!! del pájaro nativo.*

*Añejo madrigal, voces sutiles
aire quieto de paz sobre un olivo
pueblo que se olvidó de los huipiles
es el boaco!! boaco!! del pájaro nativo.*

*Como el despedazar de una tinaja
como brasa natucha y fuego vivo
una mezcla del llanto y de sonaja
es el boaco!! boaco!! del pájaro nativo.*

*El estruendo de lanzas coloniales
el guerrero español fiero, impulsivo . . .
eco despedazado en los zarzales
es el boaco!! boaco!! del pájaro nativo.*

*Agitar de Chischil y melodía
marimbeo chontal bajo el estivo
como un corazón indio en agonía
es el boaco!! boaco!! del pájaro nativo.*

1968.

* * *

*Hay un jardín solar
en el minúsculo agujón de las abejas*

*una ley de progreso genital
en los invertebrados aeroseres:*

*La mosca de hoy
será el tigre de mañana
y el albo lirio aprenderá
la estrepitosa clave morse
de las cigarras temporales.*

*Tienen millón de tímpanos las hojas
los árboles talados silencioso gemir
emanación de muertes otoñales.*

*El fuego
liberador del alma blanca de la hierba
que suma en el abismo de los cambios
la vegetal progenie de los páramos.*

*Todo lleva en lo azul
grande obediencia
el coleóptero vuelve del perlado auto-féretro a los aires
y el cenit del gran rey
se inflama horizontal de vespérales ígneos.*

*¿Somos unos anfibios momentáneos?
¿Venimos de una cueva?
¿Fabrican nuestra carne para jugarnos una super broma?
Siga la interrogante
que ya somos partículas
hasta la consumación de las avispas.*

1971, Calif.

* * *

*La Paula
Mi china
Me chinió de niño
la Paula
canosa
quirina . . . tenía en el pelo su noche de aliño.
Aliñame niño tu mejor recuerdo
por si acaso
en la noche grande yo también me pierdo.*

1971.

MARIO RODRIGUEZ MEJIA

MUJER PARA POESIA

Llegaste a mí yéndote a buscar yo a tu casa.

ENRIQUE NORIEGA

(guatemalteco)

I

*corro corro corro
traigo la llamita por la mañana
que despierta la necesidad de crecer
corro corro corro
despierto sediento
(animalito interno rasca alocado)
la baba desapareció anoche
cuando nos dio por crecer
y amar lo que de humano nos queda
corro corro
entrego en la madrugada a la vida
esta mujer para poesía*

II

*para el amor naciste en la milpa
cultivada con la medida del sol
en la madre que amamanta su cría*

*con su desnutrido pecho
en el momento de un abrazo
con alguien extraño y
expresarle extraño te amo
en la rara salutación
a un atardecer nostálgico
en el sorbo de rocío
aunque alrededor haya alguien
llorando por sus muertos
para la poza de agua fresca
en la gota de sudor
para enaltecer el corazón
para la muerte
mordámosla*

III

*venís sustanciada
a rebelar
la dormilona temprana
afuera la lechera
se acerca blanquecina
a la dormilona temprana
esta señora que se prende
con su tibio paño
en un rostro perdido
entre honduras
las seis apenas
la madre da vueltas y vueltas
tere se empina para ver un bostezo
y viene sustanciada
a rebelar
esta madrugada abismal*

IV

*tomado del pistilo sin doblegar
te llamo diez mil cuatrocientas veces mi huerta
dadora del olor sublimar de viejas piedras
encantada con quizá ventisca genésica
destinada a ser en el camino
razón para que las unidades vitales
nos nombren verdaderos hombres
verdadera naturaleza
para que los pulmones estén amarrados
al calor del maíz y la palma*

V

*un tan solo lugar es tan sólido
para sostenernos
yo con la cucharita probando
la gelatina tremenda de estar lejos
encaminado a sembrar viñedos
que nos nombrarán juntos
despatarrados queriendo sorber
de bocanadas
las junturas vírgenes
de las orejas
dotados de espadas
para destruir los bejucos
de la selva cotidiana*

VI

*constante de vivir siempre alerta
fugaz de pertenecer a la quietud*

*salobre de besar millones de arenas
margarita de aparecer en el ensueño
todo infinita
zacatillo virgen en la maleza
tibieza de miles de esperas
locura de medir el tiempo
jinete de la piel amorosa
fugitiva en el torpe horizonte
donde la mirada tropieza
y reclama tu nombre verdísimo
oh rabiosa magnificencia
oh faldita volcánica
oh manera de nombrarte mía
mujercita más real que la pobreza
te amo*

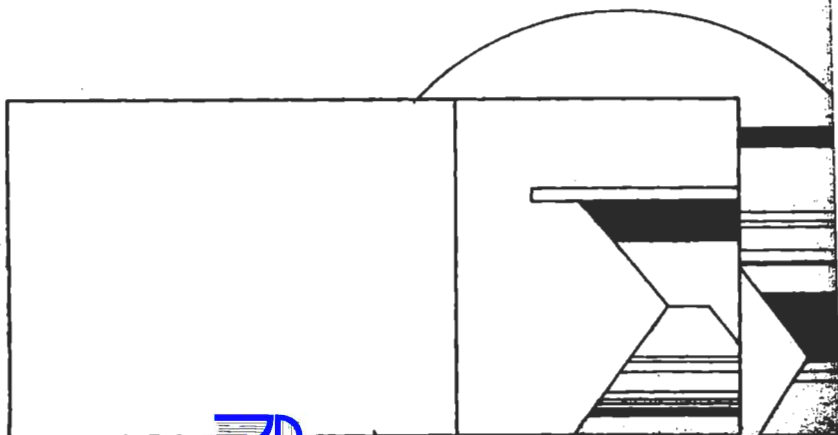
ARTICULOS

de

Carlos Meneses

Ana María Fagundo

Matilde Elena López



CARLOS MENESES
(Ver CULTURA 66-67)

ANA MARIA FAGUNDO
Poetisa española. También catedrática y crítica literaria. Ejerce la docencia superior en California, Estados Unidos.

MATILDE ELENA LOPEZ
(Ver CULTURA 65)

CARLOS MENESES

LA ADMIRACION DE JORGE GUILLEN POR RUBEN DARIO

Hacia 1921, Jorge Guillén, recién casado con Germaine Cahen, elige Mallorca para su viaje de novios. Mallorca significa un hermoso paisaje, y una gran calma. Eran otros tiempos cuando el turismo no se había industrializado y en la isla mediterránea se podían hallar esos dos tesoros, el de la belleza física, y el de la tranquilidad que repercutiese sobre el espíritu. Estando Guillén en Palma, recordó que Darío había visitado esa isla en dos oportunidades y se dedicó, primero, a conversar sobre él con gente que le hubiera conocido o que pudiera aportar algunas informaciones sobre las dos presencias del modernista (la primera entre 1906-1907 y la segunda en 1913), y luego, a investigar en archivos y hemerotecas, o visitando los lugares recorridos por el centroamericano. De este trabajo, que no debió de durar más de veinte días, Guillén se llevó a Francia —país en el que vivía por aquellos años— un interesante dossier que, lamentablemente, nunca utilizó como hubiera sido su deseo. Pero el hecho de la investigación tan prolija en pocos días y ese ánimo por escribir sobre Darío proporciona una idea de la admiración que sentía el poeta por aquél.

Sin embargo la influencia de Darío sobre Guillén es mínima. Espiando la extensa obra del vallisoletano en busca de connotaciones modernistas los hallazgos son escasos, y el rubenianismo que se puede descubrir es el de "El Canto errante" (1907), o con mucho esfuerzo el de "Cantos de vida y esperanza" (1905). Posiblemente lo que más

interesó a Guillén del nicaragüense fuese la flexibilidad de su verso, esas "libertades" que por aquellos años se permitía y que fueron las que determinaron la quiebra de la rigidez que dominaba a finales del siglo XIX. En cambio no se dejó arrastrar por la musicalidad, por esa melodía dulzona que envuelve a la mayoría de las poesías de Darío. En Guillén hay más sobriedad en lo musical, o hay menos musicalidad. Sus temas sobre la naturaleza, el hombre, el amor, son presentados con una mayor sobriedad, que por fuerza ha de alejarle de esa cadencia ahora algo ingenua, aunque siempre cautivadora, de "Prosas profanas", "Cantos de vida y esperanza" y hasta de la última producción de Rubén.

Desde luego, no habrá de olvidarse que la joyería lexicográfica del Modernismo se puede encontrar, aunque muy disminuida, en algunos poemas, sobre todo en composiciones de "Homenaje", y en menor escala de "Cántico". También es posible descubrir el acento modernista en los poemas que integran la subsección: "El viaje a Cíteres". Ya el tema es modernista, el enfoque de Guillén no está muy alejado de las visiones de los poetas de principios de siglo, y en la forma es fácil hallar los parentescos, aunque éstos no sean muchos.

La cita de Watteau iniciando el poema: "Hacia Cíteres", nos sitúa en tierra modernista. Darío y varios más de los cultivadores de esa corriente hablaron de él en sus poemas. Pero lo que interesa es la melodía, la rima, la métrica, coincidentes en muchos momentos en los versos del uno y del otro. Y es mucho mayor el motivo de observación, por cuanto esta identificación se produce a través de temas que han tocado ambos poetas, y que lo han hecho desde ángulos muy similares, emocionados con la contemplación de la belleza natural. La primera estrofa de Guillén dice:

"El barco está esperando a las parejas
Que, felices, amantes, a una orilla
Marina dejarán sus almas viejas
En busca de una paz menos sencilla".

Recordamos inmediatamente más de un poema de Rubén no sólo de "El Canto errante", libro del que escogeríamos "La bailarina de los pies desnudos", como de los poemas que más se acercan en cuanto a la forma, a este serventesio de Guillén. O aún podemos retroceder a "Cantos de vida y esperanza" y elegir el primer poema del libro, aunque hallaríamos que el metro no es exactamente el mismo que el poeta

español utiliza en “Hacia Cíteres”. Utilicemos primero una estrofa de “La bailarina de los pies desnudos”:

“Iba en un paso rítmico y felino
a avances dulces, ágiles o rudos,
con algo de animal y de divino,
la bailarina de los pies desnudos”.

La rima cruzada, el endecasílabo que produce esa musicalidad, están sumamente próximos. Sin embargo el tema no acerca a uno y otro poeta en esta comparación. Hay no obstante, otros poemas de Darío en los que hallamos la presencia de Grecia, su visión entre fantásica y emocionada sobre las islas y en Guillén lo que se produce es un inicial sobrecogimiento para luego, casi sin transición, pasar a la razón, intentar el análisis, la interpretación de lo que están viendo sus ojos.

El poema que abre “Cantos de vida y esperanza”, también tiene puntos de comparación con éste que estamos utilizando de Guillén:

“El dueño fue de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos:
el dueño de las tórtolas, el dueño
de góndolas y liras en los lagos”.

Otra estrofa del mismo poema de Guillén ofrece un claro acento modernista, no sólo por el metro y la rima, sino por la pedrería del lenguaje o por los conceptos que tienen un manifiesto acercamiento con los de Darío:

“Todo es molicie, vaguedad, anchura,
tan propias a quienes, sonrientes,
concentran su ilusión en la aventura
que ya los arrebatara hacia otras fuentes”.

En el poema de Guillén “La mal maridada”, que mantiene un aire festivo como no es común en él, y que también está incluido dentro de esta subsección titulada: “El viaje a Cíteres”, se distingue por las huellas rubenianas, aunque bastante diluidas, pero eso sí más en conexión con poemas de “Prosas profanas”, especialmente debido a la agilidad de los versos, y a su carácter burlón:

“La bella mal maridada,
 Que su favor me da a mí,
 Entre el beso y la mirada
 ¿No es la más linda que ví?

 Si ella firme, yo en mis trece
 De galán,
 Que de Venus se enamora
 Cuando mi mano acaricia”.

En los primeros cuatro versos nos encontramos con algo del ritmo de “Canción de carnaval” o “Para una cubana”, sin que haya total coincidencia entre el metro de ambos poetas. Observando los cuatro siguientes versos hallamos el pie quebrado de tan buenos resultados en la obra del nicaragüense, y que Guillén utiliza con cuentagotas, incluso en el propio poema “La bella mal maridada”.

Otros poemas como “Cíteres”, “De nuevo”, “Glicinas japonesas” o el muy breve “Optimo estío”, comprendidos dentro de la mencionada subsección, contienen evidentes rasgos modernistas, mucho más en su aspecto formal que en su contenido, pero sirven para ilustrar esta influencia de un poeta sobre el otro. Influencia que no emerge continuamente, que aparece y desaparece con fugacidad, y que extrañamente más se halla en poemas relativamente últimos que iniciales, o si se quiere en poemas de plena madurez, como son los de “Homenaje”, escritos casi todos alrededor de cuarenta años después de la muerte del príncipe del Modernismo. En “Cíteres” el metro vuelve a ser próximo al del de Darío de este siglo y sobre todo, al de después de 1905. Dos estrofas del citado poema nos dan idea de las huellas modernistas (estrofa primera y última):

“Cíteres ¿dónde está? Ningún amante
 La vio surgir del mar con sal de Grecia.
 Van a Cíteres sólo quienes ante
 Sí ya sus propias islas ven. Arrecia

 Da, Señor, al amor la valentía
 De contemplar, feliz, el cuerpo amado.
 A una verdad posible se confía
 Quien tras ella se arroja enamorado”.

Esa conversación del amor y la belleza de la naturaleza en mujer, en ser deseado o amado, que es una imagen muy recurrida por Guillén, está presente en esta oportunidad, pero con elementos modernistas, tanto en el metro como en el lenguaje.

El orientalismo o las japerías, tan propias de Rubén, en ocasiones se pueden encontrar en Guillén, aunque no en abundancia ni con idéntico sentido. En "Glicinas japonesas" topamos con el más sobrecogedor modernismo:

"Se enlazan al pino
Floridas glicinas,
Su amor adivino
Quiere las calinas
Del verano, ya aquí tan vecino
De móviles sombras con ondas marinas.
Todo hacia más lejos tiende, peregrino.

El poema dividido en cinco estrofas —la última no está enumerada pero es la dedicatoria a Miguel Pizarro—, cambia en cada una de estas partes de metro, sin embargo su espíritu y su lenguaje están próximos a un modernismo oscilante entre el Rubén de "Prosas profanas" y "El Canto errante".

En el poema "De nuevo", se vuelve a hallar la tendencia de Guillén hacia el pie quebrado, aspecto que ya había apuntado José Hierro en su artículo: "La huella de Rubén en los poetas de posguerra española", y en la cuarteta: "Óptimo estío" sobresale, principalmente, el lenguaje seleccionado, muy propio del Modernismo:

"Rosa. Perfección como escudo.
Desnuda. Negada a estar triste.
En oro de estío el desnudo.
Así serás porque así fuiste".

Es fácil buscar los poemas de Darío que se pueden comparar a los citados de Guillén, no pensando en una coincidencia absoluta, sino simplemente en hallar algunos elementos que acerquen a los dos poetas.

Un aspecto que merece prestarle atención es la importancia que Guillén otorga a cantar a grandes poetas o grandes personajes de otros campos, y no sólo en "Homenaje", como tampoco en la primera

sección de este libro, sino a lo largo de su obra. Punto que resulta muy significativo en la comparación de nuestro poeta con Rubén, quien escribió sus "Medallones" y tuvo presentes a lo largo de su extensa obra a gran cantidad de celebridades de las Letras, en especial, y en algunas oportunidades a políticos. Así encontramos hermosos y abundantes versos en memoria de Verlaine, Whitman, el Cid, Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez, Cervantes, Goya y muchos otros. No es difícil topar con preferencias coincidentes, puesto que Guillén también ha cantado a muchos de los personajes elegidos por Rubén. Incluso ha dedicado dos poemas al poeta de Nicaragua, uno incluido en la primera parte de "Homenaje" titulado "Al margen" y otro en la segunda parte nominado "Atenciones". En este último se utiliza más profusamente la pedrería rubeniana, aunque no su metro, ni se busca una musicalidad que le identifique. Se trata fundamentalmente de recordar al gran modernista, utilizando un mínimo de los elementos de esa corriente literaria:

"Hay profusión de adornos,
y entre los pavos reales y los cisnes
El lujo— ¿somos revés?— nos clausura".

Pero no es una veneración, una oración admirativa. No es la sucesión de frases brotando incienso, es más que nada una apretada síntesis interpretativa de Darío, un examen del hombre y el poeta, y finalmente la opinión de otro poeta, el concepto que ese Rubén y su modernismo, más su vida la merecen. La pregunta del tercer verso: "¿somos reyes", indica la necesidad de reflexión sobre la actitud de Rubén, actitud poética y humana, ya que el nicaragüense logró en gran parte coherencia entre su poesía y su forma de vivir.

Y Guillén conforme va avanzando el poema, va mostrando algo del alma del poeta admirado y mucho de lo que de él tiene que decir. Así nos encontramos con la respuesta a su propia pregunta: "no somos reyes" y con una aclaración precisa sobre el universo modernista o más propiamente dariano. Esas piedras preciosas, llenas de luz encandilan y atrapan, y conducen "a espacios airados,\ A más sol, a universo,\ Al universo ignoto". El ser humano es un dulce pelele gobernado por esos brillos que lo llevan a otros mundos, lo transportan a verdaderos paraísos. No obstante Guillén mantiene los pies sobre la tierra, y abre una nueva pregunta: "Ansiedad. ¿Por un reino,/Ese reino que estaba para mí?", y tras fundamentar la pregunta, aclarando que significa "ese reino que estaba para mí", que es la ilusión, el deseo

de todos por algo que se persigue en la vida, o por huir de algo que nos acosa, que nos cerca, señala:

“¿Hacia dónde nadamos? Mundo incógnito,
Conciencia de orfandad entre asechanzas,
Francisca Sánchez, acompáñame,
Búsqueda de unos brazos, de un refugio,
Huérfano esquife, árbol insigne, oscuro nido”.

La soledad, la desorientación, la necesidad de amor, lo inválido que es el hombre ante el destino. Todo resumido en esos versos que, a la vez, intentan reproducir su visión total de Darío. Todos los brillos, todo el fasto que emerge del joyel modernista, tiene un trasfondo amargo que ha sido el apuntado por Guillén. El vuelo imaginativo, el surcar caminos que conduzcan a otros universos, está bien pero de ninguna manera apartarse totalmente de la realidad, parece indicar nuestro poeta.

El otro poema dedicado al nicaragüense, titulado: “Al margen de Rubén Darío” y que lleva como subtítulo: “Padre y maestro”, es más bien una semblanza fervorosa, un loor al gran maestro de la poesía, en especial en la última cuarteta, cuando emocionado dice:

“Rubén que a Darío conduces:
Canta porque así nos amparas.
En la noche, sobre las cruces,
Refuljan tus palabras claras”.

Los cuatro versos anteriores describen un universo modernista, un comportamiento humano y mantienen el léxico tan característico de Rubén y de sus seguidores.

Otras formas de hallar confluencias entre el hacer y el pensar de Rubén Darío y Jorge Guillén sería comparando poemas de ambos dedicados a los mismos personajes, a los mismos hechos, o sea unidos por la temática, sin embargo, este procedimiento resultaría engañoso. Juan Ramón Jiménez o Ramón del Valle-Inclán por citar dos de los personajes elegidos por ambos poetas, reciben elogios y opiniones en algunas ocasiones con igual grado de intensidad y en otras notablemente diferentes, no sólo por el sentido de la estética de cada cual sino por las diversas situaciones en que tanto Darío como Guillén conocieron a estos hombres del 98. En ello tal vez sea importante la edad: mientras que el centro-americano es un año menor que Valle-Inclán y casi quince mayor que Juan Ramón y pertenecía a la gene-

ración de estos dos; Guillén nacido en 1893 ya no pertenece al 98 y, aunque bastante mayor que los poetas posteriores, queda incluido dentro de la del 27. No es extraño pues, que las opiniones y observaciones, sean diferentes, es lógico: la visión del hermano no es la misma que la del hijo. Cuando Darío observa a Valle-Inclán lo hace dominado por un gran cariño y una admiración literaria ilimitada, se dirige tanto a la persona como a la obra prácticamente haciendo un solo cuerpo de ambos elementos. Guillén por su parte, hace abstracción del personaje como ser humano y sólo utiliza conceptos del gallego para aplicarlos a una realidad posterior. Hay camaradería y ternura en los versos de Darío hacia don Ramón y admiración no desbordada en el caso de Guillén.

Quizás las huellas modernistas, o solamente rubenianas en la obra del poeta de "Aire nuestro" puedan ser mayores y se encontrarán especialmente en "Cántico" y en "Homenaje", no obstante su abundancia no es llamativa, ni establecen una consustanciación total entre el pensamiento del uno y el del otro.

ANA MARIA FAGUNDO

TESTIMONIO Y POESIA EN ANGELINA GATELL

Con sólo tres libros publicados, **Poema del soldado**, 1955, **Esa oscura raíz**, 1963 y **Las claudicaciones**, 1969, Angelina Gatell ocupa un lugar destacado en la poesía española de posguerra. Su primer libro aparece en una época en que se había puesto de moda la poesía testimonial, la poesía que, de alguna manera, se hacía eco de la situación política en que España vivía bajo el franquismo. Si en la inmediata posguerra los poetas españoles optaron por hacer una poesía en cierta manera evasiva, de espaldas a la situación política, social y económica por la que atravesaba el país, entrada ya la década de los cincuenta esta actitud sufre un notable cambio. Los poetas denuncian, a pesar de la férrea censura franquista, la situación. En esta vena de poesía social habría que colocar la obra hasta ahora publicada por Angelina Gatell.

El primer libro de esta poeta es un homenaje a Miguel Hernández, víctima indirecta de la rígida cárcel franquista. Pero este libro es además un canto esperanzado de libertad y una acusación, velada, contra ese orden político vigente que hacía imposible la realización pluralista de la sociedad española. El libro es además un homenaje a los soldados caídos en la guerra española, en cualquier guerra. Angelina al cantar a un soldado caído, a un poeta muerto, canta a todos aquellos que mueren por haber querido una sociedad mejor.

La poetisa emotiva y contundente que es Angelina Gatell pone su palabra lírica en boca de Miguel Hernández en un coloquio sencillo y hondo con Dios. Las preguntas, a veces angustiadas y siempre doloridas del poeta se suceden sin posible respuesta a través del libro pero de este soliloquio-diálogo de Angelina Gatell con el Creador se nos

va desvelando la humanidad conmovedora de un ser y la injusticia del mundo. Y, en última instancia, la poetisa penetra hasta la entraña misma del misterio de la vida:

Poesía la suya que va más allá de la dimensión temporal del hombre:

Los de aquí, los de allá, ¿dime no son los
mismos?
¿No siembran como aquí sus campos, sus esposas?
¿No son como nosotros, caminantes,
pasajeros tan sólo de un navío
con un puerto aguardando como meta,
un puerto uno y solo?
Entonces, dime, amigo, compañero:
¿Por qué la furia espantosa del hombre
frente al hombre?(¹)

La poetisa no comprende el odio del mundo y acude a preguntar el porqué de tanta desgracia, de tanta lucha, injusticia y muerte del hombre a manos del hombre. Y las preguntas y las consideraciones que se hace sobre el ser y el estar del hombre en este universo, van cobrando a través del libro, un dramatismo terso y hondo, porque ese ser humano no es un ente abstracto, sino que aparece rodeado de su entorno ambiental y anímico:

Yo estaba allí con mis rebaños,
la hogaza de pan tierno,
la dorada promesa de la espiga,
y un paisaje de alondras cuando el alba
derribaba las sombras por la tierra.(²)

Angelina opta por una expresividad directa, entroncada a la naturalidad del paisaje y de ahí que el odio y la injusticia que tala hombres como árboles resulte aún más dramática. El odio que toda guerra representa es incomprensible e incongruente con el sentido natural y hermoso de la vida:

La guerra en todas partes, con su coro terrible
de muertos sin descanso, de muertos en zozobra,
incumplidos y amargos.
Yo no entiendo sus cantos, yo no sé por qué luchan.(³)

(1) **El poema del soldado.** Diputación de Valencia, 1955, pág. 15.

(2) *Idem*, pág. 16.

(3) *Idem*, pág. 23.

La guerra con su efecto devastador saca de quicio el armonioso ciclo de la naturaleza y a la poeta le llega a parecer, en determinado momento, que no hay ninguna posibilidad de redención:

No volverá la paz sobre la espiga
ni sobre la canción, ni sobre el hombre,
porque todo se hizo oscuro grito,
sangriento resplandor, odio profundo.⁽⁴⁾

Sin embargo, la esperanza es una cualidad que no se pierde nunca del todo en esta poesía testimonial. Hay instantes en que la situación al ser límite le arranca a la poetisa versos desesperados, angustiados, pero a la postre siempre hay un leve resquicio de esperanza que se va ampliando hasta dar paso a la robustez de la afirmación:

Señor: las piedras, las montañas,
las nubes, los jazmines, han de alzarse pronto
y gritarán: Ya basta.⁽⁵⁾

El profundo sentido cristiano de la poetisa es el que, en última instancia, da siempre paso a la resignación, a la espera:

Gracias, Señor, por la rosa y la espiga,
el jazmín y la estrella.⁽⁶⁾

Angelina confía en la vida a pesar del dolor y la injusticia de un momento histórico determinado. Y es precisamente esa confianza que se sustenta en una creencia cristiana la que le da a su verso una fuerza especial.

En **Esa oscura palabra** la alusión a la situación histórica en que la poeta se desenvuelve es marcadamente dramática porque el verso no puede aludir claramente a la situación angustiada en que vive el país, dominado por una férrea dictadura después de una cruenta guerra que había segado la vida de muchos y había hecho padecer la derrota a los que tenían ideas contrarias a esa dictadura. Angelina Gatell cercada en esa situación histórica se expresa con una incisiva fuerza. Cuanto más insoportable parece ser la situación más líricamente punzante es la expresividad que Angelina le arranca al idioma castellano:

Dicen que era
toda la tierra una orfandad ardiente,
que los ríos tenían maniatadas
sus espumas más niñas. Que era el aire
una campana amordazada y ciega
bajo el puño cerrado del guerrero.⁽⁷⁾

(4) Idem, pág. 25.

(5) Idem, pág. 30.

(6) Idem, pág. 48.

(7) **Esa oscura palabra**. Isla de los Ratones, Santander, 1963, pág. 21.

La experiencia castrante que para los vencidos fue la posguerra está magistralmente recogida en estos versos; la imposibilidad de cualquier acción defensiva por parte de los derrotados se expresa en esa orfandad desoladora y la tala salvaje de cualquier intento se capta con la preciosa imagen de las espumas niñas maniatadas. Por otra parte, la estrofa se cierra poderosamente con los dos versos últimos de eficaz aliteración que subraya la brutalidad aplastante de la situación que vive el país, es decir, los derrotados en la guerra. El título del libro no puede ser más adecuado. La palabra de la poetisa, efectivamente oscura, efectivamente angustiada, es un canto acusador que alimenta, pese a todo, una esperanza de tiempos mejores. Lo que de mujer luchadora hay en esta poetisa no puede dejar paso a la actitud de blanda aceptación y es por ello que en el hermoso poema titulado "Platero y tú" dirá a ese niño que quería, de mayor, tener su propia habitación y ser mecánico:

Dios un día
como un obrero más sobre la tierra
ensanchará el espacio de tus sueños.⁽⁸⁾

Poeta profundamente religiosa Angelina no puede menos que esperar el milagro y aunque en ciertos momentos la palabra poética adquiere tonalidades muy oscuras y se torne ruego airado ("Señor, no no oyes\ o no quieres oírnos\ ¿Eres sordo, Señor?"), su tono se transforma en rezo, en súplica de mujer, de madre, de poeta lírica, de honda emotividad:

Por el júbilo de las madres
que sienten su cintura
poblada de rumores,
danos un poco de esperanza.⁽⁹⁾

En la segunda parte del libro se nota un fuerte deseo de desligarse de la atosigante realidad histórica que a la poetisa le toca vivir y su palabra poética pide una tregua para:

tener entre los labios el nombre generoso
de la luz y el viento,
de la tierra mojada,
del florido naranjo.⁽¹⁰⁾

Angelina Gatell querrá:

olvidar que el hombre
está solo y cansado.⁽¹¹⁾

(8) Idem. pág. 31.

(9) Idem. pág. 35.

(10) Idem. pág. 44.

(11) Idem. pág. 46.

La poeta pedirá:

un momento
un espacio pequeño
donde el gozo se logre plenamente.⁽¹²⁾

En esta serie de poemas hermosamente líricos Angelina Gatell pide desligarse temporalmente de ese mundo inmediato y real que la rodea para adentrarse en sí misma y desde allí unirse, más íntimamente, a su entorno vivencial y social. El libro, pues, termina en un canto que asume con esperanza cuanto ha acontecido y la poeta ha vivido. Angelina asume sus circunstancias históricas y prosigue porque el poema, crisol del pensamiento y del sentimiento, la habita como esas "naranjas encendidas" (hermosa imagen) que son para ella los hijos.

Pero no es fácil asumir todas las circunstancias que rodean la España de la época, sobre todo para un poeta y un poeta testimonial como es Angelina Gatell. Por ello, su próximo libro, **Las claudicaciones**, habla de todas esas desesperanzas y cansancio de quien lucha con la pluma en un medio hostil a la libertad del pensamiento:

Dime si tengo otro destino
que la ira, otro universo
que la espera, otra música
que no sea el silencio.⁽¹³⁾

El peso de la realidad dictatorial que la poetisa se ve obligada a vivir va poniendo a su verso un tono cada vez más sombríamente desesperado:

Puedo ver con mis ojos
lluviosos el naufragio
de todos, la derrota inacabable.⁽¹⁴⁾

En otro instante el tono es todavía más dramático:

No me dejéis sembrada en esta cima
en esta roja duna,
en esta herida que desangra a España.⁽¹⁵⁾

Este es uno de los pocos ejemplos en que la alusión es más directa y el poema (con todo el libro) pasa sin que el censor de turno interponga ningún veto.

Las claudicaciones (1969) aparece al final de una de las épocas más conflictivas y, en cierta manera, más esperanzadas de la dictadu-

(12) Idem. pág. 47.

(13) **Las claudicaciones**. Biblioteca Nueva, Madrid, 1969, pág. 16.

(14) Idem. pág. 24.

(15) Idem. pág. 30.

ra franquista. Se podía fácilmente prever que la situación no duraría mucho tiempo más por el simple hecho de la avanzada edad del dictador. Sin embargo, la represión seguía siendo formidable y por supuesto incombustible. Esa situación en cierta manera límite se nota visiblemente en este poemario. La poetisa parece estar al borde de sus propias fuerzas:

Sólo sombra me dieron
con semilla de sombra fecundaron el vientre...
y con muros de sombra me hicieron la casa...
y vinieron, cubiertos de sombra,
mis hijos.⁽¹⁶⁾

Afortunadamente la poeta rehace su andadura hacia la esperanza y continúa esperando:

Toma mi mano. Vamos juntos
más allá de la niebla.
Si hemos perdido mucha vida,
es mucha aún la que nos queda.⁽¹⁷⁾

La poeta recobra su pulso testimonial en la segunda parte del libro en que de nuevo puede asirse a la fuerza que, pese a todo, no la ha abandonado del todo en la lucha y exclamará:

no sé si sabes que no tengo
más hierro que la palabra.⁽¹⁸⁾

Palabra que es testimonio de una vivencia pero que es, sobre todo, palabra poética. La poesía de Angelina no es nunca mero testimonio en verso de una experiencia histórica deplorable, sino que eso sirve de marco para que la emotividad y el pensamiento se unan en afortunada expresión que es testimonio, sí, pero es poesía.

El mundo poético de Angelina Gatell es diáfano por cuanto que su preocupación fundamental tiene que ver con unas condiciones históricas determinadas. Su expresividad es de gran fuerza emotiva, radicada en un lenguaje que por lo sobrio y directo, a la par que sugerente, se entronca con la poesía clásica. Es un lenguaje que utiliza sabiamente el ritmo y la rima asonante en ocasiones para conseguir efectos emotivos. Con frecuencia usa símiles y metáforas de la naturaleza con las que suele resaltar aún más la fuerza emotiva de su testimonio. Angelina Gatell es uno de los destacados ejemplos de que cualquier temática es válida, siempre y cuando, se haga verdadera poesía.

(16) Idem. págs. 32 y 33.

(17) Idem. pág. 38.

(18) Idem. pág. 68.

MATILDE ELENA LOPEZ

LOS NIETOS DEL JAGUAR

DE PEDRO GEOFFROY RIVAS

LOS NIETOS DEL JAGUAR es el trasunto de la "TIRA DE LA PEREGRINACION del Códice Botturini. Se inicia el libro con la CUENTA DE LA PEREGRINACION, uno de los hermosos poemas que penetra hasta la raíz de nuestra cultura nahua, se nutre de la pura savia de la poesía **nahuatl**, como si Pedro Geoffroy Rivas iniciara su canto desde el henchido corazón del nahua que habita su sangre. Remata el breve libro con el poema PARA NIETOS DEL JAGUAR que anuda el tema inicial con una sorprendente originalidad. Contiene además LOS RITOS ELEMENTALES: PARA QUE NAZCA UN NIÑO, PARA MATAR A UN OCELOTE, PARA QUE BROTE EL MAIZ, PARA ENTERRAR A UN MUERTO, PARA DORMIR A UNA CULEBRA. TODO DENTRO DE LA MAGIA DE UNA POESIA QUE AUN NO SEPARA EL RITO DEL ARTE.

Lo que hace admirable este poemario es que no se trata de una recreación de la poesía **nahuatl** como en YULCUICAT (CANTO DEL CORAZON), en el cual expresa en hermoso castellano los antiguos cantos de los poetas nahuas. LOS NIETOS DEL JAGUAR es una creación auténtica, envuelta en la magia y el ritmo que caracteriza la creación poética de los pueblos que supieron transmitir hasta nosotros la excelsitud de la cultura tolteca. La marcha incesante de esas corrientes migratorias que llegaron hasta Centro América, está descrita prodigiosamente en LOS NIETOS DEL JAGUAR de Pedro Geoffroy Rivas, la más estilizada poesía de nuestros orígenes. CUENTA DE LA PEREGRINACION relata la antigua historia de esas migraciones de origen nahua, desbordadas en sucesivas oleadas desde el norte, como esa lira de la Peregrinación del Códice Botturini. Pedro Geoffroy Rivas

ha aprendido los arcanos secretos de la poesía **nahuatl** desde el río oscuro del origen, y desde esa magia misteriosa, nos da su poema difícilmente superado en nuestra lengua, por ser fiel trasunto colectivo. Es un poeta nahua el que nos canta desde el legado profundo de su sangre, apoyándose en el báculo de conacaste blanco, que es el cetro de la gran poesía. Utiliza el ritmo consustancial con el nahua. Su verso, como articulación verbal del poema, lleva el ritmo a su extrema eficacia y se obliga al cumplimiento de determinadas funciones. El acento es su sostén, entendiéndose por acento la energía con que un fonema se manifiesta dentro de un conjunto y el modo como aparecen y decrecen estas mareas de energía.

Cada lengua posee su propio sistema de acentuación conocido intuitivamente (lo que no impide su conocimiento reflexivo). La organización del ritmo en un sistema da lugar al metro o medida que organiza las palabras en versos, pero no se deben confundir ambos términos: el ritmo es naturaleza y el metro es técnica; la poesía es siempre rítmica pero no forzosamente métrica; el ritmo obedece a leyes naturales y el metro a convencionalismos. La métrica silábico-tónica en francés y español, es un intento por aprovechar al máximo las posibilidades rítmicas del idioma. Y mucho más honda la del **nahuatl**. Unidades de entonación siguen la curva melódica. La regularidad en el mantenimiento de estas agrupaciones fónicas constituye el verso sin necesidad de metrificacón, apoyado sólo en la configuración rítmica y prescindiendo de signos de puntuación.

La poesía contemporánea ha escapado a la tiranía métrica y puede expresar por ello emociones más profundas. La poesía de LOS NIETOS DEL JAGUAR, ES **RITMICA**, con rítmica idiomática y presenta un desafío a la métrica pero dueña de una eufonía de hontanares encontrados. Tal el secreto poético de Pedro Geoffroy Rivas en la difícil sencillez de su verso. Las imágenes se deslizan suaves, invisible el traslape, la soldadura metafórica en la nueva imagen de una poesía que fluye por así decirlo, de un manantío que arrastra ríos nahuas.

En la poesía **nahuatl** no hay rima —nos dice— hay ritmo, hay cadencia, hay, en fin, solamente poesía. Poesía distinta, esencialísima, que es diferente de las otras expresiones poéticas que nos son familiares. Y es que aquí nos adentramos en uno de los más altos ejemplos de poesía colectiva que pueden encontrarse. Poesía de masas, de grandes conjuntos. Poesía social, en el verdadero sentido de esta expresión. Los poetas, los cantores, son sólo portavoces del pueblo. Es el pueblo el que canta. La temática es general. No hay lugar alguno para el conflicto personal del poeta. A la poesía **nahuatl** no le interesan los pequeños amores, ni las tristezas personales. Sus temas son la guerra, la religión, las hazañas de los héroes y el gran tema universal: la muerte. Pero hay también en ella un profundo goce de la vida. El colectivismo poético de que hablamos alcanza su máxima expresión en el canto religioso. Es aquí donde percibimos la socialización total de la poesía y la integración perfecta de los tres elementos de las grandes ceremonias: el canto, la música y la danza.

Tal es la estética de LOS NIETOS DEL JAGUAR. CUENTA DE LA PEREGRINACION es la narración de una hazaña prodigiosa, de la cual participa el poeta, alma del viaje, voz colectiva en Xochipilli, señor de la poesía. La marcha incesante de esas corrientes migratorias que es la prehistoria. El origen de los toltecas es muy antiguo. Está relacionado con el mito de las edades o soles. Pensaban que allí había sido creado el quinto sol y la luna. Que allí los dioses les habían dado movimiento, sacrificándose y muriendo por los hombres, para que con este sacrificio se robusteciera el sol. En el Códice Matritense de la Real Academia de la Historia se habla de que los toltecas se acercaban a la transición entre los muchos y el dios único, aunque también se representaban otros dioses.

¿Cómo ocurrieron estas migraciones nahuas cuya peregrinación recoge el Códice y narra el poeta? El investigador le ayuda con el dato preciso. La conjunción feliz entre el poeta e investigador es singular en el caso de Pedro Geoffroy Rivas. El antropólogo y el lingüista le guían y le alumbran el camino. Pero el poeta es dueño de luciérnagas entrañables.

Los pueblos nahuas migraron hacia Mesoamérica desde algún lugar del Norte, de la región de Casas Grandes, actual Estado de Nuevo México, Estados Unidos de Norteamérica. Se ha comprobado que viajaron en dos grandes corrientes. La más antigua, que hablaba un dialecto terminado en **t**, caminó a lo largo de la costa del Pacífico: La otra, posterior, que hablaba un dialecto terminado en **tl**, viajó por las cumbres de la Sierra Madre y fue a instalarse en el alto Valle del Anáhuac.

La primera corriente llegó hasta el ahora Puerto de Acapulco, subió por el Estado de Morelos, cruzó la alta Sierra de Puebla, se desbordó sobre las fértiles campiñas veracruzanas, atravesó las intrincadas selvas de Oaxaca y vino a tenderse junto al mundo de los mayas, desde los altos Cuchumatanes hasta el estrecho paso de Darién.

La segunda corriente viajó sobre las crestas de la Sierra Madre, entre nubes y cóndores, sequeó la alta cultura purépecha en la Tierra de los Peces Dorados, aprendió a tejer filigranas de pluma entre los **huicholes**, se apoderó de los dioses y leyendas de los pueblos a los cuales dominó, tradujo a su armoniosa lengua los cantos religiosos y los lánguidos poemas otomíes y fue a instalarse en el Cerro de la Estrella, junto al esplendente lago del alto valle mexicano.

La Tira de la Peregrinación plasmada en poesía, es el canto errante de los nahuas, raíz de nuestra sangre:

Anduvimos errantes
años años años anduvimos errantes
la ventisca el granito los violentos vendavales
las grandes bestias devoradoras
nada pudo detener nuestros pasos

cruzamos ríos
montes
abismos de terror
cumbres a las que nadie se atreviera antes
pavorosos desiertos
nada pudo detener nuestros pasos
en tierra arena roca dejamos hondas huellas
junto al mar caminamos
sobre las altas sierras
de día caminamos
de noche
sin detenernos
caminamos naciendo y caminando
soñando y caminando
pariendo y caminando
caminamos cantando y caminando
nada pudo detener nuestros pasos
con nuestra casa a cuestas
enterrando fechas
estableciendo muertos
caminando
con el sol en los ojos
con el sol a la espalda

Las reiteraciones van indicando el viaje milenario que el poeta nos narra como quien participa del largo camino y anota en la piedra la huella de paso. El cambio de tiempo se dibuja: con el sol en los ojos con el sol a la espalda.

El presente que hace pausa en el camino, el presente de cien años de aquella migración desesperada:

Vivimos en una isla
en el centro de un lago
pero no era el sitio
nadie vio la señal
solamente **descansaremos** aquí
solamente **estaremos** el tiempo necesario
estuvimos cien años
miles de noches escrutamos el cielo
el gran guía contaba el paso de las luminarias
el mercado el alacrán el venado el guerrero
cinco mil veces la luna se hizo nada
y volvió de perfil
y luego mostró toda la cara con su gran risa negra
dos veces apagamos los fuegos
y subimos al monte a esperar el designio
dos veces el sumo tlamacaquí cantó las alabanzas
del señor de lo cerca y de lo junto
cuyo nombre no se pronuncia
dos veces las guardadoras de la simiente

se inclinaron esperando al que no puede verse
dos veces el fuego regresó a las hogueras
dos veces anudamos los años y comenzó otra cuenta
entonces empezaron a llegar los mensajes
un pájaro de fuego vino de la casa del viento
y se perdió en el reino del murciélago
se alzó el agua del lago y se llevó a los peces
cambió de sitio el cerro
se apagó la luna cuando no era tiempo
el gran guía alzó entonces la vara
y otra vez seguimos
años años años caminando caminando caminando

En la estructura épica del poema, surgen de pronto, en forma inesperada, elementos mágicos, transformaciones maravillosas, pero que forman parte de la unidad total del viaje nahua:

los cuatro sacerdotes
uno por cada stirpe
se convirtieron en conejos
y tornaron a la cueva del origen
ya se había perdido la senda del regreso
pero ellos
los conejos
corrieron preguntando a los otros animales del monte
y pudieron llegar hasta la casa
donde quedó la piedra que no quiso moverse
los teopixques recobraron su forma
y hablaron al dios
preguntaron al dios
debemos de seguir
no habremos ignorado la señal y extraviado la ruta
no se ha llevado el viento la palabra esperada
acaso se perdió en el agua el gesto inconfundible
se quedó la plegaria en la ceniza
y no subió el canto en el azul del humo
se conmovió entonces la montaña
y el dador de la vida entregó la respuesta
caminad caminad caminad
volvieron los teopixques
recogimos las pobres pertenencias
las mujeres repartieron el maíz y los chiles
llenamos los tecomates en el último río
y otra vez seguimos
años años años caminando caminando caminando

La magia de la larga peregrinación —dentro del más puro realismo mágico— es al mismo tiempo la expresión de las cosmogonías, del mito, de lo numinoso, revelación de los dioses en la profunda teogonía del origen, y de nuestros orígenes remotos, en la orilla del génesis, en el nudo del rito.

Nosotros, los nietos del jaguar, estamos obligados a conocer la raíz de nuestra sangre, ver en el espejo el rostro de los abuelos obstinados que supervivieron a todas las desgracias y nunca se doblegaron ante nada. El poema viene cargado de preguntas adivinadas que los dioses responden en el camino. De esa terrible voluntad heroica que explica las hazañas futuras, el valor irreductible de aquellos lejanos abuelos que vibran en nuestra sangre. No. Ni la hermosa leyenda de Tutecotzímí, cimientos del pipil-nahua con todo el poder narrador de Darío deslumbrante de joyas preciosas, logra esa fuerza evocadora de LOS NIETOS DEL JAGUAR.

Todos los hitos del camino en señales de luz, las penalidades y el negro horror a lo desconocido. Las ropas ya desgarradas, viviendo de la caza y de la pesca, preparando el cuero para las sandalias en el camino de siglos y siglos:

Casi nada teníamos
nuestros vestidos eran yerbas
hojas de palma
tule
sólo el gran sacerdote se cubría con pieles de venado
ostentaba un penacho de plumas de águila
llevaba sobre el pecho un pectoral de jade
y en la mano el gran báculo de conacaste blanco
con el espeso cuero del tapir hacíamos sandalias
correas para llevar la carga
amarres para el icpali de los niños
sobre la dura tierra dormíamos
sobre piedras a veces
en el frío
bajo la lluvia
hundidos en el terror
en la tremenda noche del coyote
antes de la luz suenan los caracoles
levantamos el campo
y otra vez seguimos
años años años caminando caminando caminando.

Basándose en datos históricos, antropológicos y lingüísticos, el doctor Jorge A. Vivó Escoto (El Poblamiento Náhuat en El Salvador y otros países de Centro América. Dirección de Publicaciones, 1973), sostiene que la primera migración hacia Centroamérica partió del Cihuatán de la costa de Jalisco y Guerrero y vino a poblar algunas regiones de Guatemala, El Salvador y Honduras, donde este topónimo se repite. La época de tal migración debe corresponder al primer cuarto del siglo V. La segunda oleada fue la del pueblo llamado Coahuixca, que también salió de la costa de Guerrero. Debe haber tenido lugar a fines del siglo VI o principios del VII. Este grupo se asentó en una zona marginal del actual Departamento de La Paz, República de El Salvador. La tercera partió de los actuales Estados de Veracruz y Chiapas. Son

los nahuas posteotihuacanos. Esta migración fue seguramente la más numerosa y pobló la zona izalqueña, la Sierra de Apaneca y la Costa del Bálsamo. Su arribo debe ubicarse entre los años 700 y 900. Finalmente ocurre la peregrinación nonualca. Se trata de un grupo que no es de origen nahua pero que se había **nahuatizado** desde hacía mucho tiempo, el cual abandonó Cholula huyendo de la tiranía olmeca. Este es el grupo que llegó alrededor del año 1050, se mezcló con los **cohuixcas** Y PERDURA EN LA ZONA NONUALCA DEL DEPARTAMENTO DE LA PAZ, extendiéndose hacia Honduras y Nicaragua.

Pedro Geoffroy Rivas relata en su poema el encuentro con los mayas a quienes posteriormente desplazaron, así como su enfrentamiento con pueblos hostiles; su llegada al lugar de pueblos amigos con quienes convivieron:

llegamos a un pueblo de grandes casas
hechas de barro y varas
las mujeres hilaban hilos multicolores
tejían iridiscentes filigranas de pluma
ricas mantas que jamás vimos antes
criaban pájaros blancos y perros que no ladran
los hombres dibujaban encajes en las piedras
un gran templo se alzaba sobre el cerro
y un dios era serpiente,
y el otro dios un monstruo fabuloso
todo lleno de ojos
manos cortadas
corazones
fuimos sus servidores
trabajamos para ellos
aprendimos todo lo que sabían
hicimos grandes cántaras
rojos vasos ceremoniales adornados de negro
armoniosas flautas
largas pipas para la fiesta del tabaco
les enseñamos en cambio nuestra lengua
nuestros cantos y danzas
a labrar delgadas flechas de obsidiana
lanzas de pedernal
dardos voladores y redondos escudos de madera
pocos años estuvimos allí
hicimos la atadura
encendimos un fuego
y otra vez seguimos
años años años caminando caminando caminando.

Sólo un prodigio de poeta podía narrar el viaje milenario con tal riqueza de imágenes. Contar las vicisitudes, el diálogo con los dioses, el encuentro con el dios único, las razones del viaje que no buscaba

oro ni jade ni graneros ajenos, hasta que el augurio señaló al jaguar,
totem de los nahuas:

cuatro veces trece años nos guió el viejo más viejo
cuando los pies se le volvieron piedras
alzó el sagrado báculo y entregó la señal
más allá del más alto monte
junto al espejo de agua os hablará el volcán
escucharéis sus voces
cuando la luna ostente círculos de lluvia
allí será el sitio
verde y negro país de agua quemante
tierra de joyas
en ella levantaréis vuestros rostros
aprenderéis el salto y el asalto
el colmillo y la garra
seréis dureza elástica
grito sin eco
rugido que no retrocede
SEREIS EL PUEBLO DEL JAGUAR
encarnaréis en la bestia manchada
en su rostro hallaréis vuestro espejo
también vosotros seréis grandes
con caudal de rodeles
pueblos os serán sometidos
la gente se postrará ante vosotros
seguirá vuestros pasos
estas son las cargas que se os dan
vuestra riqueza
vuestra majestad
lo sembramos entre cactus salvajes
y otra vez seguimos
años años años caminando caminando caminando.

Hasta que se asentaron en los valles de Mesoamérica, cumpliéndose así las profecías; la primera, el signo de la tierra prometida; la segunda, la llegada de los españoles, la inicial conquista, el feroz sometimiento. A la llegada de los españoles había, pues, por lo menos cuatro grupos nahuas que habían desplazado totalmente a los mayas de las zonas central y occidental del actual territorio salvadoreño. En la región oriental predominaban los llamados lencas y potones, que parecen ser el resultado del encuentro entre chibchas y mayas. El dialecto de los grupos nahuas de Centroamérica es, según estimaciones glotocronológicas del maestro Swadesh, uno de los más arcaicos. El relato de estas profecías, lo hace el poeta:

se cumplieron todas las profecías
encontramos el sitio
nos habló el volcán
levantamos una alta pirámide

cantamos y danzamos alabando a los dioses
los cuatro formadores señalaron las esquinas del mundo
tuvimos oro piedras telas preciosas plumas
señoreamos la tierra
doblegamos pueblos
conquistamos países
ciudades dioses grandes cacaguatales
deleitosas mujeres
el nocturno jaguar presidió nuestra fiesta
pero debió cumplirse la otra profecía
hombres de claros ojos llegarán por el mar
del oriente vendrán
de donde reina el murciélago
hablando lengua extraña
vestidos de metal
cabalgando sobre monstruos horrendos
vomitando lumbre
precedidos por un trueno terrible
ocho veces leyeron los augures los fatales presagios
en el oscuro espejo del señor de los dardos
ocho veces dijeron el destino de la raza escogida
después
un viento de locura dispersó a los danzantes
huracanes coléricos derribaron la casa de la sabiduría
entre lucir de lanzas y tronar de arcabuces
muertos los sacerdotes
violadas las vírgenes vestales
desgarrado el tonalamatl de los vaticinios
extinguida la hoguera que ardía sobre el ara
un incomprensible signo de madera
se alzó sobre el teocali del dos veces divino
el centro de todas las esferas
rodaron las estatuas de los dioses
por los flancos de las altas pirámides
y la muerte perdió su profundo sentido de glorificación
bajo el polvo iracundo
las piedras volvieron a quedarse solas
otra vez en la vasta desolada bárbara soledad
lejos de la reverencia y de la sangre
destrozados los símbolos
rota la majestad del homenaje
escarnecido el significado
derruido el imperio del designio
otra vez sólo piedras
oscuro basalto o transparente obsidiana
ocultas a la luz verdadera
fuera de la profunda realidad de los dioses
regresados los tigres a la garra asesina
y las sagradas serpientes
reducidas de nuevo a su rastrera condición de reptiles

vuelto vulgar metal el oro luciente de las joyas
cerrada la puerta de turquesa
roto el cofre de jade
agobiado el hombre
perdida para siempre su antigua grandeza
pero los nietos del jaguar
aún estamos aquí.

Poesía, leyenda e historia de los pueblos nahuas, Pedro Geoffroy Rivas canta y cuenta los orígenes que nos pueblan la sangre. Durante la época colonial estos pueblos conservaron su individualidad destacándose el NONUALCA y el ITZALCA. El primero asumió una actitud de rebeldía en 1833 y el segundo conservó su personalidad manifestándose hacia la tercera década del siglo XX en la sublevación del año terrible, insurrecciones que se originaron en profundas crisis sociales. Anastasio Aquino y los Nonualcos, en 1833. El indio Ama y los Itzalcos en 1932.

Avanza el libro con los RITOS ELEMENTALES de insuperable poesía y magia. Conservan la magia pura de los antiguos cantos nahuas. Para que Nazca un Niño es auténtica poesía nahuatl en el sentido de la fugacidad de la vida. El anónimo poeta dice en VIDA DE ILUSION:

¿Acaso es verdad que se vive en la tierra?

¿Acaso para siempre es la tierra?

¡Sólo un breve instante aquí!

Hasta las piedras finas se resquebrajan,
hasta el oro se destroza, hasta las plumas preciosas se desgarran,

¿Acaso para siempre es la tierra?

¡Sólo un breve instante!

Pedro Geoffroy Rivas recoge el eco milenario:

Sólo un instante
sólo un instante estará entre nosotros
que ese instante sea de felicidad

que merezca un penacho de plumas
oh señor de la casa del sur

que sea digno del báculo amarillo
oh domador del viento

que sus palabras sean como fragantes flores
oh xochípilli
señor de la poesía

El poemario culmina en el canto PARA LOS NIETOS DEL JAGUAR, breve recreación del primer poema y dolido, doloroso canto al mestizaje:

ah qué noche tan noche
qué soledad tan sola
qué silencio preñado de palabras
te abrieron
te rompieron
te escupieron la entraña
devolviste en amor lo que engendró la rabia
vencida triunfadora
dominante esclava
qué sueño despiadado corriéndote la sangre
qué bárbaro prodigio desbordándote
fijándote en el tiempo
volandera raíz
oculta rosa
ah qué mano la tuya amontonando vida
junto al retoño triste
qué fuente de dolor alimentándolo
hasta llegar a lo alto de la nueva palabra
extraña
ajena
de tan lejos venida
pero tú ya sabías
desde siempre sabías que era tuyo el acento
tuya la claridad del barro
tuya la rebelde sumisión de la piedra
tuya toda la música

cómo pudiste
antigua madre
acoger en tu seno
toda la furia acumulada en los canales seminíferos
de un bárbaro extremeño
loco de sol y de destino
a quien generaciones y más generaciones
le corrían a gritos
entre la piel sudada y la armadura

De otra manera canta César Dávila Andrade en BOLETIN Y ELEGIA DE LAS MITAS asumiendo el mismo asunto de la **Encomienda** en el tiempo de los colonizadores. Igual la lucha por el monoteísmo incaico, profundas las preguntas del autor desconocido que pueden compararse al Himno de la Creación del Rig Veda, y que a ratos parece un Salmo de la Biblia, imprecación de Job desde la desesperación. Traduce el sentimiento místico colectivo, tenso y vibrante. Un poeta contemporáneo, César Dávila Andrade se ha inspirado en esta invocación de los antiguos Amautas en su profundo poema BOLETIN Y

ELEGIA DE LAS MITAS, un libro extraño y bello que alza el vuelo en el tiempo sin límite, paralelo al de Pedro Geoffroy Rivas. Dice el canto amauta:

¡Oh, Viracocha, señor del Universo,
varón o hembra,
tú que engendras y concibes,
con ansias de conjuro!

¿dónde te ocultas?
¿Acaso no soy tu hijo?

El poema de César Dávila Andrade dice:

¡Oh, Pachacámac, señor del Universo!
Tú que no eres hembra ni varón.
Tú que eres Todo y eres Nada.
Oyeme, escúchame,
como el venado herido por la sed
te busco y sólo a Ti te adoro...

¡Oh, Pachacámac, Señor del Universo,
nunca sentimos más helada tu sonrisa,
y al páramo subimos desnudos de cabeza,
a coronarnos, llorando con tu sol.

... Oh, Pachacámac, señor del Infinito,
Tú que manchas el Sol entre los muertos.

En el poema César Dávila Andrade, Viracocha designa, fustiga al amo de las Mitas, al opresor del indio. El profundo poema amauta es una invocación:

Desde las alturas,
desde los abismos
desde el esplendor de tu trono
¡óyeme!
En la inmensidad excelsa donde moras,
en las profundidades del mar donde resides,
Hacedor del mundo,
Creador del hombre,
Señor Supremo,
por verte mis ojos desfallecen.

... ¡Aliéntame! ¡Ayúdame!
Con todas las fuerzas de mi voz te llamo
¡Escúchame! ¡Elígeme!
No permitas que desfallezca, que muera.
¡Oh, Viracocha!

Mas, Pedro Geoffroy Rivas invoca el río del origen y canta la historia de prodigios que creció desde la oculta flor de los ovarios nahuas. El mágico sentimiento del pueblo nahua imbuido de mesiánico destino, está descrito en los cantos de LOS NIETOS DEL JAGUAR. Los mitos aún haciéndose en el camino, las cosmogonías amaneciendo en sus auroras, pobladas de sueños. "Fue cuando, guiados por el genio guerrero de Miscóatl, la Serpiente de Nubes, los toltecas se instalaron en las márgenes encantadas del lago mexicano, organizaron el formidable imperio de Colhuacan y nos legaron los fantásticos tesoros estatuarios de Tula, el ejemplo civilizador de Topiltzin y Acxítl y las rutas siderales de la Piedra del Sol" —dice Pedro Geoffroy Rivas—. Las divinidades nahuas no son lejanísimos seres erigidos en jueces que premian o castigan los actos de los hombres, no son los habitantes de un mundo inaccesible. Son espíritus cercanos, familiares y proteicos que participan de toda la vida del pueblo escogido.

Pueden adoptar las más inesperadas formas, se aparecen como seres y cosas. Son unas veces hombres y otras veces mujer, capaces de encarnar el jaguar o manifestarse en la piedra-símbolo. La religión nahua está impregnada de intensa y exaltada poesía, el rito no se separa del arte. O como dice Pedro, "poesía de mágicas invocaciones, sujeta a la técnica del ruego que insiste y se repite incansablemente, apurando a las fuerzas de la naturaleza, cercando a la deidad con tupidos y veloces dardos verbales, empujándola hacia la realización de los intentos. La poesía deviene así un producto colectivo. Se trata de una poesía multitudinaria, entonada en las grandes festividades por quince o veinte mil voces, rítmica y cadenciosa, conducida por el sordo golpeteo de los **teponaxtles**, enhebrada en el hilo cristalino de las chirimías. Poesía para acompañar danzas o el imponente desfile de los sacerdotes. Poesía de altos gritos, hecha para acallar el coro de lamentos de las víctimas despedazadas en el ara de los sacrificios. Poesía de simetrías perfectas, de formas geométricas, que se adapta a la piedra monumental de las estatuas, refleja su adusta majestad, le presta voz y movimiento y traduce en armoniosas palabras toda la excelsitud de los símbolos"...

La técnica repetitiva de la poesía nahuatl, ha sido asumida por Pedro Geoffroy Rivas en los RITOS ELEMENTALES:

se está abriendo la corola de sangre
 venid
 niños del agua
 danzad junto a su cuna repitiendo su nombre
 tecuilítla tehuaquí
 ye machiyotla tetemoya
 ya se rompe el cofre de jade
 ya viene
 ya viene
 ya asoma su rostro el elegido

ajuía oyatonac
 ajuía oyatonac

levántate ven sé enviado
 levántate ven niño nuevo
 levántate ven
 ajuía machiyotla tetemoya
 levántate ven sé enviado
 levántate ven niño joyel
 levántate ven
 ajuía oyatonac
 ajuía oyatonac
 ajuía machiyotla tetemoya

Comparemos con la invocación en que los guerreros, antes de marchar al combate, imploran la asistencia del Señor de las Batallas en el Canto nahuatl del Guerrero en la Casa del Sur:

Ahuía Oholopa telepochtla,
 ihuiyoc in nomalli,
 ye nimahuía, ye nimahuía,
 ihuiyoc in nomalli.
 Ahuía Huitznahuac telipochtla,
 ihuiyoc in nomalli,
 ye nimahuía, ye nimahuía,
 ihuiyoc in nomalli,
 Ahuía Itzicotla telipochtla,
 ihuiyoc in nomalli
 ye nimahuía, ye nimahuía,
 ihuiyoc in nomalli,
 Ahuía oyatonac, ahuía oyatonac,
 ye machiyotla tetemoya,
 Tocuilitla tehuaqui,
 machiyotla tetemoya
 Ahuía oyatonac, ahuía oyatonac,
 ahuía machiyotla tetemoya.

Invocación vertida al castellano por el gran nahuatlista mexicano Angel María Garibay:

Entre los donceles de Oholopan
 emplumado fue mi cautivo.
 Tengo miedo, tengo miedo:
 emplumado fue mi cautivo.
 Entre los donceles de Huitznahuac
 emplumado fue mi cautivo.
 Tengo miedo, tengo miedo:
 emplumado fue mi cautivo.
 Entre los donceles de Tzicotlan
 emplumado fue mi cautivo.
 Tengo miedo, tengo miedo:
 emplumado fue mi cautivo.
 Levántate, ven, sé enviado.
 Levántate, ven, niño nuevo.

Levántate, ven.
Levántate, ven, sé enviado.
Levántate, ven, niño joyel.
Levántate, ven.

Poesía que es expresión del mágico sentimiento que lo impregnaba todo, pero también producto del pueblo, producto colectivo, expresión social en que intervenía el pueblo entero hundido delirantemente en la realidad del canto unido a la música y a la danza, formando un todo con el rito. La vida, la religión y la poesía unidos en el ser, igualando al sueño de la estatua y a la perfecta simetría de aquellos encajes dibujados en las estelas.

¿Qué es si no, PARA QUE BROTE EL MAIZ de Pedro Geoffroy Rivas, apoyado en las columnas primigenias que sostienen el cielo de la cosmogonía nahua? Oíd el consumado oficio del poeta que ha logrado transmutar en su propia sangre, el canto nahuatl, de la fratria que sueña mirando las estrellas:

la sagrada piedra roja
el rojo sol bajo la tierra
chac imix che
la roja ceiba primigenia
la gran columna roja
sosteniendo el oriente

árbol rojo del monte
ave roja de cresta amarilla
sagrada piedra roja
que brote ya
que brote ya en el oriente
el rojo maíz tostado

la sagrada piedra blanca
piedra del norte
sak imix che
la blanca ceiba primigenia
la gran columna blanca
sosteniendo el norte

árbol blanco del monte
ave de blanco plumaje
sagrada piedra blanca
que brote ya
que brote ya en el norte
nuestro blanco maíz

la sagrada piedra negra
allá se esconde el sol
ek imix che
la negra ceiba primigenia
la gran columna negra
sosteniendo el poniente

árbol negro del monte
ave de obsidiana
sagrada piedra del sacrificio
que brote ya
que brote ya en el poniente
el negro maíz de la muerte

la sagrada piedra amarilla
la piedra de la diosa
kan imix che
la amarilla ceiba primigenia
la gran columna amarilla
sosteniendo el sur

árbol amarillo del sur
pájaro chile
sagrada piedra amarilla
que brote ya
que brote ya en el sur
el amarillo maíz de la diosa

chac imix che
sak imix che
ek imix che
can imix che
columnas primigenias que sostienen el cielo

ix kokobta
pájaro merula
ah tzal ti kan
serpiente de cuatro colores
ah cuy manab

búho de los augurios
itzan kab ain
brujo del agua-tierra

que broten ya
que broten ya
que broten ya
los cuatro maíces sagrados

preciosas flores para ofrendar a nuestra madre
la del rostro con máscara
la celeste molendera
que se adorna con sangre de serpientes
la dispensadora de todos los sustentos
nuestra madre
ix Kan

ix kan
ix kan

San Salvador, 15 de Septiembre de 1980.

TEATRO

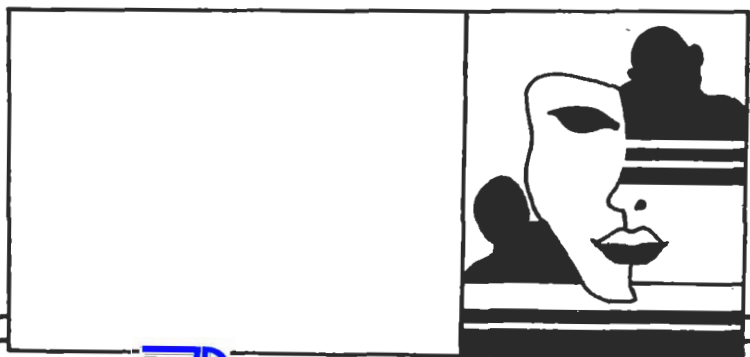
Piezas

Breves

de

Hugo Emilio Pedemonte

Jaime Suárez Quemain



HUGO EMILIO PEDEMONTE

(Ver CULTURA 64)

JAIME SUAREZ QUEMAIN

Poeta salvadoreño (1950-1980). Se publicó, póstumamente, su plaquette "Un Disparo Colectivo" (1980).

HUGO EMILIO PEDEMONTE

LA ISLA DE LOS CANTICOS

PERSONAJES

MARIA (Eugenia Vaz Ferreira)
CARLOS (Vaz Ferreira)
ALVARO (Armando Vasseur)
EL JOVEN
TRISTAN
PERPIDES
VIEJA 1ª
VIEJA 2ª

DEDICATORIA:

A David Escobar Galindo, poeta de islas y de mundos.
H. E. P.

ACTO UNICO

Decorado: Salón de una casona. Al fondo, una cristalera comunica con una gran terraza que asoma a un jardín interior. En los laterales, a la izquierda, puertas dobles; a la derecha, una biblioteca; haciendo ángulo con ella, un piano. El mobiliario se compone de un sofá, sillones, mesilla, etc. Es de noche, verano, en Montevideo, alrededor de 1910. Sentado en el sofá, Carlos lee un periódico. Se levanta, abre la puerta de la terraza; busca un libro en la biblioteca, lo consulta y lo de-

ja sobre la mesilla. Vuelve a sentarse y a leer el periódico.

Voz de ALVARO. Ya sé el camino, gracias. (Entrando). Aquí estoy.

CARLOS.—(Mirando sin apartar el periódico). Te esperaba más temprano. (Se dan la mano). Siéntate.

ALVARO.—¡Qué calor! (Se sienta). Esta es una noche de verano sin sueño. ¿Ahora lees los diarios?

CARLOS.—Después de cenar, me ayudan a dormir.

ALVARO.—¿Qué hay de nuevo?

CARLOS.—Una curiosa noticia que anuncia la supresión de la tristeza...

ALVARO.—¿Por decreto?

CARLOS.—Pues... más o menos. Aquí se habla de la abolición de las conmemoraciones de los duelos nacionales por iniciativa del diputado José Enrique Rodó, quien dice: “La perpetuidad de estas conmemoraciones fúnebres pugnan con todo concepto real de la vida y del espíritu de la sociedad humana. Aún en la limitada duración de la vida doméstica, los dolores de familia deben ceder y ceden a la normalidad de la existencia, que vuelve a su cauce y recobra su tono habitual, comenzando por abandonar las exterioridades del luto... Las fechas gloriosas, los días de júbilo y orgullo para la comunidad tienen, sí, títulos suficientes con qué perpetuarse y motivar imperecederas conmemoraciones, porque son en sí mismas una afirmación de la vida, un estímulo perenne de los sentimientos que exaltan la vitalidad social y vinculan al porvenir con el pasado, por el lazo de continuidad que se sobrepone a la muerte, a los contrastes, a los dolores y lleva triunfalmente adelante la entidad colectiva de un pueblo”.

ALVARO.—No estoy de acuerdo.

CARLOS.—La intención no es mala.

ALVARO.—Me gusta conmemorar los duelos, especialmente el de mis enemigos.

CARLOS.—Si te empeñas... Aunque no es una confesión muy apropiada para un poeta. Y, a propósito, ¿viste la edición con los poemas de Julio Herrera y Reissig?

ALVARO.—No. Prefiero no hablar de él. (Se pone de pie; pasea). Como a Rodó, me interesan sólo los vivos.

CARLOS.—Sin embargo, no me preguntas por María.

ALVARO.—Veo que no está. No se habrá acostado ya.

CARLOS.—Salió con Luisa, no sé a dónde.

ALVARO.—(Va a la terraza) ¡Una noche espléndida! ¡Qué estrellas!

CARLOS.—Las estrellas son todas iguales.

ALVARO.—Pues allá hay una que me guiña el ojo. Oh, las constelaciones cambian con los cielos. Creo que pronto veré nuevas estrellas.

CARLOS.—¿Eso quiere decir que te dan otro consulado?

ALVARO.—Tal vez.

CARLOS.—¿Dónde?

ALVARO.—Me han dicho que en Italia, en Nápoles.

CARLOS.—Es una buena noticia.

ALVARO.—Me conformaré con sentarme sobre el Vesubio con D' Annunzio.

CARLOS.—¿Tú hablas el italiano?

ALVARO.—Vieni: usciamo. Il giardino abbandonato \serba ancora per noi qualche sentiero. \ Ti dirò come sie dolce il mistero \ che vela corte cose del passato.

(El recitado se interrumpe con la llegada de María, que trae su sombrero en la mano y lo deja sobre la mesilla).

MARIA.—¿Qué festival es éste?

ALVARO.—(Efusivo). ¡Por fin has llegado!

MARIA.—¿Qué estaba diciendo? Era italiano ¿no?

ALVARO.— “Consolación”, un poema de D’Annunzio.

CARLOS.—Parece que Alvaro se nos hará napolitano.

MARIA.—¿Es que vas tan lejos?

ALVARO.—Será mi nuevo destino consular.

MARIA.— (Riendo) ¡Como un romano viejo! Recuerdo que Pergolese nació en Nápoles; pero no sé nada de su obra... (Se sienta al piano). Para que te ambientes a la italiana, quizá sirva una sonata de Scarlatti. (Toca la sonata y Alvaro permanece de pie junto al piano. En el transcurso de la ejecución, un par de minutos después, aparece en la terraza el Joven, vestido con un frac del siglo XIX, se acerca a la puerta, sonríe y saluda con el sombrero a María, que sigue tocando, fija la mirada en el Joven. Carlos y Alvaro siguen la misma actitud. El Joven se acerca a la balaustrada, se inclina, corta una flor de una maceta y se la pone en la solapa. Cuando termina la sonata, aplaude golpeando suavemente el dorso de su mano izquierda. María sonríe, sale a la terraza).

MARIA.—¿Te ha gustado?

JOVEN.—Sí, mucho. Volveré. (Sale por un costado de la terraza).

ALVARO.—Tú que sabes, ¿la sonata era de Doménico o de Alejandro? Siempre los confundo.

CARLOS.—De Alejandro, ¿verdad María?

MARIA.— (Aun en la terraza). Sí, sí...

CARLOS.—¿Qué haces ahí? (María pasa al salón). Bien, voy a preparar la clase de mañana. (A Alvaro). Llámame antes de irte. Estaré en mi habitación. (Sale).

ALVARO.—María... (Se acerca a María y la toma cariñosamente de un brazo). ¿Quieres mirarme? Ya sabes por qué estoy aquí.

MARIA.—¿Por qué estás aquí?

ALVARO.—Porque te amo, ya lo sabes. Y tú, ¿me quieres?

MARIA.—No lo sé.

ALVARO.—Esa no es una respuesta. Escúchame. Oh, no, no tengo la intención de presionarte. He pensado mucho en nosotros, en ti...

MARIA.—¿Por qué tienes que pensar en mí?

ALVARO.—Porque te entiendo menos de lo que quisiera. Todos saben que eres una mujer fuera de lo común; por lo menos haces algo fuera de lo común: tus poemas; éstos que tienes miedo de publicar.

MARIA.—¿Cómo descubriste que tengo miedo?

ALVARO.—Lo imagino, supongo que piensas que tendrás que ser juzgada públicamente, y eso no lo soportas.

MARIA.—Es verdad. Lo que me demuestra que me conoces más de lo que dices.

ALVARO.—María, mírame: ¿soy un payaso? ¿Un domador de elefantes?

MARIA.—No me importaría que lo fueras.

ALVARO.—Eso tiene sentido. No obstante, sólo soy un cónsul de segunda categoría.

MARIA.—(Sonriendo). Como Ca-
lígula.

ALVARO.—Tendré que marchar-
me el día menos pensado, tan lejos
de ti. ¿Lo comprendes?

MARIA.—Sí.

ALVARO.—No sé cuándo podré
volver.

MARIA.—¿Qué es lo que quieres
de mí?

ALVARO.—Que te vengas con-
migo.

MARIA.—¿Que me vaya contigo?
¿A Italia?

ALVARO.—Supongo que alguna
vez habrás pensado en casarte.

MARIA.—Nunca.

ALVARO.—¿Por qué? ¿Por qué no
como toda mujer?

MARIA.—Sí, parece natural que
las mujeres piensen en casarse. Yo...
¿Y quieres llevarme a Italia como
las mujeres que se casan?

ALVARO.—El solo estar allá nos
haría felices.

MARIA.—¿También crees en la
felicidad?

ALVARO.—Aún somos jóvenes,
¿no es esto una felicidad? Y si estu-
viéramos juntos...

MARIA.—Tú... ¿tú me deseas?,
digo, además de amarme? No soy
una mujer atractiva y es probable
que te engañes.

ALVARO.—¿Qué intentas decir-
me?

MARIA.—No lo sé bien; tengo la
sensación de que mi destino está
equivocado. A veces me siento una
mujer y otras veces soy el espejo de
esa mujer, una imagen completa-

mente independiente de ella. Eso es
lo que no puede desearse ni tocarse.

ALVARO.—En todo caso yo no
tendré en cuenta tu imagen.

MARIA.—Entonces ¿me deseas?

ALVARO.—Eso creo.

MARIA.—Pues yo no estaba segu-
ra. Siento que me avergüenza y me
complace.

ALVARO.—Yo no he querido he-
rir tu pudor.

MARIA.—Claro, fui yo quien pre-
guntó.

ALVARO.—No tienes que decir-
me nada ahora a lo que te propuse.
Puedo esperar tu respuesta, porque
tendrás que darme alguna ¿no?

MARIA.—¿Le has dicho a Carlos
que quieres casarte conmigo?

ALVARO.—No.

MARIA.—¿Por qué no? Es mi
hermano.

ALVARO.—También es mi ami-
go; pero no creo que él pueda deci-
dir nada en este asunto.

MARIA.—¿Te sientes defrauda-
do? La verdad es que yo te quiero.
Con frecuencia me doy cuenta que
la vida es una elección; esto es lo
terrible, pues precisamente no fui-
mos nosotros los que elegimos la vi-
da. Ahora mismo es pura casualidad
que tú me ames, tanto, por ejemplo,
como que Leonardo haya pintado a
la Gioconda. Me pregunto quién es-
taría en mi lugar si no hubiera na-
cido o si hubiera vivido antes que tú.

ALVARO.—¿Eso importa? No
creo que debemos culparnos de ser
contemporáneos. María, a veces jue-
gas, lo sé; pero no lo hagas con mis
sentimientos, no ahora. Mañana ven-

dré a verte, y todos los días, hasta que me digas que sí. (La abraza y, cuando intenta besarla, ella posa la mano en los labios para impedirlo). ¿Me esperarás al menos?

MARIA.—Si tú me lo pides...

ALVARO.—Debo llegar a tiempo al Ministerio. Hasta mañana, María. (Sale. María va a la terraza; un momento después se vuelve, se acerca al piano y por último se sienta en uno de los sillones. Entra por un lado de la terraza el Joven).

JOVEN.—(Acercándose a María). No parece que te sientas muy feliz. Me recuerdas a la reina sin cabeza.

MARIA.—¿Es un cuento? Quiero escucharlo.

JOVEN.—Era una reina hermosísima, más hermosa que todas las doncellas del país; pero había venido al mundo sin cabeza. No podía ver ni podía reírse. Se hacía comprender por su reducida corte, con la ayuda de sus manos que eran pequeñas y suaves. Sus pequeños pies, pateando, promulgaban sentencias de muerte y declaraciones de guerra. Mas, un día, fue vencida por un rey que, por rara casualidad, tenía dos cabezas, las cuales, durante todo el año andaban a la greña, sin que la una permitiera hablar a la otra. El mago mayor del reino tomó una de las dos cabezas del rey, la más pequeña, y se la plantó a la reina. A continuación el rey se casó con la reina y entonces las dos cabezas dejaron de pelearse y se besaban en los labios y así vivieron muchos años felices.

MARIA.—¿Soy yo como la reina descabezada?

JOVEN.—¡Qué disparate! La pregunta correcta es: ¿soy yo como el rey?

MARIA.—¿Qué puedes hacer por mí?

JOVEN.—Absolutamente todo. ¿Te gustaría una representación de cómicos? Conozco a los mejores, sin contar a los necios. ¿No? ¿Piensas en Alvaro?

MARIA.—Sí. Lo que me pregunto es si es inevitable que tenga que sufrir él o yo.

JOVEN.—Lo más divertido es soñar.

MARIA.—No estarías aquí si no lo hiciera.

—JOVEN.—Lo que tú necesitas es un elfo que sepa la historia de las mariposas.

MARIA.—Tengo miedo. Eso es todo.

JOVEN.—Muy bien. El miedo de vivir es lícito. ¿Eres hermosa?

MARIA.—No.

JOVEN.—¿Eres inteligente? Veo que tu modestia te impide contestarme. ¿Cómo te gustaría verdaderamente amar y ser amada? (Busca en unos papeles que saca del bolsillo). Tú misma lo escribiste. (Comienza a leer). Mientras que no avcines tus labios a mi oído...

MARIA.—...y me tiendan tus brazos el arco vencedor, \ mientras que no reposen tus ojos en mis ojos \ e imprimas en mis labios las hostias del amor; \\ mientras las rubias albas no nos celebren juntos \ y así nos amortaje la luz crepuscular, \ y

hasta nosotros lleguen la salmodia nocturna\ la romanza del cisne y el cántico del mar;\ mientras no nos envuelvan los ululantes vientos\ las invernales brumas y el rosicler de abril,\ y unidos no nos hallen en una misma sombra\ los deslumbrantes soles, las lunas de marfil;\ has de seguir andando tedioso e incompleto\ peregrino y nostálgico de un destino mejor\ cabe los bordes áridos exentos de mirajes\ bajo los vanos cielos vacíos de fulgor, \ Por mí, rey de mis cantos, puedes quedarte ausente;\ como en la tierra firme vive la humanidad,\ como el pez en las aguas y el águila en los aires\ yo soy de los hastíos y de la soledad.\ Mas te soy necesaria como al barco la vela\ que mis sabidurías debieran dirigir;\ y seguirás sin ella buscando eternamente\ las playas luminosas, los cielos de zafir... \ Has de tentar en vano todos los paraísos, todas las posesiones sin amenguar tu mal;\ el oro de las arcas, la flauta melodiosa,\ el excelsior de venus y el numen inmortal.\ Jamás te será dado repatriarte a la vida;\ ni libertar tu alma de la desolación,\ mientras que no lo entregues a mi oficio de estrella\.

JOVEN.—¿Y quién será? ¿Un superhombre? ¿Era Nietzsche el superhombre?

MARIA.—Nietzsche era muy feo y estaba un poco loco.

JOVEN.—Pero tú puedes imaginar el ser que más te guste y también, para apreciarlo mejor, el que no te guste. Es lo que hicieron los griegos con los dioses.

MARIA.—Sí, lo puedo imaginar: lo veo.

JOVEN.—¿Se parece a mí?

MARIA.—Tú eres incomparable.

JOVEN.—Gracias. ¿Qué más ves?

MARIA.—Una espantosa soledad: la mía.

JOVEN.—Todo lo cual conduce nuevamente a Alvaro; pero Alvaro es un hombre de carne y hueso, y quiere poseerte y, lo que es peor, envejecer contigo.

MARIA.—Si yo viviera tanto... Quiso besarme.

JOVEN.—Es natural: los animales superiores tienen la sangre caliente.

MARIA.—¿No comprendes? Quisiera amar y al mismo tiempo defender mi intimidad. No tolero ser agredida como una paloma a la que le arrancan las plumas.

JOVEN.—Querida paloma, no se puede existir ignorando que los que se aman, se aman de pie y acostados.

MARIA.—No entiendo la vida sexual; es un misterio que me asusta.

JOVEN.—Alvaro no compartirá ese punto de vista. Y estoy seguro de que, a pesar de ser sólo un hombre, casi lo amas.

MARIA.—Es posible. Y me produce angustia y hasta lloraría si no estuvieras aquí. Sé que este es el momento en que debo decidir lo que seré o no seré hasta mi muerte. Y esto no deja de atormentarme. Me doy perfecta cuenta que sólo puede elegirse una vez ¡y por tan extraño y corto tiempo!

JOVEN.—¿Vas a llorar? No me gustaría ser el fontanero de tus lágrimas.

MARIA.—¿Puedes evitarlo?

JOVEN.—Seguramente. Tratándose de ti, mis recursos son infinitos. Atención. Ahora escucharás una música alegre. (Música). Y ahora... Sí, aquí llegan.

(Entran Tristán, vestido de payaso y Péripides, con bonete y capa).

JOVEN.—Te presento a nuestros amigos: Tristán El Triste...

MARIA.—¿Por qué el triste?

JOVEN.—Es el único payaso del mundo que no hace reír.

MARIA.—Pobre.

JOVEN.—Tristán, cuéntale una fábula a María.

TRISTAN.—(Con cara de palo). El perro padre le pregunta al perro hijo: —¿Tú te portas bien en la escuela? —Sí, papá. —¿Aprendes a contar? —No. —¿A escribir? —No. —¿Entonces qué estudias? —Lenguas extranjeras. —¿Y qué sabes decir? —¡Miau!

JOVEN.—¿Has visto? Es el payaso menos gracioso del mundo. Y éste es Péripides, el alquimista más original que existe. No busca la piedra filosofal y transforma el oro en plomo.

MARIA.—¿Qué oro?

JOVEN.—El de los ricos, naturalmente. Péripides ha inventado la mejor máquina de retratar que se conoce.

MARIA.—Me gustaría verla.

JOVEN.—Muéstrasela, Péripides.

PERPIDES.—(Le da a María un espejo). Mira.

MARIA.—¡Es perfecta!

JOVEN.—El único defecto de esa máquina es que la imagen cambia con los años. En cuanto a Tristán, también sabe siete idiomas.

MARIA.—¿Para qué tantos?

TRISTAN.—Es que a los ingleses les cuento los chistes en alemán y a los alemanes en francés y a los franceses...

MARIA.—Así nadie entiende nada.

TRISTAN.—Como los economistas.

MARIA.—(Al Joven). ¿Alguna vez hizo reír a alguien?

JOVEN.—Una vez, cuando estaba en un circo sueco. Entonces fue cuando Tagokán se negó a trabajar porque le dolía un colmillo.

MARIA.—¿Quién era Tagokán?

TRISTAN.—El elefante.

JOVEN.—Tristán fue rápidamente en busca del veterinario; pero no lo encontró. Le dio a Tagokán un tubo de aspirinas; pero el dolor era cada vez más intenso. El noble elefante sufría tanto, que Tristán decidió extraerle el colmillo. Sus esfuerzos fueron completamente inútiles, y ante el sufrimiento de su amigo, se puso a llorar. El público lo encontró muy divertido. Veo que esta historia te ha disgustado...

TRISTAN.—No debiste de habérsela contado.

PERPIDES.—Para reconfortarte me complazco en convidarte con el elixir de la vida. (Le da un pequeño frasco).

JOVEN.—Tómalo. Es delicioso y contiene el secreto de la alegría.

MARIA.—(Lo toma). Es verdad. (Péripides le habla al joven al oído).

JOVEN.—Péripides propone hacerse invisible.

MARIA.—¿Cómo es? ¿Te ha hecho invisible alguna vez?

JOVEN.—Muchas veces. Es como si miraras por el ojo de una aguja. Claro, temes que después no vuelvas a hacerte visible. Péripides, prueba con Tristán.

TRISTAN.—Oh, no, puede existir un payaso triste pero no invisible, es demasiado. Por otra parte, yo sólo vine aquí para regalarte una flor. Voy a buscarla. (Sale).

PERPIDES.—No le hagas caso. Quiere conquistarte y él no puede ofrecerte tantas cosas hermosas como yo.

MARIA.—Que también quieres conquistarme. Yo suponía que a los alquimistas sólo les interesaba el fuego, transmutor de metales.

PERPIDES.—No lo creas; la falsa idea de que nuestra ciencia se dedica a la transmutación de los metales se debe a un alquimista que era Ministro de Hacienda. ¿Te había dicho ya que en el país de los lemures me habían hablado de tu belleza?

JOVEN.—¿Tienes intenciones serias respecto a María?

PERPIDES.—Desde luego: la amo pero sólo para decirle que la amo.

MARIA.—Me gusta. Es un amor totalmente desinteresado.

PERPIDES.—Entonces ¿puedo ser tu amante?

TRISTAN.—(Que aparece con un gran girasol pintado). ¡Alto ahí! Aquí tienes esta flor y mi corazón.

MARIA.—Gracias. (Oliendo el girasol). Huele a sol y a cielo.

PERPIDES.—(Con ánimo de estropear la impresión que ha causado Tristán). Pues parece pintado.

JOVEN.—¡¿Qué dices?!

TRISTAN.—(Tristísimo). Es verdad. Yo lo pinté. Lamento desilusionarte.

MARIA.—Nada de eso. Es precioso. (A Péripides). Tú has mentido.

PERPIDES.—¿Cómo? ¿Acaso no es un girasol pintado?

MARIA.—Has mentido al decir que me amas.

PERPIDES.—¿Yo?

MARIA.—Y has tenido envidia de Tristán. (Se aparta con Tristán).

JOVEN.—¡Buena la has hecho!

PERPIDES.—María...

JOVEN.—Déjala, ya no podrá creer en ti.

PERPIDES.—¡Oh, Dios!

TRISTAN.—Lo que más me gustaría es contarte un cuento que te hiciera reír.

MARIA.—Prueba.

TRISTAN.—Un día, un joven estaba escribiendo una carta a su novia que vivía en un pueblo cercano. Le decía que era maravillosa y que la amaba más que a nadie en el mundo, que solamente por estar con ella sufriría las mayores dificultades y se enfrentaría con los mayores peligros; escalaría la montaña más alta, nadaría en el mar más profundo y la salvaría de los animales salvajes peleando con sus propias manos. Terminó la carta, la firmó y de pronto recordó que se había olvidado de mencionar algo importante. Agregó una posdata que decía: A

propósito, iré a verte el miércoles de noche, si no llueve.

(María ríe. Péripides va a salir por la terraza con el girasol).

TRISTAN.—Oh, qué feliz me siento. (Viendo a Péripides). Eh, ¿a dónde va?

JOVEN.—A plantar el girasol.

TRISTAN.—¿Tan desesperado está? ¡Pobrecito!

MARIA.—Anda, dile que ya lo he perdonado.

TRISTAN.—(Besando la mano a María). Gracias, María. (En la terraza). Eh, Péripides, espera. Oh, está plantando el girasol en el jardín. Péripides, escucha, sé un cuento divertidísimo... (Sale).

MARIA.—Creo que hubiera preferido el payaso al alquimista.

JOVEN.—Eso es inocente; yo creo que la locura también es fuerte.

MARIA.—¿La locura?

JOVEN.—(Con un dedo en los labios). Ahora debes descansar. (Entra Carlos). (Trae un libro en la mano).

CARLOS.—¿Y Alvaro? ¿Se ha ido sin despedirse? (Cruza la escena y coloca el libro en la biblioteca). ¿Es que piensas quedarte aquí toda la noche? (Sale).

JOVEN.—Hasta mañana, María. (Va hacia la terraza).

MARIA.—¿Por qué me has dicho que la locura también es fuerte?

JOVEN.—(Se vuelve). Espera. Cuando regrese tal vez tenga la respuesta. (Sale).

MARIA.—(Inicia lentamente el mutis. Se oyen las campanadas de

un reloj lejano). Esperaré. (Sale). OSCURO.

II

El mismo lugar, últimas horas de la tarde. María, sentada en un sillón, escribe. Entra Alvaro con un ramito de flores.

ALVARO.—Buenas tardes, María. (Le da las flores). Son para ti.

MARIA.—(Que apenas deja de escribir). Son muy bonitas. ¿Quieres dejarlas en aquel florero?

ALVARO.—(Con el florero). No tiene agua. (Mira a María que sigue escribiendo. Sale y regresa en seguida con un vaso de agua que vierte en el florero). ¿No me esperabas?

MARIA.—Sí; pero se me confunden los días: ayer, hoy, no sé cuándo... .

ALVARO.—Debo partir dentro de una semana.

MARIA.—¿Tan pronto?

ALVARO.—¿Vendrás conmigo? Dime, ¿vendrás conmigo?

MARIA.—No.

ALVARO.—Pero, ¿por qué?

MARIA.—No quiero casarme, no quiero ser tu mujer ni la mujer de nadie.

ALVARO.—Entonces, no me rechazas a mí, ¿rechazas casarte como cualquier mujer?

MARIA.—Tú lo has dicho.

ALVARO.—¿Te condenas a ser una solitaria? ¿Eso deseas?

MARIA.—Siento que todos somos una compañía de solitarios; llegamos al umbral de los demás pero nos de-

tenemos allí, como ante la puerta de una casa desconocida.

ALVARO.—Hay que llegar a la puerta; forzarla si es preciso.

MARIA.—No conmigo.

ALVARO.—Entonces ¿me dejarás partir solo?

MARIA.—Oh, no es el fin del mundo. Seguramente encontrarás una mujer más agradable que yo.

ALVARO.—Eso no es cierto.

MARIA.—Lo será, y cuando me recuerdes, te pareceré una imagen borrosa y extraña, perdida en el tiempo como un viejo retrato.

ALVARO.—María. (La abraza impetuoso). ¡No te dejaré! (Intenta besarla). ¡No te dejaré!

MARIA.—(Apartándolo). No debiste hacerlo.

ALVARO.—Perdona. Me desespera tu decisión.

MARIA.—Lo sé.

ALVARO.—¿Lo sabes? ¿Sabes que sufro por ti?

MARIA.—Antes de que llegaras pensaba en el dolor que te causaría, y no puedo evitarlo.

ALVARO.—¿Me escribías a mí?

MARIA.—En cierto modo.

ALVARO.—¿Una carta? ¿Por qué tenías que escribirme? Quiero saber qué.

MARIA.—Sí, tienes derecho a saberlo. Tal vez comprendas mejor cómo soy prisionera de mí misma y cómo he creído en tu amor.

ALVARO.—Lee.

MARIA.—¡Ay de aquel que fuera un día \ novio de la soledad! \ ¿Después de este amor supremo, \ a quién amaré? \ \ ¿Quién sin dar nada se

entrega \ y estrecha sin abrazar? \ ¿Quién de un vacío tesoro \ hace que se pida más \ \ ¿Qué araña invisible y muda, \ carcelera singular, \ teje sus rejas abiertas \ y el cautivo no se va...? \ \ Los aldabones golpean \ con rumor de eternidad, \ y el corazón, solitario, \ le responde: "más allá"... \ \ Sí, más allá de sí mismo, \ más allá del propio mal, \ amorosamente solo \ con su mal de soledad. \ \ Afuera ríen los soles \ sus vitrinas de cristal, \ racimos de perlas vivas \ al pasajero le dan. \ \ Por los caminos del mundo \ cruza la marcha triunfal. \ Evoé... siga la fiesta... \ \ ¡Ay de aquel que fuera un día \ novio de la soledad!

ALVARO.—(Después de una pausa). Es un poema muy hermoso y muy triste. Pero ¿tú eres realmente la soledad?

MARIA.—Te dije que lo comprenderías.

ALVARO.—¿Y ése es tu adiós?

MARIA.—Yo sólo le digo adiós a los muertos.

ALVARO.—Oh, recuerda a Bécquer: ¡porque el muerto está en piel!

MARIA.—Vives, vivirás mucho y más feliz que yo. Creo que te sientes herido en tu orgullo.

ALVARO.—Quizá. Tenía esperanzas, pensé que las nuestras serían unas relaciones normales entre un hombre y una mujer normales. Me equivoqué. Algo no es normal: tú.

MARIA.—Lamento que reacciones así. Lo dices para ofenderme; pero evidentemente no soy, como dices, normal, comparada con otras

mujeres. Ni deseo serlo. El mundo de los sensatos es demasiado aburrido y pequeño.

ALVARO.—¿Como el mío?

MARIA.—Creo que lo mejor será que te marches. Tienes mi amistad, que es cuanto puedo darte.

ALVARO.—(Amargo). Eres muy generosa.

MARIA.—Soy sincera. ¿Ves que no valía la pena amarme?

ALVARO.—Es posible que tengas razón. (Entra Carlos).

CARLOS.—No sabía que estabas aquí.

ALVARO.—Ya me iba.

CARLOS.—¿Quieres jugar al ajedrez?

ALVARO.—Oh, no. Ya he perdido una partida. Te veré antes de embarcar. Buenas tardes. (Sale).

CARLOS.—¿Por qué se va? ¿Ha ocurrido algo?

MARIA.—Deseaba que me fuera con él.

CARLOS.—¿A dónde?

MARIA.—A Italia.

CARLOS.—¿A Italia?

MARIA.—Quería casarse antes de partir.

CARLOS.—Ya comprendo. ¿Y qué pasó?

MARIA.—Nada, que no me casaré.

CARLOS.—Alvaro es un buen amigo y confío que tu decisión no efecte nuestra amistad. ¿Por qué lo rechazaste? ¿No lo quieres?

MARIA.—No como pretendía.

CARLOS.—Sé poco o nada de tus sentimientos, digamos, no familiares, ¿quieres a otro?

MARIA.—No. ¿Por qué para rechazar a un hombre tengo que querer a otro? Me extraña que me hagas una pregunta tan simple.

CARLOS.—Disculpa. Trataba de entenderte.

MARIA.—Sí, supongo que piensas que he dejado pasar una buena ocasión.

CARLOS.—Supones mal. Yo no soy quien decide tu vida.

MARIA.—Pero es cierto. No soy una mujer atractiva y tampoco soy joven. Es difícil que alguien me ame.

CARLOS.—¿Lo crees? Tienes muchos admiradores.

MARIA.—Es más fácil admirar que amar.

CARLOS.—Respecto a tus sentimientos, yo siempre estaré de acuerdo con lo que tú decidas.

MARIA.—Gracias.

CARLOS.—(Ve los papeles sobre la mesilla). Veo que has estado escribiendo. ¿Cuándo vas a publicar tu libro?

MARIA.—No voy a publicar ningún libro, no, mientras viva.

CARLOS.—¿Por qué?

MARIA.—Sería lo mismo que si me vieran desnuda, que yo me paseara desnuda ante los ojos de los demás.

CARLOS.—¿Es que te avergüenzas de lo que escribes?

MARIA.—No de lo que escribo, ni de mí misma. La diferencia entre las estatuas y yo es que yo tengo el pudor de mostrarme: mi intimidad no es pública.

CARLOS.—Será por eso que aún no se conocen tus mejores poemas. Sin embargo, eso no parece preocuparle a Delmira Agustini.

MARIA.—¡Feliz de ella!

CARLOS.—Tú vales mucho.

MARIA.—Ya lo sabía. (Va a la terraza).

CARLOS.—¿Quieres estar sola?

MARIA.—Sí.

CARLOS.—Ahora sales poco.

MARIA.—Me siento a gusto en casa. (Carlos hace un gesto y sale). (Segundos después aparece el Joven con un laúd en la mano).

JOVEN.—Pasaba por el jardín, cuando me detuvo una rosa para preguntarme si esto (por el laúd) era la coraza de Mambrú; cuando le dije que era la joroba de un ángel no quería creerme. Puede ser un laúd, me dije, y yo no me di cuenta hasta que canté esta canción: (Canta).

La mañana de San Juan
vuelan las palomas
del palomar.

Vuelan y van las palomas
la mañana de San Juan.

Llevan amor en el pico
y hacia la villa se van
las palomas,

la mañana de San Juan.

MARIA.—Es muy bonita.

JOVEN.—¿Estás triste? Tienes cara de ventana por donde no pasa nadie.

MARIA.—Pienso en los hombres.

JOVEN.—Ya me parecía.

MARIA.—Cuando nos cortejan nos llaman mujeres encantadoras;

nos dicen que tenemos el talento de hacer nuestra vida, por eso se dedican a menospreciarla. ¿He dicho cortejar? Somos su propiedad y sus siervas, menos amadas que el pobre perro que lame su mano y menos amadas que el cigarrillo que se consume en sus labios. ¿Cortejadas he dicho? Traficadas más bien, vendidas o regaladas, pues nuestros propios cuerpos son mercancías. Ya sé que es la suerte común de las mujeres, unidas a un marido cualquiera, ver derrumbarse su vida sobre el egoísmo del varón y esa suerte común no la hace menos amarga. Las mujeres malcasadas no se ríen con risa pura: han perdido la libertad de sentirse felices.

JOVEN.—Lo mejor es soñar.

MARIA.—Eso creía.

JOVEN.—¿Es que ya no te gusta soñar?

MARIA.—Hubo un tiempo en que no quise. Sueño con países espléndidos, de nieve y de sol, o de aguas que caen y corren, fluyendo bajo arcos de piedras preciosas, con extrañas luces de todos los colores. Pero también sueño con personas, personas nuevas que no había conocido nunca, y muchas cosas me suceden con estas personas. Mis sueños no son todos de nieblas y nubes sino exactos como las cosas que ahora veo, toco y siento. Igualmente, aquellas que he sonado estaba cierta de tocarlas y sentir las. Y también las personas son reales como las que he conocido en vida. En esto me ocurre una cosa terrible: que estas nuevas personas las sueño como si las hu-

biese conocido desde hace mucho tiempo, con muchos años de nuestro pasado. Entonces, cuando me despierto, no acierto a comprender bien qué diferencia hay entre las personas conocidas de verdad y las que solamente he soñado una noche. Así, no puedo explicarme cómo sucede que, mientras el sueño transcurre en pocos minutos, sin embargo, la nueva persona que sueño en aquel momento, creo recordarla como era hace muchos años. Y así, lo único que distinguiría el sueño de la realidad, sería el tiempo que dura; pero si podemos soñar también el tiempo y los años, no hay manera de saber nunca la verdad. Por esto te digo que es terrible. Yo no sabía que se pudiera soñar el tiempo y los años con toda su duración, además de que, aun soñando, alguna vez se dice: "Yo esto lo había soñado ya", con lo que se puede también soñar que se está soñando. ¿Cómo podré, pues, saber, por ejemplo, si la habitación en que estoy, y toda esta luz y aquellos libros, son verdaderos en torno mío desde hace algunos años y los estoy inventando con el sueño de algunos minutos y, cuando haya concluido, no existirán más? Piensa, pues, cómo estaré inmensamente sola y cómo el mundo se convierte en un inmenso campo de hielo sin fin, hecho de luz vacía.

JOVEN.—Tendré que despedirme. Hubo un tiempo en que las violetas me enseñaron a huir de las enredaderas.

MARIA.—No eres muy delicado.

JOVEN.—Perdona. (Le besa la mano). Yo soy un simple, casi tonto. No obstante, sé jugar.

MARIA.—¿Cuál es tu juego?

JOVEN.—Verás: Un convento muy cerrado \ sin campanas y sin torres \ con muchas monjitas dentro \ haciendo dulce de flores. ¿Qué es?

MARIA.—El panal y las abejas.

JOVEN.—Demasiado fácil. Lo más divertido es el teatro. Recuerda que tú escribiste tres obras de teatro. Y habrás comprobado que no hay ninguna diferencia con la otra vida.

MARIA.—¿Qué otra vida?

JOVEN.—La tuya, la de éstos que están ahí. Podríamos interpretar una tragedia terrible.

MARIA.—¿Te divierten las tragedias?

JOVEN.—Muchísimo.

MARIA.—¿Con verdugos? Ahora parecen honrados.

JOVEN.—Ahí está precisamente la villanía: los criminales de nuestros días parecen tan honrados, que las gentes honradas se ven obligadas a parecerse a los criminales para que haya alguna diferencia.

MARIA.—A mí no me gustan las tragedias. Me angustian. Se parecen a los espejos.

JOVEN.—Oh, también me dijo Shakespeare que no lo dejaban dormir: por eso las escribía.

JOVEN.—¿En qué piensas?

MARIA.—En Alvaro.

JOVEN.—¿Todavía?

MARIA.—Se fue.

JOVEN.—No: tú lo dejaste ir.

MARIA.—Lo mismo da.

JOVEN.—Eso no tiene remedio.

MARIA.—¿Cómo una enfermedad muy grave?

JOVEN.—Mortal.

MARIA.—Sí, mortal... Mi esperanza, yo sé que tú estás muerta. \ No tienes de los vivos \ más que la inestable fluctuación perpetua; \ no sé si un tiempo vigorosa fuiste; \ ahora, estás muerta. \ \ Te han roído quién sabe \ qué larvas metafísicas que hicieron \ entre la dulce carne tu cosecha. \ \ En vano, \ el mágico abanico de tus alas \ con irisadas ráfagas me orea \ saltando al aire turbadoras chispas. \ Yo sé que tú eres de esas \ que vuelven redivivas en la noche \ a decir otra vez su última verba. \ Yo te he visto venir, luciente espíritu, \ sobre el vaivén de las marinas ondas; \ te he visto en el fulgor de las estrellas, \ y hasta los bordes de mi inquieta planta \ danzar tus llamas en festivas rondas. \ \ Pero si al interior vuelvo los ojos, \ veo la sòmbra de tu mancha negra; \ miro tu nebulosa en el vacío \ dar poco a poco tu visión suspensa; \ sin el miraje de los fuegos fatuos \ veo la sombra de tu mancha negra. \ \ No llores por que sé; los ojos míos \ saben vivir en lontananzas huecas; \ míralos secos y tranquilos: márchate \ y el flotante ataúd reposar deja, \ hasta que, junto a ti, también tendida, \ nos abracemos como hermanas buenas, \ y otra vez enlazadas nos durmamos \ en el sepulcro vivo de la tierra.

JOVEN.—¿Y dices que no te gusta la tragedia? Estoy pálido. Ya no creo que pueda reconocerte.

MARIA.—Ven, siéntate aquí, a mi lado.

JOVEN.—Espera: el laúd también tiene que sentarse. (Coloca el laúd recostado en un sillón).

MARIA.—Juguemos por última vez.

JOVEN.—¿Por última vez?

MARIA.—Es difícil sostener la ilusión.

JOVEN.—Pero no puede cambiarse por nada mejor.

MARIA.—El mundo se me desvanece. Hay días en las que entro a una galería llena de fantasmas.

JOVEN.—¿Desde cuándo?

MARIA.—Desde que vivo.

JOVEN.—Los fantasmas están muertos.

MARIA.—Me hablan.

JOVEN.—¿Cómo yo?

MARIA.—Como los muertos.

JOVEN.—¿Yo puedo hacer algo?

MARIA.—Me temo que no.

JOVEN.—Tengo amistad con un silfo escandinavo, es posible que...

MARIA.—No sirven, los silfos ni las hadas.

JOVEN.—¿Entonces...?

MARIA.—Debemos resignarnos.

JOVEN.—¿Qué quiere decir resignarnos?

MARIA.—Aceptar el destino, es sencillo.

JOVEN.—¿Eso es todo?

MARIA.—Para mí, sí.

JOVEN.—No lo comprende: éramos casi felices.

MARIA.—Es lo que más me gusta de ti, que crees en la felicidad.

JOVEN.—De modo que nos separa un abismo. Me siento como un espantapájaros.

MARIA.—No sé de nadie a quien haya querido más que a ti.

JOVEN.—Es un consuelo.

MARIA.—Estoy cansada.

JOVEN.—(Recoge el laúd). Me iré. (Le toma delicadamente la mano y la besa). Adiós, María. (Va a la terraza). ¿No me dices adiós?

MARIA.—Adiós. (Sale el Joven. María llora). OSCURO.

III

El mismo lugar. Noche. Han pasado los años. Sentado, Carlos lee una carta. Momentos después entra María, ya de pelo gris y lentes de miope, descuidadamente vestida, con aire ausente.

MARIA.—¿Qué es eso? ¿Qué lees?

CARLOS.—(Trata de evitar el tema de la lectura). No tiene importancia.

MARIA.—¿Es una carta?

CARLOS.—(Contrariado). Sí.

MARIA.—¿De quién?

CARLOS.—De Alvaro.

MARIA.—¿Quién es Alvaro?

CARLOS.—¿No lo recuerdas?

MARIA.—¿Algún amigo tuyo?

CARLOS.—Sí, un viejo amigo.

MARIA.—A mí ya nadie me escribe cartas.

CARLOS.—No las contestabas.

MARIA.—Es verdad. Ahora que lo pienso: la última me llegó una

Navidad y era una tarjeta donde me deseaban felicidades. La gente quiere que la felicidad nos acompañe una vez al año.

CARLOS.—¿De dónde vienes?

MARIA.—De caminar.

CARLOS.—Es muy tarde.

MARIA.—¿Sí? No me había dado cuenta. Me gusta andar en el otoño. Cuando no hay viento, las hojas caen lentamente y parece que se acuestan a dormir. Tal vez sea yo la que espera dormirse. La vida es muy larga.

CARLOS.—¿Qué dices?

MARIA.—Que la vida es muy larga, la tierra, los caminos. . .

CARLOS.—Siéntate. ¿Quieres que hablemos?

MARIA.—¿De qué?

CARLOS.—De ti.

MARIA.—¿Por qué de mí?

CARLOS.—Ya no escribes.

MARIA.—Oh, eso. ¿Y qué más da? No soy vanidosa y ya escribí cuanto tenía que decir. La verdad es que siempre se escribe lo mismo.

CARLOS.—Tampoco me has leído tus últimos poemas.

MARIA.—No sé dónde los tengo.

CARLOS.—¿La poesía no era para ti una ilusión?

MARIA.—Es la palabra justa: una ilusión; pero ya no tengo ilusiones. Estoy vieja.

CARLOS.—¡Qué disparate!

MARIA.—¿No me ves vieja? Es posible que tú no. Yo lo siento dentro. Detrás de la piel tengo un jardín marchito.

CARLOS.—Me apena que hables así.

MARIA.—Claro. No fue mi intención apenarte.

CARLOS.—¿No vas a cenar?

MARIA.—Después. (Se acerca al piano).

CARLOS.—¿Quieres tocar algo para mí?

MARIA.—(Pasa un dedo sobre las teclas). Está lleno de polvo.

CARLOS.—La música nos gustaba.

MARIA.—Sí. Ahora tengo las manos cansadas. (Toca una tecla). Y el piano está desafinado.

CARLOS.—Quizá, si lo intentarás...

MARIA.—Es inútil. Los pianos saben cuando los dedos están fríos.

CARLOS.—María... No quisiera nunca verte triste.

MARIA.—Oh, no te preocupes. ¿Sabes dónde está el libro de Heine?

CARLOS.—Estaba en la biblioteca. (Va a la biblioteca). Sí, aquí lo tienes.

MARIA.—(Coge el libro). Gracias. (Se sienta a leer).

CARLOS.—(Después de un momento de silencio). Voy a mi escritorio a contestar la carta. No te quedas hasta muy tarde. (Sale).

MARIA.—(Leyendo). "Ni una lágrima sola brota de los ojos secos de estos hombres sombríos: sentados ante su telar, cantan, rechinando los dientes: "Vieja Alemania, tejiendo vamos tu sudario, y mezclamos a nuestro tejido grandes maldiciones. Tejemos, tejemos. \\ Maldito sea el dios, el dios de los dichosos a quien elevamos nuestras oraciones en las frías noches de invierno y en los

largos días del hambre. Vana esperanza ha sido nuestra ilusión: nos ha burlado, engañado, vendido. Tejemos, tejemos. \\ Maldito sea el rey, el rey de los ricos, cuya misericordia hemos implorado en vano. Ha exprimido en nuestros bolsillos hasta el último liard, y hoy manda ametrallarnos como a perros. Tejemos, tejemos. \\ Maldita sea nuestra patria alemana, este país donde medran tan sólo la infamia y el oprobio, donde se marchitan las flores antes de abrirse, donde todo huele a mentira, a cieno. Tejemos, tejemos. \\ Vuela la lanzadera, cruje el telar. Tejemos de día, tejemos de noche. Vieja Alemania, tejiendo vamos tu sudario y mezclamos a nuestro tejido sendas maldiciones. Tejemos, tejemos." (Deja el libro sobre las rodillas un instante, luego lo aparta y apaga la lámpara. Desde la terraza llega un resplandor y se apaga. Es el momento en que entra por la terraza la Vieja 1ª, vestida de negro, con un velón encendido).

VIEJA 1ª—Te digo que es aquí.

Voz de VIEJA 2ª—Sí, sí, ya veo que es aquí. (La primera Vieja pasa a la sala y seguidamente aparece la Vieja 2ª, también vestida de negro y con otro velón encendido).

VIEJA 1ª—¿María no está aquí? (Busca con el velón que pone ante la cara de María). Sí, aquí está.

VIEJA 2ª—No la veo bien.

VIEJA 1ª—¡Ja! De tan vieja estás ciega.

VIEJA 2ª—Buenas noches, María.

VIEJA 1ª—Tiene gracia que des las buenas noches. ¿Nos esperabas?

MARIA.—No con esos velones.

VIEJA 1ª—Oh, son necesarios. Los caminos están llenos de sombras. De sombras, ¿comprendes?

VIEJA 2ª—Este (por el velón) es para espantar a los murciélagos.

VIEJA 1ª—Bueno, trajimos todo. Somos muy ordenadas. En esta bolsita tengo el muérdago y la mandrágora.

VIEJA 2ª—Y yo no me olvidé del anca de rana y el diente de dragón.

MARIA.—Como corresponde a dos viejas brujas.

VIEJA 1ª—Oh, no. Nosotros no tenemos trato con el diablo. Sólo vinimos a lo que tú mandaste.

MARIA.—Dejen esos velones sobre el piano. (Las viejas lo hacen).

VIEJA 2ª—(Divertida). Encontramos en el jardín tres gatos negros.

VIEJA 1ª—Cállate. ¿Acaso María se va a asustar de tres gatos negros?

VIEJA 2ª—Cuando yo era joven me asustaba de las arañas.

VIEJA 1ª—Cuando tú eras joven las ciervas no tenían todavía cuernos.

VIEJA 2ª—Eres odioso y debería morderte en la garganta una culebra.

MARIA.—¡Cállense!

VIEJA 1ª—(A María). No hagas caso y vamos a nuestro negocio.

VIEJA 2ª—(Ríe) ¿Lo llamas negocio?

MARIA.—¿Lo encontraron?

VIEJA 1ª—¿No nos pediste que lo encontráramos? Tú lo buscabas.

MARIA.—¡Desde hace tanto tiempo!

VIEJA 2ª—Ya te decía yo, esto es cosa de mucho tiempo.

MARIA.—¿Dónde estaba?

VIEJA 1ª—¿Ves? Quiere saber dónde estaba.

VIEJA 2ª—Esto es demasiado.

MARIA.—¡Malditas viejas! ¡Las viejas retroceden!

VIEJA 1ª—Espera. Te lo diré: estaba en un parque, colgado de un cedro.

MARIA.—¿Colgado de un cedro?

VIEJA 2ª—Ahorcado con las cuerdas de un laúd.

MARIA.—Es horrible.

VIEJA 1ª—Sí, hija mía, la muerte es horrible.

VIEJA 2ª—Oh, no le creas, lo dice para adularte.

MARIA.—¿Dónde está ahora?

VIEJA 1ª—Ahí (señala hacia la terraza). Está muy pálido...

VIEJA 2ª—... y tiene la cara llena de olvido.

MARIA.—Quiero verlo.

VIEJA 1ª—Eso es fácil.

MARIA.—Aquí.

VIEJA 2ª—¿Por qué aquí?

MARIA.—¿Quién lo trajo?

VIEJA 2ª—(Con una risita). Quieres saberlo todo.

MARIA.—He preguntado quién lo trajo.

VIEJA 1ª—Dos sepultureros que encontraron el encargo muy divertido.

VIEJA 2ª—Eso, se emborrachan con los muertos.

MARIA.—Que lo pongan en este sofá.

VIEJA 1ª—¿En este sofá?

VIEJA 2ª—¿No se te había ocurrido, eh? Es un lugar muy apropiado.

VIEJA 1ª—Deja ya de hablar. Vamos. (Cogen los velones y van a la terraza; en la terraza hacen señales con las luces). (A María). Ya vienen. Es una noche tan oscura que parece emplumada por los cuervos.

VIEJA 2ª—Si lo sabes muy bien, vieja cuerva.

VIEJA 1ª—Por aquí. Yo voy adelante. (La Vieja 1ª pasa a la sala seguida de los dos sepultureros que traen al Joven, y detrás la Vieja 2ª). Ahora déjenlo en el sofá. Bien, muy bien. Ya pueden irse. (Salen los hombres).

VIEJA 2ª—Aquí está, joven, terriblemente joven.

VIEJA 1ª—¡Quieres callarte!

VIEJA 2ª—¡No puedo! ¡Estoy muy excitada ante un cadáver tan hermoso! Voy a dejar el velón aquí, cerca de su cabeza (lo coloca en el posabrazos). Dame el tuyo (arrebata el otro velón a la Vieja 1ª y lo coloca a los pies del Joven, en el otro posabrazos).

VIEJA 1ª—Vamos a sentarnos.

VIEJA 2ª—¡A velar! ¡A velar!

MARIA.—¡No! ¡No! ¡Déjenme sola!

VIEJA 1ª—Pero no debes despreciar nuestra compañía: la muerte es larga.

MARIA.—¡Fuera!

VIEJA 2ª—Te lo dije: nunca averiguaremos su secreto.

VIEJA 1ª—Trae un velón.

VIEJA 2ª—No.

VIEJA 1ª—¿Y cómo saldremos?

VIEJA 2ª—Tú sígueme, cuando lleguemos a la sombra todo nos parecerá igual.

VIEJA 1ª—Trozeparemos.

VIEJA 2ª—Las sombras no tropiezan con las sombras. (Salen).

MARIA.—(Sentada en el suelo, al lado del sofá, acaricia la cabeza del Joven). Alma mía, ¿qué velas \ en la nocturna hora, como los centinelas, \ con los ojos abiertos para mejor velar, \ si no tienes ningún tesoro que guardar? \ ¿Qué velas, alma mía, mientras que, asordados en su funda sombría, \ redoblan sin cesar \ tambores misteriosos su tré-mula elegía? \ Que guardar ni esperar tienes ningún tesoro, \ sobre el oleaje inquieto, \ ni el birreme de oro \ llega para la cita, \ no te revelará la Esfinge su secreto \ ni las esferas cósmicas su música inaudita. \ \ ¿Por qué guardas, celoso, como un soldado alerta, \ mientras reposa todo, tu solitaria puerta, \ si no tienes tesoro que escoltar, \ ninguno que esperar? \ \ Es en vano, alma mía, \ es en vano que veles, \ la noche pasa sobre sus fúnebres corceles, \ con la irisada pompa de todos sus caireles \ se quebrará en el fondo de tu urna vacía. (Se abraza al Joven).

TELON

Sevilla, 19/26 de junio de 1980.

JAIME SUAREZ QUEMAIN

EL DULCE Y DISCRETO ENCANTO DEL MATRIMONIO

(Monólogo libertario escrito especialmente para mi amiga Gilda Lewin)

A Tilly y Jannette, que hicieron posible
mejorar el texto.

PERSONAJES: Los estrictamente necesarios.

EPOCA: Actual.

ESCENARIO: Una cama en la que se encuentra un hombre cubierto por las sábanas. Hay un teléfono. En una mesa de noche está colocada una vieja fotografía de una pareja casándose, la pareja se ve bastante joven. Un televisor. Una mesa de noche con un espejo. Una silla con ropa de hombre tirada sobre ella. Varios libros colocados en un completo desorden, incluido uno abierto encima de la cama: zapatos y calcetines regados. Todo lo que el director juzgue necesario.

MUJER: (Aparenta unos cincuenta años de edad, acaba de colgar el teléfono y empieza a vestirse lentamente ya que se encuentra en baby doll. Se arregla como quien espera visitas). (Suspirando).

Fue tan maravilloso conocernos, recuerdas.

Yo estudiaba primer año de bachillerato en aquel colegio de monjas supuestamente liberadas.

La vida sonreía a mares. Todos los días eran de fiesta y las calles de San Salvador guardaban cierta quietud que sólo interrumpía de vez en cuando, uno que otro ladrón... y los gritos de una mujer clamando por su cartera.

La felicidad se daba como si fuera invierno: a cantaradas.

Tus sueños consistían en escalar posiciones en aquella oficina de Representaciones. Un día lograrías ocupar un cargo que sonaría de manera pomposa. Algo así como Gerente General de Representaciones Internacionales, S. A. de C. V.

Te sentías tan bien con tu papel de vendedor estrella, y con cierto orgullo, mostrabas aquellas tarjetitas en las que se leía: Julián Sánchez, Ejecutivo de Cuentas.

Te conocí entrando a la Biblioteca Nacional. (Riéndose). Tú perdiste a tu futuro cliente, que furioso porque no llegaste a la hora indicada te mandó al diablo. Eso fue lo que tú mismo me contaste después.

Yo andaba buscando un texto acerca de los orígenes del derecho para cumplir con un deber.

Dijiste que te gustaban mis ojos, que eran exquisitamente lindos y a mí, nunca pude negarlo, la vanidad se me fue más lejos que a Marte.

Charlamos quedito en una banca. Banca que después no sé qué cretino director de la Biblioteca ordenó quitar, despojando de un monumento histórico a nuestro “love story” subdesarrollado. En media hora me habías hablado de tus proyectos, de tus sueños, las cosas que ambicionabas y además de todo eso, ya tenías mi dirección, número de teléfono y las horas en que podías hablarme.

No tenía ni dos minutos de haber llegado a mi casa, cuando puntual como un vendedor, el teléfono sonaba preguntando por mí. Cuando mi madre dijo tu nombre, yo de verdad ya ni lo recordaba, pues pensé que el incidente de la biblioteca no tenía ninguna importancia... y fue todo lo contrario porque cambiaste totalmente el rumbo de mi vida.

Te fuiste metiendo en mí. Al principio como quien no quiere la cosa: Yo sólo quiero ser tu amigo, no pretendo nada más.

Yo, en cambio, de verdad que no quería, porque en esos momentos mi problema más importante consistía en decidir si dedicarme al Señor (se persigna) o llegar a ser una abogada famosa.

Pero tú no querías ser mi amigo... buscabas algo más: Julián por Dios, yo no te quiero, no trates de meterte en mi camino.

Y empezaste a bombardearme con cartas. Hubo día en que recibí hasta dos de un solo. Y me fui acostumbrando.

Ah, eran lindas tus cartas. Mis compañeras se morían de envidia al leerlas. En el fondo hubiesen querido que fueran para ellas. Tanta carta Dios mío. Cuando vine a darme cuenta te me habías vuelto necesario.

Me invadiste de una manera total (al decir esto observa a su alrededor y señala los libros, la ropa, los zapatos, etc.).

Recuerdas cuando visité por primera vez un motel. Me costó un mundo convencer a mi madre que iba para el colegio, principalmente porque

salí sin uniforme. Era imposible que tuviera el valor de entrar a un motel con el uniforme de un colegio de monjas.

Tú, puntual como siempre, te pasaste media hora en la parada de buses donde debíamos reunirnos. Yo temblaba y tú apretabas mi mano para calmarme. Decías que no me pasaría nada. Que simplemente querías estar en un lugar donde pudiéramos besarnos con entera libertad y que yo de ese lugar saldría tal como entré: completamente virgen.

¡Qué pasión más desbordante! Me envicié con el motel. Agarré zumba como dicen los bolitos. Hasta llegué a encariñarme con los raquítricos emparedados de pollo que vendían. Y el casero, que de tanto llegar supimos que se llamaba Pedro, empezó a vernos como a un par de viejos amigos. Hasta sabía qué alcoba nos gustaba y una vez que estaba ocupada, nos dijo que podíamos esperar, que la pareja saldría pronto porque era un viejito cincuentón quien la estaba ocupando.

No tardó en aparecer mi embarazo. Tú argumentaste una sarta de principios morales y te negaste rotundamente a visitar al médico que resolvía ese tipo de problemas. Total, el problema continuó desarrollándose. Las monjas admitieron que continuara hasta finalizar el último año de bachillerato, porque al fin y al cabo nos habíamos casado incluso por la iglesia y mi panza aún no se notaba.

Le pusimos el nombre de Denisa. Sí, fui completamente inútil, ni siquiera en eso pude complacerte. Lo querías varón y para octubre, exactamente en el día de tu cumpleaños, ¿recuerdas?

Me dediqué enteramente a mi nueva profesión: a cuidar niños, niños en plural porque después vino Juliancito. Cuidar niños y de ajuste perder al marido. Me dejaste como tu sustituto el televisor adquirido a plazos, porque simplemente ya ni siquiera venías. Cuántas veces llegué hasta las dos o tres de la madrugada esperando verte aparecer con un trío que cantara: “No hace falta que salga la luna, pa venir a cantar mi canción, no hace falta que el cielo esté limpio. . .”

A la mierda todo. Hoy, lo único que recuerdo son todos los abortos que me obligaste a hacer. Te das cuenta queridito, cómo toda tu hipócrita moral y tus beatíficos argumentos fueron lanzados a la calle. Entonces ya no importaba que mi vida peligrara. Eran más válidos los argumentos del puerco de tu jefe, que siempre te negó el tan esperado y soñado aumento. Claro, no era culpa de los jefes que el arroz y los frijoles estuvieran por las nubes, ni que tú fueras tan imbécil para estarme preñando, precisamente cuando los obreros, impregnados por ideologías exóticas traídas al país por bandas de degenerados anarquistas y comunistas, anden creyendo que es obligación de los patronos solucionarles sus problemas. En vez de andar llorando que vean televisión y se olviden de pasar la vida, como depravados, pensando sólo en abrir las piernas a sus mujeres.

Todo, todo es una solemne porquería. No sos más que un fracasado. Jamás llegaste a ser el flamante Gerente General que soñabas, ni yo la mujer que supuestamente, porque así lo querías, asistiría a tus triunfos.

Fracasado, no sos más que un fracasado y me obligaste a cargar también con esa cruz. La cruz de tus fracasos, además de los míos. Adiós, adiós Perry Mason femenina, ya viste papito lindo que no pude complacerte. Adiós, adiós Sor Sonrisa, ya viste mamita que tampoco a ti pude complacerte. Mami, Papi, hoy limpio caca, lavo pañales, aseo la casa y hago milagros para estirar hasta el fin de mes la porquería de sueldo de mi flamante marido.

Sí queridito del alma. Tus cartas se acabaron y desde hace muchos, pero muchos años, de tu pobre y estrecho cerebro ya no sale nada, nada.

Si aunque sea fingiendo hubieras tratado de ser un hombre cariñoso. Si se te hubiera ocurrido robarte de vez en cuando una rosa de cualquier jardín. Yo hubiera tratado de ser la misma. Pero no, las cartas, las flores, los te quiero, todo, todo se consumió, se extinguió, desapareció para siempre.

Cuántas veces los primeros rayos de sol fueron recibidos por mi llanto derramado a la par de dos cunas, porque jamás te alcanzó para comprar la tercera. Para mí todo el llanto y las desveladas de tus hijos, porque también eran tuyos. Todo el dolor del mundo sólo para mí, sólo para mí, sólo para mí. (Ha empezado a llorar).

¡Vida de perra la que me dabas! Ni siquiera a la casa venías. Primer aumento de sueldo y automáticamente una querida, porque nunca me pude tragar la historia del encuentro inesperado con tus amigos de infancia. (Empieza a reír, toda ella se transforma y el llanto ha dado paso a una risa sarcástica, irónica).

Qué inmensa satisfacción ver la cara de pendejo que hiciste el día que hice el amor con tu amigo Romualdo. Regresaste a casa a las tres de la mañana y ni siquiera te extrañó por qué en esa ocasión no te hice ningún berrinche. Ni discutí o traté de pelear contigo. Fue divertido. Me divertí como en años no lo había hecho. Fue una venganza dulce y silenciosa, pero venganza al fin. Venganza que disfrutaba cuanta vez veía tu rostro, más cuando al mencionar a tu amigo decías: el “Tarado de Romualdo”, sólo que ese “Tarado de Romualdo”, tu amigo Romualdo, se acostaba con tu sacrificada, heroica y abnegada mujercita, que pasaba todo el santo día lavando platos, cuidando cipotes y sin verte el cacho.

Lo de Romualdo terminó más pronto de lo que canta un gallo... pero siempre hubo alguien a mano que me diera el gusto de burlarme de mi flamante Ejecutivo de Cuentas.

Así, así, nos fuimos haciendo viejos queridito. Hoy precisamente, cumplimos 35 años de casados y ni siquiera te diste cuenta.

35 años... 35 años... 35 años... 35 años de disecarme, encerrada en esta casita que jamás llegó ni llegará a ser mía como lo prometiste.

Esta casita, la más linda del mundo en un principio. Era tan linda cuando tenía fuerza y voluntad para arreglarla, para que no le faltaran flores y la alegría estuviera presente a todas horas. En ella llegaríamos a viejos... pero siempre queriéndonos. Lo decían tus cartas, ¿recuerdas? De vez en cuando saldríamos con nuestros hijos a visitar el Jardín Botánico y regresaríamos llenos de amor a nuestro dulce hogar.

Nuestro dulce hogar. Bah, ni mierda de eso pasó, porque lo único que conservo son 35 años de vivir en una casita que poco a poco se fue convirtiendo en lo que es: una pocilga, un campo de concentración, un goulag peor que los descritos por ese barbón ruso. 35 años de vivir en una inmundanda cárcel, en un ataúd. Sí, en un ataúd porque eso es la casita: el ataúd en el que me enterraste en vida. Ah, pero al fin he logrado escapar del ataúd y no me importa que me lleven a otro. No me importa porque jamás tuve una opción. Siempre fui rodando de tiranía en tiranía, de una dictadura a otra. Verdad que la niña linda será monjita. Su mamita lo quiere y la niña es obediente, muy obediente. Te llamaremos Sor Sonrisa. Hijita de mi corazón, tú serás como tu padre. No, qué vas a ser como tu padre, serás mucho mejor. Mejor que todos los abogados del mundo, mejor que Perry Mason, inclusive.

Amorcito, nunca le dijeron que detrás de todo hombre importante hay una mujer inteligente. Usted será el motor de mis triunfos. Yo voy a ser Gerente General de Representaciones Internacionales, S. A. de C. V. y usted estará a la par mía, insuflándome energías para el combate.

Siempre la dictadura, siempre el gobierno diciendo qué tenía que hacer, cómo debía vestir, qué tenía que desear y de buena gana me hubieran entregado un instructivo indicando cómo y cuándo tenía que cagar. En algunas fábricas ya lo hacen. Dan diez minutos a determinada hora del día para que todo el personal tenga ganas de ir al water closet y no se distraigan en sus máquinas.

Haz esto, haz lo otro, haz aquello, ¿y cuándo se me preguntó qué quería hacer? Nunca, nunca. Cuando traté de hacerlo tú lo impediste. Recuerdas que me hubiera gustado tener un salón de belleza. Siempre me atrajo la cosmetología. Entonces apareciste diciendo que si trabajaba que me olvidara de vos, que para eso eras muy macho, que podías mantener a tu mujer y que jamás permitirías que tu mujer, a quien le brindaste tu apellido, te saliera con algo tan vulgar. Mi destino era el ataúd y sólo el ataúd.

A pesar de que tus frases siempre fueron la más inmundanda y demagógica paja, hubo una en la que sé que tenías razón: La prostitución es un matrimonio de corta duración y el matrimonio una prostitución de larga duración. Claro que eso es. El matrimonio no es más que una prosti-

tución legalizada, santificada por la Iglesia y el Estado. Han sido 35 años de sentirme realmente como una puta los que me han hecho ver claramente la cuestión. Es más, para darte la razón en eso tuve que dejar de quererte hace muchos años. Seguí abriendo mis piernas y acostándome contigo, porque tenía miedo de afrontar yo sola la vida, sola y con tres ci-potes que era necesario mantener... y la leche, el alquiler, las medicinas, el colegio, los frijoles, la ropa, y mis estudios a medias y etcétera y etcétera y más etcétera. Claro que tenía que aguantarte, pero cada vez que abría las piernas sabía que era una puta. Simplemente una puta, aunque nos hubiera casado el alcalde y aquel cura grotesco ante quien juré amarte hasta la muerte. Y no juré en vano porque te amé hasta la muerte. Hasta la muerte porque estoy enterrada desde el día que dejé de quererte.

Nunca me sentí puta cuando me llevabas a aquel motel. Entonces te quería, era por amor que abría las piernas. Yo no necesitaba de tu inmundo sueldo. Aquello era amor, libre de prejuicios mercantilistas del matrimonio. Si hubiera sido necesario hacerlo en el suelo lo hubiera hecho... en un parque, lo hubiera hecho... donde fuera, lo hubiera hecho. Tu apellido, para qué diablos ha servido tu apellido.

Con Romualdo tampoco me sentí puta y a pesar de que no lo quería, porque aún te amaba con toda el alma. Pero fueron tus cabronadas, tu falta de atención, lo que me fue metiendo el deseo de vengarme, y qué mejor que tu gran chero se encargara de servirte de verdugo.

Ahora, dentro de un rato, imagino las caras que pondrán nuestras amistades, toda esa inmunda legión de putas honestas, que también abren las piernas únicamente porque las mantienen, aunque odien al marido tanto o más de lo que yo te odio a vos.

No tardarán en darse cuenta y aparecer como zopilotes a disfrutar del festín.

Te advierto, no fue en absoluto fácil hacer la llamada telefónica. Por un momento dudé y pensé que era posible escapar, pero cuándo me ha sido posible escapar a mí, cuándo Dios mío, Dios asqueroso y grotesco que jamás te acordaste de mí... Es mejor, aunque sea una vez en la vida, enfrentarnos con orgullo a nuestras responsabilidades. ¿No crees que tengo razón queridito del alma?

(En estos momentos llaman a la puerta).

MUJER: Está abierta, pueden pasar:

(Ella se levanta con los brazos extendidos).

MUJER: Nunca pensé que la policía vendría tan pronto.

(Camina hacia la puerta y al llegar a ella dice:)

El cadáver está sobre la cama.

(El telón lentamente empieza a cerrarse).

F I N

HISTORIA

Artículos

y Ensayos

de

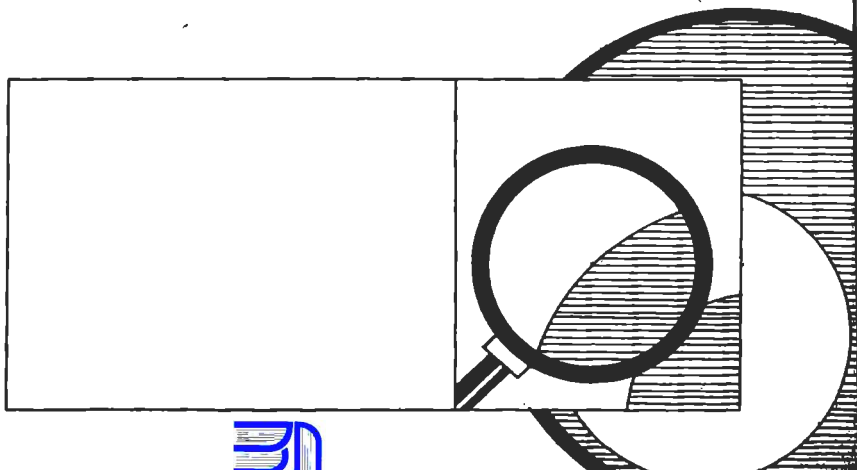
Roberto Molina y Morales

Pedro Escalante Mena

Ricardo Lindo

Italo López Vallecillos

José Escalón



ROBERTO MOLINA Y MORALES

Historiador salvadoreño, especialista en asuntos coloniales, y post-Independentistas. Cultiva, con notable éxito, la Investigación genealógica.

PEDRO ESCALANTE MENA

Joven historiador salvadoreño.

RICARDO LINDO

Poeta y escritor. Prepara un libro sobre la pintura salvadoreña.

ITALO LOPEZ VALLECILLOS

(Ver CULTURA 64)

JOSE ESCALON

Notable médico salvadoreño. Fue también Miembro de Número de la Academia Salvadoreña de la Lengua.

ROBERTO MOLINA Y MORALES

EL PRECURSOR Y FUNDADOR DEL PERIODISMO EN EL SALVADOR

PBRO. DON MIGUEL JOSE DE CASTRO Y LARA

Escribir sobre el "Precursor y Fundador del Periodismo en El Salvador", no es empresa fácil aunque sí grata para el historiador, amigo de figuras pretéritas cautivadoras, que se empeña en analizar caracteres, tratando de ahondar si es posible en las almas. Es también de marcado interés para quienes se entregan a las labores simplemente literarias.

La personalidad del P. Don Miguel José de Castro y Lara, con ser interesante en gran medida, es contradictoria y no exenta de riesgos en la interpretación de sus actos, pues no puede olvidarse que el brioso presbítero tuvo en su agitada vida complacencias culpables y actitudes dignas de censura, arrestos patrióticos e impulsos elevados merecedores éstos del mayor respeto.

En nosotros debe predominar del "Precursor y Fundador del Periodismo en El Salvador" el aspecto humano, profundamente patriótico, con que bregó firmemente en la lucha indepen-

dentista y libertadora; en él, equivocada a ratos, a ratos descentrada, pero levantada siempre por el apasionamiento sincero que la movía y el nobilísimo ideal que la impulsaba.

No debe olvidarse, por otra parte, que Don Miguel José de Castro y Lara fue hombre de su siglo.

Eclesiástico que leía a Voltaire, volteriano que cantaba misa; tuvo mucho de la influencia pía y espiritual de su formación primera hondamente ortodoxa —como sacerdotal que fue al fin y al cabo— y no poco del filosofismo francés del siglo XVIII, que con todo y estar "bautizado y convertido", por decirlo de algún modo, al trasladarse a un medio profundamente cristiano como era entonces el nuestro, tenía que resultar en el fondo heterodoxo y escéptico.

Tal fue, por así decirlo, la sustancia espiritual del ilustre patricio en sus años de madurez.

* * *

Nacido en San Salvador a 26 de octubre de 1775 del matrimonio del linajudo criollo Don José Carlos de Castro y de la no menos hidalga señora Doña Elena de Lara-Mogrovejo de León y Mexía, vino al mundo emparentado con los más eminentes prohombres que —en su hora— moverían el sentimiento salvadoreño, y promoverían y efectuarían la Emancipación Política del país, y en el seno de una sociedad conservadora y lógicamente prejuiciosa, de la que debería ser el P. Castro y Lara, andando los años, una especie de oveja descarriada.

Fallecido su padre el 30 de marzo de 1780, cuando Miguel José tenía escasamente cinco años, su madre pasaría a segundas nupcias a 9 de noviembre de 1788 con Don Felipe Pérez de Vargas (viudo a su vez de la señora Doña Gertrúdiz de Cilieza y Velasco). De este segundo enlace Doña Elena de Lara no tendría descendencia.

Tuvo, sí, Miguel José de Castro una única hermana, menor que él, Doña Francisca, que casaría en San Salvador el 17 de febrero de 1795 con el santanderino Don Gregorio Salazar y Martínez de la Peña, que la hizo madre de los Generales Don Gregorio y Don Carlos Salazar, así como de Don Francisco del mismo apellido, militar como aquéllos. Todos tres tuvieron figuración política en la Era Morazánica.

En la provinciana capital donde se mecía su cuna, inició Castro y Lara los estudios elementales de humanidades, siendo alumno de los Padres Franciscanos, cuyo convento era centro recoleto en el que recibían la educación primaria los niños de las familias más rancias de la provincia, al lado de los hijos de menestrales y artesanos.

Y, concluyendo el siglo XVIII, teniendo el mocito catorce años de edad, pasó a Guatemala para seguir la carrera eclesiástica; carrera a la que lo inclinarían posiblemente sugerencias familiares, conveniencias de clase o espe-

ranzas de futuras y brillantes posiciones en la Iglesia.

Porque debemos tener presente que en aquella época eran las de la Iglesia y la Milicia las carreras obligadas de los criollos distinguidos, y las únicas que podían ofrecer en América brillo y seguridad futuros.

Tengo para mí que Don Miguel José de Castro y Lara subió al altar con parva y tibia vocación; no obstante la sujeción que al dogma y a la moral católicos supo guardar en su existencia atormentada y movida.

Observó siempre irreprochables costumbres.

Fue la disciplina eclesiástica con la que su espíritu encontró difícil avenirse.

Tales razones, pues, mueven a sospechar que recibió las órdenes sagradas dueño ya de un espíritu ecléctico, que le hacía tratar de conciliar en su fuero interno, las doctrinas de la Fe Católica con el pensamiento de la enciclopedia y de un positivo galicanismo; difícil tarea que nunca ha alcanzado resultados positivos aun en muy recios entendimientos.

* * *

Ese eclecticismo suyo le llevaría más tarde a seguir y apoyar procedimientos que vulneraban doctrinas disciplinarias de la Iglesia a la que pertenecía; pero que a su razón le parecían apropiados, como frutos de las doctrinas del filosofismo francés, de que se había saturado.

Sólo así se explica su consecuencia y su adhesión combativa al cisma disciplinario que por causas políticas quizá más que personales propició y acaudilló el célebre Cura de San Salvador, Don José Matías Delgado, Padre y Fundador de la República, y uno de los principales responsables —tenemos que decirlo— de que el desatentado sistema federal adoptado por la nueva Nación Centroamericana, rompiera la unidad

histórica del antiguo reino de Guatemala y trajera los gérmenes y raíces de su disgregación definitiva.

Afirmo lo anterior, no para demeritar una figura tan alta como la del señor Delgado, sino porque lo tengo como verdad palmaria; y porque ya ha pasado la época en que existían figuras "tabús" en nuestros anales, puesto que se está exigiendo una revisión severa de nuestra historia patria.

* * *

Antes de seguir adelante, es singularmente interesante para estos fines analíticos tratar de conocer la evolución mental que se operó en nuestro biografiado, muy semejante por cierto a la de otros prohombres de su tiempo.

Alumno aprovechado del Seminario Tridentino de Guatemala, al que ingresó "vistiendo la beca" el 15 de julio de 1789(*), cultivóse en los primeros tiempos de escolar en las doctrinas y principios de la cultura eclesiástica y en los cánones de la filosofía escolástica tradicional, cuyo contenido vino a ser luego, para él, convencional y, más tarde, parecerle totalmente caduco, agostado.

Porque, cuando mentalmente más desarrollado cayeron en sus manos las

(*) En la solicitud de ingreso al Seminario presentada al Arzobispo Don Cayetano Francos y Monroy, se dice que Miguel José de Castro "está pronto a dar información de ser, como era, sobrino del Br. Don Cayetano de Lara (Libro de Certificaciones de Ingreso al Seminario, tomo de los años 1740 a 1803, fl. 368. Archivo de la Curia Arzobispal de Guatemala), Presbítero, y de la R. M. Sor María Casilda de Lara, actual Abadesa del Convento de Religiosas de la Concepción de Nuestra Señora, ambos hermanos uterinos de la dicha Doña Elena, su madre"... Y unidas a éstas otras condiciones, entre ellas su orfandad paterna; una vez verificada la información, el Arzobispo, con fecha 15 de julio de 1789, concedió a Castro la Beca solicitada de ingreso al Tridentino.

obras de los enciclopedistas y fueron leídas con la avidez de quien —como Castro y Lara— sentía una sed inextinguible de saber, el conflicto ideológico hubo de producirse, agravado en su caso por la evidente falta de una sólida vocación al estado sacerdotal.

En su mente hubo de iniciarse entonces el confronto, la revaluación.

El sistema de filosofía escolástica le fue pareciendo cosa yerta y sin vida, como ánfora que había agotado su contenido y que solamente servía en aquellos tiempos para entretener a tomistas y escotistas en inútiles controversias bizantinas, que no resultaban de interés ni beneficio para la ciencia ni para la Fe.

A Miguel José de Castro en la argumentación cartesiana y leyendo a los enciclopedistas con una mente proclive al racionalismo, le pareció aceptable el principio de la duda metódica y poco a poco la fue adoptando como idea matriz en sus especulaciones.

Estimó que había descubierto en las páginas de Locke el principio sensorial, externo —mejor dicho—, relativo, de las ideas, de las pasiones; se enteró de la teoría analítica de Condillac, al que llegó a tener por guía tan seguro —poco menos— que el Evangelio; reflexionó sobre lo que representan los cuatro "ídolos" a que se refiere el autor del "Novum Organum" y, armado de todos esos elementos, tan contrarios a su formación sacerdotal, llegó a tener marcado desdén para cuanto le parecía que no encajaba con aquéllos.

En adelante, parece que decidió no aceptar en su entendimiento más verdades filosóficas que las que estimaba conforme a su razón; pero, ... ciertamente, sin llegar a romper por eso con la Fe de sus mayores.

La mente de Castro —como se dijo— fundamentalmente ecléctica, logró de manera original y curiosa hacer convivir pacíficamente casi, en su fuero interno, los dogmas cristianos con las

ideas que pregonaba la nueva filosofía racionalista, en maridaje difícil de entender.

Pero es indudable que los filósofos de la enciclopedia contribuyeron a finiquitar en aquel espíritu todo residuo de respeto al antiguo y consagrado principio de autoridad.

Y en sus elucubraciones filosóficas en la Universidad de San Carlos, donde Castro y Lara siguió durante cinco años estudios superiores de humanidades para alcanzar el grado académico de Maestro en Artes —como entonces se designaba la Licenciatura en Filosofía— tuvo su entendimiento que chocar con la doctrina que en las aulas carolinas se mantenía sobre el origen de la autoridad, en su clásico, ortodoxo y tradicional concepto, y hubo de aficionarse a Rousseau por la teoría de que el Estado venía a ser producto de un pacto, de un contrato social, como afirmaba y sostenía aquél a quien se ha llamado “El Solitario de Ermenonville”.

Simultáneamente, “El Espíritu de las Leyes”, de Montesquieu, le enseñó a Castro y Lara que el Derecho venía a ser una producción meramente telúrica.

En suma, y como resultado del análisis de todas esas lecturas y de todas esas doctrinas, adoptaría nuestro biografiado la causalidad humana del Derecho, sin advertir que las causas próximas de aquél no pueden tener consistencia y fundamento sino en la última que es Dios, principio y sustentación de todo Derecho, como producto que es éste de su infinita inteligencia.

Así, convertido el católico al filosofismo volteriano, desconfiando de todos los conocimientos filosóficos que los hombres de Iglesia de aquella época tenían poco menos que como dogma de fe, subió Castro y Lara al altar y recibió la investidura sacra y la ordenación

sacerdotal, por los años de 1800.(*) con el alma tomada —como se dijo— por un cierto escepticismo que se iría marcando con el tiempo.

Designado inicialmente capellán de las Madres Capuchinas en Guatemala; fue nombrado primero, en 1802, coadjutor de la Parroquia de San Salvador, siendo luego designado a 18 de abril de 1804 Cura Interino de San Juan Olocuilta y, al ganar por oposiciones el curato de Texacuangos, recibió el 24 de diciembre de 1806 la colación canónica de esa agreste parroquia de su provincia nativa.

* * *

En Santo Tomás Texacuangos se encontraba nuestro hombre, dedicado al ejercicio de la cura de almas, que cumplía exactamente como un deber, y a la lectura y meditación de sus amados filósofos, cuyas obras le serían más tarde decomisadas; cuando en 1808 se planteó violentamente una crisis política y social, fundamentalmente institucional y hasta religiosa, en la inmensa monarquía española, de la cual el reino de Guatemala y desde luego la provincia de San Salvador formaba parte.

Invasada por las huestes de Napoleón la Península Ibérica, preso en Valencia de Francia el rey Don Fernando VII y disuelta por un motín la Junta Central que en Sevilla ejercía en nombre del monarca ausente el gobierno de las Españas; una Regencia subrogó a la Junta (1810), tratando de representar a Don Fernando a quien llamaban “El Deseado”, que resultó ser hombre de ruin y torva condición, que no supo estimar

(*) En la quizá ligera investigación que pude hacer —por lo premioso del tiempo— en el Archivo Arzobispal de Guatemala, no pude establecer la fecha de la ordenación sacerdotal del P. Don Miguel José de Castro y Lara; solamente constaté que recibió la tonsura el 29 de marzo de 1796 y las cuatro órdenes menores el 22 de diciembre de 1797.

el heroísmo de su pueblo, lanzado bravamente a su guerra de independencia contra el francés invasor, levantando el estandarte de "El Deseado".

Los americanos, que habían reconocido como legítima a la Junta Central, no bien ésta fue disuelta, iniciaron trabajos emancipadores, por negarse a reconocer en la Regencia prenda alguna de legalidad y porque independizando estos reinos de aquende el mar se evitaba que cayeran en poder del imperio francés, cuyas fuerzas militares ya ocupaban arteramente la casi totalidad de España.

Disuelto el poder por los reinos americanos reconocido para gobernar la monarquía española y sustituido por otro, al cual los pueblos americanos no habían sufragado, era lógico que se creyeran desligados de todo juramento de fidelidad y se tratara en todo este continente de formar gobiernos municipales.

En un interregno —y en él se estaba— tal como lo prescribía el antiguo código de las "Siete Partidas" de Alfonso X el Sabio, fundamento de la legislación y del derecho de las Españas, los pueblos debían gobernarse por sus ayuntamientos.

La tesis había sido defendida tradicionalmente por los grandes filósofos españoles de la Edad de Oro, manteniéndose así latente el principio de la soberanía popular. El principio volvía, pues, a cobrar vida.

En este reino de Guatemala y particularmente en la provincia salvadoreña la opinión se compactó. Castro y Lara fue de los que formaron en la vanguardia.

Patricios, académicos, nobles, eclesiásticos, togados y terratenientes, todo aquel conjunto de personas que formaban la clase dirigente, se estrecharon alrededor de la bandera emancipadora, aunque al principio no todos de manera abierta.

Los prohombres, impulsados inicialmente a la lucha por diferentes motivos, y no advirtiendo que obtenida la emancipación surgirán hondas diferencias entre sí cuando de buscar la forma de gobierno que nos regiría se tratara, se fueron compactando en la general conspiración que, a medida que se generalizaba se iba fortaleciendo y extendiendo sus hilos por las demás provincias del reino, que comprendía a todas las del Istmo.

Aquí, en la provincia salvadoreña, el núcleo director del movimiento emancipador lo integraban tres figuras principales: el P. Don Nicolás de Aguilar y el P. Don José Matías Delgado, en lo eclesiástico, y Don Bernardo de Arce en lo civil, a quienes seguían parientes y amigos.

El P. Don Miguel José de Castro se lanzó desde la iniciación al movimiento conspirativo con verdadero calor y a impulsos de un profundo amor hacia su pueblo, al que soñaba ver convertido en grupo social de una república de Utopía, gobernada por un poder elegido y no hereditario, y formada esta nación de sus sueños por los habitantes de todo el reino, integrados en un Estado producto del "Contrato Social".

Así, pues, convergiendo en el empeño emancipador monárquicos absolutistas y constitucionales e incipientes republicanos, fraguóse la general conspiración, en la que se enrolaron valiosos elementos del sector obrero con resolución y valor.

Maduro el plan y ramificado en las provincias, señalóse el mes de enero de 1812 para "alzar a los pueblos".

Pero, descubierta la correspondencia secreta que los PP. Aguilar sostenían con agentes destacados en las provincias colindantes, el Capitán General del reino, Don José de Bustamante, ordenó el arresto del P. Don Manuel de Aguilar —que estaba en Guatemala, donde era enlace entre los conspiradores de aquí con los de allí— y el terminante

emplazamiento a la capital del P. Don Nicolás de Aguilar, su hermano, Cura 1º de San Salvador.

El descubrimiento de algunos hilos del plan general de insurrección paralizó muchos impulsos y desconcertó a no pocos, de tal suerte que al anticipado estallido solamente respondieron escasas poblaciones y no en forma simultánea como se había previsto.

En San Salvador —donde se había fraguado el movimiento y se iniciara la general conspiración emancipadora— estallaron los motines la tarde del día 4 de noviembre de 1811. El día 5 se proclamaba la independencia y se estableció el primer gobierno emancipado de Centro América.

El P. Don Miguel José de Castro, al estallar prematuramente el movimiento revolucionario en que estaba complicado, bajó de su curato de Texacuangos a San Salvador, teniendo activa participación en las juntas populares y en los festejos con que se celebró el magno acontecimiento.

Fracasado el movimiento revolucionario de San Salvador, vinieron de Guatemala dos criollos distinguidos investidos con el cargo de “pacificadores” que lograron la tranquilidad de la provincia reconociendo como legítimo el gobierno emancipado que se había formado.

Una misión franciscana enviada por el Arzobispo trató de sosegar los espíritus.

El P. Castro fue por el Prelado “invitado” a hacer “dos semanas de ejercicios espirituales” en el convento de Santo Domingo.

Consta que en marzo de 1812 se había reintegrado a su parroquia..., abrigando evidentemente la firme resolución de volver cuanto antes a la lucha.

Dos años más tarde, lo vemos participando briosamente en la segunda intentona revolucionaria de San Salvador, que fue aplastada duramente y que

marcó la iniciación de la persecución y del calvario de los prohombres que luchaban por la santa causa de la patria que estaban forjando.

Desde febrero de 1814 tuvieron las autoridades realista evidencia de la participación del P. Castro y Lara en la revolución. En agosto, reunidas las pruebas, el Arzobispo autorizó que se tomara preso y, conducido a Guatemala, el prócer fue recluido en el “Colegio de Cristo”.

Mientras se sustentaba el proceso como “infidente al rey” quedó totalmente incomunicado, teniendo que soportar acusaciones, acumulación de cargos, interrogatorios y careos. Y durante los cinco años de su prisión estuvo suspenso “a divinis”; circunstancia que quizá más tarde le hiciera aceptar la amenaza de la colectiva excomunión, sin dar muestras de momento de mayor incomodidad, ni que la rigurosa sanción le hiciera cambiar de postura sino tiempo después.

En esos años debió probar en su interior el temple de sus ideas filosóficas aplicadas a la política.

Al recobrar la libertad —merced a regio y general indulto— el fogoso presbítero, trasladado por permuta a la parroquia de Zacatecoluca, era ya un firme, un determinado republicano.

Los acontecimientos posteriores: la consumación de la independencia, la guerra de independencia de la provincia salvadoreña contra el Imperio que se formó en México y que pretendió aglutinar a toda la América del Centro, la desorganización política que trajo consigo el cambio radical en el reino, convertirían al P. Castro y Lara —gracias a su vehemencia doctrinaria— en un pugnaz republicano con ribetes demagógicos.

Cura —como se dijo— de Zacatecoluca desde 1820, el 22 de septiembre del año siguiente, fue el primero en su parroquia de enterarse que la emancipación política del antiguo reino de

Guatemala era un hecho y que se había proclamado y consumado el 15 del mismo septiembre en la capital.

Púsolo inmediatamente en conocimiento de las autoridades del lugar, lanzando luego un "Manifiesto" al vecindario de su parroquia, cuyas expresiones —a juicio del gobierno provisional de las Provincias de Centro América, organizado por la misma acta de independencia en Guatemala— se reputaron como "hijas del más acendrado patriotismo".

Al establecerse casi de inmediato en San Salvador la Junta de Gobierno de la provincia, el P. Castro y Lara se incorporó a la misma como Vocal en representación de su distrito y parroquia.

En el seno de la Junta el patriota debería hacer gala de su republicanismo y debería suscribir el acta de independencia absoluta de El Salvador que se separaba de las demás provincias al decretar las autoridades superiores que radicaban en la antigua capital la incorporación de toda Centro América al imperio mexicano, instaurado en la Nueva España al verificarse su independencia política de la Península.

Don Miguel José Castro en su afán de crear una conciencia nacional salvadoreña y de separar a nuestros pueblos de toda influencia extraña —así fuese religiosa—, con tal de no ver depender más a su provincia del arzobispado de Guatemala, no titubeó como miembro de la Junta de Gobierno salvadoreña en suscribir el Acuerdo que erigía por civiles medios el Obispado salvadoreño y designaba como obispo del mismo al P. Don José Matías Delgado, con quien el patricio estaba compenetrado.

La actitud de Castro y Lara de vigorosa y firme intransigencia, su irreductible posición política, su celo por la soberanía salvadoreña —una vez que las tropas de ocupación mexicana salieron de nuestro suelo y se restauró la soberanía en plenitud—, movieron a los

electores a designarlo diputado al Congreso Constituyente del Estado en 1824.

Instalado éste el 5 de marzo, fue Don Miguel José de Castro su Presidente, del 30 de octubre al 23 de noviembre, en que clausuró sus sesiones aquel cuerpo, después de emitir la primera Constitución salvadoreña.

En su seno Castro y Lara apoyó toda medida capaz de hacer vivir el cisma eclesiástico, haciendo alarde de sus principios regalistas y participando complacido en los actos cívico-religiosos en los que el P. Delgado recibió del Congreso la investidura de obispo del Estado de El Salvador.

Y como comprendiese la necesidad de la difusión del pensamiento oficial en letra impresa, gestionó por entonces que el Poder Ejecutivo adquiriera por compra en Guatemala, una imprenta capaz y todo lo completa que se podía encontrar por esas fechas; de cuya prensa el 31 de julio de ese mismo año de 1824, salió el primer periódico nacional: "El Semanario Político Mercantil", del cual Don Miguel José Castro fue nombrado editor y redactor, y que vivió hasta el año de 1827.

En sus páginas puede verse claramente retratada en editoriales y comentarios, la concepción filosófica del arriscado cura, tanto en lo político como en lo social y en lo religioso.

Espíritu de fuego, esparce y propugna Castro y Lara sus ideas con ímpetu, con recia intransigencia, con cerrada y violenta energía.

A los opositores ideológicos y políticos no les da cuartel. Su actuación periodística es un combate, una lucha, una batalla constante.

Personalidad absorbente, brega con espíritu afirmativo, dominador y demolidor. Combate y ataca duramente la actitud opositora del Arzobispo de Guatemala —que canónicamente es pastor legítimo de este Estado y que como es lógico se niega a reconocer un obispado erigido por civiles y no

canónicos medios—, y ataca también fieramente a sus hermanos del clero salvadoreño que, en forma casi unánime, van al exilio por no acatar la autoridad eclesiástica del P. Delgado y a los seculares que se niegan a recibir los sacramentos y auxilios espirituales de manos de sacerdotes que siguen el cisma.

Personaliza rudamente a sus contrarios, a los que denomina “enemigos del estado”, “fanáticos” y “antidemocráticos”, y a los que denigra con otros epítetos aún más violentos y hasta crudos.

Y —nueva prueba de su eclecticismo y de su equilibrismo intelectual— el mismo día que afirma en el “Semana-rio”, que El Salvador defenderá hasta las últimas consecuencias la erección del obispado erigido por civiles medios y la designación anticanónica del P. Delgado como obispo, y en párrafo aparte trae a colación —como insinuación clara— la práctica de la Iglesia primitiva de que los obispos eran electos por el pueblo y entronizados por los soberanos, da Castro y Lara, en la misma imprenta oficial, una “Novena al Divino Salvador del Mundo”, “Compuesta por su Amartelado Devoto el Pbro. Ciudadano Miguel José Castro”, y dedicada “A Nuestro Santísimo Padre el Señor León XII, Pastor de la Universal Iglesia”.

La contradicción es manifiesta.

Fue, pues, el P. Castro en la prensa de aquella época —como afirma el P. Landarech— “la expresión de la intransigencia revolucionaria que predominó sobre su razón y sobre los principios religiosos”.

* * *

Transformada la Asamblea Constituyente de El Salvador en Asamblea Ordinaria, del 5 al 25 de abril del año siguiente de 1825, vuelve el P. Castro a ejercer las funciones de Presidente del Poder Legislativo del Estado.

Y cuando algunos interesados tratan de mover la opinión impugnando la elección del Gral. Don Manuel José Arce a la Presidencia de la República, que lleva a cabo el Congreso Federal, defiende Castro acaloradamente su legalidad en el “Semana-rio Político Mercantil”.

Brioso combativo en la arena política como federalista acérrimo e intransigente, ejerce el prócer nuevamente en 1826 el cargo de diputado al Congreso del Estado, desempeñando la secretaría de su instituto e igualmente su Presidencia alterna del 7 de marzo al 2 de abril, aunque su actuación no tiene entonces ya ni la intransigencia ni la combatividad de dos años atrás en orden a la cismática erección del obispado.

En ese asunto ha bajado el tono polémico; su radicalismo ha notablemente disminuido.

¿Se inicia una transformación en su intelecto?

Me inclino por una respuesta afirmativa, ya que se hace evidente el cambio operado en los últimos años de su vida.

Es cierto que la Santa Sede estaba dando muy severa condenación al cisma disciplinario que ocurría en El Salvador y la reiteraría con mayor energía aún a fines de ese mismo año.

Resulta, pues, obvio que ese fue el motivo por el cual el P. Don Miguel José de Castro cambia el rumbo de su barco.

Recordaba seguramente aquella sentencia que aprendió en sus años de seminarista: “Roma locuta causa finita”.

El sacerdote que “había olvidado el latín de su breviario por el francés de la enciclopedia”, el antiguo volteriano, da un paso incomprensible para muchos de los hombres de nuestro tiempo: acata la condenación pontificia de la erección anticanónica de la mitra de San Salvador y el nombramiento del P. Delgado para obispo, y poco a poco

va buscando en la fe totalmente ortodoxa, que revive en su alma, una nueva razón de ser.

Abandonando el caso de la lucha política, se va entregando cada vez con más dedicación a su ministerio sacerdotal, con sencillez y exactitud.

Su antigua amistad con los enciclopedistas se va enfriando, va quedando atrás. Sus lecturas se vuelven pías, devotas (*).

Ha doblado el P. Castro y Lara en obediencia la cabeza sobre la que años atrás cayó una larga suspensión "a divinis" y la amenaza de una virtual excomunión, por mucho que ésta fuera colectiva.

Buscando la reconciliación con Dios y con Su Iglesia vive sus últimos días con gran piedad, edificando a sus feligreses y distante de los avatares de la guerra civil que por ese tiempo ensangrienta a Centro América.

Y atacado por la violenta enfermedad que lo llevó al sepulcro, recibe el P. Castro y Lara con devoción sincera los sacramentos postreros y muere luego con gran paz en la ciudad en que se mecía su cuna, el 26 de abril de 1829.

(*) Monseñor Don Roque Orellana y Contreras al asumir la Vicaría Gral. del Arzobispado de San Salvador, encontró varios libros devotos del P. Castro y Lara, entre ellos: las "Confesiones de San Agustín" y "La vida de piedad del Sacerdote". Los separó en un estante aparte de la Biblioteca de la Vicaría General.

Fallece precisamente en los momentos en que el Gral. Francisco Morazán al ocupar militarmente la ciudad de Guatemala, entroniza en la República la Era de la Revolución.

* * *

El "Precursor y Fundador del Periodismo Nacional", el patriota en que chocaban e incidían dos influencias: la de la educación eclesiástica y la de la sugestión enciclopedista; el salvadoreño que de ambas influencias formó una su personal teoría ecléctica —a su juicio perfecta— para que nuestro pueblo organizara su vida social y política; encontró en sus postrimerías un equilibrio espiritual, un puerto de abrigo, después de tantos años de navegar en una mar borrascosa y bravía.

Su pensamiento, su mente, que durante años estuvo incierta como la brújula en determinadas zonas de la tierra, encontró finalmente el rumbo cierto. Su alma, al abandonar aquel cuerpo febril y agotado y ascender al seno de Dios, dejó a la posteridad salvadoreña enseñada una lección y trazado un camino.

¿Encontrará nuestro pueblo ese camino, aprenderá esa lección?

Que no llegue a comprender la lección, que no encuentre ese camino nuestro pueblo, sería la mayor desventura, la desventura trágica de aquel luchador.

PEDRO ESCALANTE MENA

EL BORDADO DE NUESTRA HISTORIA

Un pequeño país con una historia de brochazos fuertes y suaves acuarelas. Labor de arqueología sentimental que se nos impone a los que tratamos de comprender el presente por la vivencia del pasado. Desfile de figuras de cera, algunas pálidas, otras de colorido maquillaje, todas habitantes de un interminable museo que crece con la alegría y la tristeza de cada día, con la emoción de cada instante. Sinfonía de recuerdos y hechos a veces semisepultos, como los montículos de San Andrés, como una Pompeya indiana. Secular desfile con sonajas y tambores de arcilla, con pífanos y pendones reales, con banderas blanco y azul y relucientes trompetas marciales. Pedazo de tierra convulso y amable, de calicanto y barro, formado de Intendencia de trilogía santera: San Salvador, San Vicente, San Miguel; y de cálida Alcaldía Mayor: Sonsonate, la de las aguas danzarinas.

A través de la densa neblina de los katunes mayas, surgen ecos del ayer y fantasmas siempre presentes. Arranca nuestro evangelio de palmeras cuando un buen día el Corazón del Cielo nos dio el primer pájaro, la primera flor, la primera orquídea, como la que el sacerdote indígena tomaba en sus manos cuando subía a una pirámide de glifos fosforescentes para platicar con la luna y las estrellas. Vino el suave y sonoro hablar náhuat que cedió ante el vigoroso léxico de Castilla, pero incrustándolo de reminiscencias aborígenes, como verdes jades sobre cerámica sevillana.

País de mestizaje, de transculturación hecha raza. Tierra en donde un indio Anastasio quiso ser rey poniendo sobre su cabeza platería colonial en una naciente república criolla.

En Acajutla, una soleada y húmeda mañana de junio de 1524. El Adelantado don Pedro presenta batalla con sus ballestas, sus arcabuces y sus tiros de bronce. ¡Santiago y Cierra España! El cielo se cubre de flechas y saetas. Don Pedro, colérico y arrojado, recibe el flechazo que le dejaría cojo para el resto de sus días. Tal vez por eso su relación de la Conquista de estos parajes es tan escueta, tan simple, tan quejumbrosa. Sólo tiene una expresión poética en su carta a Cortés: ¡Acaxual, donde bate la Mar del Sur! Siguen adelante los conquistadores. En Tacuzcalco, lanzas de treinta palmos y macanas de obsidiana esperan históricas de rabia. El juego de pelota se cubre de sangre y el pipil se rinde. Los hijos del jaguar, de la serpiente emplumada y de la lluvia dejan paso a la primera villa, a la primera iglesia, a la primera melodía en vihuela. Y la tierra ya ganada recibe en su seno el descanso eterno de los primeros pobladores, los de solar conocido, como aquel Diego de Usagre, el artillero de Alvarado, que con todo y su olor a pólvora fue sepultado en La Bermuda con la bendición del capellán, bajo la mirada recelosa de los dioses del Guazapa. Estos señores de nuestro olimpo se vengaron de su derrota al haber ocultado, tal vez para siempre, el nombre del cacique de Cuzcatlán pues lo de "Atlacatl" fue sólo un lapsus del simpático anticuario Brasseur de Bourbourg cuando tradujo el Memorial de Tecpán-Atitlán. ¿Y Atonal? ¡Pues, solamente reina en los jardines de Atecozol con su compañera la cuyancúat! ¡Nada más!

La provincia comenzó a vivir. En los conventos se reza en latín bajo las blancas arcadas y los ojos vítreos de las imágenes sacras. En los mercados comienzan a fundirse en una sola amalgama las condiciones sociales. En las casonas de los nietos de encomenderos se bailaba el fandango con elegancia y modestia. En los poblados indígenas se aprende a recitar el romance de Los Doce Pares de Francia o el de Las Tres Coronas de Roma, sin comprender muy bien de qué se trataba; y para no herir el alma de los nuevos vasallos de Su Majestad Católica, la reciente Conquista se disfraza con ropaje de Reconquista peninsular ¡Mejor que jueguen a moros y cristianos!

Era hermoso y trágico. Siglos de ignorancia culta, de refinada sencillez, de conciencia de ser mucho y nada. Siglos de tristeza india. Ciudades somnolientas salpicadas de chismes de cofradía e intrigas de cabildo. De vez en cuando, la monotonía era turbada por horribles terremotos y el espanto sentaba sus reales. En Izalco, la campana María Asunción resistía con su férrea estructura los embates de los elementos. Cantaba con voz grave y monótona el recuerdo de Don Carlos, Emperador Germánico y Rey de la Hispania Magna, mientras un joven volcán iba creciendo con sus vómitos de fuego y lava, salidos del Corazón de la Tierra. El Padre Eterno miraba impasible al monstruo ígneo mientras el teponahuaste se callaba ante las salvas de mil cañones del coloso que se convertiría en un faro de Alejandría trasladado al Pacífico.

Fue famoso el cacao de la costa, tal vez el mejor de Las Indias. Luego, el añil todopoderoso hizo de las suyas hasta que llegaron los cafetales y sus granos de oro.

Con estruendo de fusilería se anuncia la Independencia. Los notables firman documentos que repiten muchas veces la palabra "libertad". Pasan los héroes

del momento y pasa un Manuel José Arce, Presidente y líder, con carisma hecho de sinceridad y devoción patria, descendiente de los amadises de la Conquista pues siempre tuvo algo de caballero andante. Viene del Anáhuac el águila imperial de Iturbide, Agustín I, por la gracia de Dios soñador y efímero, monarca de opereta cuya corona se estrelló en San Salvador para desesperación de los que con complejo de aristócratas ya esperaban recibir el Marquesado de Meanguera y Meanguerita, o ser Condes de Suchitoto o Duques de Nahulingo.

Surge el roble de la Federación y su orgullosa divisa de "Libre crezca fecundo". Pero el roble nació enfermo y la polilla lo mató. A cada uno su pedazo de tierra. ¡A cada uno su parroquia!

Comienza el sopor de opulencia de la flor del café. Los ejidos desaparecen. La época liberal es recibida con festones y alfombras de pino. En los puertos, las goletas desembarcan maquinaria de la Unión del Norte, telas inglesas, encajes de Bélgica, mármol de Carrara y noticias de la Alemania del Kaiser. Durante los años del Presidente Ezeta, cuando acuñábamos nuestras monedas, las sopranos italianas eran las reinas de los incipientes teatros y en las empedradas calles de la rica Santa Ana, los distinguidos se saludaban en francés mientras saboreando un vaso de horchata y comiendo barquillos, se gestaba la próxima revolución. Todo en la mejor tradición nonacentista. Las bandas de música, con brillantes instrumentos, endulzaban los atardeceres en los parques con valsos y polkas austriacas. ¡Tiempos del miriñaque, reflejos en tremoles dorados, risas despreocupadas al bailar las cuadrillas y la mazurca! Mientras a lo lejos se escuchaban las notas leñosas y melancólicas de una marimba de arco.

Bella historia de una sociedad compleja, con todos sus defectos y sus virtudes, con la sencillez de los niños y el cansancio de los ancianos pero nunca con la madurez del hombre recio.

Sopor de opulencia de la flor del café. Todos fuimos creados de maíz, del grano sagrado de la madre Ixmucané, según la palabra del Popol Vuh. También las milpas de los campos son nuestra historia.

Callan los katunes. Mientras algunos todavía esperamos el regreso de Quetzalcóatl, la María Asunción sigue en su campanario de Izalco, para siempre enamorada del volcán, en desafío a la incógnita del futuro; y a su alrededor, los historiadores siguen bailando con sus melodías insistentes y misteriosas, interrumpidas de vez en cuando por alguna canción absurda salida de un radio de transistores.





RICARDO LINDO

LOS OROS COLONIALES

Los Tiempos Cambian

Llegaron los españoles destruyendo los dioses del solar indígena. Fueron quemados los códices, destruidas las estatuas, pilladas las ofrendas. Y fue un sonar de oros coloniales. Los santos sustituyeron al Chac Mool, los altares pidieron representaciones de la Sagrada Familia, y una imagen dolorosa, la del crucificado, vino a sustituir a los antiguos dioses

La nueva religión estaba más próxima al drama humano. En la figura de Cristo, los indígenas subyugados y esclavizados podían ver quizás una ejemplificación de su propio drama. En la Sagrada Familia, una dignificación del cotidiano y eterno misterio del nacimiento. Hombres del agro, los indígenas vieron también, probablemente, un resto de los ritos de fecundidad en la Virgen y el niño, una ejemplificación de la tierra que germina.

Hoy las iglesias se abren como breviarios, con un aroma de páginas antiguas. En sus cuartos oscuros permanecen los santos envueltos en la bruma crepuscular de los tiempos viejos, descendiendo desde sus nubes a rescatar a las ánimas del purgatorio. Un silencio delgado ha cubierto los retablos con una leve pátina. Las paredes relatan la historia de los santos como si un invisible Jacobo de Varágine hubiese trocado su antigua cálcamo por un pincel, para contarnos la Leyenda Dorada, la prodigiosa historia de los santos y los mártires victoriosos al fin en sus calmos altares.

Al ver esas iglesias y esas pinturas se me antoja que no son los últimos ecos del festín barroco que florecía en la metrópoli, sino, al contrario, un retorno a los orígenes. Antes de las grandes catedrales de Europa, existieron templos más pequeños donde se anunciaban con timidez los rasgos de los estilos por

venir. Antes del Renacimiento, estuvieron los muchos pasos que allanaban su camino.

Los artistas de Panchimalco, al intentar reproducir con sus manos ingenuas los grabados europeos, reencontraron los trazos formidables del arte románico, menos artificiosos en su ejecución pero con frecuencia más ricos en expresión que los acabados modelos.

Muchos de esos retablos se fueron perdiendo en el camino. Nada queda de aquellas imágenes que fueron despojados de sus mantos por los seguidores de Anastasio Aquino para improvisar una corte en torno a su Rey. Poco o nada sabemos de quienes hicieron estas imágenes o pintaron las tablas, pero su iconografía sigue viva en el alma del pueblo.

Vimos en la iglesita de Santiago Nonualco un apóstol Santiago montado en un caballito blanco, hermano sin duda del que corona la iglesia de Chalchuapa y de los que giran en la rueda de las ferias. En la iglesia de Panchimalco oímos un coro de niños cantando alegremente canciones profanas dentro del sagrado recinto. Y vimos en la iglesia de Antiguo Cuzcatlán a los Santos Inocentes, recibiendo los nombres de los hijos del pueblo.

La iglesia de Metapán

Metapán es una ciudad soñolienta, de casas gratas y soledosas, con grandes corredores rodeando con un halo de sombra la luz que cae en el jardín. Ahí se levanta una de nuestras más hermosas y antiguas iglesias. El hecho de que su construcción haya empezado el mismo año que la del cercano templo de Esquipulas (1736) pudiera hacer pensar que es obra del mismo arquitecto, el alarife don Felipe de Porres. (Ala-

rife era el nombre que recibían los maestros de obra que hacían oficio de arquitectos, y que, de hecho, eran auténticos arquitectos). Sin embargo aunque el estilo en ambos casos sea barroco, la imaginación que se ha ejercitado en Metapán parece ser distinta, y más sobria. Los elementos no se repiten de una iglesia a otra.

También es probable que la iglesia de Metapán haya sido construida para aprovechar el carisma del sitio, que sería ya sagrado para los indígenas que habitaban la zona, y objeto de peregrinaciones impuestas por su antigua religión. Así actuaron muchas veces los españoles, sustituyendo un valor sagrado por otro.

La iglesia crece hacia lo alto dividiéndose en dos cuerpos, señalados por columnas y hornacinas que custodian primero el vano de la puerta y en el segundo nivel un ojo de buey que se abre para filtrar el sol al interior. El conjunto es rematado por una espadaña que proyecta sobre el cielo la sombra de sus campanas.

Sus espesos muros guardan algunas de nuestras más hermosas pinturas. Así vemos en las cuatro pechinas que se encuentran bajo la cúpula central los retratos de cuatro de los padres de la Iglesia, San Gregorio Magno, San Agustín, San Ambrosio y San Jerónimo, cada uno con sus símbolos distintivos recibiendo inspiraciones celestiales mientras inclinan sus puntudas plumas de ave sobre los libros de nuestra herencia. Las tiaras indican que fueron obispos. San Gregorio aparece con la tiara papal sobre la mesa y sosteniendo un pentagrama para evocar la introducción del rito gregoriano que tuvo lugar durante su papado. San Agustín, curiosamente, alza un corazón ardiente en su ma-

no izquierda hacia el triángulo luminoso de Dios.

También podemos ver, en el retablo de una divina pastora de factura más reciente, dos santas coronadas seguramente antiguas, sosteniendo las palmas del martirio entre sus manos. Ambas se hallan en actitud de caminar, dando lugar a amplias y delicadas curvas marcadas por sus vestimentas. Una de ellas sostiene, además, un libro. La otra, una espada. Sus pechos ostentan joyas cuidadosamente elaboradas, y sus rostros, moldeados con suavidad, expresan una inmensa paz.

La iglesia conserva asimismo un fresco que constituye sin duda la obra maestra de nuestra pintura colonial, y que ocupa un muro entero. Desde una ventana circundada por dos columnas, vemos un Cristo crucificado de cuyas manos salen dos ramas de viña, cargadas de racimos de uvas maduras. La sangre de sus pies riega la mies que asciende, a la cual se aproximan dos corderos. Alrededor de esta ventana pintada se ven, encerrados en óvalos, los símbolos del martirio. Sobre el arco de la ventana se halla un cáliz. Los colores son suaves. Un cortinaje azul enmarca el conjunto.

A pesar de los aspectos trágicos de la escena, la obra da una impresión de gran serenidad. De hecho, constituye una meditación sobre el misterio de la Eucaristía.

El Taller

Vamos ahora al taller del antiguo pintor. En un rincón se encuentran los lienzos de lino de algodón cubiertos de albayalde, templados en bastidores. En otro, los soportes de madera, cedro o caoba preparados en paños y pegados con cola de conejo hasta dar el tamaño requerido. Se llama paños a las delgadas plan-

chas de madera. A veces se les sobrepone un lienzo. En la parte posterior llevan un tratamiento impermeabilizador con lienzos, tiras de cuero y paños de yute, imprimados con carbonato de calcio. Finalmente hallaremos las delgadas láminas de metal, bronce, cobre y cinc, dedicadas a los ex-votos.

El pintor suele integrar a sus trabajos la hoja de oro. A veces, trabajando sobre madera, aplica al pan de oro y al color un punzón para lograr una delicada filigrana en las aureolas y en los vestidos.

Sus botes de pigmentos minerales, destinados a ser disueltos en linaza y trementina, se alinean sobre un estante. Estas pinturas forman ya la amplia, madura paleta del pintor del Renacimiento. El blanco de plomo se sitúa junto al blanco de cinc, el de titanio y el óxido de calcio. Más ancha es la gama de los amarillos, flor de los crepúsculos y las resurrecciones: amarillo de Nápoles, amarillo de cadmio, amarillo de cromo, amarillo de cinc, amarillo de bario, oropimente. El rojo ocre que alarga las tierras al horizonte, se halla a la par del bermellón de cinabrio de las llagas y de los estertores. Les siguen el rojo de cadmio, el de Saturno, el indio. Luego siguen los verdes de las praderas y de las vestiduras: verde de cadmio, verde mate, verde de cobre y verde de cobalto. El azul de cobalto y el azul de ultramar, en cuya confección se emplea el lapislázuli, están junto al azul de magna y al de Prusia. Detrás vienen los pardos, tierra de Cassel, pardo Van Dick y betún de Judea, y por último van los negros, negro de Rusia, negro de manganeso y negro de grafito.

Pero no solamente hay pinturas en el taller del pintor. También hay imágenes a medio andar que esperan el ensaye y el estofado, porque

el pintor es también imaginero. Víctor Miguel Díaz describe este trabajo con minucia: “Consistía el estofado, nos dice, en aplicar a la figura tallada tres baños sucesivos, uno de plata, otro de oro y otro de esmaltes. El ensaye era de blanco si su fondo iba a servir al de plata —siendo ésta empleada muchas veces en cantidad fabulosa— y de amarillo si se iba a poner de oro. Sobre la capa de metal escogido se procedía a la pulimentación, empleando una sustancia llamada **sisá**, que tenía la apariencia de pintura roja, frotándola con una piedra de ágata, hasta que la plata adquiría cierta transparencia de carne; entonces procedían a darle la capa de oro que adherían sobre un molde, hasta darle la maleabilidad del papel y aplicarla sobre la sisá con la piedra referida, que era asida con un mango o cilindro; continuaban sisando o bruñendo hasta que la se-

gunda lámina quedara completamente identificada a la madera, que era lo que llamaban la **encarnación**, cuando el oro había penetrado y no podía soltarse. La pintura, que se aplicaba sobre yeso, tenía aceite, y para desvanecer y hacer esfumar esta parte del colorido y darle mayor consistencia, la sobaban con una vejiga de tripa de puerco o de toro (que estaba en descomposición) y chupándola con la boca durante el trabajo de la encarnación, la llenaban de saliva y con ella iban desvaneciéndose los colores de la carne, hasta que, dejándola lustrosa de vida, veían animarse esa tonalidad que era el sello de cada estilo”.

Alejémonos ahora del taller del pintor porque el tiempo ha transcurrido y la tarde cae, y aún nos queda mucho camino por recorrer.

(Fragmento del libro en preparación
HISTORIA DE LA PINTURA SALVADOREÑA)

ITALO LOPEZ VALLECILLOS

Breve Reseña Histórica de la Academia Salvadoreña de la Lengua

I

En sociedades atrasadas y dependientes, como la nuestra, la celebración del centenario de una institución cultural merece el mayor realce posible. Es significativo el hecho de que diversas generaciones de intelectuales hayan mantenido incólume el mismo ideal, la misma preocupación filosófica, la acción constructora traducida en el tiempo en una serie de actos públicos y privados, reuniones, seminarios, publicación de revistas y libros. En suma, la afirmación de voluntades y vocaciones en defensa del noble patrimonio de la nación: la lengua española, la palabra escrita y hablada, sin cuyo espíritu seríamos algo menos que tribus, en proceso de colonización por los nuevos bárbaros.

La Academia Salvadoreña de la Lengua se fundó oficialmente el 19 de Octubre de 1876, aunque los tra-

bajos de organización datan de 1870. La entidad nació al amparo de corrientes filosóficas y literarias de gran arraigo en nuestra América Hispana, producto de la influencia europea y expresión de la inquietud criolla por hallar nuevos modos de expresión, ideas y sentimientos que fuesen como una respuesta de países que, después de cincuenta años de luchas internas, trataban de afirmarse en lo más valioso que el siglo XIX había generado.

La organización de Academias de la Lengua, correspondientes de la Española, se debió a la iniciativa de D. Emilio Castelar, tribuno, escritor y político liberal que concibió la idea de una confederación de organismos autónomos, dedicados al fomento y defensa del idioma castellano. Por esta época, en España, la monarquía de Amadeo I (1871-1873) que había sucedido a la desdichada Isabel II, fue incapaz de sostenerse en medio

de la batalla permanente entre conservadores y liberales. La desvertebrada España sufría los rigores de un siglo que le había sido hostil, ingrato, y en cuyo epílogo la imagen de la primera República era ya casi un hecho. En efecto, al 11 de febrero de 1873 las Cortes votaron abrumadoramente por el régimen republicano, al frente del cual estuvieron personalidades connotadas e ilustres: Figueres, Pi y Margall, Salmerón y el propio Castelar.

La expectativa creada por el nuevo gobierno en la Península Ibérica, unida a los movimientos liberales que se producían en Guatemala y El Salvador, crearon condiciones favorables para el acercamiento de los escritores centroamericanos con España. Si bien es cierto que la Primera República Española apenas duró poco más del año, el contacto y la comunicación se estrechó por muy diversos conductos. Para el 29 de diciembre de 1874, fecha en que se produce el levantamiento del General Arsenio Martínez Campos con la sola intención de proclamar a Alfonso XII, la relación de la Academia Española con los núcleos pensantes de nuestro país, era ya efectiva.

La primera comunicación cursada por la docta corporación, relativa a procedimientos y normas a seguir en la organización de filiales en América se hizo en 1870. En dichas "instrucciones" se señalan los derechos y obligaciones de las academias "correspondientes" de cada país. El orden de fundación de Academias es como sigue: Academia Colombiana (10 de mayo 1871), Academia Ecuatoriana (15 de octubre 1874), Academia Mexicana (26 de junio 1875), Academia Salvadoreña (19 de octubre 1876), Academia Venezolana (25 de enero 1883), Academia Chilena (5 de junio de 1885), Academia Peruana (5 de mayo 1887),

Academia Guatemalteca (30 de junio 1887), Academia Costarricense (19 de octubre 1922), Academia Filipina (25 de julio 1924), Academia Panameña (19 de mayo 1926), Academia Cubana (19 de mayo 1926), Academia Paraguaya (30 de junio de 1927), Academia Boliviana (8 de marzo de 1928), Academia Nicaragüense (31 de mayo 1928), Academia Dominicana (31 de diciembre 1949), Academia Hondureña (23 de diciembre 1949), y Academia Puertorriqueña (28 de enero de 1955).

En las Memorias de la Academia Española,⁽¹⁾ publicadas en Madrid en 1873, tomo IV, página 274 aparece en la sección relativa a las academias americanas el párrafo que a continuación reproducimos: "La Academia Española, tomando en consideración la propuesta de los señores Marqués de Molins su Director, D. Patricio de la Escosura, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Fermín de la Puente y Apezechea y algunos académicos, en junta de 24 de noviembre de 1870, acordó autorizar el establecimiento de Academias correspondientes suyas en las repúblicas americanas españolas, hoy independientes, pero siempre hermanas nuestras por el idioma".⁽¹⁾

En las mismas memorias, en las páginas 283-284, se consignan los académicos de Centro América. Estos intelectuales, nombrados correspondientes de la Española, propiciarían años después la organización de las Academias de cada uno de nuestros países. Sus nombres, conocidos y respetados, son los siguientes: "Sres. D. Santiago González; D. José María Torres Caicedo; D. Darío González; D. Gregorio Arbizú;

(1) "Academias Americanas correspondientes de la Española", Memorias de la Academia Española, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, Madrid, 1873 (t. IV p. 274 y 283-284).

D. Manuel Méndez; D. Pablo Buitrago; D. Salvador Valencia; D. Jacinto Castellanos; D. Alvaro Contreras; D. Lorenzo Montúfar. Los Sres. D. Gregorio Arbizú y D. Manuel Méndez han fallecido”.

Si bien es interesante reseñar los vínculos históricos entre las academias hispanoamericanas y la Española, no menos oportuno es reflexionar sobre el ámbito cultural en que tiene lugar el nacimiento de nuestra corporación.

II

Con retraso de varias décadas la cultura salvadoreña se caracteriza por sus fondos y trasfondos coloniales, primero de España, luego de Francia e Inglaterra. Podría, incluso, hablarse de cuatro períodos: **hispanista**, plenamente justificado por los sucesos históricos de 1526 a 1821; el **afrancesado**, que se inicia en las postrimerías del siglo XVIII y concluye bien avanzado el XIX; el **inglés**, producto de la intervención británica en los asuntos centroamericanos de 1790 a 1850 y el de la franca **norteamericanización**, de 1850 a la fecha. Esta copia, reflejo, imitación de la expresión de otras latitudes ha impedido el florecimiento de valores propios. El resabio colonial se prolonga hasta nuestros días, sin que hayamos podido superar, en el grado deseado, la asimilación tardía de doctrinas y esquemas mentales, muchas veces obsoletos en las mismas naciones donde surgieron.

Para el tema que nos ocupa quisiéramos destacar que los pensadores del siglo XVIII causaron tal impacto en nuestra sociedad que sus libros eran leídos, discutidos y tenidos como insuperables, bien entrada la tercera parte del siglo XIX. El enciclopedismo francés normó la vida salvadoreña en sus múltiples mani-

festaciones. El universo, la cultura, la vida colectiva, la organización económica, la moral y el derecho en suma, fueron considerados en perspectiva racionalista y explicados bajo causas naturales. La diosa razón y la ciencia empírica tuvieron un templo de veneración. Las obras de Voltaire, Montesquieu, Holbach, Turgot, Quesnay, ocuparon la atención de las mentes más privilegiadas, aunque las ideas liberales no lograron formar parte viva de la conciencia social, sea por su evidente choque con los intereses de clases privilegiadas, bien por ser parte únicamente de élites bien intencionadas, pero sin capacidad real de transformación de la sociedad. La ideología liberal, fácilmente detectada en las constituciones políticas, era la piedra en que se asentaba el pensamiento de los intelectuales salvadoreños del siglo pasado. En otro ángulo influían los ingleses Stuart Mill, Spencer, Bentham, huella que aún es visible en más de un escritor sobreviviente de aquellas tendencias filosóficas, políticas y económicas.

Si el enciclopedismo francés y el liberalismo económico inglés hicieron escuela, formaron tendencia; el romanticismo, en literatura fue el amo y señor de varias generaciones de poetas y narradores. Los artículos de prensa, los breves ensayos en las revistas literarias, la poesía recogida en **La Guirnalda Salvadoreña**, están impregnados de un clasicismo tardío y de un romanticismo a lo Núñez de Arce, Espronceda, Quintana y en el mejor de los casos a la manera de Lamartine, Schiller y Hugo. Los parnasianos y simbolistas franceses también ejercían enorme influencia en el país.

El último cuarto del siglo XIX, no obstante, una nueva filosofía vino a impregnar el panorama intelectual

no sólo de El Salvador, sino del resto de la América Hispana. Nos referimos al positivismo.

Para la fecha de fundación de nuestra Academia de la Lengua, la doctrina positivista, era divulgada por la mayoría de profesores, profesionales y escritores. El utilitarismo inmediato desplazaba los estudios clásicos y se le daba importancia excesiva a las ciencias naturales, físicas y matemáticas. El positivismo, enmarcado dentro de una determinada situación histórica, comprendía no sólo una teoría de la ciencia sino y, también, la reforma de la sociedad y la religión. En tal sentido, los positivistas salvadoreños hablaban de una doctrina del saber aplicada a la vida y de "normas" para una sociedad mejor, cuando no de reglas de conducta que el hombre debería atender en su existencia cotidiana.

Cuando en algún instante las corrientes filosóficas románticas especulativas trataron de afincarse en nuestra realidad, el positivismo las paró de manera radical y dogmática. El maestro de la escuela, Augusto Comte, tuvo numerosos seguidores en la intelectualidad nacional, aunque hay que señalar que no todos le fueron fieles, en tanto hay en los escritos que conocemos una mezcla de biologismo, economismo, naturalismo, sensualismo, pragmatismo, etc. Se dio en nuestro país un positivismo condicionado por el suceso histórico-social, político en concreto, que no es sino una matización de diversas tendencias filosóficas en boga en el último tercio del siglo XIX y primero del XX. Para los principales hombres de letras de El Salvador de 1876, fundadores de nuestra Corporación, la ciencia no tenía otro objeto que investigar el hecho y las relaciones entre los hechos. La aversión a la metafísica era, sin

duda, el rasgo característico. D. Antonio Caso, estudioso del positivismo en México, resume magistralmente la postura: "la selección arbitraria de la experiencia, que se traduce en actitudes incompletamente escépticas hacia la metafísica o la religión". En otros términos, la negación sistemática de ciertos aspectos de la experiencia; en suma, una hostilidad a todo conocimiento *a priori*, a toda construcción y deducción basada en la intuición directa de lo inteligible. La filosofía devenía en un resultado de las ciencias particulares, sobre las cuales se va a insistir tanto en los planes y programas de enseñanza primaria, secundaria y universitaria, como en la normatividad o ética del ciudadano.

El arraigo del positivismo en El Salvador tiene una clara referencia histórica; el movimiento político encabezado por el Mariscal Santiago González el 15 de abril de 1871 contra el presidente conservador y clerical Francisco Dueñas. Ese mismo año, dos meses después, triunfa el liberalismo guatemalteco al frente del cual estaban los generales Miguel García Granados y Justo Rufino Barrios, estableciéndose en Guatemala un régimen progresista, abierto a las tendencias democráticas y burguesas. El afianzamiento del liberalismo en El Salvador y Guatemala trajo como consecuencia una serie de reformas económicas y sociales de beneficio para los medianos y pequeños propietarios de la tierra, así como el inicio de un proceso de secularización, laicismo y educación positivista. No entraremos en los detalles de este período de cambio en la vida institucional de ambos países, en el cual incluso, se reformó el sistema de tenencia de tierra y se modificaron los métodos de explotación de la propiedad

agrícola, para dar paso a la actual concepción de derecho de propiedad. Esto será objeto de otro estudio. Bástenos indicar, para el propósito que nos ocupa, que fue en estas circunstancias que surgió a la vida pública la Academia Salvadoreña de la Lengua, siendo el propio Mariscal Santiago González, uno de sus fundadores.

La apreciación global de la sociedad salvadoreña de ese tiempo obliga a insistir, eso sí, en que tanto el gobierno del Mariscal González (1872-1876) como el del Dr. Rafael Zaldívar (1876-1884) se preocuparon por mejorar la agricultura nacional, protegiendo cultivos como el maguey, el hule, el cacao y el café. En las páginas del Diario Oficial hay abundante información sobre las medidas gubernamentales tendientes a lograr una mayor producción agraria, una adecuada comercialización y exportación de dichos productos, y un apoyo completo al empresario agrícola que demostrase eficiencia en las labores del campo. La Ley de Extinción de Ejidos de 1882, es el inicio de ese proceso económico que, al correr de los años, crearía toda una clase social vigorosa, hábil, vinculada estrechamente al mercado mundial. Nos referimos a la clase cafetalera. Al par que González y Zaldívar impulsaban el cultivo intensivo del café, creaban bancos privados, construían caminos y puentes, mejoraban las comunicaciones, la educación ocupaba un lugar preferente, según se desprende de leyes, decretos y reglamentos. Todo tendía a reorganizar la economía, la hacienda pública, los servicios del Estado y a fomentar un tipo de sociedad mercantil dentro del esquema mundial de desarrollo capitalista. En esta época surgen los grupos escolares y la adopción de métodos modernos de enseñan-

za, para lo cual contratan diversas misiones extranjeras, entre las que destacan las alemanas, francesas y chilenas.

III

En este ambiente, construido el nuevo edificio de la Universidad en 1875, creadas las Universidades de Oriente y Occidente en 1874, funcionando otros colegios (el del maestro Hildebrando Martí), la constitución de la Academia Salvadoreña de la Lengua el 19 de Octubre de 1876 era el fruto de un movimiento cultural de promisoría esperanza.

La Corporación, tuvo como miembros fundadores a eminentes pedagogos, médicos, naturalistas, jurisconsultos y poetas. La lista incompleta de ellos ha sido posible elaborarla gracias a la memoria del poeta y general Juan José Cañas, quien en 1915 la dio a conocer. Eran ellos: Mariscal Santiago González (1818-1883); Lic. Pablo Buitrago; Dr. Darío González (1835-1910); Dr. Manuel Cáceres (1834-1901); Gral. Juan José Cañas (1826-1918); Dr. Francisco E. Galindo (1850-1896); Dr. Salvador Valenzuela y Dr. Jacinto Castellanos (1843-1898).

Se acepta como fecha oficial de fundación, el 19 de octubre de 1876, pues ese día en sesión celebrada por la Real Academia Española se acordó la autorización e instalación definitiva de la Academia Salvadoreña de la Lengua, a propuesta del Director de Academias Americanas, según se desprende del acta que aparece en la foja 226 del libro 30 que lleva en sus archivos la corporación y la cual dice a la letra: "De acuerdo con la Comisión de Academias Americanas, y como consecuencia de las propuestas hechas, en virtud de sus atribuciones, por las Academias Colombiana y Ecuatoriana y por la que provisionalmente se

J. D. Toranzo Castellanos.

San Salvador.

Mi estimado compañero y señor,
~~Muy pronto vino de todo mi respeto y consider~~

~~rencia:~~ esta Corporación en junta celebrada en noche y
tomó por unanimidad el acuerdo de autorizar la
instalación definitiva de la Academia correspondien-
te de la Española provisionalmente establecida en
la República de San Salvador.

En motivo de íntimo júbilo para haber
asistimos a dicha junta
cuanto ~~que me gustaba en llamar a un todo~~

~~repositorio~~ ver estrechamente los vínculos literarios
de pueblos a quienes hace honor con una lengua
comune. Defendista de invisiones o de otros ataques.

conservarla
~~proceso~~ que se conserva íntegra y pura en la
misma en la
grado objeto que con igual afán han de provenir
de San Salvador y de la ciudad
con la Academia de San Salvador y la ley
tanto por que en ello están igualmente intere-
sadas la una y otra.

Se comprueba la Salva Porción de los Estados
de esta República que tienen ya título de correos -
particulares de la República, y a los que posterior-
mente han navegado al efecto. Los señores
Don Juan José Cañas y Don Narciso Galindo
que como se tiene obtenido dicho título han sido
con las formalidades reglamentarias
ya propietarios para correspondencia de esta clase.

la de que son salvador
y miembros de cada una con los formalidades de reglar
secretarios por los tres D. Manuel Canete y
Don Antonio Armas ^{1º por} y el que en este caso
menciona cumple el gratísimo deber de diri-
girse a Ud. en nombre de la corporación, así
que es secretario por dicha y no por merecimien-
to. En consecuencia a los demás señores se que se ha

Otros diez y siete señores fueron designados
cuando se ellos residentes en sea capital y los demás en los varios
departamentos de la República, fueron elegidos
por esa ~~corporación~~ ^{elejidos} para miembros corresponden-
tes a la Asamblea

dicentes, según consta del acta de la junta cele-
brada ^{a presencia de} a 17 de Noviembre de 1945, y también se
sabe extirpaban ya propuestos para como los

Don Conas y Salvador á no haber ofrecido
alguna duda la interpretación del acuerdo
que se ha emitido en el documento citado -
~~de esa Academia~~ - Esto es, y nete señores
^{numerarios}
¿han de ser individuos de la Academia Sal-
vadorense, ó le quiere que ~~de la Academia~~
además de los numerarios tenga esa corpora-
ción miembros correspondientes? Las que
fundado.
hasta ahora se han establecido en América
sólo han se componen de individuos de nú-
mero, algunos de los cuales no residen en el
punto de en que se hallan establecidas las
Academias de que respectivamente forman parte.
Excepciones á que respectivamente se le quite

misma. Lo que no sucede y lo que tal vez no
habría ocurrido sin graves inconvenientes a
las que personas suministradas en una liquidación
en que también se conseguirían obtener títulos
de correspondientes y no de numerarios de la
- Corporación.
La misma Asociación. Por estas razones pa-
rece que la intención de ustedes al designar
a los diez y siete señores antes citados fue que
todos ellos perteneciesen a la Asociación tal y
como a los divididos de numerarios y que en
calidad de tales fuesen correspondientes de la
Asociación. Pero, como por otra parte inducía a

procurar conyugarse en su favor todos los puntos
tener unido gusto en procuras complacerlos

aceptando
~~de las aceptadas sus indicaciones~~

Por conducto del Ministerio de Estado y dirigido
al Vice-Consul de España en su capital, envío a Ud. una
paqueta que contiene el contenido de las Memorias

de la Junta de los Señores de España a los
ejemplares del acuerdo relativo a la Junta de los
Señores Americanos y sus sucesores

ejemplares de nuestros Estatutos, Reglamentos y Anua-
rio y el material de las Memorias de esta Junta
nuestro, del Sr. Arce y de la Junta de los Señores

envío en que se insertó el acuerdo relativo a la
creación de las Indiferentes en su tiempo
creación de las Americanas.

Con los tres estatutos y los correspondientes

la misma creación y del acuerdo relativo a la

creación de la Junta de los Señores de España

Se ha recordado tanto el su punto de este
asunto a consecuencia del fallecimiento del

Sr. Monte y Aperechea q. v. q. h. - Faltan los pape

no se hayan frustrado algunos que hubieran
puesto en claro lo que ahora ha parecido du-
doso.

De la carta que a lo se elige se ha servido

Ud. dirigirme pudiese deducirse que los seño-
res de esa República

los que a de en 1877 fueron nombrados

corresponsal de esta Academia no han rece-

bido aun sus diplomas. Consta, sin embargo

en ella que oportunamente se expidieron

las credenciales y títulos para Ud. y los

señores González (D. ^{José} ~~Francisco~~ y D. Santiago) Bue-

trago, Cáceres, Valenzuela y Contreras. Si estos

documentos se hubieren extraviado, los re-
nunciemos de nuevo. Lo fui de escribir en
cuanto sea posible el extracto de nuestras
correspondencias, suplico á Udo. que me
diga las horas de su casa, ó el medio que
Udo. crea más seguro para conseguir este
resultado -

Viene á honor y dicha saludar con res-
peto y muy afectuosamente á todos los
hermanos que forman ya parte de la Aca-
demia salvadoreña, y ofrezco á los hermanos
de Udo. como amigo, compañero y d -

1-

9. 1. m. 6.

M. F. y B.

Madrid: 20 de Oct. de 1876

ha establecido en la República de San Salvador propusieron por escrito los Sres. Cañedo y Arnao y el que abajo firma (Manuel Tamayo y Baus) para correspondientes de la nuestra a los Sres. (aquí aparecen los nombres) de la Academia Colombiana y de la Ecuatoriana; D. Francisco Galindo y D. Juan José Cañas; de los cuales habrán de pertenecer en calidad de individuos de número, el primero a la Academia Colombiana, los otros seis a la Ecuatoriana y los dos últimos a la de San Salvador.

Acordaron que estas propuestas siguieran los trámites de Reglamento.

El Sr. Arnao, en nombre de la Comisión de Academias Americanas, de la que es Secretario, pidió: 1) que se autorizase la instalación definitiva de la provisionalmente establecida en la República de San Salvador; que se pidieran explicaciones al Secretario Interino de dicha academia acerca de uno de los puntos del acta de la Junta celebrada el 17 de noviembre, por no ser posible averiguar si diez y siete de los veintitrés señores de que en ese documento se habla, fueron elegidos numerarios o para correspondientes de la misma Academia”(2).

La Real Academia Española era presidida en ese entonces por D. Juan de la Pezuela, y era el Secretario perpetuo D. Manuel Tamayo y Baus. Por carta del 20 de octubre de 1876, el Secretario de la Real Academia Española notificó que, por unanimidad, la entidad acordó autorizar la instalación definitiva de la correspondiente en El Salvador.

La carta está dirigida al académico Jacinto Castellanos, quien fungía

(2) Libro de actas de la Real Academia Española N° 30, años 1874-1875 y 1876. Documento facsimilar obtenido por D. Alfredo Betancourt en los archivos de la Corporación.

como secretario de la salvadoreña. El texto por considerarlo de interés histórico lo transcribimos íntegro para conocimiento de las presentes generaciones.

“Sr. D. Jacinto Castellanos.

San Salvador.

Mi estimado compañero y señor:

Esta corporación en junta celebrada anoche tomó por unanimidad el acuerdo de autorizar la instalación definitiva de la Española provisionalmente establecida en la República de San Salvador.

Y es motivo de íntimo júbilo para cuantos asistimos a dicha junta ver estrecharse los vínculos literarios de pueblos á quienes hace hermanos una lengua común. Defenderla de envidiosos o violentos ataques, conservarla íntegra y pura es sagrado objeto que con igual afán han de procurar la Academia de San Salvador y la de Madrid porque en ello están igualmente interesadas la una y otra.

Se compondrá la Salvadoreña de los señores de esa República que tienen título de correspondientes de la Española, y de los que posteriormente sean nombrados al efecto. Los Sres. Don Juan José Cañas y Don Francisco Galindo han sido ya propuestos con las formalidades reglamentarias para correspondientes de esta Academia y numerarios de la de San Salvador por los Sres. D. Manuel Cañete y Don Antonio Arnao y por el que en este momento cumple el gratisimo deber de dirigirse a Ud. en nombre de la corporación, de la que es Secretario por dicha y no por merecimiento.

Otros diez y siete señores, cuatro de ellos residentes en esa capital y los demás en los varios departamentos de la República, fueron

elegidos por esa Academia para miembros correspondientes, según consta del acta de la junta celebrada, á 17 de Noviembre de 1875, y estuvieran ya propuestos como los Sres. Cañas y Galindo á no haber ofrecido alguna duda de interpretación de acuerdo a que se hace mérito en el documento citado. ¿Estos diez y siete señores han de ser individuos numerarios de la Academia Salvadoreña, ó se quiere que además de numerarios tenga esa corporación miembros correspondientes? Las que hasta ahora se han fundado en América sólo se componen de individuos de número, algunos de los cuales no residen en el punto en que se hallan establecidas las de que respectivamente forman parte.

Lo que no sucede y lo que tal vez no podría ocurrir sin graves inconvenientes es que personas domiciliadas en una capital en que hubiese Academia obtuvieran títulos de correspondientes y no de numerarios de la misma Corporación. Por estas razones parece que la intención de ustedes al designar a los diez y siete señores antes citados fué que todos ellos perteneciesen a la Academia Salvadoreña como individuos de número y que en calidad de tales fuesen correspondientes de la Española. Pero como por otra induzco a creer cosa distinta el ser relativamente crecido el número de los que tienen residencia fuera de la población en que ha de celebrarse sus juntas esa Academia, y el no poder constar las correspondientes sino de diez y ocho individuos a lo más según el artículo 2 de nuestro acuerdo de 24 de Nov. de 1870, se ha estimado conveniente rogar a Ud. que se sirviera darnos algunas explicaciones acerca del particular para no exponernos a contrariar por una mala inteligencia el acuerdo de

esa corporación. Propongan, pues, ustedes lo que les parezca mejor, seguros de que nosotros hemos de tener sumo gusto en procurar complacerles aceptando sus indicaciones.

Por conducto del Ministerio de Estado y dirigido al Vice Cónsul de España en esa capital envió a Ud. unos ejemplares de nuestros Estatutos, Reglamento y Anuario y el cuaderno de las Memorias de esta Academia en que se insertó el acuerdo relativo a la creación de las Americanas.

Se ha retardado tanto el despacho de este asunto a consecuencia del fallecimiento del Sr. Puente y Apezchea q. v. g. h. Todos los papeles concernientes a dichas Academias estaban en su poder, y no se logró sino después de muchos meses que volvieran al nuestro. Acaso se hayan extraviado algunos que hubieran puesto en claro lo que ahora ha parecido dudoso.

De la carta que a 20 de agosto se ha servido Ud. dirigirme pudiera deducirse que los señores de esa República que a _____ de _____ de 187_____ fueron nombrados correspondientes de esta Academia no han recibido aún su diploma. Consta, sin embargo en ella que oportunamente se expidieron las credenciales y títulos para Ud. y los Sres. González (D. Darío D. Santiago) Buitrago, Cáceres, Valenzuela y Contreras. Si estos documentos se hubieran extraviado, los remitiremos de nuevo. I á fin de evitar en cuanto sea posible el extravío de nuestra correspondencia, suplico a Ud. que me diga las señas de su casa, ó el medio que Ud. crea más seguro para conseguir este resultado.

Tiene á honra y dicha saludar con respeto y muy afectuosamente á todos los señores que forman ya parte de la Academia Salvadoreña, y

Reunidos en el Despacho de la
Secretaría de Relaciones Exteriores, los in-
frascriptos Pablo Buitrago, Darío González,
Manuel Cáceres, Salvador Valenzuela,
Francisco Galindo y Jacinto Castellanos, sin
asistencia de los Señores D.ⁿ Santiago Gon-
zales, D.ⁿ Juan J. Bañas y D.ⁿ Alvaro
Contreras, por hallarse ausentes de esta
Capital los dos primeros, y enfermo el últi-
mo, con objeto de promover la creación de
la Academia Salvadoreña correspondiente
de la Española, en virtud de la excitati-
va que para el efecto han recibido con ante-
rioridad de aquella ilustrada Corporación,
y convencidos de la provechosa influencia
que ejercerá en el desarrollo de la literatu-
ra patria, el establecimiento de la enun-
ciada Sociedad, en relación con la Matri-
tense, que por su antigüedad y eminente
saber de los miembros que la componen,
es considerada como una de las primeras
sociedades literarias de Europa, unáni-
memente acordaron: 1.^o Instalarsé pro-
visoriamente, eligiendo una junta de go-
bierno compuesta de las personas si-
guientes: Buitrago, Presidente; González

(Don Paris). Vice-Presidente; Castellanos, primer Secretario; y Galindo, segundo Secretario: 2.º: Hacer uso de la autorización concedida para elegir miembros correspondientes en esta República por cada uno de los Departamentos que la componen; y resultaron electos por esta capital, cabecera del Departamento, de San Salvador, los Señores Licenciados D.º José Trigueros y D.º Fabio Cartilla y Doctores D.º Carlos Bonilla y D.º Rafael Reyes; por Santa Ana, el Lic. D.º Antonio Guavara Valdez; por San Miguel, D.º Antº Rosales; por San Vicente, el D.º D.º Victoriano Rodríguez; por la Paz, el Lic. D.º Nicolás Peña; por Sencuntepeque, el D.º D.º Lázaro Letona; por Cuscatlan, el Lic. D.º Basilio Merino; por Chalatenango, el Lic. D.º Horacio Parker; por Sonsonate, el Lic. D.º Salvador Trigueros; por Ahuachapam, el Lic. D.º Juan German; por Usulután, el Lic. Don Antonio Grimaldi; por la Unión, el Lic. Don Juan María Villatoro, por Gotera, el Presbítero D.º Norberto Cruz; y por la Nueva San Salvador

D. Juan José Bonilla: 3.º- Dar cuenta con estos nombramientos á la Comisión de Academias correspondientes americanas en Madrid, para que si fueren aprobados, se sirva remitir los Diplomas respectivos: 4.º- Pedir á la misma Comisión un ejemplar de los Estatutos de la Academia Española y de las disposiciones que hubiere acordado para la creación de las academias correspondientes; y 5.º- Esperar las contestaciones que se reciban, para proceder á la instalación y establecimiento definitivo de la Academia Salvadoreña- Con lo que se dió por concluido el acto-

San Salvador, Noviembre diez y siete de mil ochocientos setenta y cinco.
Pablo Butrago = Darío González =
Manuel Cáceres = Salvador Valenzuela =
Francisco E. Galindo =
Jaime Bastellanos.

Lo conforme.
El Secretario
J. Bastellanos.

ofrecerse á las órdenes de Ud. como amigo, compañero y

q. v. m.

M. T. y B.

Madrid: 20 de Oct. de 1876".(3)

El dato, investigado acuciosamente por el académico Alfredo Betancourt, es digno de consideración si nos ceñimos estrictamente a los aspectos notariales o de rigor jurídico. No obstante cabe advertir que el acto de nacimiento de la Academia Salvadoreña se produjo el 17 de noviembre de 1875, cuando académicos con suficientes méritos y debidamente facultados por la Real Academia Española, procedieron a crear la institución bajo los auspicios del entonces Ministro de Relaciones Exteriores, Lic. Pablo Buitrago.

El acta de fundación dice a la letra: "Reunidos en el Despacho de la Secretaría de Relaciones Exteriores, los infrascritos Pablo Buitrago, Darío González, Manuel Cáceres, Salvador Valenzuela, Francisco Galindo y Jacinto Castellanos, sin asistencia de los señores Dn. Santiago González, Dn. Juan J. Cañas y Dn. Alvaro Contreras, por hallarse ausentes de esta Capital los dos primeros, y enfermo el último, con objeto de promover la creación de la Academia Salvadoreña correspondiente de la Española, en virtud de la excitativa que para el efecto han recibido con anterioridad de aquella ilustrada Corporación; y convencidos de la provechosa influencia que ejercerá en el desarrollo de la literatura

(3) Ver facsímil en "Centenario de la Academia Salvadoreña de La Lengua, correspondiente de la Real Academia Española (1876-1976)" en **Documentos Históricos**. Recopilación de D. Alfredo Betancourt, Imprenta Nacional, San Salvador, 1981. Págs. 312-322.

patria, el establecimiento de la enunciada Sociedad, en relación con la Matritense, que por su antigüedad y eminente saber de los miembros que la componen, es considerada como una de las primeras sociedades literarias de Europa, unánimemente acordaron: 1º Instalarse provisoriamente, eligiendo una junta de gobierno compuesta de las personas siguientes: Buitrago, Presidente; González (Don Darío), Vice Presidente; Castellanos, Primer Secretario; y Galindo, Segundo Secretario: 2º Hacer uso de la autorización concedida para elegir miembros correspondientes en esta República por cada uno de los Departamentos que la componen; y resultaron electos por esta Capital, cabecera del Departamento de San Salvador, los Señores Licenciados Dn. José Trigueros y Dn. Fabio Castillo y Doctores Dn. Carlos Bonilla y Dn. Rafael Reyes; por Santa Ana, el Lic. Dn. Antonio Guevara Valdez; por San Miguel, Dn. Anto. Rosales; por San Vicente, el Dr. Dn. Victoriano Rodríguez; por La Paz, el Lic. Dn. Nicolás Peña; por Sensuntepeque, el Dr. Dn. Lázaro Letona; por Cuscatlán, el Lic. Dn. Basilio Merino; por Chalatenango, el Lic. Dn. Horacio Parker; por Sonsonate, el Lic. Dn. Salvador Trigueros; por Ahuachapán, el Lic. Dn. Juan German; por Usulután, el Lic. Dn. Antonio Grimaldi; por La Unión el Lic. Dn. Juan María Villatoro, por Gotera, el Presbítero Dn. Norverto Cruz; y por la Nueva San Salvador Dn. Juan José Bonilla: 3º Dar cuenta con éstos nombramientos á la Comisión de Academias correspondientes americanas en Madrid, para que si fueren aprobados, se sirva remitir los Diplomas respectivos: 4º Pedir á la misma Comisión un ejemplar de los Estatutos de la Academia Española y de las disposiciones que hubiese acordado para la creación

de las academias correspondientes; y 5º Esperar las contestaciones que se reciban, para proceder á la instalaci3n y establecimiento definitivo de la Academia Salvadoreña. Con lo que se di3 por concluido el acto.

San Salvador, Noviembre diez y siete de mil ochocientos setenta y cinco.= Pablo Buitrago.= Darío González.= Manuel Cáceres.= Salvador Valenzuela.= Francisco E. Galindo.= Jacinto Castellanos.

Es conforme.

El Secretario

J. Castellanos."*

Queremos señalar que si bien esta acta constituye el real nacimiento de la Academia Salvadoreña, pues en strictu sensu, es cuando se conforma; aquélla otra, la de la Real Academia Española, es el asentamiento legal de ser efectivamente **correspondiente** y hermana en la unidad del idioma y en la lucha por mantener el espíritu de la lengua, que a la vez que es herencia es patrimonio de cultura universalizada a lo largo de los siglos, bajo el rico aporte de las propias voces y los propios valores de la raza indoamericana. El mestizaje, en tal sentido, debe entenderse como el viaje de retorno de las carabelas españolas con las bellezas del español de América, fruto de un cruce de razas, y caudal permanente de nuevas ideas y nuevos valores.

Ante el hecho real y el formal no hay por qué hacer capítulo. Aceptamos correcta la fecha del 19 de

(*) Véase facsímil en Betancourt, Alfredo **CENTENARIO (1876-1976) de la Academia Salvadoreña de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española**. Editorial Nosotros. San Salvador, 1978. Págs. 27, 28 y 29.

Octubre de 1876 como la de fundaci3n de nuestra Academia, no sin antes reconocer los esfuerzos de D. J. M. Caicedo, quien desde 1872, hizo gestiones para que las corporaciones americanas fuesen creadas al amparo de la Real Academia Española. Igual debe hacerse con relaci3n al seño Marqués de Molíns y D. Manuel Tamayo y Báus, interesados en el funcionamiento de las filiales o **correspondientes** en suelo hispanoamericano.

La correspondencia cruzada entre el Secretario interino de la Academia Salvadoreña de la Lengua, D. Jacinto Castellanos, con la Comisi3n de Academias Americanas a partir de 1873 y, especialmente, luego de constituirse provisionalmente la entidad en 1875, revela las dificultades que hubo de afrontar para llenar las formalidades legales. Tal como lo seña la el mismo seño Castellanos, el terremoto del 19 de mayo de 1873, fue uno de los muchos impedimentos para llevar a cabo el proyecto de organizaci3n.

La situaci3n política en El Salvador por esta época era tensa, tanto por la efervescencia de las ideas liberales que se trasladaban a las nuevas instituciones del Estado, como por las luchas entre conservadores clericales y liberales positivistas que se escenifican en la vecina República de Guatemala. El Presidente Mariscal Santiago González contribuy3 en forma entusiasta a la creaci3n de la Academia, siendo él mismo miembro correspondiente de la Española.

Los acontecimientos políticos de Enero de 1876 obligaron al Mariscal González a resignar el Poder Ejecutivo en manos del Lic. Andrés Valle, quien interinamente estuvo en la Presidencia de la República del 1º de Febrero al 30 de Abril de 1879, para luego entregar al Dr. Rafael

Zaldívar en forma definitiva la jefatura del gobierno por un período que comprendió del 1º de mayo de 1876 al 31 de Enero de 1880. Zaldívar fue reelecto y ocupó el cargo de 1880 a 1884 y de 1884 a 1885.

Tanto González como Zaldívar animaron la constitución de la Academia Salvadoreña de la Lengua. Seríamos injustos si no reconociéramos los méritos de uno y otro gobernante, en sus respectivas gestiones oficiales. A González le tocó afrontar la destrucción ocasionada por el sismo de 1873 y una constante lucha por el poder entre sus propios partidarios, muchos de ellos inclinados a las reformas que tenían lugar en Guatemala. Zaldívar, también liberal, formado en Europa y con apoyo de los sectores políticos beligerantes guatemaltecos, pronto imprimió al gobierno una dinámica de progreso en la línea de fortalecer a la emergente y ambiciosa clase de cafetaleros en la perspectiva de implantar en el país un modelo económico de agro-exportación a escala mundial, de manera que El Salvador se articulase con los grandes circuitos de compra y distribución internacional de dicho producto. La apertura a los mercados europeos tiene lugar en esta época, en lo que por otra parte se intensifica la construcción de carreteras, puentes, caminos, con vistas a una mejor comunicación con los puertos naturales existentes. La idea de contar con un ferrocarril intercentroamericano es preocupación de los hombres de Estado, de agricultores y comerciantes.

Zaldívar, más que González, organiza el servicio exterior y moderniza, en lo posible, la administración pública. Tomó contacto con núcleos de capitalistas foráneos, a manera de que invirtieran y se instalasen en el país. Es así como comienza a

asentarse una colonia de inmigrantes que influirían en la vida económica y social de El Salvador, sea en el orden de tecnificar el beneficiado del café, como en la mejora de las plantaciones y, lo más importante, en la introducción de mecanismos mercantiles, bursátiles y bancarios, para el financiamiento de las cosechas.

A la apertura en el orden económico, se da también la apertura hacia la cultura europea, más a la francesa que a la española. Los semanarios que se editaban en San Salvador dan cuenta, a menudo, de la llegada al país de compañías teatrales que se presentaban en el antiguo Teatro Nacional. Se trataba, la mayor de las veces, de grupos escénicos de habla hispana, integrados por cubanos, mejicanos, argentinos, chilenos y españoles.

En este contexto, en un período de renovaciones, surge la Academia Salvadoreña de la Lengua. Sus miembros eran hombres de gran prestigio público y notoria capacidad. Su influencia en el medio los hacía partícipes de la conducción intelectual y moral de la República.

El ideario de muchos de estos académicos se sintetizaba en la necesidad de la educación para el ejercicio de la libertad, y en la formación de un espíritu científico acorde con el desarrollo del mundo moderno. Al frente del Ministerio de Instrucción Pública lucharon por imponer el principio de libertad de enseñanza, ideal que tropezó con numerosas dificultades por la intransigencia clerical. No fue sino hasta 1885 que un nuevo movimiento político, de esencia liberal, logró plasmar en la Constitución Política de 1886 la plataforma educativa de mayor permanencia en la vida salvadoreña. Los avatares políticos propios del medio, dieron al traste

con inquietudes de mayor transformación educativa. Los cuartelazos, enfermedad institucional que a veces ayuda y a veces trastorna el orden de cosas, el caciquismo, el aldeanismo y el canibalismo intelectual no fueron propicios para que estos hombres mantuvieran la unidad entre ellos y menos dentro de la Corporación. Con todo y estos males, muchos de los cuales no son superados todavía por subdesarrollo económico y ruindad espiritual, la institución se mantuvo en sus principios.

Deseamos destacar que los miembros de la Academia en su condición particular contribuyeron a formular esas políticas culturales, sea por medio de libros y conferencias, bien en el desempeño de altos cargos gubernamentales. El Dr. Darío González era el más entusiasta de los académicos, orientando la vocación de jóvenes universitarios, especialmente hacia las ciencias naturales.

Un eminente pedagogo, D. Valero Pujol, contribuyó también con sus ideas al mejoramiento de la escuela salvadoreña. El ecuatoriano Federico Proaño (1848-1894), con buen gusto y excelente formación literaria, es quien estimula asociaciones de escritores, funda periódicos y revistas culturales en Guatemala y en El Salvador. Su labor crítica ayuda a mejorar la producción intelectual del área, y a vincular nuestra expresión artística con México, Ecuador, Perú, Colombia, Chile, España y Argentina.

A pesar de este empuje en el orden social, la Academia Salvadoreña de la Lengua no logró configurar en el medio una acción permanente. Son escasos los actos públicos. No hay noticia de sus actividades. Las luchas políticas, el derrocamiento del Presidente Menéndez en 1890 probablemente, impidieron el florecimiento

de publicaciones literarias, científicas y técnicas, y de una mayor participación de la Academia como entidad rectora en la vida nacional. El ataque a las academias, por otra parte, se generaliza en la América Hispana. Surge el modernismo como una espada demoledora y las letanías de Rubén son repetidas por los jóvenes escritores: "De las Academias, líbranos señor..." El modernismo viene a romper con los moldes tradicionales, impone toda una teoría estética. La libertad en los metros, ritmos y cadencias, requiere de la licencia plena en el arte, la ruptura con todo amaneramiento, con todo academicismo, el rompimiento con la retórica decadente. El movimiento modernista surge como reacción a preceptistas y gramáticos cerrados a todo cambio. Es la respuesta a escuelas poéticas en decadencia.

Esta es una hipótesis de trabajo para explicar el silencio de la Academia, de 1876 a 1915, año en que el poeta Juan J. Cañas, al quedar como único Miembro de Número, informa a la Real Academia Española de Madrid de los problemas de la institución que languidece por falta de iniciativas y en virtud de que sus fundadores han muerto, sin ser substituidos en la oportunidad debida. Otras posibilidades de explicación, dentro del proceso cultural del país es la lucha generacional entre jóvenes y viejos escritores, pues ningún período es tan rico y expresivo en nuestras letras como el de fines y principios de siglo: allí están para probarlo las revistas: **La Universidad Nacional** (1875), **El Recreo** (1878), **La Nueva Enseñanza** (1887), **Repertorio Salvadoreño** (publicación mensual de la Academia de Ciencias y Bellas Letras (1888), **La Juventud Salvadoreña** (revista mensual de la Sociedad Científico-Literaria (1889),

El Fíguro (dirigido por Arturo Ambrogi en 1892), **El Porvenir de Centro América** (1895), **Ciencias y Letras** (de la Academia del mismo nombre 1898), **Minerva y Apolo** (Publicación de la Sociedad Científico-Literaria del mismo nombre, 1902), **Centro América Intelectual** (1903) **La Quincena** (1903). La cita podría prolongarse y pecaríamos de injustos si no destacáramos la acción renovadora, promotora, de Román Mayorga Rivas (1864-1925) y Miguel Pinto padre (1865-1940), ambos excelentes periodistas y quienes, el primero desde **Diario del Salvador** (1895) y el segundo desde **El Latinoamericano** (1907), impulsaron sin mezquindad la labor de narradores, poetas, críticos, investigadores y ensayistas.

Otra aproximación al silencio de nuestra Academia de 1876 a 1915 se podrá encontrar en la adhesión de las nuevas generaciones intelectuales a la lucha de independencia de Cuba, primero de España, y luego de EE. UU. Recuérdese la estrecha vinculación de José Martí con las letras centroamericanas de fines de siglo, su actividad en Guatemala, su incorporación a la Sociedad La Juventud Salvadoreña y se advertirán las motivaciones anti-españolistas bastante pronunciadas en todos los países de América, residuo de las luchas de independencia. La **hispanofobia** era algo más que un síntoma, fue una enfermedad estimulada por intereses británicos, franceses y holandeses, cuando no por los teóricos del "destino manifiesto". Y la última, no descartable, la penosa existencia de las instituciones culturales, sin el apoyo del Estado, vistas con vilipendio cuando no con lástima por los gobiernos, más empeñados en pequeñas obras públicas que en la protección de las ciencias, las artes y las letras.

Se debe al poeta Juan J. Cañas, autor de la letra de nuestro Himno Nacional, la reactivación de la Academia Salvadoreña de la Lengua, en lo que podría considerarse la segunda etapa de nuestra Corporación. En atención a carta enviada por él a la Real Academia Española en 1913 ó 1914, el secretario de dicha entidad, D. Emilio Cotarelo y Morí, le hizo saber por medio de comunicación oficial del 5 de Junio de 1914 que deploraba la situación de nuestra Academia y que por acuerdo expreso de la Española se le extendían "todas las facultades necesarias para que hiciera los nombramientos, a fin de elevar el número de la Academia Salvadoreña hasta diez y ocho individuos, en la seguridad de que todo lo tendría bien hecho, y más si la Academia Salvadoreña, hermana de la Española, quedaba reconstituida".

De acuerdo con tales instrucciones, Juan J. Cañas procedió a nombrar a los académicos de número, seleccionándolos entre los intelectuales de mayor prestigio de la época, se tratara de profesionales universitarios, hombres de letras o figuras del periodismo. La primera reunión tuvo efecto en la Rectoría de la Universidad el 14 de marzo de 1915, concurriendo a la Junta los escritores Manuel Delgado (1853-1923), Víctor Jerez (1872-1962), Julio Acosta, Juan J. Laínez, Francisco Gavidia (1863-1955), Guillermo F. Hall, Arturo Ambrogi (1875-1936), Miguel Pinto p., Miguel A. Fortín (quien actuó como Secretario) y el poeta Cañas, como Director.

En la misma reunión Cañas manifestó que había nombrado académicos de número a los señores Calixto Velado (1855-1927), Román Mayorga Rivas, Monseñor Alfonso Belloso y Sánchez (1873-1938), Juan Francisco Paredes, Joaquín Méndez (1868-

1942), David Rosales hijo, y Alberto Rivas Bonilla (1891).

El 11 de julio de 1915 quedó instalada, en forma definitiva, la Academia Cervantes. El Estatuto de la entidad redactado por los señores Delgado, Jerez y Gavidia, fue aprobado por el Poder Ejecutivo de la República el 20 de agosto de 1915. Constaba de 9 artículos entre los que se destacan aquellos que fijan los fines y objetivos de la institución. El acuerdo fue publicado en el Diario Oficial del 28 de Agosto de 1915.

El acto de inauguración tuvo lugar a las diez de la mañana, del 12 de septiembre de ese año, en el paraninfo de la Universidad, con la presencia del Presidente de la República, Carlos Meléndez (1813 a 1814 y de 1915 a 1918), Ministros de Estado, Magistrados de la Corte Suprema de Justicia, Rector de la Universidad, Arzobispo Metropolitano, cuerpo diplomático, catedráticos universitarios y directores del Ateneo de El Salvador. El acta correspondiente a esta sesión pública fue firmada no sólo por los miembros de número, sino también por dignatarios, y personalidades relevantes allí presentes.

El 16 de abril de 1916, con ocasión de conmemorarse el tercer centenario de la muerte de D. Miguel de Cervantes Saavedra, la Academia Salvadoreña que llevaba su nombre celebró distintos actos en memoria del genial escritor. Los académicos Gavidia, Mayorga Rivas y Velado dictaron conferencias en distintos centros educativos, revistiendo especial solemnidad el efectuado en la Universidad. Además de estas charlas, la Academia logró allegar fondos para contribuir a la erección de un monumento que, por acuerdo

de la Real Academia Española y de las filiales en nuestra América, se construiría en Madrid.

Sin duda alguna el tricentenario del fallecimiento del ilustre príncipe de las letras castellanas, contribuyó a afianzar la unidad de los pueblos hispanoamericanos con la madre patria, España. El hecho también sirvió para vincular entre sí a las academias y reafirmar los esfuerzos de los escritores de habla española por depurar el idioma de extranjerismos, construcciones extrañas, y defenderlo de la avalancha de anglicismos y galicismos perniciosos para la unidad idiomática y el espíritu propio de nuestra lengua.

La muerte del académico Juan J. Cañas, ocurrida el 22 de abril de 1918 consternó el ambiente cultural del país. La Academia perdió a uno de sus valiosos miembros, el más antiguo y sin duda el más fervoroso. En las honras fúnebres, el Dr. Manuel Delgado pronunció las palabras de duelo de la corporación, aunque el vacío dejado por Juan J. Cañas, hombre de méritos literarios y cívicos, difícilmente puede valorarse en estos breves apuntes.

Otro infausto suceso fue el fallecimiento del historiador Santiago Ignacio Barberena (1851-1918), ocurrido ese mismo año.

Muchas fueron las deliberaciones para nombrar a los miembros que llenarían las vacantes dejadas por los insignes miembros Cañas y Barberena. Finalmente se acordó designar a D. Alberto Masferrer (1868-1932) en el sillón que fuera ocupado por Cañas y al notable investigador David J. Guzmán (1845-1927), en el dejado por Barberena. Los dos intelectuales presentaron su colaboración a los trabajos de la Academia, aunque Masferrer lo hiciera desde el exterior en razón de ocupar un cargo consular en Europa.

Cabe hacer notar que los gobiernos de Carlos Meléndez, Alfonso Quiñónez Molina (1923 a 1927) y Jorge Meléndez (1919 a 1923) dieron reiteradas muestras de apoyo a la Academia en sus diferentes planes, programas y proyectos. En forma colegiada, o bien por medio de sus miembros, la institución ejerció una influencia beneficiosa en defensa del idioma, ocupándose de unificar criterios en la enseñanza del castellano y adoptando las más diversas medidas para difundir trabajos científicos relacionados con la filosofía del lenguaje, la gramática, la lingüística, etc. Barberena dejó escrito un breve diccionario de salvadoreñosismos, con la intención de proponer inclusión de varios términos en el Diccionario de la Academia Española.

Otro deceso lamentable fue el del Dr. Salvador Gallegos (1846-1919), distinguido internacionalista, liberal en sus ideas y de una probada capacidad y honradez ciudadana.

Con muestras de pesar y elevado reconocimiento la Academia dispuso honrar, en acto público, a sus ex-miembros Juan J. Cañas, Santiago I. Barberena y Salvador Gallegos.

El 5 de noviembre de 1919 celebróse en el paraninfo de la Universidad una sesión pública en la que, con asistencia de los académicos de número, el Presidente de la República y sus Ministros, Magistrados de la Corte Suprema de Justicia, Diputados, profesores universitarios, poetas y escritores, se rindió homenaje a los señores Cañas, Barberena y Gallegos. En esta oportunidad Román Mayorga Rivas exaltó los méritos del Gral. Cañas; Víctor Jerez se refirió a la valiosa obra científica de Barberena y Miguel A. Fortín, a las virtudes y talentos del Dr. Gallegos.

En sesión del 7 de septiembre de 1919 se acordó modificar el nombre de Academia Cervantes, así bautizada por Cañas, por el de Academia Salvadoreña de la Lengua, correspondiente a la Real Academia Española. Esta disposición estaba acorde con resoluciones adoptadas en otros países y respondía a la necesidad de unificar la nomenclatura de las Academias de la Lengua, unidas en el esfuerzo común de fijar, limpiar y dar esplendor al idioma.

Para llenar la vacante del Dr. Salvador Gallegos se eligió al Dr. Manuel Castro Ramírez padre (1884-1954), catedrático universitario, internacionalista e historiador, a quien la Academia debería años después generoso impulso. Dos hechos importantes acaecieron en 1920. El primero, la aprobación el 28 de septiembre de un Reglamento Interior, redactado por el canónigo Alfonso Belloso y Sánchez; y el otro, la publicación del **Boletín de la Academia Salvadoreña de la Lengua**, cuyo primer número apareció en Octubre, bajo la dirección de Mayorga Rivas.

Como podrá advertirse por este relato, la Academia en 1920 está en pleno desarrollo. Sus miembros de número completos y en actividad fecunda. La edición del **Boletín** constituye un aporte indiscutible a la cultura nacional, así también el trabajo personal que efectúan sus miembros en los centros de enseñanza, institutos de investigación, o, bien con la publicación de libros, ensayos, cuentos y crítica literaria.

Sin ánimo de ponderar personalidades, cabe destacar la valía de los estudios literarios de Gavidia, la sobria expresión de sus ideas, sus poemas de corte neo-clásico, el vigor de su narrativa. Durante esta nueva etapa de la Academia, se nota la influencia de Hegel en algunos intelectuales. **La Historia Moderna**

de El Salvador, de Gavidía, da pista segura sobre esta afirmación; igual sucede con valores jóvenes como Sarbelio Navarrete, estudiosos de la filosofía griega y también de la francesa y alemana. Nietzsche, Kant, Heidegger y Sartre son estudiados por una minoría, intensificándose su conocimiento a partir del año 1940.

Europa, después de la Primera Guerra Mundial, experimenta la aparición de las escuelas de vanguardia: futurismo, dadaísmo, ultraísmo, creacionismo, impresionismo, expresionismo, las cuales causan tremendo impacto en nuestra América. Se habla de post-modernismo. González Martínez, en México, da la voz alerta contra el "cisne de engañoso plumaje". Salomón de la Selva (1893-1959) inicia el movimiento de vanguardia en Centro América, con repercusión en nuestra poesía. No obstante, y como acontece en la cultura salvadoreña, la mayor parte de escritores se aferra a la escuela dariana.

En cuanto a la narrativa, el naturalismo y el realismo a lo Zola, inspiran a nuestros cuentistas. Pereda, en algún aspecto, influye también en los nuevos valores. El costumbrismo es la constante que mejores frutos produce en la literatura nacional de este período.

El Ateneo de El Salvador, fundado en 1912 por José Dolores Corpeño, Gilberto Valencia Robleto y el propio Francisco Gavidía, abraza en su seno las nuevas inquietudes. La Academia Salvadoreña de la Lengua, en el ámbito universitario, hace lo propio: estimula los valores que surgen en las ramas del derecho, la medicina y las humanidades.

Gavidía, con gran visión, inaugura en el país las vertientes de la literatura de creación: la poesía, el cuento y el teatro, con el mérito indiscutible de recoger la tradición

nacional y popular. En el ensayo histórico y filosófico, está su aporte interpretativo. Gavidía, desde la Academia, traza las líneas y perspectivas de la cultura salvadoreña. Otros intelectuales ejercerán magisterio en las ciencias naturales y, más de uno, en el derecho internacional.

Recapitulando, en 1920, la Academia Salvadoreña de la Lengua estaba integrada por: Alonso Reyes Guerra; Román Mayorga Rivas; David Rosales h.; David J. Guzmán; Manuel Castro Ramírez; Calixto Velado; Francisco Gavidía; Juan José Laínez; Manuel Delgado; Juan Francisco Paredes; Guillermo F. Hall; Miguel A. Fortín; Alberto Masferrer; Julio Acosta; Arturo Ambroggi; Víctor Jerez; Monseñor Alfonso Belloso y Sánchez; Miguel Pinto y Joaquín Méndez.

Las investigaciones que hemos efectuado determinan que el primer Director de la Academia fue el Lic. Pablo Buitrago, en 1876; el segundo, Juan J. Cañas (1915-1918); el tercero Dr. Manuel Delgado (1918-1923); el cuarto Calixto Velado (1923-1934); el quinto Francisco Gavidía (1935-1955); el sexto Enrique Córdova (1955-1966); el séptimo Hugo Lindo (1966-1972); y el octavo Alfredo Martínez Moreno (1972 a la fecha).

El Boletín de la Academia, primera época, recogió interesantes ensayos lingüísticos, históricos, antropológicos y literarios de los académicos, así también poemas de Francisco Gavidía y Calixto Velado. Las traducciones de Román Mayorga Rivas de poetas, tales como Lamartine y Whitman indican el dominio de las lenguas francesas e inglesa. Las notas incluidas en la sección **Vida de la Academia** reflejan la intensa actividad desplegada y la cercana comunicación con la Real Academia Española.

En los libros de actas hemos encontrado valiosos datos sobre las actividades que, desde 1935, efectúa en el país la Corporación. El desaparecimiento físico de algunos miembros, nos obliga a reconstruir una lista de individuos de número, vigente en 1945: Alonso Reyes Guerra, Román Mayorga Rivas, David Rosales h., José Llerena h. (1895-1943), Juan J. Laínez, José María Peralta Lagos (1873-1944), Juan Francisco Paredes, Eduardo Alvarez, Miguel A. Fortín, Hermógenes Alvarado h., César Virgilio Miranda, Víctor Jerez, Monseñor Francisco José Castro Ramírez (1900-1974), Alberto Rivas Bonilla (1891) y Joaquín Méndez (con residencia en Guatemala).

A raíz de la muerte de D. Calixto Velado, ocurrida en 1934, ocupó la Dirección de la Academia el escritor Francisco Gavidia, quien el 24 de agosto de 1935 fue reconfirmado en dicho cargo.

En 1938 la Academia acuerda rendir homenaje a sus ilustres desaparecidos: Francisco Castañeda (1856-1925), David J. Guzmán (1845-1927), Alberto Masferrer (1868-1932), Juan J. Laínez (1868-1927), Manuel Delgado (1853-1923), Calixto Velado (1855-1927), Román Mayorga Rivas (1864-1925), Miguel A. Fortín (1863-1928), y Alfonso Belloso y Sánchez (1873-1938).

Con ocasión del Homenaje que la ciudad de San Miguel le rindiera a Francisco Gavidia el 26 de marzo de 1939, la Academia designó a José María Peralta Lagos (1873-1944) y Sabelio Navarrete (1879-1952), este último de la Academia Salvadoreña de la Historia, para que pronunciaran los discursos de estilo y contribuyeran con sus ideas a la exaltación de unos de los intelectuales de mayor peso que ha tenido El Salvador.

El 27 de Julio de 1940 la Academia incorporó como miembros suyos a los señores Julio Enrique Avila (1892-1968), en sustitución de D. Calixto Velado; a Hermógenes Alvarado h., en sustitución de David J. Guzmán. Con estos nombramientos se trataba de reparar, en parte, la ausencia de valores destacados en la poesía, el ensayo, el periodismo, y la investigación científica, y el derecho.

El 11 de agosto de 1940, en sesión especial, se conoce la triste noticia del fallecimiento en Santa Bárbara, California, de Miguel Pinto p., uno de los miembros más entusiastas de la entidad. Su cadáver llegó al puerto de La Libertad, recibiéndolo, en nombre de la Academia, los señores Juan Francisco Paredes y José María Peralta Lagos. En el cementerio general, el poeta Julio Enrique Avila pronunció una hermosa oración fúnebre. Otro hecho luctuoso para la Academia lo constituyó la muerte de José Llerena h., autor de numerosas comedias, poeta lírico y escritor de pluma castiza, quien falleció el 15 de enero de 1943, concurrendo al sepelio los miembros de la institución.

En marzo de 1940 se inician las gestiones para rendir homenaje al poeta José Batres Montúfar, nacido en San Salvador en 1809 precisamente en la casa número dos de la cuarta calle oriente (donde hoy se levanta el Banco Hipotecario de El Salvador). Para llevar a cabo los actos conmemorativos, la Academia Salvadoreña de la Lengua contó con el apoyo de la Academia Salvadoreña de la Historia y de la intelectualidad guatemalteca que también efectuaba diversas tareas destinadas a revalorar al autor de **las Tradiciones de Guatemala**.

Las celebraciones concluyeron con la colocación de una placa de

bronce en la casa donde naciera Batres Montúfar. Se dictaron conferencias en centros de segunda enseñanza. En la Universidad Nacional se efectuó un acto público, en el cual se analizó la importancia de la obra de Batres Montúfar en el ámbito centroamericano.

La Academia Salvadoreña de la Lengua florece en diversos campos: la filosofía, el derecho, la literatura, el ensayo político e histórico. Podría repetirse la frase de D. Julio Casares: "La Academia trabaja..." Sus miembros son catedráticos universitarios, elementos distinguidos del foro o del campo médico y es frecuente que, en los periódicos, se publiquen sus colaboraciones literarias.

En el vaivén de la vida le toca partir al ilustre escritor José María Peralta Lagos, narrador que prestigiara el pseudónimo T. P. Mechín. La Academia se reúne el 22 de julio de 1944, el mismo día que se supo de su muerte en Guatemala, y una comisión va al campo de aviación a esperar a quien fuera uno de sus hijos predilectos. Peralta Lagos fue un narrador festivo, irónico, dotado de un talento especial para la crítica social. Trabajador incansable, generoso en iniciativas y de una espiritualidad poco común. Sus obras son expresión viva de la literatura costumbrista del país. Correspondió a Manuel Castro Ramírez pronunciar la oración fúnebre en el Cementerio General de San Salvador.

Ese año, 1944, a pesar de la agitación política existente en el país, la Academia prosiguió sus trabajos de conservación del patrimonio cultural, bien en defensa del idioma, ya en la perpetuación de quienes han contribuido al desarrollo de la nacionalidad. Así, con la ayuda del Estado y de particulares, logró que los escultores Valentín Estrada y

Carlos Figueroa hicieran un busto del poeta Juan J. Cañas, el que fue colocado en la esquina sur oeste del parque Libertad (antes Dueñas).

El 26 de abril de 1945 nombró a Monseñor Francisco J. Castro Ramírez, para sustituir a Monseñor Belloso y Sánchez; y al Dr. Alberto Rivas Bonilla (1891), para que ocupara la vacante dejada por el periodista Miguel Pinto padre. Ambos académicos se incorporaron de inmediato y pusieron sus conocimientos al servicio de la Corporación. El Dr. Castro Ramírez fue teólogo respetado y orador de valía. El Dr. Rivas Bonilla, actual Secretario de la Academia, es un poeta de sensibilidad lírica, sonetista riguroso, y narrador de gran acierto en la descripción del alma humana. Muchos de sus cuentos figuran en antologías latinoamericanas y españolas. Debe considerársele miembro desde 1915, reelecto en 1945.

Para sustituir a los académicos Juan J. Laínez y Miguel A. Fortín, la Academia resolvió el 24 de julio de 1945 nombrar, respectivamente, a los señores Luis V. Velasco y Enrique Córdova.

Con motivo del cuarto centenario de la titulación de la ciudad de San Salvador, en 1946, la corporación designó al poeta Julio Enrique Avila para que pronunciara el discurso de estilo. De igual manera colaboraron en los actos conmemorativos los académicos Manuel Castro Ramírez, Eduardo Alvarez y Juan Francisco Paredes.

Francisco Gavidia continuaba al frente de la Academia, celebrándose muchas de las sesiones en la casa particular del maestro, situada en la 11a. Calle Oriente y Pasaje Fajardo. Las sesiones se regularizan entonces bajo el entusiasmo del Dr. Manuel Castro Ramírez, que actúa como Vice-Director.

El 19 de enero de 1951 la Academia Salvadoreña acepta concurrir a la Primera Conferencia de Academias de la Lengua de Habla Española, invitada por la Academia Mexicana. A tal acontecimiento, que tuvo lugar en Abril de ese año, se designó como delegados a Manuel Castro Ramírez, Julio Enrique Avila y Eduardo Alvarez.

En la sesión de esa misma fecha se eligieron como académicos de número a los señores Raúl Contreras (1896-1973), Reynaldo Galindo Pohl (1918), Napoleón Viera Altamirano (1893-1977) y a Miguel Rafael Urquía. Contreras es uno de nuestros grandes poetas líricos. Su obra poética merece el análisis sereno de los críticos, especialmente de aquellos poemas publicados bajo el seudónimo de Lydia Nogales. Reynaldo Galindo Pohl, un jurista notable y estudioso de la filosofía; Viera Altamirano, un periodista de ideas liberales y, sin duda, el hombre de prensa más brillante de la Centro América actual; Urquía tiene señalados méritos como internacionalista y diplomático.

A Galindo Pohl, Presidente de la Asamblea Constituyente de 1950, se debe la introducción, en el Art. 9 de la Constitución de 1950, el expreso reconocimiento de que el español es el idioma oficial de El Salvador. La Constitución de 1950, inspirada en la Constitución de la República de Weimar, introdujo en el país las nuevas tendencias filosóficas, sociológicas, económicas y políticas de la Europa de la postguerra mundial. La social-democracia vino a renovar el viejo edificio constitucional del Estado liberal salvadoreño del siglo XIX.

El 27 de febrero de 1952 se designó Secretario de la Academia al Dr. Alberto Rivas Bonilla. Ese año muere el académico Eduardo Alvarez

(1890-1952), que tan útiles servicios prestara al instituto.

El 4 de septiembre de 1952 se nombra Director Honorario y Vitalicio a Francisco Gavidía, quien se encuentra enfermo, anciano, pero lleno de lucidez y entusiasmo por las cosas literarias. Los académicos lo visitan en su residencia y le expresan los agradecimientos de la Corporación.

En esa misma fecha son electos miembros de número los señores Romeo Fortín Magaña (1894-1965), Luis Gallegos Valdés (1917), Hugo Lindo (1917) y Francisco A. Lima.

El deceso del Dr. Manuel Castro Ramírez ocurrido el 10 de marzo de 1954 fue un duro golpe para la Academia. Los empeños de Castro Ramírez por revitalizar la corporación no fueron pocos, sus conocimientos del derecho internacional y de la historia patria, le hacen acreedor a un sitio de honor entre los hombres de su tiempo. Hábil y cordial supo ganar adeptos en la lucha contra la hispanofobia. Muchos intelectuales ingresaron a la Academia, inspirados en su visión cultural: defender por todos los medios la lengua española, como idioma nacional.

Otra muerte sentida fue la del Dr. Virgilio César Miranda, también ocurrida en 1954. Para sustituir las vacantes dejadas por los señores Castro Ramírez y Miranda se nombró, respectivamente, a Napoelón Rodríguez Ruiz (1910), y a Manuel Alfonso Fagoaga. Estos dos profesionales, Fagoaga, un médico distinguido, y Rodríguez Ruiz un abogado de excelente formación civilista, colaboraron de inmediato en las tareas de nuestra Academia. Se les nombró en marzo de 1954.

También, en esta reunión, se designó vice-Director al Dr. Enrique Córdova, con amplias facultades, dada la enfermedad avanzada del maestro Gavidía.

En agosto de 1955 se acordó asistir al Segundo Congreso de Academias de la Lengua, el cual tuvo lugar en Madrid del 21 de abril al 2 de mayo de 1956. Se nombró como delegados a Alberto Rivas Bonilla, a Manuel Alfonso Fagoaga y a Enrique Córdova, quienes concurren a dicho acto.

La muerte de Francisco Gavidia ocurrida el 24 de septiembre de 1955, conmovió a la Academia en pleno. Días antes la Asamblea Legislativa le había otorgado la Orden Nacional Matías Delgado. El país entero manifestó su duelo por el desaparecimiento del Director de nuestra Corporación.

El Dr. Enrique Córdova asumió en propiedad la Dirección de la Academia, a partir del 14 de marzo de 1956.

No obstante los lutos que a menudo tiene que confrontar la Academia, el ánimo de los que **quedan** sirve para renovar las savias internas de la entidad. A la muerte de un viejo académico sucede la llegada de otro, joven, en una secuencia de vida y muerte, muerte y vida, inexorable ley del cambio en todos los órdenes. El gran secreto de la continuidad de las instituciones reside en esta capacidad de transformación por medio de los que se **van** y los que **llegan**, en un relevo continuo de hombres e ideas, de pensamiento y acción. El legado de las viejas generaciones se ve renovado con el aporte de las jóvenes. Así la Academia no se ha estancado, pues respondiendo a la concepción vital de la vida, ha estado, **y está**, acorde con el signo de los tiempos.

Desde octubre de 1956 los académicos se dedicaron a reformar los Estatutos vigentes desde 1915, en una tarea de modernización que permitiera mayor dinámica a la institución.

El 2 de octubre de 1956 se designaron académicos a los señores Rodolfo Barón Castro (1909), Héctor Escobar Serrano, presbítero Miguel Román Peña y Emeterio Oscar Salazar.

Se eligió miembro, también, a Manuel Andino (1892-1958), pero éste nunca presentó su discurso de ingreso. Desgraciadamente, poco tiempo después, falleció en esta ciudad, tras una fecunda actividad periodística.

El 16 de marzo de 1958 se aprobó el proyecto de Estatutos de la Academia, incorporando al acta del día el articulado que debería presentarse al Ministerio del Interior para su estudio y aprobación. Colaboraron en esta tarea los doctores Hermógenes Alvarado, Romeo Fortín Magaña y Enrique Córdova.

El 30 de enero de 1959 falleció el Dr. Francisco A. Lima, designando la Academia en esa fecha un orador para que despidiera al que fuera magnífico colaborador y estudioso del idioma.

El 22 de mayo de 1959 fue electo Miembro de Número el Dr. Julio Fausto Fernández (1913), catedrático universitario, autor de varias obras filosóficas y uno de los intelectuales de mayor valía en el foro salvadoreño, Julio Fausto Fernández, ha militado en la política, ha escrito libros y ensayos polémicos, y ha desempeñado cargos importantes. Maestro de vocación tiene entre sus méritos el haber introducido en el país las corrientes socialistas científicas, juntamente con José Luis Barrientos, Farabundo Martí, Moisés Castro y Morales, López Pérez de Freineda, Alejandro Dagoberto Marroquín y Pedro Geoffroy Rivas. Posteriormente Julio Fausto Fernández se adhirió al realismo cristiano, retomando las posiciones

de Tomás de Aquino, Toynbee, Maritain y otros pensadores.

En octubre de 1958 fue aceptado como Miembro de Número el Dr. Mauricio Guzmán, sociólogo, jurista y estudioso de la filosofía.

El 7 de enero de 1960 fue electo Miembro Correspondiente el ilustre filólogo colombiano padre Félix Restrepo.

El 8 de marzo de 1960 la Academia acordó concurrir al Tercer Congreso de Academias de la Lengua el cual se efectuó en Buenos Aires del 27 de julio al 6 de agosto de 1960. Se designó como delegados a los doctores Córdova, Escalón, Fernández y Lindo.

El 16 de agosto de 1962 se eligió al Dr. Alfredo Martínez Moreno (1923) como individuo de número de la Academia, a efecto de sustituir al Dr. Víctor Jerez.

El 17 de octubre de 1963 se aceptó como Académico de Número al caricaturista, escritor y diplomático, Toño Salazar (1897).

En esa ocasión también se designó como Miembro Honorario al escritor Francisco Herrera Velado (1876-1939), quien recibió la noticia con sumo agrado en la ciudad de Izalco, donde residía. Herrera Velado es uno de los cuentistas de relieve del país.

El 28 de noviembre de 1963 se nombraron miembros a los abogados y escritores Roberto Lara Velado (1917-), José María Méndez (1916-) y Pedro Geoffroy Rivas (1908-1979).

El Dr. Méndez no presentó su discurso de ingreso y caducó la designación.

El 20 de febrero de 1964 se nombró vice-Director al Dr. Romeo Fortín Magaña, jurista notable, hombre de ideas progresistas y gran defensor de la autonomía universitaria. Autor de varias obras históricas, políticas y jurídicas. El Dr. Fortín

Magaña honró su condición de intelectual, honesto e independiente, frente a los despotismos poco ilustrados que hemos padecido.

Durante 1964 y 1965, la Academia dedicó sus esfuerzos a celebrar el Centenario del nacimiento de Francisco Gavidia, padre de las letras nacionales modernas, y humanista por excelencia de nuestra cultura. Las gestiones de la Academia tienen éxito, y 1965 es declarado por la Asamblea Legislativa "Año Gavidia". Se publican revistas monográficas sobre el escritor, se inicia la re-edición de sus obras completas, se dictan charlas y conferencias sobre la vida y obra de Gavidia en todo el país.

El 17 de septiembre de 1965 la Academia decide asistir al Cuarto Congreso de Academias de la Lengua, el cual se efectuó en Bogotá en 1965.

Con ocasión de la muerte del Dr. Romeo Fortín Magaña, ocurrida en febrero de 1965, se nombra como vice-Director al Dr. Hugo Lindo.

En septiembre de 1965 la Academia celebra con todo esplendor el centenario de la muerte del gran filólogo Andrés Bello. Son numerosos los actos públicos dedicados al gran venezolano. Se divulgan sus escritos filosóficos, jurídicos, históricos y lingüísticos.

El 10 de junio de 1966 la Academia rinde homenaje al Dr. Enrique Córdova en acto público. Se devela un óleo del distinguido jurista, pintado por Valero Lecha.

Son designados en esta fecha, Director, el poeta Hugo Lindo y Vice-Director, el internacionalista Alfredo Martínez Moreno.

El 22 de agosto de 1966 se lleva a cabo un acto en la Federación de Cajas de Crédito en que se distingue como académicos honorarios a los escritores Vicente Rosales

y Rosales (1894-), Claudia Lars y Salarrué, los tres ampliamente apreciados en las letras hispanoamericanas. Claudia Lars, poetisa extraordinaria, falleció en 1974; y Salarrué, autor de una vasta y extraordinaria obra, murió en 1975. Salarrué, sin duda, es el narrador de mayor valía que ha tenido el país en las últimas décadas. Sus cuentos y novelas han trascendido el ámbito hispanoamericano y constituyen fuente inagotable de un realismo mágico, que merece el estudio y la crítica de los contemporáneos.

En noviembre de 1966 se eligen académicos a los señores Matías Romero (1927-) e Italo López Vallecillos (1932-), quienes presentan sus respectivos discursos de ingreso.

En diciembre se nombra a los señores Rivas Bonilla, Lara Velado y López Vallecillos para que concurren al Primer Congreso Regional de Academias de la Lengua de Centroamérica y Panamá, el cual se llevó a término en Managua, del 16 al 18 de enero de 1967.

En 1968 se celebra en Quito, Ecuador, el V Congreso de Academias de la Lengua Española, al cual se hace representar nuestra Corporación por medio de los académicos Hugo Lindo, Matías Romero y López Vallecillos.

En septiembre de 1967 se elige a D. Carlos Alberto Siri (1905-), como académico de número, quien cumple con el requisito de leer discurso de ingreso.

En 1968 se eligió académico de número a D. Joaquín Hernández Callejas.

El 26 de abril de 1974 se nombró académico de número al profesor Alfredo Betancourt (1914-), quien presentó el discurso de rigor.

Y en 1972 se eligió académico de número al poeta David Escobar Ga-

lindo (1943), quien leyó su discurso de ingreso en acto público en abril de 1975. Escobar Galindo es el académico más joven, con obra apreciada en el país y en el extranjero.

Puede afirmarse que la Academia, en los períodos en que estuvo dirigida por Velado, Gavidía, Córdova y Lindo se vio enriquecida con la presencia de elementos de valía intelectual. Renovó sus esfuerzos en defensa de la lengua nacional y motivó inquietudes en las nuevas generaciones.

Mediante acuerdo 1993, del 29 de agosto de 1958, fueron aprobados por el Poder Ejecutivo los nuevos Estatutos de la Academia Salvadoreña de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española. La Legislación aparece publicada en el Diario Oficial No. 205 del 3 de noviembre de ese año. Se debió a la iniciativa del Director, Enrique Córdova, y del Secretario, Alberto Rivas Bonilla, la aprobación del nuevo régimen legal de la entidad, naturalmente con la aprobación unánime de los miembros de número de la Corporación.

En marzo de 1960 se publica, en su segunda época, el **Boletín de la Academia**. Se incorporan a la institución como ya lo señalamos, valores indiscutibles: Julio Fausto Fernández, Napoleón Rodríguez Ruiz, Mauricio Guzmán, Pedro Geoffroy Rivas, Toño Salazar, Alfredo Martínez Moreno, Roberto Lara Velado y otros intelectuales preocupados por el fomento y desarrollo de la cultura salvadoreña. Los trabajos de incorporación reflejan las corrientes filosóficas, literarias, sociológicas, jurídicas y políticas contemporáneas.

El **Boletín** recibió en estos años, además, la colaboración de Claudia Lars, Salarrué, José María Méndez, Francisco Herrera Velado, Matías

Romero, Trigueros de León, Luis Gallegos Valdés, José Mata Gavidia y otros escritores. Desgraciadamente, por razones económicas, **El Boletín** dejó de editarse en 1969.

V

En base a las actas de la corporación, se ha establecido que los sillones han sido ocupados en el orden siguiente:

SILLA A

Alfonso Reyes Guerra†
Miguel Rafael Urquía

SILLA B

Román Mayorga Rivast†
Sarbelio Navarrete†
Reynaldo Galindo Pohl

SILLA C

David Rosales†
Carlos Alberto Siri

SILLA D

Santiago I. Barberena†
David J. Guzmán†
José Llerena†
Raúl Contreras†
Italo López Vallecillos

SILLA E

Salvador Gallegos†
Manuel Castro Ramírez†
Héctor Escobar Serrano

SILLA F

Calixto Velado †
Julio Enrique Avila†
Roberto Lara Velado

SILLA G

Francisco A. Gavidia†
José Escalón†

SILLA H

Juan J. Laínez†
Luis V. Velasco†
Napoleón Viera Altamirano†
Cristóbal Humberto Ibarra

SILLA I

Manuel Delgado†
José María Peralta Lagost†
Francisco A. Lima†
Julio Fausto Fernández†
Alfredo Betancourt

SILLA J

Juan Francisco Paredes†
Romeo Fortín Magaña†
Joaquín Hernández Callejas

SILLA L

Guillermo F. Hall†
Francisco Castaneda†
Eduardo Alvarez†
Hugo Lindo

SILLA M

Miguel A. Fortín†
Enrique Córdova†
David Escobar Galindo

SILLA N

Juan J. Cañas†
Alberto Masferrer†
Hermógenes Alvarado h.†

SILLA O

Julio Acosta†
Miguel Román Peña†
Ramón López Jiménez†

SILLA P

Arturo Ambrogí†
César V. Miranda†
Manuel Alfonso Fagoaga†

SILLA Q

Víctor Jerez†
Alfredo Martínez Moreno

SILLA R

Alfonso Belloso y Sánchez†
Fco. José Castro y Ramírez†

SILLA S

Miguel Pinto†
Alberto Rivas Bonilla

SILLA T

Luis Gallegos Valdés

SILLA U

Napoleón Rodríguez Ruiz

SILLA V

Rodolfo Barón Castro
Matías Romero

SILLA X

Mauricio Guzmán

SILLA Y

Antonio Salazar

SILLA Z

Pedro Geoffroy Rivast

VI

El actual Director, D. Alfredo Martínez Moreno, mantiene con entusiasmo y fervor la aspiración legítima de la Academia de proteger y fomentar el idioma español, el legado mayor de nuestra nacionalidad, el muro espiritual contra la bastarda penetración de otras lenguas.

Quando se habla de neo-colonización, de penetración extranjerizante, suele señalarse únicamente lo económico y lo político. Se olvidan los valores espirituales, por exceso de neopositivismo, economicismo y sociologismo. Nuestra literatura está llena de ensayos sobre el subdesarrollo, la dependencia, la sumisión al poder capitalista mundial. Nos olvidamos que el primer elemento extraño, alienante, desfigurador, es el término advenedizo que nos llega con el falso progreso, generalmente en la literatura y prensa comercial, cuando no por medio de la imitación y copia fácil de lo foráneo.

Hoy más que nunca, un siglo después de fundada la Academia Salvadoreña de la Lengua, se hace imperiosa e indispensable la defensa de nuestro patrimonio cultural; la reafirmación de nuestra propia interpretación de la realidad, incorporando al idioma todos aquellos términos criollos que configuran parte de nuestro ser social y que son, en sentido histórico, vitales para la comunicación de un pensamiento y una acción modificadora de lo obsoleto y caduco en nuestra sociedad.

En esta lucha por el idioma nacional, también está cifrada la esperanza de nuestro pueblo. Porque hay que repetirlo mil veces, el pueblo salvadoreño desea ser libre, culto y educado, en el pleno goce de la dignidad humana y la justicia social.

Octubre de 1980.

JOSE ESCALON

Aportación al Estudio de la Medicina Centroamericana en la Epoca Hispánica: Doctor don José Flores

(Estudio que por sugerencia del Profesor Don Gregorio Marañón se presentó al X Congreso Internacional de la Historia de la Medicina, celebrado en Madrid, España, del 22 a 29 de septiembre de 1935).

CAPITULO I

Organización de los estudios de medicina en la Universidad de San Carlos Borromeo de Guatemala

El llamado reino de Guatemala —que abarcaba lo que hoy son las cinco repúblicas de Centro América, el Estado mexicano de Chiapas y la colonia inglesa de Honduras Británica— careció de Universidad durante el primer siglo y medio de dominación española. Era la de México la más cercana y a ella debían de acudir quienes desearan cursar estudios superiores.

En parte fue obviado el obstáculo con las enseñanzas organizadas por las órdenes religiosas, y, especialmente, por los dominicos, cuyo Colegio de Santo Tomás de Aquino, llegó incluso, por disposición de Felipe IV, a dar grados universitarios.

La necesidad era, sin embargo, imperiosa. El Cabildo guatemalteco, en 26 de febrero de 1592, dirigió razonada exposición a la metrópoli solicitando fuera erigido cuanto antes el centro universitario. En dicha exposición indicaba que había fondos suficientes para tal fin, provenientes de los legados que dejaron el obispo Marroquín, el conquistador Sancho Barona y su esposa doña María de Loaiza y el Correo Mayor don Pedro

Crespo Suárez. Celos de competencia entre jesuitas y dominicos entorpecen aún más la solución del problema.

Por fin, una real cédula de Carlos II, de 31 de enero de 1676, ordena la esperada instauración del centro universitario, que se instala en el mismo local del Colegio de Santo Tomás de Aquino. Sacáronse a oposición en Guatemala las cátedras y el día 6 de diciembre de 1679 llevóse a efecto la votación, resultando elegidos los titulares de las de Prima de Teología, Teología Moral o de Vísperas, Filosofía, Cánones, Leyes, Instituta, Medicina y Lengua Cachiquel. Para la de Medicina fue escogido el bachiller don José Salmerón. No hubo, sin embargo, entera conformidad con los resultados, y se pidió a la metrópoli que fueran anuladas las oposiciones. El acuerdo fue favorable en parte a los protestantes, ya que ordenóse que salieran a nueva oposición, en México, las cátedras de Cánones, Leyes y Medicina. No hubo en la capital del Virreinato de la Nueva España quien deseara concurrir y se repitió el procedimiento en la Península, habiéndose practicado las pruebas en la sala del Consejo de Indias. Por fin, quedó el profesorado completo y pudo la Universidad iniciar sus labores en 6 de Enero de 1681, habiendo sido su primer rector don José Baños y Soto Mayor, doctorado en la Universidad de Osuna. La cátedra de Medicina estuvo a cargo del doctor don Miguel Fernández, con un sueldo de 400 pesos anuales.

Seis años después se concedieron a la Universidad de San Carlos Borromeo, los mismos títulos y privilegios de que gozaban las de México y Lima, idénticos, a su vez, a los que tenía la de Salamanca. Don Francisco Saraza y Arce redactó los Estatutos, que fueron aprobados por el Consejo de Indias el año de 1688.

Según estas constituciones, para obtener el grado de bachiller en Medicina hacían falta los siguientes requisitos: ser bachiller en Artes ⁽¹⁾, haber cursado las cátedras de Prima y Vísperas, asistir a un curso de Cirugía y Anatomía, y leer diez lecciones acerca de: *Rebus Naturalibus, Proto Naturalibus, Sanguinis Mictione, Expurgatione, Pulsibus, Urinis, Cirugia, Anatomía, Facultatibus Medicamentorum*, a más de un curso de Astrología y otro de Método.

La Constitución 136 dice: "Ordenamos que cada cuatro meses se haga Anatomía en el Hospital Real de esta ciudad, a que tengan que asistir todos los catedráticos de Medicina y los cursantes de ella...". Trata seguidamente de la forma en que ha de procederse a la disección y manda "que se guarde la mesa, el esqueleto y los instrumentos bajo llave y que, por

(1) Bachiller en Filosofía, grado que se obtenía después de dos años de estudios universitarios en esa facultad. R. M. y M.

cada mes, un día, se junten los catedráticos y estudiantes a conferenciar sobre eso y a dar a entender a los últimos su uso y conocimiento.

Con todo, no fueron prósperos los estudios de la ciencia de Hipócrates, pues según parece, el primer grado en medicina no fue conferido sino muchos años más tarde, en 1717, obteniéndolo el 11 de julio don Vicente Ferrer González.

Desde su fundación, hasta bien entrado el siglo XVIII, fueron en general los estudios universitarios preferentemente religiosos y literarios. Salieron de la Universidad Carolina buenos latinistas y teólogos y la producción intelectual parece limitada a estas disciplinas. Bien es verdad que las luces de la ciencia experimental hallábanse en sus albores en todo lugar y no podía pedirse a una Universidad de las Indias lejanas, que diera la nota de originalidad. Mas las cosas habían de cambiar con la llegada de un fraile franciscano —Fray José Antonio de Liendo y Goicoechea— nacido en la ciudad de Cartago, en la apartada provincia de Costa Rica, el 3 de mayo de 1735, y a quien se ha comparado, justamente, con Fray Benito Jerónimo Feijoo.

Feijoo, ya en su obra en el reino guatemalense, presenta grandes analogías con la del insigne benedictino en la metrópoli.

“Su genio —escribió José Cecilio del Valle en 1814— siempre pronto a descubrir ridiculeces, le hizo ver todas las del escolasticismo; y su alma sintió la necesidad de otros estudios, diversos en el todo de los que había hecho”.

“Las matemáticas puras, que son siempre el recurso de filósofos en aquellas situaciones de tormento, en que sólo puede contentar lo que es verdadera demostración, le presentaron el método de exactitud, necesario para un alma melindrosa que, burlada por el escolasticismo, sospechaba ya de las demás ciencias”.

“Hubo tiempo en que sólo las exactas llenaban los deseos de su alma; hubo tiempo en que sólo los números y líneas escapaban a la risa de su genio. Pero cansado al fin de tantas abstracciones, volvió los ojos al campo de la Naturaleza, a esos jardines que deleitaban a Newton después de los trabajos complicados del cálculo”.

“Los libros de Pluche, los primeros que leyó en este género, le presentaron un espectáculo muy diverso del que entretenía a los escolásticos; y los experimentos célebres de Toricelli, Pascal y Poirier, le indicaron el verdadero método de estudiar la naturaleza” (2)

Estudia con detenimiento las obras de Wolff, Locke, Nollet, Buffon, Linneo, Naldi; viaja por España durante el próspero reinado de Carlos III, donde visita las mejores bibliotecas, asiste a las juntas de academias y so-

(2) Obras, t. II, p. 18.

ciudades científicas y trata a Ortega, director del Jardín Botánico, por el cual se interesa grandemente.

Vuelve a los patios lares “lleno de riquezas literarias, de conocimientos, de globos, de tablas y libros, raros aún en la corte de donde venía” (3).

En pugna con las ideas dominantes en la Universidad guatemalteca, logra introducir los principios de la ciencia experimental, realizando una labor cuyos frutos habían de proyectarse en el futuro intelectual del Istmo Centroamericano.

“En el seno mismo de los escotistas —añade el citado Valle— en la edad de los errores, supo elegir los libros más sublimes de las ciencias a que fue dedicado; apropiarse los conocimientos más grandes; darles la gracia de su genio, y comunicarlos a nosotros y a nuestros mayores. Ved aquí su justo valor. Fue lo que Fontenelle dice de un filósofo: el Prometeo de la fábula que robó el fuego a los dioses, para comunicarlo a los hombres”. (4)

Antecedente necesario para comprender el florecimiento a que pudo llevar el doctor Flores los estudios de medicina en la Universidad de Guatemala, es la obra inmensa de Liendo y Goicoechea. No es, pues, el doctor Flores producto esporádico en un medio intelectual raquítico, sino la resultante de un movimiento espiritual que encaja perfectamente en la directriz cultural de la época.

CAPITULO II

Noticia Biográfica de Don José Flores

No es abundante el material disponible acerca de la personalidad de don José Flores, a quien se reputa, con justicia, como el fundador de la ciencia médica centroamericana.

Dispersos en Guatemala, España y otros lugares de Europa, los papeles que le aluden son de dificultosa consulta. Sus libros, a pesar de la gran boga obtenida, no se encuentran con facilidad y hállanse diseminados en bibliotecas distantes los raros ejemplares de que se tiene noticia. Sólo una búsqueda cuidadosa, que forzosamente habría de llevar mucho tiempo, podría acumular materia suficiente para trazar, con cierta precisión, la curva fecunda de una vida inquieta, entregada por entero al progreso científico.

Finalmente, destacóse su personalidad de modo tan notorio que contemporáneos suyos como don José Mariano Beristain de Souza (1756-1817) y don Antonio Hernández Morejón (1773-1833), hubieron de consagrarle

(3) Obras, id. p. 20.

(4) Obras, id. p. 21.

amplia referencia en sus obras fundamentales: *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional* e *Historia Bibliográfica de la Medicina Española*, respectivamente.

Con los informes contenidos en las obras precedentes y los de algunos acuciosos investigadores posteriores —notoriamente los de don Ramón A. Salazar en su *Historia del Desenvolvimiento Intelectual de Guatemala*, y los de don José Toribio Medina en *La Imprenta en Guatemala* puede perfilarse de modo muy somero, la biografía del ilustre médico.

Nace don José Felipe Flores en la Ciudad Real de Chiapa, conocida también por San Cristóbal de los Llanos (hoy San Cristóbal de las Casas, en el Departamento de Las Casas), el 1 de mayo de 1751, reinando en España, Fernando VI y siendo Capitán General del Reino de Guatemala, don José Araujo y Río.

Pertenece en la actualidad, la ciudad natal de nuestro biografiado, con todo el Estado de Chiapas, a la confederación mexicana. Durante el período colonial estuvo bajo la jurisdicción de la Capitanía General de Guatemala. No fue sino hasta 1824, pasada la Independencia, que Chiapas, después de un plebiscito, optó por incorporarse a la nación mexicana. Uno de sus fragmentos, Soconusco, quedó aún ligado a Centro América, para seguir, años más tarde, idéntico camino. Guatemalteco, pues, es decir, centroamericano, fue Flores.

A la edad de 7 años trasládase a la capital, donde emprende sus estudios. Con fecha 20 de Febrero de 1773 presenta sus exámenes para optar el grado de bachiller en la Facultad de Medicina. El 29 de julio siguiente un tremendo sacudimiento sísmico destruye la desdichada metrópoli. Vive en sus años mozos la pugna entre los que deseaban reedificar la nueva ciudad y la de los que pretendían trasladarla a otro lugar. No podían ser esos años de infortunio fecundos para los estudios. Triunfantes los partidarios de la traslación, fundan la nueva capital el año de 1776 en lugar un tanto alejado de la antigua. Cuatro años después, obtiene nuestro estudiante la borla doctoral.

Por las tristes circunstancias apuntadas, y por la escasez o carencia de profesores, puede decirse que llegó a sustentar sus exámenes tras estudios realizados sin más guía ni maestro que su ansia inmensa de conocimiento.

Formaron su tribunal de examen las gentes más destacadas de aquel centro, sin que hubiera en él ninguno cuya profesión fuera la de médico. Lo presidió como decano don Mateo Morán, maestro de Filosofía, y como réplicas actuaron los frailes Antonio Lanuza, Miguel Franchesco, Juan Terraza y el insigne Liendo y Goicoechea.

Hombre sumamente estudioso y metódico, que tomaba apuntes y observaciones de todo, según cuenta su discípulo el Dr. don Pedro Molina, no podía tardar en destacarse. En el pueblo de San Cristóbal Amatitlán ob-

serva cuidadosamente las costumbres de los indios; estudia, pone en práctica y, finalmente, escribe un folleto acerca de las propiedades curativas de ciertas lagartijas que aquéllos utilizaban para determinadas enfermedades, y que publica en Guatemala en 1781. Su título: *Específico nuevamente descubierto en el Reino de Guatemala para la curación radical del horrible mal del cancro* (15 pgs. en 4^o) (5)

Tuvo este trabajo un éxito de lo más halagador. Al año siguiente aparece en México una segunda edición, impresa por Zúñiga y Ontiveros. Según refiere Beristain fue reimpresso, llevando en la portada esta leyenda: *Experimentado ya en México* (6)

No queda el éxito reducido a la simple reedición ni a la difusión del sistema. Surgen los comentaristas y en ese mismo año, el ilustre don Antonio de León y Gama (1735-1802), matemático, astrónomo y hombre a todas luces insigne, amigo de Lande y Malaspina —como anota Beristain— publica una *Instrucción sobre el remedio de las lagartijas, nuevamente descubierto para la curación del cancro y otras enfermedades*. (Zúñiga y Ontiveros, 3h. 59 págs.) (7).

El médico valenciano don Manuel Moreno, que había sido colegial y rector del colegio de Cirugía de Cádiz, desde donde pasó a la Nueva España en 1778 como director, catedrático y primer director anatómico del hospital Real de México, publica seguidamente unas *Reflexiones sobre el uso medicinal de las lagartijas de Guatemala* (en 4^o) (8), y en el mismo año edita una *Carta apologética de las Reflexiones sobre el uso de las lagartijas* (en 4^o) (9).

Ocupase también el médico mexicano don José Vicente García Vega del asunto y en ese mismo año da a las prensas su *Discurso crítico sobre el uso de las lagartijas de Guatemala*, como específico contra el mal del cancro y otros males venéreos (en 4^o) impreso por Ontiveros (10).

Don Alejo Ramos Sánchez entra en la palestra y publica (no sabemos la fecha exacta, pero debió ser también en 1782), una *Disertación sobre el uso medicinal de las lagartijas de Guatemala* (11).

Las ediciones mexicanas de las obras del ilustre chiapaneco, habían tenido la virtud de poner en movimiento a las primeras figuras científicas de la culta Nueva España. Vuelve don Antonio de León y Gama a insistir

(5) J. T. Medina, Op. cit. pág. 193; Palau, *Manual del librero*, t. III, pág. 247.

(6) J. T. Medina, *La imprenta en México*, t. VI, págs. 353 y 354. La Barcroft Library de la Universidad de California (Berkeley) posee un ejemplar de esta primera edición mexicana, que consta asimismo de 15 págs.

(7) Op. cit. t. I, pág. 450.

(8) Un ejemplar pertenece al Dr. José Escalón.

(9) Beristain, Op. cit. t. II, pág. 304.

(10) Beristain, Op. cit. t. III, pág. 247.

(11) Idem. íd. III, pág. 109.

sobre el asunto, publicando el año siguiente (1783), una *Respuesta satisfactoria a la carta apologética, que escribieron el licenciado don Manuel Antonio Moreno y el fraile don Alejo Ramos Sánchez, y defensa contra la censura que en ella se hace, de algunas proposiciones contenidas en la Instrucción sobre el remedio de las lagartijas*. México, 1783 (4 h. 32 págs. en 4º) (Palau, Op. cit., tomo VII, pág. 138).

No podía el éxito ser más halagüeño. Merece este asunto por sí solo, atención profunda. No estaba tan estancado como ha sido moda decir, por quienes han querido únicamente ensombrecer la obra de España en América, el espíritu científico. Alerta, y bien alerta estaba. Buena prueba es esta serie de publicaciones que se hacen en el término escaso de dos años. Vivía México momentos en los que toda inquietud intelectual encontraba acogida.

Mas no había de limitarse a Guatemala y Nueva España el éxito del opúsculo de don José Felipe Flores. En ese mismo año de 1782 aparece la primera edición que se hace del folleto en España, en Madrid, en la imprenta de doña María Razola (en 4º) (12).

A la edición madrileña sucede una en Cádiz, impresa por don Pedro Gómez de Requena, impresor mayor de la ciudad (21 págs. en 4º) (13).

De España, la fama del método curativo del doctor Flores pasa a otros países europeos y el pequeño opúsculo, al cual habíanse ya agregado experimentaciones realizadas en el antiguo continente, sigue su carrera triunfal. Ese mismo año, aparece la versión francesa.

En Francia, al aparecer, provocó el asunto idéntico interés, según se desprende del siguiente párrafo del compendio del doctor Meo, al cual dedicaremos, más adelante, amplio comentario: "Concuerdo —dice— por consiguiente, en mi práctica, con los indios, con el autor del específico don (sic) Flores, y con el traductor francés M. de Morande, quien, en una carta del mes de Octubre de 1783, dice etc. . . ." (14).

Al año siguiente (1784), traducida por Toscanelli aparece en Turín (en 4º) la versión italiana (15). Con todo, su difusión era escasa. El padre Juan Bautista Meo, Decano de la Sociedad de Medicina y Primer Médico físico del Gran Hospital de Palermo, que pudo tener por algunas horas una de las versiones de la obra de Flores, redacta un compendio que publica en forma de cartas, en Palermo, en 1784 (16).

(12) J. T. Medina, *Biblioteca Hispano-Americana*, t. VII, pág. 348; Hernández Morejón, Op. cit. t. VIII, pág. 385.

(13) J. T. Medina, Op. cit. t. VII, pág. 138.

(14) Ver pág. 25 J. T. Medina (La Impr. en Guatemala, pág. 194) dice que fue traducida por Grasset. ¿Se trata de otra versión o de un colaborador de Mr. de Morande?

(15) Idem. íd. pág. 194.

(16) Las dos cartas que contiene, van fechadas el 3 de octubre y el 6 de diciembre de 1784, respectivamente.

Unos años después (1788), la refundición del doctor Meo aparece vertida al francés por M. Matinet, médico, e impresa en Palermo por Benti-venga. Su título: *Essai en forme de lettres, a un ami, sur l'usage des lezards; nouveau spécifique apporté du Mexique pour la guérison des maladies vénériennes, de la lèpre et du cancer* (44 págs. 20 cms.)⁽¹⁷⁾.

Según previene el traductor se trata de una nueva reducción, ya que ha eliminado aquello que no estimaba esencial. Sin embargo, resulta un opúsculo que triplica casi las primitivas quince páginas de la edición guatemalteca.

He aquí, pues, desde el principio al fin la historia de la pequeña publicación de Flores que ábrese camino, con pasmosa rapidez, desde la lejana Guatemala a los focos científicos de Europa. He aquí un sistema curativo tradicional de los indios americanos, incorporado por obra y gracia de un ilustre criollo a la terapéutica de su tiempo.

Si ese fuera el único mérito de Flores, sería ya suficiente para que su nombre, injustamente olvidado, quedara incorporado a la historia de la medicina. Pero, felizmente, tiene su mente poderosa tal fuerza creadora, tan encendida fe en los avances de la ciencia, que el éxito citado representa sólo un aspecto de su magnífica actividad.

Logra la cátedra de Prima de Medicina en la Universidad donde realizara sus estudios, el 18 de Marzo de 1783⁽¹⁸⁾, e inicia una labor que habría de ser para la medicina centroamericana de importancia capital. Empéñase, con noble terquedad, en elevar los estudios a un nivel decoroso. Acumula o inventa el material necesario, ya que su voluntad apenas si reconoce limitaciones. Hace llegar de Europa libros científicos y fabrica las estatuas anatómicas que habían de cimentar su merecida fama. El año de 1789, según refiere Juarros, realízanse los primeros exámenes de anatomía utilizando las referidas construcciones y que fueron, según este veraz cronista, muy lucidos.

Continúa tesoneramente sus estudios y lee con utilidad a Linneo y Schell, cuyas doctrinas propaga. Los trabajos de Mollet, Galvani y Franklin, no le son tampoco desconocidos. Gusta de la Botánica, la Física, la Química y las Matemáticas. Emprende trabajos en todos los ramos del saber humano logrando brillantes resultados. Sus grandes méritos no tardan en hacerse sentir en el ambiente guatemalteco, siendo nombrado, el año de 1793, Protomédico del Reino de Guatemala.

(17) En la rica biblioteca del que fue ilustre novelista francés Emile Morel, encontramos un ejemplar —encuadrado— con otros folletos de la época —y que había pertenecido a la colección de Mr. Laus de Boissy— del cual nos hemos servido en el presente trabajo, gracias a la gentileza de los Sres. Henri y Pierre Morel, de Burdeos.

(18) El ejercicio mantenido por el doctor Flores en su oposición a cátedra, dice: "Sors obtulit, suscipit expenda pro secunda oppositione ad Primariam Medicinae Cathedram. —Dr. Joseph Flores— Don Antonio Sánchez Cubillas, Excudit. 18 marzo 1783". J. T. Medina, Op. cit. Pág. 200.

En sus experimentos de Física y Química llega a conclusiones trascendentes, no sólo para Guatemala sino para Europa. "Con el auxilio de su gran talento —escribe don José Dolores Gámez— se adelanta a Galvani y Balli en experimentos físicos sobre la electricidad" (19).

Para Flores, los viajes tenían por fuerza que ejercer una sugestión irresistible. A pesar de las dificultades que había que vencer emprende en 1796 un largo viaje. Recorre los Estados Unidos y tiene el placer de visitar en Filadelfia a Priestly, el ilustre químico inglés. Trata en París a Lalande, Bertrand y Laplace. Hace, además, muy buena amistad con uno de los Montgolfier. En Bolonia visita a Galvani y puede admirar algunos de sus notables experimentos. En París, estudia detenidamente las obras de Lavoisier.

No olvidó en ningún momento, en sus viajes, las tierras tropicales que le vieron nacer. Desde los sitios más lejanos mantenía correspondencia con su venerable maestro y amigo Liendo y Goicoechea, así como con Carbonel. Las cartas de Flores eran esperadas con la natural curiosidad y túvose el buen acuerdo de publicar las que dirigió al ilustre franciscano, en la Gaceta de Guatemala.

Por trozos de algunas de ellas, puede notarse la satisfacción con que veía que las cuestiones científicas no andaban en Guatemala a la zaga del mundo. Desde París, escribió a su sabio amigo: "En las lecciones que redacté a mis discípulos hace ocho años, encontrará usted el electróphoro, las descargas, etc., con otras cosas a que yo me adelanté, guiado nada más que por la analogía y por la misma estructura de las partes, y por la imposibilidad de poder explicar y dar ideas claras con las ideas viejas" (20).

En la Academia de Ciencias de París realizó experiencias acerca de la electricidad y notó cierta frialdad respecto de su entusiasmo, lo que le hizo escribir a Guatemala: "A ellos (los académicos) les parece que lo que no hay en París, no existe en ninguna parte, y están muy engañados" (21).

"Vea usted —escribió a Carbonel— las máquinas que dejé en la Universidad, entre otras, una grande de dos platos sobre columnas de cristal" (22).

Fructífera en todos sentidos fue la prolongada estancia del doctor Flores en el Viejo Mundo. "En los últimos años de su vida, se ocupó de asuntos de óptica y viajó por el norte de Europa a costa de la Corte de España para perfeccionar unas lentes que él había inventado y que dieron qué decir mucho en su tiempo" (23).

(19) *Historia de Nicaragua*, pág. 290.

(20) Salazar, Op. cit. pág. 86.

(21) Gámez, Op. cit. pág. 290.

(22) Salazar, Op. cit. pág. 85.

(23) Idem. Idem. Idem.

Antes de abandonar Guatemala, emprendió su lucha contra los terribles estragos que hacía la viruela, debiéndose a él en gran parte —como más adelante veremos— el envío de la expedición antivariolosa que España organizó para sus dilatados dominios. Publicó a este respecto, en Guatemala, una *“Instrucción sobre el modo de practicar la inoculación de las viruelas, y método para curar esta enfermedad, acomodado a la naturaleza, y modo de vivir de los indios del Reyno de Guatemala, impreso de orden del Superior Gobierno”*. “En la Oficina de don Ignacio Beteta”. Año 1794 (17 págs. en fol.)⁽²⁴⁾.

Discípulos dejó en su patria, encaminados de modo tan firme en la disciplina científica, que, a los dos años de haber salido, ya éstos formaban escuela. Distinguióse sobremanera don Narciso de Esparragosa, que hubo de sucederle en el desempeño de la cátedra.

Con toda esta inmensa labor de cultura realizada en su suelo natal, don José Flores establécese definitivamente en Madrid, ávido siempre de conocimiento. Coincide por desgracia su afincamiento en España con uno de los períodos más azarosos y trágicos de su historia, cuando las nobles faenas del espíritu, hallábanse suplantadas, de modo irremediable, por los avatares de la trágica situación política en que se debatía la Península.

Y el año de 1814, en Madrid, cierra su ciclo esta existencia llena de fecunda ejemplaridad.

CAPITULO III

Algunos Trabajos Científicos de Don José Flores

El siglo XVIII, panorámicamente contemplado, es un trozo histórico que, desde el punto de vista científico, podemos considerar como el empeño de hacer práctica aplicación de las ciencias teóricas de la naturaleza, aunque visto con mirada analítica pueda dividirse en dos grandes sectores: uno, caracterizado por la creación de sistemas —exceptuando, se entiende, la producción de espíritus originales como Morgagni, Hales, los Hunter, Wolff, etc.—; otro, realizado en la supeditación de las ciencias naturales a la filosofía, hecho que conduce, con la culminación del enciclopedismo, a un materialismo científico quintaesenciado.

De este ambiente cultural es Linneo, el representativo más auténtico. A pesar de ser médico famoso, se le conoce mejor por sus trabajos de botánica. Linneo, es el espíritu de sistematización en carne viva, a tal grado, que su desmesurado afán de sistema —sin restar con ello un ápice a lo que de grandiosa tiene su obra— le hace aparecer ridículo y hasta pedante

(24) J. T. Medina, *Op. cit.* pág. 286.

—como en el caso de su Salutación a los Reyes de Suecia— o nos le muestra —en su *Philosophia Botanica*, por ejemplo— a manera de una personalidad en mosaico. En él convergen las dos grandes corrientes de la época: el afán de sistematización, y la tendencia a la multiplicidad científica.

Este característico parapetarse en el terreno de la ciencia, del hombre del siglo XVIII, se respira en el ambiente de la época, exactamente así como en nuestro ámbito psíquico actual, que se inició con la post-guerra, existe un escepticismo frío y calculador.

Por ello, don José Flores, hombre de su siglo, nos aparece, no simplemente como médico, sino también como estudioso de la botánica y como artista que se revela en la construcción de sus estatuas anatómicas.

Nuestro famoso chiapaneco investiga la flora centroamericana, tratando de descubrir las propiedades medicinales de muchas de sus especies, y nos deja ver su conocimiento en materia de botánica cuando interviene en el envío del bálsamo de copalchí a España, sobre el cual escribe, por recomendación del Rey, un estudio extenso en que trata de las propiedades medicinales de dicha planta, y da a conocer la posibilidad de su aclimatación en las costas meridionales de España, sobre todo en Málaga ⁽²⁵⁾.

Algo respecto de su dedicación a la botánica, como de otros trabajos suyos, dice Beristain de Souza en el párrafo siguiente: “Don José Flores, natural de la Ciudad Real de Chiapa, Doctor y Catedrático de Prima de Medicina en la Universidad de San Carlos de Guatemala, y Proto Médico de aquel Reyno, y de Cámara del Rey. El nombre de este literato será ilustre en los fastos de la humanidad por el celo y la aplicación con que ha propagado en muchos discípulos la buena Medicina, por los viajes, que ha hecho para adelantar la Botánica, y por las tres Estatuas o Modelos, que ha trabajado, y se conservan, para pública enseñanza de la Anatomía, en la Universidad de Guatemala. La primera de ellas sirve para explicar la Ostiología; y representa el esqueleto de un hombre que por un lado tiene los huesos enteramente desnudos, y por el otro con nervios y venas. El segundo modelo sirve para la Miología; y representa un hombre con sus carnes, cuyos músculos, trabados con aldavillas, se van desnudando y desprendiendo de los huesos. La tercera Estatua, con que se explica la Neurología, es una figura humana perfectamente formada, cuya cabeza y vientre se abren para demostrar la estructura de estos senos, sus partes, etc. Ha escrito mucho este erudito médico, pero yo sólo hallo publicado “Específico Nuevamente Descubierto en el Reyno de Guatemala, para la curación radical del Horrible mal del Cancro, y otros más frecuentes”. (Impreso en México en 1794, y reimpresso con esta adición en la carátula: Experimentado ya en México).

(25) **Noticias Acerca de la Explotación Industrial de los Productos de Indias en el siglo XVIII.** Boletín del Centro de Estudios Americanistas de Sevilla. No. 17.

“Se reduce este anunciado específico a comer unas lagartijas que se crían en San Cristóbal Amatitán del Reyno de Guatemala” (26)

En cuanto a las estatuas anatómicas, es probable que Flores, bien informado, sólo haya seguido el método de enseñanza que en Europa estuvo en boga: recordemos, al respecto, las preparaciones en cera de Félix Fontana, hechas y usadas antes del tiempo de Scarpa. Después, cuando la disección se practica abundantemente, aparece el nuevo género de arte: la ilustración anatómica, que constituye época, sin que ello implique, naturalmente, que haya sido el siglo XVIII el creador de este género, pues desde Vesalio, y aún atrás, por no ir hasta la Edad Media y la Antigüedad, se le encuentra en la producción artístico-científica. Sin embargo, tocó al siglo XVIII el substituir el uso del cobre por el acero en las placas de impresión, y fue gracias a ello solamente que pudieron realizarse obras espléndidas como la *Osteographia*, de Cheselden; los *Icones Anatomicae*, de Haller; la *Anatomia Uteri Humani Gravidi*, de William Hunter, así como las reproducciones maestras de Santorini, Albinus, Soemerring, etc.

Si Flores no fue, pues —ni mucho menos— el iniciador de la construcción de estos modelos anatómicos, es indudable, en cambio, que para su construcción más o menos perfecta se necesitaba una sólida preparación anatómica y un indiscutible potencial artístico. Las capacidades de nuestro galeno, por ende, le situaban en una posición de avanzada dentro del ámbito cultural de Centro América.

Pero su espíritu inquieto y humanitario no se detiene o sedimenta en la obra local; también quiere hacer obra general. Y así encontramos que por gestión suya España envía el suero antivarioloso alrededor del mundo, en busca de enfermos que curar, tratando de hacer obra de humanidad. Veamos lo que al respecto —y también refiriéndose a su personalidad— dice don Antonio Hernández Morejón: . . . “Por último, compadecido este ilustre médico de la terrible mortandad que en aquellos países causaban las viruelas, y deseando poner término a tan cruel azote, primera y principal causa, según dice Flores, de la despoblación de la América, elevó a S. M., por medio del Consejo de Indias, una sentida y bien razonada exposición, en la que, después de hacer una breve reseña de las epidemias más notables que habían sufrido aquellos indígenas en los años de 1749, 61 y 79, tan crueles y mortíferas que de esta última habían precedido sólo en México 22,000 personas, y de mencionar la real orden en la que se mandaba observar el método publicado por don Francisco Gil, para preservar a los pueblos del contagio de las viruelas, exponiendo al mismo tiempo las disposiciones que él había adoptado con igual objeto en varias ocasiones; penetrado últimamente de la importancia y necesidad de pro-

(26) Beristain, Op. cit. t. I, pág. 610.

pagar a aquellas lejanas tierras el preservativo por excelencia, que tan satisfactorios resultados estaba produciendo ya en nuestra península, impetró de S. M. llevase a efecto el sabio proyecto que le indicaba, de conducir a todos aquellos puntos embarcaciones provistas de pus varioloso fresco, para inocularlo a aquellas gentes e introducir tan sencillo como seguro antídoto de un mal que tan gran número de víctimas sacrificaba. Este profesor americano merece nuestra eterna gratitud, pues que su escrito debió contribuir en gran manera a que poco después, convencido el pío monarca de la utilidad del proyecto que a su alta penetración proponía, mandase efectuar el famoso y memorable viage que con el expresado objeto se verificó alrededor del mundo, conduciendo el preservativo de la viruela, como más adelante veremos" (27)

Hasta aquí, la labor de don José Flores es ya suficiente para acusar y acreditar una personalidad científica de recia envergadura, de mérito aún mayor y se piensa en el medio en que se formó y desarrolló. Esto, sin tomar aún en cuenta su método terapéutico anticanceroso, que fue precisamente el que le dio a conocer en el resto de Europa, y del cual trataremos en el capítulo próximo.

Resumiendo: los trabajos de don José Flores consistieron, principalmente, en investigaciones botánicas; en la creación de nuevos métodos de enseñanza médica (en relación a Centro América), como lo constituyen, en parte, sus estatuas anatómicas y la introducción de las ciencias físico-químico-matemáticas (reflejo, tal vez, de la yatrofísica y la yatroquímica); en su lucha por la profilaxis y curación de la viruela, y en su método terapéutico contra el cáncer.

CAPITULO IV

El Sistema Terapéutico de Flores y su Difusión en la Europa del Siglo XVIII

La terapéutica del siglo XVIII, como dice Garrison (28), se caracteriza por cambios que marcan un avance gradual de la farmacología. Las tres condiciones de la Farmacopea de Londres, publicada en este siglo, muestran con evidencia dicha evolución. En efecto, en la primera de ellas, que corresponde a la cuarta edición (1721); dirigida por Sir Hans Sloane, se descartan muchos de los antiguos jarabes y aguas, pero se conservan los extractos de xcreta y otros productos animales, y se introducen otros nuevos como el tártaro emético, ipeca, sulfato de hierro, tintura de percloruro de hierro, y otras preparaciones inorgánicas. La quinta edición (1746), condena todos los remedios de origen astrológico y popular, y mientras descarta el uso

(27) Hernández Morejón, Op. cit. t. VII, págs. 383-85.

(28) *History of Medicine*, pág. 408.

de la grasa humana, la leche de virgen, los huesos de corazón de ciervo, las telarañas, conserva los ojos de langosta, el mitridato, las perlas, los corales, los víperos, etc. Los jarabes y aguas medicinales disminuyen en número a cambio de nuevas tinturas, incluyendo las de valeriana y cardamomo. Se agregan también las sales de Glauber, el acetato de potasio y otros medicamentos. La severa crítica de Heberden, si bien no alcanza a ejercer influencia sobre esta quinta edición de la Farmacopea de Londres, sí la tiene sobre la sexta y última en el siglo XVIII (1788). Por su influjo desaparece de ella toda la materia médica animal, ingresando, en cambio, como nuevas drogas y compuestos, el acónito, árnica, aceite de castor, magnesia, éter, tartrato de hierro, óxido de zinc, polvos de Dover, tintura de opio, y otros muchos. Sin embargo, algunos médicos —entre ellos Stahl, Mead y Hoffmann, por ejemplo— conocedores, sin duda, de la psicología popular, o humana, más bien dicho, vendían en gran cantidad sus medicamentos misteriosos, preparados según fórmulas secretas⁽²⁹⁾.

Según se ve, la evolución de la terapéutica del siglo XVIII se marca bien en el desuso de sustancias de origen animal, y en la progresiva incorporación de compuestos de naturaleza inorgánica, por una parte; y por otra, en la creciente aplicación de medicamentos que podemos llamar *naturales*, en substitución de otros a los que se les atribuía una acción *mágica*. En líneas generales, este cambio de orientación no es sino la manifestación, en Medicina, del desplazamiento de una ideología más o menos espiritualista por otra netamente materialista, que es precisamente la que cristaliza en la cultura de fines del siglo XVIII, o la que moldea la época de la Ilustración.

El método terapéutico de Flores para el tratamiento del cáncer, el chancro y la lepra, etc., no encaja en las orientaciones terapéuticas de fines de su siglo, sino más bien en las de su primera mitad, pues como hace poco hemos visto, todavía en la quinta edición de la Farmacopea de Londres (1746), aún no han caído en desuso como medios terapéuticos las sustancias de origen animal; y lo que es más, todavía se menciona, especialmente, el valor curativo de los víperos. Sin embargo, una relativa congruencia entre el sistema de Flores y la terapéutica europea es posible sólo desde un punto de vista cronológico, ya que originariamente —aunque no de manera absoluta— este tratamiento es una creación india⁽³⁰⁾:

Como dijimos en el capítulo anterior, este sistema consiste en la administración, por vía oral, de trozos de lagartija. A pesar de su aparente

(29) Los anteriores datos están tomados del citado libro de Garrison.

(30) El uso de las lagartijas fue aconsejado, antes de la aparición del método de Flores, por Etmüller en Europa. Sin embargo, mientras éste las recetaba cocidas en vinagre y luego hechas polvo y unidas a un poco de miel, aquél las aconsejaba crudas, como veremos adelante. (J. B. Meo. Op. cipt. págs. 10 y 23).

ingenuidad este método alcanzó gran auge y aplicación en algunos sitios de Europa y América, como lo prueban las ediciones del opúsculo de Flores hechas en México, Madrid, Cádiz, y la glosa de Turín escrita por Juan Bautista Meo, Decano de la Sociedad de Medicina y Primer Médico Físico del Hospital de Palermo, a petición del Barón Lanza, para ser leída ante una asamblea de médicos⁽³¹⁾, y de la cual hace después (1788) una traducción francesa el doctor M. Martinet.

El doctor Meo empieza refiriéndose a algunos casos, de los cuales dice: "Don José Ferraza, de Cataluña, sufría en el labio superior un cáncer de la peor especie. El mal le había roído la mejilla y las partes internas de la boca, hasta la garganta; de manera que el enfermo se veía amenazado de una muerte próxima. Vivía en San Cristóbal de Amatitlán, pueblecillo de la provincia de Guatemala. Experimentó alivio después de comer tres lagartijas en tres días consecutivos, lo que le invitó a continuar por varios días más. Al quinto, experimentó un calor considerable, seguido de un fuerte sudor y una abundante salivación, de color amarillento; el olor infecto de su boca comenzó a disminuir, los progresos de la curación se sostuvieron, y, por último, el mal desapareció enteramente, dejándole apenas unas ligeras cicatrices".

"Este remedio le había sido enseñado por el cura de San Cristóbal, quien a pesar de que su mal había sido reputado incurable, le citó la curación de una desgraciada india, roída por un mal venéreo y abandonada de su marido, y a la cual él quería hacer administrar la asistencia acostumbrada en Guatemala. Los indios quisieron tratar esta enferma a su manera, y el cura tuvo la gran sorpresa de verla regresar, varios días después, perfectamente curada. Se informó de cómo había sido posible, en tan poco tiempo, hacer desaparecer aquel montón de úlceras. Los indios le dijeron que fue haciéndole comer varias lagartijas; que ellos conservaban este remedio de sus padres, y que hacían uso de él y lo aplicaban a los demás".

"Don Carlos Suncín, atacado de chancro de la nariz, tomó tres lagartijas en tres días. Las lagartijas eran del mismo pueblecillo de San Cristóbal. Iguales efectos se produjeron. Calor interno, sudores, saliva, curación perfecta, sin otro resto del mal que la cicatriz".

"Un religioso de San Pedro Alcántara, de 63 años, en México, tenía en la lengua una antigua úlcera cancerosa, muy mala y declarada incurable. Abandonado de los médicos, marchó al convento real de Tasco. El enfermero, que había oído hablar de la maravillosa curación hecha en San Cristóbal, se empeñó en hacerle tomar las lagartijas cortadas en pequeños trozos. El ensayo fue hecho el 21 de mayo de 1782; y la primera lagartija

(31) Op. cit. pág. 5.

fue comida con dificultad. El enfermo experimentó un calor extraordinario, y desde ese día sintió alivio. Continuó el tratamiento hasta el 29 de mayo, haciendo progresos a diario, y después de algunas tomas más quedó perfectamente curado. Todo el curso del tratamiento fue marcado por aquel calor interno, aquellos sudores abundantes, que comenzaron al cuarto día, y una copiosa salivación amarilla”.

“En Málaga (España), un hombre que tenía el cuerpo, y, sobre todo, la cara, profundamente destruida por úlceras, usó el remedio durante cuarenta días. Desde el primero experimentó calor, tuvo sudores y dos grandes deposiciones. Estos fenómenos continuaron todo el tiempo, y la convalecencia fue de otros cuarenta días; después de los cuales se encontró perfectamente curado, con la dichosa adquisición de un nuevo sentido, pues recobró la vista que había perdido”.

“Se citan otras curaciones no menos maravillosas en la ciudad de Málaga; pero la más sorprendente, y donde el tratamiento duró igualmente cuarenta días, fue la de un hombre que tenía los pies cubiertos de placas negras y escamosas, el rostro desfigurado por una verdadera elefantiasis, los ojos empañados y cubiertos de un velo como cataratas, el derecho totalmente privado de la vista y el izquierdo pudiendo apenas distinguir los colores. La curación fue perfecta en cuarenta días por el uso de las lagartijas. El ojo izquierdo ve muy claramente y el derecho distingue bien los colores”.

“Otros ocho enfermos de la misma ciudad se han sometido al tratamiento por las lagartijas durante cuarenta días y están en estado de convalecencia. Entre ellos, una dama agobiada de males —con las piernas privadas de movimiento, leprosa, cubierta de placas y úlceras— que después de los cinco días de ensayar el remedio comenzó a moverse en su cama con amplios movimientos, y después de haber continuado con él ha sido liberada de todos sus males. Otra mujer ha sido también curada de una placa que le roía todo el rostro. Una tercera, de lepra con placas en las piernas. Todos estos casos han entrado en convalecencia a los cuarenta días”.

“En la ciudad de Cádiz se nos presenta, en el mes de Octubre de 1783 un nuevo ejemplo de la virtud de las lagartijas. La señora Vélez, padecía, desde hacía mucho tiempo, un cáncer ulcerado del seno, con once tumores del cuello, los brazos inmóviles, la cabeza parálitica, todas las partes duras, como relajadas; su estado era deplorable y desesperado. Tomó veintidós lagartijas en veintidós días, lo que mantuvo el tratamiento hasta el 13 de Octubre. El cáncer desapareció; ocho tumores se disiparon, y los restantes se redujeron de tamaño; la cabeza se fortaleció; los brazos recuperaron la movilidad; y la curación total y perfecta se esperaba el uso continuado de las lagartijas que debía tomar todavía durante veintidós días”.

Práctica de los Indios de San Cristóbal para Curar la Enfermedad Venérea por las Lagartijas

“Se corta la cabeza, la cola y los pies de las lagartijas; se les abre el vientre; se retiran los intestinos; se levanta la piel, y se da a comer el tronco, crudo, palpitante, caliente. Los indios creen que una sola lagartija por día es suficiente, aunque muchos enfermos comen hasta tres. Cuando el remedio repugna mucho al gusto se le puede reducir a pequeñas píldoras, del tamaño de una bala de mosqueta, que se recubren de pan. Parece que las lagartijas de San Cristóbal son las más estimadas, pues de los pueblecillos vecinos, como San Juan, San Pedro Mártir, que tienen la misma especie, van allí a buscarlas. Estos pequeños animales tienen ocho o diez pulgadas entre cabeza y cola, su color es entre amarillo y verde, o de un gris moteado. El primer color es el de las hembras, que tienen el vientre más grande. Se alimentan de insectos, moscas, principalmente de abejas, cuya miel las atrae...”

“El tratamiento no está precedido de ninguna preparación, aunque hoy en día se comienza por sangrar”.

“Las lagartijas se ocultan en las hendiduras de los muros, y durante el invierno permanecen bajo tierra, adormecidas por el frío, hasta el retorno del calor; es por ello que es necesario comenzar el tratamiento en la época del buen tiempo”.

“Su virtud consiste en los espíritus animales, o sobre todo en sus sales extremadamente volátiles, que se disipan fácilmente por la muerte y el enfriamiento, y todavía más por su exposición al fuego.

De todo esto se puede inferir que los víperos comidos crudos, calientes y palpitanes, serán de más efecto que si se les emplea muertos, pulverizados o cocidos”.

* * *

“Usted verá que cuando esta pequeña obra sea conocida en Palermo, la fantasía llevará a todo el mundo a hacer la experiencia; los unos para el mal venéreo, los otros para el cáncer; éstos para la ceguera, aquéllos para la hidrofobia, la epilepsia, las convulsiones; en fin, para todo aquello que el doctor Flores no había prometido curar. El remedio no cura más de lo que el doctor ha prometido; pero los médicos han hecho ensayos más bien razonados, y por una dicha señalada, yo he curado en cinco o seis días a una mujer enferma desde hacía cinco o seis años de un tumor escirro del seno derecho. He aquí el caso:

“Catalina Cedrán, joven francesa, de 25 años, nativa de Burdeos, casada en Palermo, de buena constitución, sin hijos; sufría desde hacía varios

años, en el seno derecho, de un tumor escirro, del tamaño de un huevo de gallina, adherido al costado superior. Este tumor le causaba dolor y espasmos con inflamación en toda la sustancia del seno. Ella tenía un cáncer. Todas las consultas y remedios de nuestros más hábiles médicos habían fracasado. Por último, el 17 de Septiembre después de una sangría que yo aconsejé, le hice comenzar el uso de las píldoras de lagartijas. Desde el primer día la salivación fue abundante; espectoraba continuamente; la saliva era de buena calidad, espumosa y blanca, y nada amarilla. Este único síntoma duró hasta el cuarto día. La noche del quinto tuvo movimientos abundantes y dolorosos de los intestinos, con las heces casi disintéricas. El sexto los dolores se volvieron atroces, hacía continuamente falta calmarla con tazones de agua tibia. Los esputos, las heces y la orina se sucedieron. Estas eran biliosas, acres, fétidas; al mismo tiempo ella se quejaba de un fuerte hormigueo bajo el pezón, con un poco de espasmo del lado derecho, calor, ardor y cierta sensación, como si le arrancasen algo de la parte enferma. Se asustó ella de estos síntomas, temió sucumbir e interrumpió el tratamiento. Sin embargo, el estado del seno había mejorado. La dureza y renitencia observada fueron sustituidas por la blandura elástica que caracteriza su buena salud. El tumor estaba reducido al tamaño de una ave llana; ninguna adherencia, movilidad perfecta, sin dolor; y lo que es más admirable, durante un calor extraordinario que sobrevino, y las consiguientes variaciones de frío y calor, la enferma no experimentó ningún accidente; ella que anteriormente sufría vivamente de su mal en circunstancias semejantes. Se ve claramente que las lagartijas han hecho la maravilla, y que esta mujer se restablecerá perfectamente si continúa”.

* * *

“El Hospital San Barthelemi de incurables, ofrece ocho sujetos sometidos a ensayo, cuatro hombres y cuatro mujeres. En ellos se han observado efectos maravillosos, como ptialismo, calor, sudores, orinas acres, y todos han experimentado un alivio tan considerable como para concluir que las lagartijas de Sicilia tienen propiedades muy activas. Se ha temido de su energía, en particular por una desgraciada mujer, en quien se encendió una fiebre y unos síntomas tan violentos que don Benedetto Sciacca, primer médico, encargado de este experimento, suspendió en esta enferma el uso de las lagartijas. Lo ha continuado con los otros siete, y se espera un éxito del cual, el emocionado doctor, dará al público un informe razonado que orientará a los médicos y consolará a los enfermos, asegurándoles un nuevo medio de curar por estos pequeños animales”.

“...No me despediré sin darle una pequeña observación crítica sobre los nuevos específicos propuestos en nuestro siglo. Se encuentran cuatro: el extracto de cicuta, el estramonio de Sterk, el mercurio sublimado corrosivo de Van Swieten, las píldoras gomo-mercuriales de Plenek, y, por último, las lagartijas del doctor Flores. Este último me parece preferible de todo punto de vista. Es más simple, más activo, más seguro”⁽³²⁾.

Refiriéndose el doctor Meo a las variedades de lagartijas en conexión con su valor terapéutico, dice que un efecto semejante a las de San Cristóbal y a las de México producen las de Palermo⁽³³⁾ según lo pudo observar en Madame Cedrás. También el doctor Flores, que dice conservar la piel de 22 lagartijas empleadas, pretende que las de San Cristóbal son muy parecidas a lo que en Suiza llaman *gremillettes*. Meo las hace llamar *tamarri*, en vez de *ramarri*, que en toscano significa lagartija verde⁽³⁴⁾. Según se ve, a lo que parece, las variedades semejantes tienen parecidos efectos terapéuticos.

Para terminar, hace “falta hablar de las curaciones operadas o ensayadas en Palermo. He dicho que en particular se ensayó el nuevo específico en ocho enfermos del hospital San Barthelemi. ¿Qué ha sido de ellos? ¿Por qué no se ha publicado su curación? ¿Por qué se ha dicho que lejos de curarles se les han causado daños inauditos? Presentaré y discutiré brevemente la historia de estos enfermos, usted juzgará de parte de quién está la buena fe”.

CAPITULO V

Historia de cinco enfermos de los dos sexos, tratados dichosamente en Palermo, en el Hospital San Barthelemi, por medio de las lagartijas.

“El doctor Benito Sciacca ha hecho un diario de observaciones de los ocho enfermos destinados, para ensayo, en el hospital San Barthelemi. Está en mi poder ese diario, que, el estado deplorable de sus ojos, no le ha permitido poner en orden y publicar. No ha perecido ninguno de los enfermos. Alguno se ha fugado por escaparse del temor que le causaban los síntomas. Cinco han continuado, y yo quiero, siguiendo al doctor, describir fiel y sucintamente su curación. Sólo me referiré a lo esencial.

(32) Op. cit. págs. 6-14; 16-17.

(33) Op. cit. nota (3) de la pág. 9.

(34) Op. cit. pág. 20.

Historia Primera

Domenico d'Anua de Petralia, de veintiséis años.

“Este campesino tenía el cuello, las clavículas y el tórax cubiertos de tumores. Varios de ellos estaban abiertos desde hacía tiempo: unos, fistulosos; otros, principalmente los del tórax, acompañados de caries óseas”.

“Tomó el remedio durante veintidós días, habiendo comenzado el 25 de septiembre: el primer día sintió un calor muy violento, que continuó durante tres días, acompañado de fuertes sudores. El quinto se le duplicó la dosis; se quejó de dolor de estómago. El séptimo, las heces y la orina se hicieron más frecuentes. Se vio mejoramiento de los tumores escrofulosos. Algunos parecían resolverse. Los peores daban signos de mejoría. Las carnes recobraban su color normal. Las evacuaciones de todo género continuaron. Se suspendió el uso del específico el día 22, y el 27, salió del hospital absolutamente curado”.

“Cádiz y Málaga no han mostrado nada tan positivo como esta curación”.

Historia Segunda

José Salemi, nativo de Camiso, de 28 años.

“Sarna inveterada que había degenerado en lepra de la cabeza a los pies, con placas escorbúticas en el interior de la boca. Comenzó el 25 de septiembre de 1784 el uso del remedio. Tuvo desde por la noche una salivación amarilla y abundante, que duró todo el segundo día. El cuarto, abundancia de orina, con ardores, hasta la noche del 5 ó 6. El 7 las costras comenzaron a desprenderse, su cama estaba llena de ellas. El 14, no le quedaban más que unas pocas en las cejas y cabellos”.

“Esto recuerda exactamente a la famosa leprosa de México”.

Historia Tercera

María Adorno de Palermo, de 25 años.

“Oftalmía producida por una gonorrea virulenta suspendida inopuntamente. Tomó el remedio once días. Los cuatro primeros, a dosis simple, los siguientes, a dosis doble. Lo que tuvo de más notable fue la abundancia de salivación, sobre todo el 7º y 11º día. Al término de este último se encontraba libre de oftalmía”.

“Yo tuve, pues, razón, es decir, en mi primera carta, que se podía emplear las lagartijas para las enfermedades de los ojos ocasionados por la viruela, la lepra y el cáncer”.

Historia Cuarta

Catalina Lanova de Cashonovo, de 40 años.

“Veintidós días de tratamiento por úlceras con excoriaciones de la frente y erupción sarnosa sobre todo el cuerpo (mal originado de la viruela)”.

“Tuvo sudores en los primeros días; los dos siguientes experimentó vivo prurito en la boca, seguido de una salivación abundante. El quinto, evacuaciones y gran sudoración por la noche. El séptimo las evacuaciones se suspendieron y reaparecieron el trece. El catorce, al amanecer, sintió frío en las extremidades inferiores, inquietud, el rostro se le encendió y la fiebre sobrevino. Se le suspendió el específico: los síntomas disminuyeron; cuando se recomenzó el tratamiento sólo tuvo manifestaciones nauseosas. El 22, las excoriaciones de las úlceras habían desaparecido. La sarna estaba casi desecada. Se continuó con el específico hasta que estuvo completamente curada”.

“Este caso se parece a uno registrado en Málaga, de un hombre tratado durante cuarenta días, que tuvo necesidad de cuarenta días más para su curación definitiva. El doctor Flores, que escribía durante el curso de esta segunda cuarentena, decía que el enfermo mejoraba cada día más. Espero que sucederá lo mismo con esta mujer”.

Historia Quinta

“Victoria Cacaci, de Roma, tenía desde hacía mucho tiempo una úlcera fagedénica, muy grande, que le cubría gran parte del muslo y toda la pierna del mismo lado. Tenía también toda la piel llena de sarna. El tratamiento duró 14 días”.

“El primero y el segundo tuvo sudores. El tercero, vómitos de materia viscosa. El quinto se dobló la dosis de medicamento: las orinas se volvieron copiosas. El sexto, la placa parecía reducirse. El séptimo, tuvo sudores fétidos. El octavo, fuerte dolor de estómago, inquietud, agitación, prurito. El noveno, sólo se le dio media dosis. El 12º tomó de nuevo la dosis entera; este día experimentó dolores, cólicos y descomposiciones frecuentes. El 13º las orinas reaparecieron. El 14º la placa cicatrizó. Se continúa la curación, de la cual se está muy satisfecho”.

Historia Sexta

Una religiosa, que experimentó síntomas terribles provenientes de un cáncer, está curada, habiendo los síntomas desaparecido al cabo de cuarenta días y con haber tomado interiormente dos lagartijas”.

“Esto fue el 23 de noviembre, después de cenar; una monja vino a buscarme de parte de una religiosa que sufría dolores atroces. Dicha religiosa no era joven, pero sí tenía una buena constitución: Me hizo una narración lastimosa. Desde hacía tres meses se hallaba desesperada; los suyos eran dolores del infierno. Insomnio, punzadas, estocadas que le atravesaban el cuerpo, vértigos, ansiedades atroces. El costado derecho siempre entorpecido por el dolor, sin poder hacer uso del brazo del mismo lado. Las otras monjas me dijeron, sin muchos preámbulos, que padecía un cáncer horrible del seno derecho. No bastaba con atenerse a su dictamen, y a pesar de todas las reservas del pudor, era necesario ver el mal, que, en efecto, no era otra cosa que un gran tumor carcinomatoso, de un color brillante de fuego, sobre todo en su punta, y de una dureza igual a la del mármol; en fin, un verdadero cáncer, próximo a abrirse y que uno no podía tocar siquiera ligeramente sin que la enferma se desvaneciera”.

“Tres cosas me vinieron a la memoria: 1º—Que Hipócrates decía que es mejor no pretender la curación de un cáncer, porque todo lo que se hace es obrar en la oscuridad y matar; 2º—Que el doctor Jean Gorter aseguraba que no hay un remedio conocido contra el cáncer; 3º—Que era éste el momento de ensayar las lagartijas y de ver si merecían los elogios que de ellas se hacían. Lo propuse. —¡Oh, Jesús!— exclamó la enferma. Insistí, y la paciente entonces me despidió. Está bien, dije, espere usted la muerte con valor, que probablemente no estará muy lejos. Entonces ella se calmó. Le pregunté la razón de semejante resolución contra el específico. Me dijo que su médico le había dicho que este remedio era atroz, sin ser bueno para nada. Este médico, le dije, no me parece merecer su confianza, dado el estado en que usted se encuentra. ¿Desde hace cuánto tiempo le trataba a usted? —Desde hace tres meses—. Triste progreso para un hombre hábil. ¿Y su nombre? —El doctor P. M.— ¡Caramba!, dije para mí mismo, este es precisamente mi hombre”.

“Corté la discusión diciendo fríamente que no había otro recurso y que había que aceptarlo. Mi opinión se impuso, y se me prometió comenzar al día siguiente. Traje, muy temprano por la mañana de ese día, una lagartija distribuida en dos píldoras, que presenté. ¡Buen Dios!, qué de gestos y gritos; pero mis píldoras fueron ingeridas, y dos más al día siguiente. ¿Lo creerá usted? Este mismo día desaparecieron los dolores punzantes, aquella sensación de quemadura constante, las convulsiones, los espasmos, los síncope, todas las manifestaciones horribles de aquel mal atroz. Las lagartijas, este remedio tan activo, fue un calmante más activo que el opio. La enferma durmió profundamente. El 26 por la mañana la encontré tranquila, alegre, reconciliada con aquellos *animales abyectos* y conmigo, y dispuesta a atender a lo que le mandase, y diciendo que su doctor

P. M. se había equivocado y la había hecho perder el tiempo. El 28 aumenté la dosis, y la mejoría fue tan visible, los síntomas tan imperceptibles, que el 30 marchó al locutorio para ocuparse de sus tareas ordinarias, dejándome dicho que me llamaría en otra ocasión que estuviese enferma”.

“He aquí materia para hacer comentarios: un cáncer horroroso curado en 40 horas. Una persona que sufría desde hacía meses, puesta en pocos días en estado de dedicarse a sus tareas, y un remedio muy activo al que la naturaleza dio un gran poder sedativo. Todo esto pasaba el 25 de noviembre, lejos de ser ayudados por un buen tiempo, y, por el contrario, en momentos duros, con un tiempo muy frío. Creo que este caso perdurará en la medicina y que hará hablar mucho de nuestra buena ciudad de Palermo”.

“No hay que creer, sin embargo, que el específico no fallará nunca. Hay casos en que sólo puede curar un milagro. *Mejora enim omnia vitia folli Dii medicantur* (decía Areteo de Capadocia de *Hydrope in Principio*)”.

“Sé que muchos hombres de mérito escriben en estos momentos, y que publicarán sus experiencias”.

Historia Séptima

“Ulcera carcinomatosa, royendo desde hace 11 años el rostro de una mujer que se ha vuelto monstruosa, cicatrizada por el uso interno de las lagartijas”.

“El deplorable sujeto de esta observación es Carmela Vadai, de 41 años que vive en una callejuela próxima a S. Francisco Xavier, en Palermo. Los males de Job son tal vez menos horrosos de contar: la nariz roída hasta la raíz, los labios destrozados, sin párpado derecho, una excrescencia informe sobre el ojo izquierdo, con una membrana al parecer transparente. Estaba completamente ciega y privada de pestañas. Una materia fungosa se pudría sobre su cara. Era, en una palabra, una figura espantosa”.

“Se había convertido en el horror de su marido y de sus padres, en un sujeto que temer para la sociedad misma, a tal grado, que hubo que hacer grandes esfuerzos para atreverse a curarla. La desgraciada vivía de limosnas, si vivir es poder tomar penosamente un poco de líquidos, pues la deglución comenzaba a hacerse imposible, dado el estado escirroso de las parótidas, como el de todas las glándulas del cuello, lo apretado de los dientes y los dolores tan vivos. Una cosa notable es que su cabeza horrible está puesta sobre un cuerpo bien hecho, bien nutrido, tan robusto, sin signo alguno de enfermedad. Tenía 11 años de ser presa de estos males cuando monseñor Paterno, sochantre y tesorero de la Catedral habiendo

leído por casualidad el libro escrito por el doctor Flores, ideó ensayar el específico en Carmela Vadal”.

“Monseñor Paterno ama a los pobres y a los libros, y estaba seguro de que esta enferma y este remedio nuevo, tan extraordinarios los dos, estaban en sus manos. De protector de esta mujer, se convirtió en su médico. Fue en el mes de agosto de 1784 que comenzó ensayando con pequeñas píldoras, calientes y palpitantes. Desde el día siguiente de la primera toma apareció la salivación amarillenta, que se ha mantenido durante todo el tiempo del tratamiento. Los sudores aparecieron al tercero. El sexto la fiebre prendió; esto fue el efecto de una sangría. El octavo, las orinas al principio escasas y ardientes, se volvieron copiosas. Los síntomas se suavizaron. La úlcera tomó un color menos opaco y menos negro. Pronto las parótidas se desinflamaron; la deglución se volvió fácil. La enferma tomó alimentos sólidos; su voz se volvió fuerte. En fin, al término de tres meses se le juzgaba curada, aunque aún le quedase como resto una cresta pustulosa sobre la pestaña del ojo izquierdo y sobre toda la cara una especie de velo rojizo y transparente...”.

Habla después el doctor Meo del buen éxito logrado con el uso externo de las lagartijas en forma de cataplasmas, y termina haciendo consideraciones sobre la aplicación general, en forma de consejo a los médicos, de estos víperos que tanta fama dieron al doctor Flores.

¿Qué habrá de cierto en los casos expuestos y en lo que el doctor Meo dice respecto del uso de las lagartijas? ¿Se abandonaría este procedimiento o método terapéutico por su real ineficacia o caería en el desuso por ese desprecio que en muchas ocasiones caracteriza al arte médico, respecto de estas derivaciones folklóricas? ¿No habría sido más cuerdo hacer un poco de investigación al respecto? Este es ya un sector en el cual no podemos entrar sin salirnos del marco de nuestro asunto.

* * *

Don José Flores, hijo del suelo americano y producto puro del espíritu español, simboliza el trasplante de una tradición india al organismo cultural hispánico y europeo; la íntima comunión de dos culturas operada en función de un hecho histórico; el Descubrimiento y Colonización de América.

Sólo cuando este maridaje de la sangre y del espíritu se ha consumado sin desvirtuamientos, con plena conciencia de su modalidad única en la historia del mundo, ha producido Hispano-América —y el resto del mundo en su peculiar coyuntura— sus valores más auténticos y destacados. Y es que no debemos dudar un instante de que la máxima aprehensión de las esencias, la captación suprema de los valores, sólo se realiza, de manera

plena, cuando el hombre vive con autenticidad perfecta, es decir, respondiendo al espíritu que lo ha formado y a la sangre que lo ha nutrido, en una palabra, al destino legítima e indeleblemente impreso en la raíz misma de su ser.

Ojalá estas líneas —cargadas de defectos— sirvan para arrancar a don José Flores —americano y español— de las garras del olvido. No aspiran a más, y ello sería su mayor satisfacción.

BIBLIOGRAFIA

1) Bibliografía del doctor Flores.

Thases pro Bachlaureatus gradu in Medica Facultate obtinendo propugnadae. Defendur In Regali, ac Pontificia Divi Caroli Goathemalensi Academia. D. D. M. Ejusque Purrissima Genitrice fine Originale labe Concepto faventibus. A. B. D. Joseph Phillipo de Flores. Guatemala, Antonio Sánchez Cubillas, 1773.

Específico Nuevamente Descubierto en el Reino de Guatemala para la Curación Radical del Horrible Mal del Cancro. Guatemala, 1781.
La misma, México, Zúñiga y Ontiveros, 1782.

La misma, México, 1782.

La misma, Madrid, María Razola, 1782.

La misma, Cádiz, Pedro Gómez de Requena, 1783.

La misma, trad. por M. Morande (¿París?), 1783.

La misma, trad. Torcanecanelli, Turín, 1784.

Sors obtulit, suscipit expenda prossecunda oppositione ad Primariam Medicinae Cathedram Dr. Joseph Flores. Guatemala, Antonio Sánchez Cubillas, 1783.

Instrucción sobre el modo de practicar la inoculación de las viruelas, y método para curar esta enfermedad, acomodado a la naturaleza, y modo de vivir de los indios del Reyno de Guatemala, impreso de orden del Superior Gobierno. Guatemala, Ignacio Beteta, 1794.

2) Bibliografía referente al opúsculo de Flores.

León y Gama (Antonio de): Introducción sobre el remedio de las lagartijas, nuevamente descubierto para la curación del cancro y otras enfermedades. México, Zúñiga y Ontiveros, 1782.

———: Respuesta satisfactoria a la carta apologética, que escribieron el licenciado D. Manuel Antonio Moreno y el Dr. D. Alejo Ramos Sánchez, y defensa contra la censura que en ella se hace, de algunas proposiciones contenidas en la Instrucción sobre el remedio de las lagartijas. México. Zúñiga y Ontiveros, 1783.
Moreno (Manuel): Reflexiones sobre el uso medicinal de las lagartijas de Guatemala. México, 1782.

———: Carta apologética de las Reflexiones sobre el uso de las lagartijas. México, 1782.

García de la Vega (José Vicente): Discurso crítico sobre el uso de las lagartijas de Guatemala, como específico contra el mal del cancro y otros males venéreos. México, Zúñiga y Ontiveros, 1782.
Ramos Sánchez (Alejo): Disertación sobre el uso medicinal de las lagartijas de Guatemala. México, (¿1782?).
Meo (Juan Bautista): Ensayo en forma de cartas a un amigo sobre el uso de las lagartijas, nuevo específico traído de Méjico, para la curación de las enfermedades venéreas, de la lepra y del cáncer. Palermo, 1784(1)

(1) No tenemos noticia bibliográfica del original italiano.

Essai en forme de lettres, a un ami, sur l'usage des lézards, nouveau spécifique apporté du Mexique pour la guérison de maladies vénériennes, de la lépre et du cancer. Traduit de l'italien de M. Pretre, Doyen de la Société de Médecine et Premier Médecin Physicien de gran Hospital de Palerme. Par M. Martinet, Médecine Palerme, Bentivenga, MDCCLXXXVI (II).

Bibliografía consultada:

Barras (Francisco de las): Noticias acerca de la explotación industrial de los productos de Indias en el siglo XVIII. En Boletín del Centro de Estudios Americanistas de Sevilla, núm. 16; págs. 17-25, y núm. 17, págs. 1-13. Sevilla, 1915-1916.

Beristain de Souza (José Mariano): Biblioteca Hispano-Americana Septentrional (3 vols., 2ª ed.). Amecaneca, 1883.

Gámez (José Dolores): Historia de Nicaragua, desde los tiempos prehistóricos hasta 1860, en sus relaciones con España, Méjico y Centro América. Managua, 1889.

Garrison (F. H.): History of Medicine (3ª ed.), Filadelfia, 1924.

Medina (José Toribio): La Imprenta en Guatemala (1660-1821). Santiago de Chile, 1910.

_____: La Imprenta en México (1539-1821). (8 vols.). Santiago de Chile, 1907-1912.

_____: Biblioteca Hispano-Americana (1493-1810). (7 vols.). Santiago de Chile, 1898-1907.

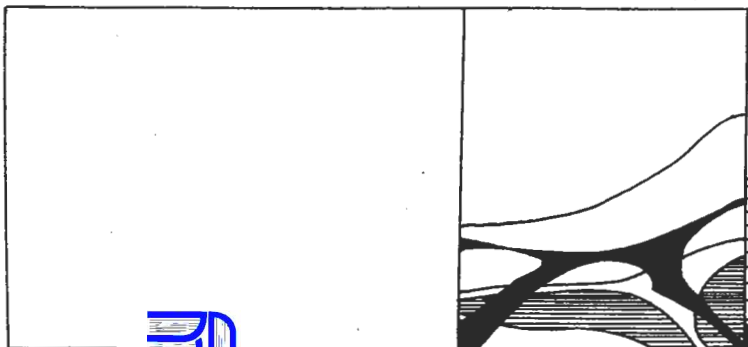
Salazar (Ramón A.): Historia del desenvolvimiento intelectual de Guatemala, desde la fundación de la primera escuela de letras europeas hasta la inauguración del Instituto Nacional de Indígenas. (2 vols.). Guatemala, 1897-1896.

Palau (Antonio): Manual del librero hispano-americano. (7 vols.). Barcelona, 1923-1927.

Valle (José Cecilio del): Obras de _____. Compiladas por José del Valle y Jorge del Valle Matheu. (2 vols.). Guatemala, 1929-1930.

PALABRA SIN TIEMPO

**Estudios y Figuraciones
sobre
la vida de Jesús
(fragmentos)
de
Alberto Masferrer**



ALBERTO MASFERRER

Uno de los grandes pensadores salvadoreños (1868-1932). Ensayista. Periodista. Poeta. Su pensamiento ético-social ha influido notablemente en la vida nacional. La primera edición de la obra cuyos fragmentos se incluyen en este número de CULTURA, data de 1927. En este libro el pensamiento y el estilo de Masferrer brillan con inusitado fulgor.

Alberto Masferrer

ESTUDIOS Y FIGURACIONES SOBRE LA VIDA DE JESUS

(FRAGMENTOS)

VIAJES DE JESUS

XV

De regreso de Egipto, adonde fuera después de su iniciación, en Enghadí, Jesús se quedaría algunos años en Nazaret. Cortos viajes a las regiones vecinas interrumpían aquella vida de meditación y de silencio, durante la cual, ideas y sentimientos, ensueños y visiones hervían en su corazón y en su cerebro, como en las entrañas de un monte hierve la lava antes de brotar a la superficie en oleadas de fuego.

Después, callado siempre y meditativo, fue a Tiro y a Sidón, a Damasco, a las islas del Mediterráneo, donde aprendería o perfeccionaría el griego, y por este idioma, tratando con hombres de saber, conocería doctrinas de Pitágoras y de Platón.

Acaso, llegara, navegando, hasta Alejandría; acaso, recorriendo las costas del Asia Menor, departiera con hombres que venían de Persia y de China, quie-

nes le darían orientaciones en las doctrinas de Budha, de Lao-Tse, de Zoroastro.

En esos largos y silenciosos viajes, visitó santuarios, oyó a filósofos, ahondó en los profetas, revisó las enseñanzas adquiridas en Egipto y las que antes le dieran los esenios... Y sobre todo, en aquellos viajes fecundos, mil veces mejores que libros, habló con el lirio del campo sobre la belleza y gratuidad de su vestido; habló con la raposa, sobre la vida fácil y libre de quien se contenta con una madriguera; habló con la golondrina y el vencejo, sobre la paz que infunde el aire a quien frecuenta las cimas de los montes; habló con los torrentes y las cascadas, con las rocas y los arenales, con los espinos estériles y con las higueras prolíficas, con el árbol y el musgo, con la lluvia y con el rocío, con el relámpago y el trueno; con todas las cosas que se contemplan en la vida errante, si quien ambula es un poeta; y cada una le enseñó alguna verdad y alguna parábola;

cada una le mostró algún símbolo y alguna palabra que lo tradujera; cada una le reveló algún secreto del espíritu y le inició en alguna reconditez del misterio.

Así, cuando volvió a la tierra, después de ausencia tan dilatada que ya muchos no le reconocían, había visto y había oído. Sus ojos y sus oídos, ejercitados largamente en el trato de las cosas, se habían habituado a percibir y a entender; a llegar de una vez hasta el fondo de toda palabra ya viniera del fariseo hipócrita, del escriba sofistificador, del publicano avergonzado, de la Samaritana ingenua o de la Magdalena arrependida.

Era, pues, un vidente; ya no sólo porque lo trajera de origen, sino porque ejercitó y perfeccionó su videncia en la grande e incesante revelación de las cosas. Era un vidente: uno que ve al través del cuerpo, el alma; a través del vocablo, la idea; a través del hecho, el móvil.

Luego, vagando siempre —pues Jesús era nómada por sangre, por hábito, por necesidad y afición, recorrió una vez más aquellas ciudades y aldeas donde luego había de ser maestro. Y entonces advirtió aquella lamentable miseria de aquel pueblo, donde la viuda y el huérfano a nadie tenía por amigo; donde el hambre, la desnudez, la abyección, el desamparo y el vicio habían creado una generación de leprosos, de atormentados, de maniáticos, de melancólicos, y de poseídos; de infelices ansiosos que suspiraban por alguien que los redimiera; que les diera de qué alimentarse y vestirse; que les librara de la opresión del romano y de la extorsión del judío; que les infundiera, sobre todo, aliento, y esperanza, promesa de una vida mejor, dond^e los que hubieran hambre y sed de justicia, habrían de saciarse; donde los que ahora eran últimos, pasarían a ser primeros; donde los que ahora gemían en la gehena del desprecio y del dolor, ascenderían pu-

rificados y glorificados hasta ser los primeros en el reino del Padre.

Que Jesús viajó largamente fuera de su país, lo confirma una característica de su doctrina y de sus hechos, y es la ausencia total de localismo, en oposición manifiesta a la característica de su nación.

Para el judío, *pueblo escogido*, no había más prójimo que el judío. Los demás, eran el extranjero, el desechado de Jehová; el que un día, por voluntad y promesa del eterno, sería sometido a Israel.

Aunque por el momento otros pueblos primaran —así lo quería Jehová, en castigo de las prevaricaciones de Israel—, aunque Faraón y Ciro, Nínive y Babilonia, y al presente Roma, hubieran dominado y oprimido al pueblo de Dios, eran esas tormentas que habían de pasar; Roma caería como cayeron las demás, y un día, próximo sin duda, la casa de David recogería el cetro, y sobre las ruinas de Roma, de Tebas, de Menfis, de Nínive, de Babilonia, erigirá el trono del poder universal. Entonces los hijos de Israel cosecharían el fruto de la alianza; sus descendientes serían más numerosos que las arenas del desierto, y sus esclavos tantos como las hojas que el otoño esparce sobre los caminos y las eras.

Así, todo judío, hasta el más ínfimo, formaba, teóricamente, una aristocracia; la casta de los hijos de Abraham. Ser hijo de Abraham era un título que nadie, ni César, podía pretender, y al cual ningún camino daba acceso, fuera del nacimiento.

De esta alianza con Dios surgieron deberes especiales, según se tratase de judíos o extranjeros: el uno era el prójimo, el noble, el escogido; el otro era el extraño, el bastardo, el inferior.

Y si alguna idea era inconcebible para un fiel israelita, era la de que el Mesías, es descendiente de David, pensara equiparar en derechos a los nacionales con los extranjeros.

El día en que el romano, el sidonio y el tirio, el egipcio y el griego ascendieran a la categoría de hijos de Israel, ese día quedará sin sentido toda su historia, y sin razón de ser su nacionalidad. Ese día, Josué, Moisés, Jacob, el mismo Abraham, resultarían ser unos impostores o ilusos. Los profetas, que tan eficazmente les habían confortado en las tribulaciones del cautiverio, alentándoles siempre con la promesa de una victoria final, resultarían ser unos charlatanes, y toda la sangre y lágrimas que el pueblo de Dios regara sobre los arenales de Menfis y de Tebas, dentro de los recintos de Babilonia y de Nínive y tras de las murallas de las ciudades persas, toda la sangre y lágrimas de ese pueblo cuyo pasado fuera una constante esclavitud, resultaría ser entonces una burla, una quimera, la mentira más cruel con que el destino pudiera engañar a los hombres.

Ese estado de ánimo hará comprender con qué ansia, con qué impaciencia se esperaba el advenimiento del caudillo que había de romper las cadenas de Israel y poner en sus manos el cetro de la tierra. Y hará también comprender, con qué sorpresa, con qué enojo, indignación y escarnio serían recibidas las palabras de quien se atrevía a decir —contra el sentimiento popular, contra lo enseñado por la tradición, contra la ley, contra Moisés—, que todos, samaritanos y gentiles, eran llamados a participar del reino con igual derecho que los hijos de Abraham...

Apenas se concibe cómo un hombre que así se colocaba en contra de todos, en un pueblo tan intolerante y celoso, haya podido sostener aquella lucha algunos años. Lo natural sería que le hubiesen lapidado desde que comenzó su predicación, pues desde el punto de vista del patriotismo y de la ley, Jesús era un traidor, y mucho antes que los fariseos de Jerusalén pidieran su muerte, ya la ley clamaba en

nombre de Moisés y de David: ¡crucifícale, crucifícale!

XVI

¿De dónde pudo venirle a Jesús aquel vivo sentimiento cosmopolita? Desde luego, de su propio espíritu, pues todas las ideas directrices y trascendentales vienen con nosotros, como vienen en la semilla todas las características de la flor y del fruto.

Luego, de los viajes y del contacto con los hombres de toda clase de quienes aprendió la lección trágica de la común miseria y del universal dolor.

Viajando aprendió que en todas partes, ayer como ahora, la vida es dolor, y que son *bienaventurados los vientres que no concibieron*. Viajando aprendió que la viuda era en todas partes oprimida y el huérfano despojado; que los pobres se debatían y corrompían en la necesidad, y los ricos en la opulencia; que la justicia tenía una tarifa, y la religión una máscara.

Aprendió que así en Nazaret como en Jerusalén, en Judea como en Samaria, en Cafarnaún como en Tiro y Sidón, los hombres vivían en la esclavitud y en la oscuridad: unos esclavos del hambre y otros de la hartura; unos de la enfermedad y otros del hastío; unos de la abyección y otros de la soberbia, y que todos necesitaban de un Salvador que les dijera: "*Venid a mí, los que andáis cargados y oprimidos; mi yugo es suave y mi carga es ligera*".

Así se formó esta modalidad de su doctrina, tan contraria al ambiente y a la mentalidad judaica; tan amplia y tan nueva, que hacía de los hombres una sola familia, sin castas, sin fronteras, sin clases, ni división alguna; una suave y universal hermandad, donde los más humildes serían los más altos, y donde el pecador arrepentido tendría en la casa el lugar de más aprecio.

MISION

XVII

Entre los veintisiete y los veintinueve años, imagino, Jesús, versado en las ciencias y prácticas de los esenios; iniciado en los misterios egipcios; esclarecido por los continuos y dilatados viajes; conocedor profundo de los profetas y demás Escrituras; al tanto de las doctrinas de Platón y hondamente influenciado por las enseñanzas de Budha; observador e intérprete sutil de la naturaleza; aguerrido en la vida sencilla del pastor, del pescador, del labrador y del obrero, pues con todos hubo de trabajar y convivir; fuerte y gallardo, con una hermosura suavemente varonil y fascinadora; con un entendimiento rápido y penetrante y una maravillosa elocuencia, se hallaba preparado bastantemente para la empresa inaudita: "establecer sobre los reinos de la opresión y la separación, el reino de Dios, regido por la libertad y el amor".

¿Tenía él, en ese momento de su vida, un propósito claro y preciso en relación con tal empresa?

No, seguramente.

Sin duda, desde muy joven se dio cuenta de que en él había un germen de algo poderoso y vital; niño aún, sintió palpar en su corazón hondos sentimientos, y bullir en su cerebro extrañas e inquietantes ideas.

La leyenda nos lo pinta, a la edad de doce años, discutiendo en el templo con los doctores de la ley, y asombrándoles con sus atrevidas preguntas, y bien se concibe, que ya a los catorce o quince años, se preocupara de esclarecer las dudas que le sugería la vieja ley mosaica, y de comprender los relámpagos silenciosos que en las profundidades de su alma anunciaban un nuevo día y una nueva ley.

Sea como fuera, podemos colegir que aún ya tornado de sus viajes, y bien

pertrechado de ideas, sentimientos, hechos e intuiciones, todavía Jesús no sabe claramente lo que quiere, ni cuál será el camino que habrá de recorrer: Sabe que el orden social existente es odioso; que el egoísmo y la opresión hacen de la vida un infierno; sabe que un cambio radical es urgente, y ansía que surja el hombre que tome sobre sí la carga de redimir al pueblo. El, como todos en su país, cree y espera en un Mesías, en un Salvador; sólo que mientras los demás esperan un hombre de guerra, un caudillo que restaure la casa de David, él piensa más bien en el advenimiento de un profeta que purificará las almas y libertará los entendimientos.

¿Lo demás? Lo demás "vendría por añadidura, si antes se buscaba el reino de Dios y su justicia". Tras la justicia, tras la fraternidad, vendrían los bienes terrenales, la libertad, la independencia nacional, los grandes días de David y de Salomón, cuando Israel era como un rosal que florece a orillas del torrente.

Jesús tenía fe profunda en que el Mesías había de venir. Y como el dolor, la miseria, la opresión, habían llegado a su punto extremo, deducía que no podía tardar aquel a quien deseaban todos. La convicción de que de un instante a otro aparecería el Salvador, era en él tan viva como en todos los que le rodeaban.

Cuando llegara el momento, él, Jesús, sería el primero en acudir a la llamada del enviado. Correría a tomar su cruz —¿su espada tal vez?—; y ayudaría con todas sus fuerzas a "enderezar los caminos del Señor".

Un presentimiento insistente, una voz interior que cada vez hablaba con más fuerza, le decía que en la lucha que se aproximaba le tocaría a él un rol de primer orden, muy cerca del Mesías.

Conviene meditar bien esto, para no crearse un concepto erróneo sobre la

obra y sobre la persona de Jesús: que él *estaba destinado*, desde antes de su nacimiento, a la misión que cumplió a costa de su vida, es para nosotros una verdad inquebrantable; pero no así que él tuviera conciencia de esa misión desde los primeros años de sus luchas. Les sucedió a él, como a todos los grandes reformadores, tener habitualmente una certidumbre de su fuerza, y sólo por instante una vislumbre de la obra a que están destinados.

Pero él, como todo hombre sincero, dudaba de sí mismo; se sentía inferior a la empresa, y veía en ella una carga, una cruz.

Antes de él, en caso semejante, Moisés, el hombre de hierro que luego no retrocedió ante ningún obstáculo, veía con espanto la empresa de liberar a los israelitas del yugo egipcio. "¿Quién soy yo, decía, para que lleve sobre mis hombros a este pueblo? Yo no soy hombre de palabra, y Faraón no hará caso de mí". Y no fue sino cuando el Señor le ordenó imperativamente desde la zarza ardiendo, cuando Moisés se resolvió a encargarse de liberar a su pueblo.

Más tarde, Isaías, aquel terrible profeta que llovía anatemas sobre las grandes ciudades prevaricadoras, cuando vio al Eterno rodeado de serafines fulgurantes —señal de que él, Isaías, debía consagrarse al ministerio profético—, se llenó de temor y trató de esquivar la peligrosa misión: "Ay de mí, suspiraba, estoy perdido. Porque yo soy un hombre de labios impuros y vivo en un pueblo que es impuro también".

"Pero uno de los serafines, refiere, voló hacia mí, llevando en la mano un carbón encendido, con el cual tocó mis labios, diciéndome: *Abora que el fuego ha tocado tu boca, tu iniquidad queda borrada, y tus pecados han sido expiados*".

En seguida se oye la voz del Eterno,

que interroga: ¿A quién enviaré, que quiera ser mi mensajero?

Heme aquí, yo iré —contesta Isaías, hecho desde aquel punto profeta del Señor.

Esta visión de Isaías, como la de Moisés, esclarece el desarrollo que sigue en la conciencia de todo profeta, el designio de consagrarse a la redención de su pueblo. Es una lucha de años, una tempestad silenciosa, una batalla ruda y sin testigos entre la razón, que se juzga incapaz, que reconoce y aun exagera todas sus deficiencias, y la voz imperativa de la conciencia que dice, en forma de zarza que arde, a Moisés: de visión del eterno, a Isaías; de paloma que viene a posarse sobre su cabeza, a Jesús: "Tú irás, tú lo harás..."

Es necesario que se haga...

Nadie se ofrece para hacerlo...

¿Por ventura seré yo el escogido?...

Esas tres cuestiones, surgidas una a una, a largos intervalos, del espíritu del Profeta, obtienen siempre la misma respuesta:

—Tú eres el llamado.

Y así, lentamente, entre sobresaltos y dudas, entre inquietudes y celos, entre avances y desfallecimientos, se va formando en el Profeta la convicción de que él es el llamado; de que la palabra de lo alto se dirige a él y no a otro; de que no puede evadirse del encargo, y de que, por voluntad de todas las potencias del cielo, él habrá de cumplir aquella misión.

Hasta que, acabado el temor, ahuyentada toda vacilación, la convicción se convierte en fe; en el sentimiento vivo, rebosante, de que Dios mismo combate a nuestro lado y realiza nuestras voluntades.

—Iré —responde Lutero cuando le advierten que perderá la vida en la Dieta de Worms—: iré, aunque sobre mí hubieran de llover diablos del infierno.

Y Mahoma, profeta de los ismaelitas, cuando le aconsejan que desista de su

predicación, responde: "No retrocederé, aunque viniesen contra mí con el sol en una mano y la luna en la otra".

*

Más de una vez, de una manera confusa, oscura, indistinta, Jesús había oído aquella voz que llena de espanto a los más fuertes. Vagando a orillas del lago de Tiberíades, soñando en la cima de los montes de Galilea, meditando bajo los pórticos del templo, en Jerusalén, o sentado a las márgenes del Jordán, mientras recordaba la historia de los profetas y meditaba sobre la miseria y la tristeza en que yacía el pueblo... , más de una vez, ahí dentro, en lo más recóndito de su alma, oyó balbucear palabras que le llenaban de esperanza y de confusión:

—¡Tú...!

—¿Yo?...

—¡Sí, tú...!

Pero tales palabras eran inarticuladas, sin contornos, como si fueran moduladas por una sombra durante un hondo sueño.

Al volver de aquellos éxtasis, sólo quedaban en la conciencia del joven Galileo la certeza de que un cambio se aproximaba, y el presentimiento, mezclado de alegría e inquietud, de que él no sería un mero espectador en el torbellino que se acercaba...

Entretanto, erraba por Galilea (alguna vez paraba en Nazaret, hablando apenas con sus hermanos y parientes), distraído, meditativo, cada vez más silencioso y reconcentrado, más aficionado con la soledad; amigo de estarse los días al margen de un torrente, y quedarse las noches sobre las colinas o sobre los montes, sin más compañía que el viento que se rompía contra las rocas, y las estrellas que le miraban teñidamente.

Alguna vez, tornando de aquellas dilatadas excursiones, su madre, llena de inquietud, le preguntaba quejosa:

"¿dónde estabas?" La respuesta era siempre: "¿Para qué me buscáis? ¿No sabéis que yo estoy ocupado en cosas de mi Padre?".

Sin entenderle, sin sospechar a qué padre se refería, le dejaban en paz.

Un día desapareció. Había oído referir, vagamente, cosas y palabras de un cierto Juan, a quien decían el Bautista. Un profeta recién aparecido, que predicaba y bautizaba junto al Jordán.

¿Ya el Mesías, quizá?... .

Jesús se fue derechamente a buscarle.

JUAN EL BAUTISTA

XVIII

Este Juan el Bautista, hijo de Zacarías y de Isabel, parientes de María, según la tradición, fue un hombre extraordinario y extraño. Al decir de Jesús, el *más grande entre los nacidos de mujer*.

Lo mismo que Jesús, tuvo su leyenda: su nacimiento fue anunciado por el arcángel Gabriel, y este anuncio fue recibido como la promesa de que el niño sería el Mesías.

Los padres de Juan descendían de familia patricia: nada menos que de Aarón, compañero y segundo de Moisés en la liberación de Israel, y en el trabajo para constituirle como nación.

Su casa era, pues, una de las que, a mejor título, podía abrigar esperanzas de ser la cuna del Mesías.

Las mujeres estériles, vistas con aversión donde quiera que hagan falta soldados o contribuyentes, eran en Judea cubiertas de oprobio, pues sobre el estigma de restar defensores a la nación, llevaban el de hallarse excluidas de la más alta gloria: la posibilidad de ser la madre del Mesías. Una de estas tristes menospreciadas era Isabel, mujer de Zacarías. Ya entrada en años, casi no tenía probabilidad de ser madre. Sin

embargo, oraba y esperaba. Zacarías rogaba también fervorosamente, y estos anhelos alcanzaron un día el premio que se otorga a toda fe profunda.

Un día en que se hallaba de servicio en el templo, un arcángel se le apareció y le anunció no sólo la ventura tan ansiada de tener un hijo, sino la dicha suprema de que ese hijo era el Mesías.

He aquí las propias palabras del arcángel: "Tu mujer te dará un hijo, a quien pondrás por nombre Juan;

"El cual será objeto de gozo y de júbilo;

"Y muchos se regocijarán de su nacimiento.

"Porque ha de ser grande en la presencia del Señor.

"No beberá vino, ni nada que pueda embriagarle;

"Y será lleno del Espíritu Santo, ya desde el vientre de su madre".

Ser grande en la presencia del Señor, como se dijo de Nemrod, significa en lenguaje bíblico, estar llamado a los más altos destinos; y bien pudieron Zacarías e Isabel pensar, como pensaron, que su niño sería aquel Mesías tan ansiado.

Zacarías dudó, sin embargo, por hallarse él y su mujer ya muy avanzados en edad; y entonces, para mejor señal —y para castigo de su incredulidad—, dice la leyenda, "el arcángel le dejó mudo hasta el día en que el niño fuera entrado en el mundo". Cosa que para nosotros significa, sencillamente, el designio de no hablar nada de aquel suceso, hasta que fuera tiempo; hasta que Juan mismo, posesionado ya de su misión, diera la señal de romper el silencio.

"Con lo que el temor y el asombro, dice el evangelista, se apoderaron de todas las gentes comarcanas, y divulgáronse tales sucesos por todo el país de las montañas de Judea". Se divulgaron como una confidencia, como una esperanza, como un secreto precioso, entre aquellos que tenían el mayor interés en

guardarlo, y para quienes significaba la liberación de Israel.

"Y cuantos los oían, sigue diciendo el narrador, los meditaban silenciosamente en su corazón, diciéndose: ¿quién habrá de ser este niño? Porque la mano de Dios está en él".

Algunos años después, cuando fue ya manifiesto que la mano de Dios estaba en él, que era un elegido, Zacarías rompe su mutismo y glorifica al señor, diciendo: "Bendito sea el señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, y nos ha suscitado un poderoso salvador, en la casa de David, su siervo; para librarnos de nuestros enemigos y de todos aquellos que nos aborrecen; conforme al juramento que hizo a nuestro padre Abraham, de que, *libertados de nuestros enemigos, le podamos servir sin temor*".

Este himno de acción de gracias se refiere claramente al Mesías clásico, al caudillo que viene a restaurar la independencia y a castigar a los opresores del pueblo escogido. Juzgamos que la leyenda nos lo ha conservado íntegro, salvo la interpolación de estas palabras: *en la casa de David, su siervo*, intercaladas más tarde para conformarse con la tradición profética, y para que no se atribuyera a nadie más que a Jesús el rol de Mesías.

*

"Mientras tanto, concluye el relato de Lucas, el niño iba creciendo y se fortalecía en espíritu; y habitó en los desiertos, hasta el tiempo en que debía darse a conocer a Israel".

Nos place ver en esto uno de esos enigmas históricos, indescifrables, y por lo mismo fascinadores. ¿Quién es, en realidad, este muchacho, cuyo nacimiento se oculta y cuya infancia y adolescencia se confían a la montaña y al desierto, como un tesoro que no ha de verse antes de tiempo? Para nosotros, se trata de un príncipe, de uno

que tiene derecho a la corona, y que desde niño ha revelado fuerza, valor, voluntad e inteligencia. Los padres, o mejor, quizá, los guardadores de ese vástago real, seducidos por sus prendas, conciben la esperanza de hallar en él, su caudillo soñado. Entonces le ocultan, le educan en la soledad, le hacen fuerte y sano con el perenne contacto de la naturaleza, y mientras él crece en espíritu, le forman una aureola de prestigio, que se convertirá, a su tiempo, en devoción y obediencia.

Hay, pues, una secreta inteligencia entre el pueblo y los guardadores del niño, éste se forma para Mesías, y aquél se apercebe para seguirle, cuando llegue la hora.

*

Juan, lo mismo que Jesús, no correspondió a las esperanzas de sus parientes. Ninguno de los dos fue el hombre de armas, el político, el organizador de rebeldías, el caudillo que deseaba y se esperaba. Uno y otro, cada uno a su manera, y en un sentido absolutamente imprevisto, resultaron hombres de espíritu, incrédulos en la eficacia de la acción política, reacios a buscar en conspiraciones y en aventuras guerreras la libertad, la paz y el bienestar, que sólo se obtienen, "por añadidura", cuando antes se ha "procurado y logrado el reino de Dios y su justicia".

XIX

Notemos que Juan, no menos que Jesús y que otros antes de ellos, fue llamado "hijo del Espíritu Santo"; expresión simbólica, a la cual, por darle un sentido grosero, se la convirtió en semillero de controversia y escándalos. Ha sido, quizá, la mayor desventura del cristianismo, haberse de infiltrar en la mente de pueblos groseros, nada su-

tiles, nada imaginativos, que han materializado y embastecido las ideas y los sentimientos más finos. Así, por ejemplo, ese infierno católico, brutal y grosero, hasta el ridículo, malogrado el esfuerzo que Dante hiciera para darle nobleza y belleza; así, el Limbo, donde pobres niños sin culpa se asfixian en la oscuridad y en el silencio; así, la interpretación de hartazgo inmenso que da la Iglesia al símbolo maravilloso de los cinco panes que nutrieron a cinco mil personas; así, la resurrección de Lázaro, engusano ya, que vuelve a la existencia física, para nada, por mero alarde de un pres-tidigitador sin igual; así, casi toda la pintura religiosa, desde el Renacimiento acá, donde apenas si se encuentra un cuadro que tenga sentido artístico y sentido común; así, esos crucificados sangrientos, lívidos, repulsivos, llenos de úlceras y de oficios; así, modernamente, la entraña infartada, el Corazón de Jesús, la víscera desprendida del pecho, desgarrada de sus arterias y sus venas; andrajo de sangre y de humores, que sólo puede mover y conmover a gentes sin ternura, a cerebros burdos, a hombres todo carne y pellejo y sangre, a quienes nada dicen los dolores del alma y las angustias del espíritu.

De esta concepción bastarda y bestial ha resultado el fracaso de la pintura cristiana; pues, sin exceptuar a Rafael ni a Velázquez, ni a ningún otro de los grandes pintores, no hay más representaciones bellas y verdaderas de Cristo, que aquellas pocas en que el artista concibió al hombre divino como un hombre que vive y lucha, o como un niño que juega y sueña: Correggio, Tintoretto, Van Dyck, Ticiano.

Pero los grandes, los verdaderos, los profundos e indecibles dolores de Jesús: la traición de Judas, la negación de Pedro, la hostilidad de sus parientes, la incompreensión de los discípulo-

los; la chicana de los escribas y de los fariseos, que le tienden mañana y tarde la viscosa red de sus argucias; el abandono de sus amigos preferidos, en el momento de la crisis; la acogida arisca y agresiva de sus compañeros de infancia, cuando se les revela como profeta la primera vez; la tremenda herida de aquella escena, cuando su familia le busca como a un loco escapado, en el instante en que él vacía su corazón en el corazón de sus amigos selectos... , eso... , todo eso que destroza, tritura, pulveriza y avienta el valor y la confianza de un hombre sensitivo, de un hombre que es todo él espíritu, delicadeza, ternura, finura, dulzura... , eso no lo han comprendido, sino por excepción; los escultores y los pintores; ni menos los forjadores de cuentos estúpidos, como ése de haber recibido cinco mil azotes mientras se le juzgaba.

Y así, en vez de pintarnos un hombre divino, en vez de contarnos los dolores de un hombre divino, hannos referido y pintado y esculpido las torturas de un buey, del pobre animal degollado, quebrantado, desangrado, que sólo sufre casi en la carne. Entre todos fue el más incomprensivo, Rubens, que en sus dos cuadros famosos de la Crucifixión y del Descendimiento, no supo concebir ni pintar sino hombrones, gruesos, sanguíneos, osamentosos, patudos y pernudos, con nervios que son cables, manotadas de gigante de feria, pecho de boxeador y fisonomía de bestia incomprensiva. En el cuadro del Descendimiento, un perro se ha llegado junto al cuerpo sangrante, y lame la sangre... Único acierto del pintor; pues, en verdad, aquel perro, goloso es el único espectador inteligente; el único que aprecia el suceso en lo que vale: "Se trata, piensa él de un hombretón crucificado... ; no se ve muy claro quién es ni si murió ya enteramente, pero la sangre corre aquí, y yo tengo hambre"...

De Juan se dice textualmente, que "será lleno del Espíritu Santo ya desde el vientre de su madre". En el mismo sentido, sólo que con mayor encarecimiento, dándole su máxima expresión a la idea, se dijo que Jesús era hijo del Espíritu Santo. Santo, significa perfecto.

Y es aquí el momento de esclarecer una confusión muy aceptada, y muy errada, de la cual derivan infinitos daños y errores: y es la que supone que nosotros somos, en todo, hijos de nuestros padres; cuando en realidad, de nuestros padres no recibimos sino la carne, la primera vestidura con que aparecemos al mundo. Pero no les debemos ni el corazón ni el entendimiento, o sea la mente y el alma. Con lo cual, de sobre se advierte que en lo más y mejor, no somos hijos de nuestros padres, sino del espíritu.

Todos venimos del espíritu; los más del espíritu mediocre; otros del maligno y tal cual, del Espíritu Santo. Y aún la carne o forma corporal, que acabamos de suponer obra de nuestros padres, no es suya enteramente —si lo analizamos hasta el fin—, sino de nuestro propio espíritu, del que mora en cada uno de nosotros; el cual, de la sangre de nuestros padres ha formado su vestidura. Así, una oruga teje su capullo en una rama, y coge de ésta la corteza. La rama presta la corteza, pero es la oruga quien la escoge. Y, ciertamente, no habrán ido los que vienen del Espíritu Santo, a encarnar en mujeres leprosas, ni los que vienen de un espíritu inmundo a encarnar en las entrañas de una criatura santa. Pues aunque el espíritu que va a encarnar quisiera hacerlo así, no lo podría; que no lo consiente la ley cósmica de engendrar cada uno, sólo aquello que le es semejante. La ley de toda creación es ésta: el creador hace a su criatura, a su

imagen y semejanza. Y tiene que ser así, porque nadie da sino lo que tiene.

Por donde vendremos a conocer, al cabo de bien examinarlo, que nuestros padres son, únicamente, las puertas por donde entramos en la vida; y luego, si son buenos y amantes, los guías de nuestros años inexpertos.

No comprender esto, nos hace esclavos de nuestros padres, o jueces injustos de los mismos.

Es tu sangre, es mi sangre, son expresiones que se pronuncian con tiránico acento como sentencias inapelables contra las que vienen a romperse cualesquiera deberes y aspiraciones, por más altos que sean. ¿Por qué no tener el ánimo y la entereza de contestar: "Sí, es mi sangre, pero no es mi espíritu? Sí, llevamos en las venas la misma sangre, pero no pensamos con la misma mente, ni sentimos con la misma alma?"

Y sin embargo ésta es la doctrina recta y sabia, y ya la declaró explícitamente el Maestro cuando, advirtiéndole que ahí le buscaban su madre y sus hermanos (por cierto, para retraerle de su misión y reducirle a la vida pasiva del hogar), en momentos en que él departía con sus discípulos sobre cosas de amor y de justicia él respondió con áspera intención: "mi madre y mis hermanos son los que me siguen y cumplen mi doctrina".

Así, pues, todos somos hijos del espíritu: unos más pura y bellamente que otros; alguno, como Jesús, en grado excelso, como la rosa más alta del rosal; otros, como Juan, como las rosas que circundan a la primera, algo menos divinamente. Por lo cual, bien se dijo de aquél, "que fue concebido del Espíritu Santo", y del segundo, que fue "colmado del espíritu ya desde el seno de su madre".

*

Colmado del espíritu ya desde el vientre de su madre; descendiente de

los fundadores de la nación; anunciados su nacimiento y su carrera por Gabriel, quien le designó como grande en la presencia del Señor, sintiéndose en él la mano del Altísimo, según decía el pueblo; calificado por Zacarías de "poderoso salvador, suscitado para librarnos de nuestros enemigos"; recibido y acogido así, no hay duda sino que Juan creciera y se formara en un ambiente de simpatía, de respeto y de sumisión, harto visible para que no advirtiera él, que se le tenía como el enviado en quien se cifraban los sueños y las esperanzas del pueblo.

Fácil es así comprender que se le educara y mantuviera apartado, guardando secreta su misión, "hasta el día en que debía darse a conocer a Israel".

Tal vida era, en verdad, demasiado preciosa, para que por indiscreción y alarde fueran a exponerla a que los enemigos la troncharan, como una flor que se desgaja de la rama antes de abrirse. Aquel descendiente de David, era, ni más ni menos, un pretendiente al trono, a la reyecía, a recoger la espada de los Macabeos, a devolver a la nación su independencia, su poderío y su gloria.

Así es que no se dio noticia de su nacimiento sino a los parientes y amigos íntimos, y a algunos otros capaces de guardar sigilosamente el secreto.

Mientras llegaba el día, Juan habitó en los desiertos, ejercitándose, sin duda, en cuantas disciplinas de fuerza y de inteligencia habría menester el guerrero que iba a luchar con los romanos, el príncipe que había de construir el reino.

*

Después... nada: una gran laguna, un silencio, y un olvido absolutos, que hacen cavilar sobre si aquel niño no dejaría fallidas todas las esperanzas que se mecieron en su cuna. Isabel y Zaca-

rías desaparecen, y ya no se les oye nombrar.

El tiempo desfavoreció aquellos sueños, y hasta su recuerdo se hubiera perdido si treinta años más tarde no apareciera, allá por los confines de Judea, en la región desierta que va surcando el Jordán, un áspero asceta que predicaba penitencia, prescribía la repartición de los bienes, y amenazaba con el exterminio a quien no se purificara.

Este duro profeta no parece corresponder al tipo de redentor que treinta años atrás fuera anunciado a Zacarías, y esta disparidad entre su vida actual y la que debió llevar el príncipe de la casa de David, alejaría despechados a todos aquellos que esperaban un caudillo y no un santo; un guerrero, y no un anacoreta.

En efecto, este Juan el Bautista no se cuidaba para nada de la nación judía, como entidad política, ni menos de la casa de David. Era él un hombre austero, despreciador de toda riqueza, para quien los sacerdotes y los fariseos eran "raza de víboras", a quien los descendientes de Abraham nada le importaban, puesto que "Dios si quisiera, suscitaría hijos de Abraham hasta de las mismas piedras".

Huraño, todo él, cabello y vello, semienvuelto en una escueta urdimbre de pelos de camello, desnudos la cabeza, las piernas y los pies; curtido, cejijunto y de mirar fulgurante; hablando más con anatemas que con exhortaciones; duro en el acento y brusco en los ademanes, era más bien un león que un hombre, y más que edificar, parecía que ansiara destruir y aniquilar.

Tanto como fascinaba daba miedo, y muchos de entre la multitud que le seguía, no atinaba si sería más peligroso hallarse con él que no en su contra.

Aún ahora, a dos mil años de distancia, surgiendo bajo el ardiente sol, de una
... al río silencioso, largos y enmara-

ñados los cabellos, casi desnudo, la piel requemada y curtida, fijo y hosco el mún, surgiendo de las abrasadas ensenadas más que plegarias maldiciones, pensamos que no hombre ni profeta del Altísimo sería, sino el mismo simoum, surgiendo de las abrasadas entrañas del Desierto, y agazapado tras del Jordán para distenderse súbitamente sobre las ciudades inicuas, y ahogarlas y calcinarlas con sus arenas vengadoras.

El pueblo, que adivinaba en Juan su propia alma, y como un símbolo de todas sus miserias, venía a él en grandes turbas, a pedirle alivio, doctrina y órdenes.

—¿Qué hemos de hacer? —preguntábanle.

—Que el que tenga un pan dé la mitad al que no tenga; y quien tuviere dos túnicas, dé una al que carezca de ella.

—¿Y después?

—Hacer penitencia y purificarse; porque el reino de los cielos está próximo, y no entrarán en él los impuros.

Era, sencillamente, el comunismo. Pero un comunismo sin teorías, sin retórica, sin doctrinas económicas, sin apelaciones a la ciencia, sin interpretaciones de la historia, ni aglomeraciones de hechos clasificados y comentados.

Era, simplemente, el derecho a comer, fundado en el título que se llama hambre; el derecho a vestirse, por la buena y total razón de hallarse desnudo.

Herodes Antipas, que le había mandado a consultar sobre si era legítimo haberse casado con la mujer de su hermano, recibió por toda respuesta estas duras palabras: *eres incestuoso y adúltero*. Y pensando, acaso, el tetrarca, lo que sería de su mísero reino entre las manos de aquel temible profeta a quien rodeaban millares de adeptos, si se provocaba su enojo, le buscó por amigo y aún simulaba seguir sus consejos.

Los fariseos, los escribas, los príncipes de los sacerdotes, enviaron a sondearle, a ver qué se había de temer de él, y cómo podría derribársele cuando llegara el caso. Iban en son de admiradores que buscan un maestro, y pedían ser instruidos y bautizados.

Juan adivinó su mentira y su miedo, y les trató como a hipócritas:

—Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que se acerca? Tened cuidado, porque la segur está ya puesta a la raíz del árbol, y todo árbol que no dé buenos frutos, será cortado y echado al fuego.

—¿Hemos de temer también nosotros, que descendemos de David, de Jacob, de Abraham?

—Moriréis todos, todos, rugía Juan; seréis aniquilados como la paja seca que se echa en el horno. Aunque vengáis de Abraham, seréis exterminados si no os limpiáis de vuestras iniquidades. Y cuando el Señor necesite de un pueblo escogido, hará nacer hijos de Abraham hasta de estas piedras que veis aquí.

Humildes y cohibidos, se acercaron luego publicanos y soldados, pidiendo una palabra que los iluminara.

—¿Qué hemos de hacer nosotros, tan pecadores?

Y Juan, misericordioso, respondía: no pidáis más del tributo que está ordenado; y vosotros, soldados, no calumniéis, ni seáis crueles, y contentaos con vuestra paga.

Ciertamente, la doctrina no era cosa nueva, pues ya Isaías había dicho: "Todo valle será ensalzado; todo monte se allanará, y todo camino que se hallare torcido tendrá que ser enderezado". Y rebatiendo a quienes se disculpaban de sus maldades con decir que ayunaban, hábales reprendido así: "El ayuno que el Señor exige es que partáis el pan con el que tenga hambre; que deis un vestido al que vaya desnudo, y que quitéis todos los yugos de aquellos que andan agobiados".

Fueron éstas, doctrinas y aspiraciones de todos los profetas: hombres del pueblo iniciados en la sabiduría, y precursores, todos ellos, de un reino de Dios que todavía no llega, que tal vez no llegará nunca. Y bajo este aspecto, Juan no era sino el continuador de aquellas enseñanzas de igualdad y de fraternidad, que hoy, como ayer y siempre, mueren devoradas por la cizaña de la hipocresía. Entonces, como antes y ahora, el hambre del hambriento se le engañaba con derechos; al frío del desnudo, con verdades científicas; al peregrino que no tenía techo, se le ofrecían por abrigo sistemas económicos; a toda forma de miseria, el espejismo de un progreso que jamás acaba de cumplirse, y que no apaga la sed ni quita el hambre. Y así como ahora se aturde a los que piden pan, con libertades y con estandartes patrióticos, entonces se les aturdió con las promesas de Jehová; con la nobleza de ser hijos de Abraham; con el recuerdo de David y Salomón, y con el espantajo deslumbrador del templo, que simbolizaba al pueblo escogido y su alianza con Dios.

Pero ya entonces, como ahora, millares de miserables y oprimidos comenzaban a decirse que el pan y el agua son antes que la patria; que un cobertizo abriga de la lluvia mejor que el atrio de un templo, y que una túnica libra mejor del frío que una sentencia de la ley y que una verdad de la ciencia.

A un observador atento y sutil, si auscultara el corazón de aquellas muchedumbres que se apiñaban en torno de Juan, no le fuera difícil percibir a través de todas aquellas discusiones sobre la ley, sobre Jehová, sobre los patriarcas, y los profetas, sobre cómo y cuándo llegaría el Mesías, esta irritada y mal reprimida protesta: ¡queremos comer! ¡Queremos vestirnos! ¡Queremos tener como los pájaros un nido, y como las raposas una cueva! ¡Queremos vivir! ¡Queremos ya, para hoy,

para todos los días, para siempre, esto que es nuestro, y se nos está robando siempre: el pan!

Y si tal observador ahondara más, advirtiera que aquella protesta era tan universal y palpitante, que ya pugnaba por articularse en una forma clara y precisa, y que tal vez, bajo una de aquellas tiendas grises que dormían sobre la arena, algún joven y dulce profeta, meditando en el silencio de la noche cómo pedir al cielo aquello que era la ardiente necesidad de todos, empezaba a musitar los términos de una plegaria única, en que los tristes, cansados ya de su miseria milenaria, decían al dueño de todas las cosas: *¡el pan nuestro de cada día, dánosle hoy... hoy!*

XXI

Sí, Juan era un profeta como los demás, en cuanto era, como los demás un soñador, un hombre que había hecho la ofrenda de su vida en aras de la justicia. Como tal, la actitud de sacerdotes y escribas para con él, era sencilla y fácil. Muchas veces ya, surgieran estos visionarios que interpretaban la ley en favor de los oprimidos, y en contra de aquella aristocracia orgullosa y codiciosa, y siempre los sacerdotes y los doctores les habían roto entre sus manos, como se rompe el astil de una flecha, para que no sea disparada.

Con Juan, sería cuestión, simplemente, de resolver si se le mataría a pedradas, o se le aserraría por la mitad del cuerpo, o se le pondría en una cruz, o se le acribillaría a saetazos.

No faltaban antecedentes; y luego, nunca les ha faltado imaginación a los sacerdotes y pontífices, a todos los que usufructúan el servicio del templo, para discurrir formas de suplicio que desagrasen suficientemente al Señor...

Sólo había una dificultad, y es que Juan no era un profeta inerte, protegido sólo por su confianza en el altísi-

mo: Juan se hallaba rodeado de una impaciente y creciente multitud, que no esperaba sino una palabra para transformarse en agresiva, y una señal para lanzarse sobre aquellos fariseos hipócritas, sobre aquellos saduceos utilitarios, sobre aquellos escribas charlatanes. Aquellas muchedumbres, que bullían como un enjambre de hormigas, guerreras sobre las playas del Jordán, serían entonces la segur que ya estaba puesta a la raíz del árbol, según las palabras amenazadoras del profeta. Y, en verdad, aquellos árboles carcomidos de la mentira y escorificados de formulismo, no hubieran resistido ni el primer golpe de aquella gigantesca segur. Y en aquel horno encendido y atizado con las iras de tantos siglos, con el hambre y el llanto de tantos siglos, habrían ardidido como paja seca todas aquellas víboras que andaban por la casa del Señor, revestidas de sacerdotes y de doctores...

¡Ah, Juan! ¿Por qué no dijiste la palabra, ni diste la señal?...

*

¿Qué se proponía el Profeta? ¿Qué uso haría de aquellas muchedumbres irritadas e impacientes, que le miraban a los ojos, como la jauría al cazador, queriendo adivinar sus designios? ¿Iría, repentinamente, a lanzar todos aquellos rencores contra los que exprimían y oprimían al pueblo, como un guijarro enorme lanzado por un brazo impetuoso? Este Mesías, que por fin había venido a liberar el reino ¿no comenzaría, acaso, por raer aquel parasitismo religioso, que tan buena y regalada vida se había forjado a la sombra del templo y entre los repliegues de la ley?

Y tocante a los pobres, a los hambrientos, a los desnudos, que se hallaban prestos a proclamarle rey, y a sostenerle con su sangre, ¿iría, por ventura, a lanzarse con ellos a la conquista

de la justicia y del pan? ¿Les daría, además de doctrina y promesas, aquella cosa que desde el principio venían anhelando, sin que jamás los sacerdotes y los príncipes, los doctores y los ricos les permitieran disfrutarla con abastanza y paz: el pan, el vestido, el techo, la copa de vino para el cansancio, las horas de ocio para restaurarse, la vida, en fin, como el Señor la estableciera aun para las bestias y los pájaros?

Para unos y otros era Juan un enigma inquietante, y todos y a todas horas procuraban sondearle y ver qué andaba edificando en los secretos de su alma. De todas partes le venían mensajes: ¿Tú, quién eres? ¿Eres tú el que ha de venir? ¿Eres tú el Cristo? ¿En nombre de quién bautizas?

Las cuales preguntas significaban: ¿qué podemos esperar o temer de ti? ¿Qué exiges de nosotros y qué nos darás?

Juan, sincero y humilde, cada vez que se trataba del Mesías contestaba en términos preciosos: no soy yo el Cristo, no soy yo el que ha de redimir al pueblo y ha de establecer el reino de Dios. Yo no soy sino uno que viene a preparar sus senderos. El Mesías no os lavará, como yo, con agua, si no con fuego que consumirá toda impureza. El será tan grande, que yo no serviré ni para desatar las correas de sus sandalias. Por eso os digo: haced obras de arrepentimiento, para que os halle apercebidos y limpios; no sea que os deseché como espigas sin grano, y os consuma como paja seca en el horno.

Juan verdaderamente creía, como Jesús, en el próximo advenimiento de un Mesías, grande, justiciero, reparador, que traería la libertad, y la paz, que realizaría los sueños de todos los profetas.

Y pensando en el enviado del Señor, en el Cristo, a quien esperaba conocer y servir, su corazón se deleitaba y sus anhelos se colmaban con la idea de que él, por devoto y abnegado y fiel, me-

recería ser llamado su precursor, y como tal, amado de las gentes. ¡Así la estrella de la mañana es amada, porque nos anuncia con su claridad apacible la promesa cierta de los esplendores del Sol!

Desconcertado con aquella humildad, que contrastaba con el tono acre y el mirar severo del profeta, los fariseos insistían con inquietud: "Pero, en fin, tú, ¿quién eres?"

Y respondía Juan, irónico y ambiguo: "Yo soy la voz que clama en el desierto: enderezad los caminos del Señor; porque todo monte (doctores y pontífices) ha de ser allanado, y todo valle (los pobres y los humildes) ha de ser ensalzado. Todo árbol que no dé buenos frutos será echado en el fuego. Guardaos, pues, porque ya la segur está puesta a la raíz del árbol..."

XXII

Por las tardes, al caer el sol, y en las noches claras, iluminadas por la luna y por el enjambre de las estrellas en el cielo límpido, hablaba Juan con palabras apasionantes, sobre el Mesías, que todos esperaban; cómo se haría para establecer y consolidar el reino; cómo habría que enderezar las sendas del Señor, para que la justicia anduviera por ellas sin estorbos. De pie, sobre algún risco, o sobre una peña que surgía de la corriente, su alta y dura silueta se recortaba en el aire sereno y sus ademanes poderosos recordaban la vara de Moisés dividiendo las aguas. Los ecos de su voz, sonora como la voz de la tormenta, recordaban los truenos del Sinaí, y hacían pensar en una nueva ley, más viva y más severa que aquella que se grabara sobre tablas de piedra.

Por la mañana, desde que se oía el canto de las alondras, el profeta se purificaba sumergiéndose en el Jordán, y luego, catequizaba a los neófitos. Antes que fueran éstos dignos del bautismo,

¡cuántos desmayos y vacilaciones! Cuántas dudas y confusiones en aquellas almas semi-arrepentidas, y cuántas sombras que desvanecer en muchas que deseaban la Nueva Era, pero que no comprendían cómo había de ser su advenimiento. La rutina, el miedo, la pereza, el orgullo, la codicia, la estulticia, todas las hidras aullaban a un tiempo, revolviéndose contra el profeta en aquella lucha cuerpo a cuerpo con las tinieblas. Así, a cada uno a quien iniciaba con el bautismo, Juan sentía como si aquella agua que vertía sobre la cabeza contrita se llevara una costra de impurezas; sus dedos sarmentosos arrancaban errores e iniquidades de aquellas almas orinecidas en el mal, y cuando, ya el sol en el cenit, Juan, extenuado, se alejaba para reparar sus fuerzas con un sorbo de miel silvestre, el profeta sentía como si todos aquellos pecados y errores se hubiesen filtrado a través de su cuerpo, y un dejo de laxitud y de tristeza sedimentaba en su alma...

Cada mañana aquel diluvio de pecados caía sobre su cabeza y angustiaba su corazón; cada tarde el Jordán, lento y tétrico, como si enfermara del impuro contacto, arrastraba sobre sus ondas turbias aquel cieno de mentes y de almas, para ir a descargarlas sobre las aguas oleosas y negras del Mar Muerto, donde el asfalto, pesado y oscuro, se cargaba de miasmas extraños...

*

Para aquella tarde, Juan tenía una faena acerba; muchas gentes llegaron desde el día anterior, en busca de aliento y de luz, pero también numerosos escribas y fariseos que venían a sondear al profeta; a ver si era temible; a ver si urgía derribarle, y de qué manera se haría con certeza y sin riesgo. Raza de víboras...

La tarde era fresca, y anunciaba un crepúsculo rico de gracia y de color. Ya

una nube ancha y densa iba ascendiendo desde el ocaso, y tifiéndose, mientras subía, de un matiz de cobre fundente, que al reflejarse sobre la tierra envolvía todas las cosas en una luz dorada, como de rosas gualdas marchitándose. Los espinos, bañados en aquella cálida luminosidad, parecían astas metálicas, y sus saetas, erizadas en la corteza, eran como dardos de fuego próximos a volar en todas direcciones.

Sobre los riscos, los cardos azules se transformaban lentamente en grandes y trémulas violetas, y los escuetos cactus, de verde indeciso, enternecían su pétreo corteza con un verde claro y apacible, como el de los tallos de un platanal en la hora del alba.

Del otro lado del Jordán llegaban, hondos y quejumbrosos, los gemidos de las palomas silvestres, y el murmurio del agua desmayándose de piedra en piedra, musitaba una plegaria que era más de suspiros que de palabras.

De pie, sobre una peña que surgía de un cinturón de espumas, a breves pasos de la orilla, Juan hablaba del reino, ya inminente.

—¿Qué pensáis que ha de pedir el Mesías? ¿Sacrificios de animales? ¿Guardar el sábado estrechamente, y ayunos rigurosos, como está mandado en la ley? No, las cosas literarias de la ley vosotros las cumplís de sobra, y las cumplís sin dejar de prevaricar y sin dejar de ser codiciosos y soberbios. Vosotros, sobre todo, doctores de la ley, sois maestros en ayunos y sacrificios y en orar públicamente, y así también sois maestros en despojos y en iniquidades. De cierto, no os valdrán ahora vuestras fórmulas y abluciones. Si entráis en el reino, será por la puerta de la misericordia y de la suavidad de corazón. Oídlo, y retenedlo bien: no hay más que esta senda para entrar en el reino: dar la mitad de vuestro pan a quien no tuviere ninguno, y si tenéis dos túnicas, dar una a quien se halle desnudo.

Después, fue glosando con patéticos términos las invectivas de Isaías:

"El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; sólo vosotros no conocéis el bien, y carecéis de entendimiento.

"¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos! De nada servirá castigaros una vez más, porque una vez más os rebelaréis. Por eso es que en Judá toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. ¡Desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, no hay nada ileso en este pueblo; todo él es heridas, hinchazón y podridas llagas!

"¿Qué me importa a mí, dice el Señor, la multitud de vuestros sacrificios? Harto estoy de holocaustos de carneros y del humo de animales grasos, y ansioso de compasión y de misericordia.

"¡No quiero más sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos! ¿Quién demandó eso de vuestras manos, cuando vinisteis a hollar mis atrios? No puedo sufrir más vuestros vanos presentes; ya vuestros perfumes me son abominables; ya no puedo sufrir vuestras solemnidades y ceremonias ni vuestras oraciones sin término. ¿Para qué alzáis vuestras manos a mí, si están manchadas de sangre?

"Id, lavad la iniquidad de vuestras obras; restituid al despojado; haced justicia al huérfano; amparad a la viuda. Pero ¿qué habéis de hacer, si vuestros príncipes y vuestros jueces son prevaricadores y compañeros de ladrones? Todos aman las dádivas y corren tras de las recompensas; no tienen oídos para el huérfano, ni llega a ellos la causa de la viuda...

"Pero ya la segur está puesto a la raíz del árbol, y todo árbol que no tenga buen fruto será arrojado al fuego. Y entonces, ¡ay, de vosotros, generación de víboras! Los menos castigados quedaréis como el olmo cuando se le caen las hojas, o como un huerto si le faltan las aguas....

"Por eso os digo: si no queréis ser raídos como la podre que se rae la llaga, enderezad los caminos del Señor, bajaos de vuestra soberbia, y ensalzaos a los que yacen abajo, asentados en sombra de muerte. Partid el pan con los hambrientos y el vestido con los desnudos; abrid vuestra puerta al peregrino, y perdonad su deuda al desvalido.

"Porque el reino se acerca. Porque el Mesías viene ya con pasos presurosos a tomar posesión de su reino... Ya se escucha el eco de su voz y el pisar de sus sandalias... Viene como nube cargada de rayos y de tinieblas, para los prevaricadores y para los que amontonan riquezas; y como estrella del amanecer, para los que caminan limpios y humildes por sus caminos. A éstos ha de glorificar, apartándoles a su lado, como el trigo que se halló bueno en la era. A los otros, espigas vanas o cizañas devoradoras, consumirá con fuego que nunca ha de extinguirse.

"¡Oíd y atended! Porque ¡ay de aquellos que cierran sus oídos a esta voz que clama en el desierto!... el Mesías viene ya... el reino de Dios está próximo..."

*

Calló Juan. Estremecimientos de inquietud sacudían el corazón de las turbas, y, sin pensarlo, muchos volvían la cabeza, inquiriendo en el horizonte a ver si apareciera el Mesías, y otros aguzaban el oído a ver si distinguían lejanamente el eco de sus pasos...

Pero todo estaba solitario y callado. Un silencio apacible descendía de las alturas, apenas subrayado por el gemido de las torcaces invisibles. El río encrespaba sus espumas, como si él también se apercibiera a ir al encuentro del Mesías. En lo alto, la nube de cobre fundente se había cambiado en un desmadejamiento de plata, y los cardos, los

espinos y las arenas se volvían relucientes y claros, como si todos entraran en una nueva aurora, pasando suavemente de las tristezas de la tarde a las claridades y ternuras del amanecer.

Diríase, en verdad, que una nueva vida comenzaba, y que el Mesías entraba ya en su reino...

*

Juan, hirsuto, ceñudo, bajó del pedrón desde el cual había proferido sus amenazas; atravesó la franja hervorosa de las aguas, y fue, lento y grave, a través de las turbas, que se abrían temerosamente a su paso como se abren las espigas al impulso del viento... Juan se alejaba.

Ya cerca de su tienda, una voz le hizo detenerse.

—¿Rabí?

Se volvió. Alguien le seguía. Era un joven alto, erguido, sereno, de ojos profundos y de sonrisa melancólica. Una barba sedosa ovalaba su rostro, y una aureola de cabellos finos y ondeantes caía sobre sus hombros amplios.

La mirada serena del joven y la mirada tormentosa de Juan se encontraron... Juan se estremeció... Todas las intuiciones de su ser, concentradas como por una lente, se enfocaron en sus ojos para escrutar al desconocido, y en el fondo de su corazón oyó resonar una voz que parecía el eco de sus propias palabras: "el Mesías ya viene... ya se escucha el eco de su voz y el pisar de sus sandalias..."

Pensativo, y como azorado, permaneció unos instantes contemplando al desconocido... Luego, sin preguntarle nada, alzó la diestra, trazó en aire un signo misterioso, y dijo conmovido: —Venid, Rabí.

Los dos maestros entraron en la tienda.

En la túnica blanca de Jesús, conoció Juan que era aquél un *esenio*. Su parte

señoril y su inteligente fisonomía, le dijeron que era uno de los principales de la orden; el signo que trazó en el aire, y al cual respondió Jesús, le hicieron saber que era un *iniciado*, un hermano. Y para honrarle, y porque le impulsó una gran simpatía, le saludó con el nombre de rabí, maestro.

Juan era también un iniciado. Es decir, que uno y otro, aunque en grados diversos, conocían la gnosis, aprendida por Moisés en Egipto, transmitida secretamente de uno a otro de los grandes profetas, y en la cual se encuentran las ideas motoras y matrices que han servido de bases y de orientación a todas las grandes regiones. Esta doctrina, desfigurada unas veces, otras fragmentada, otras mezclada con diversas supersticiones, otras adulterada en mil maneras por la ignorancia, la fantasía, el orgullo o el interés, ha corrido siempre por el mundo, de nación en nación, bajo diversos nombres, y ocultando sus principios fundamentales bajo mitos y símbolos más o menos oscuros. El cambio operado en ella por el genio de cada lengua, de cada pueblo, de cada maestro, ha llegado, a veces, a introducir en su enseñanza grandes confusiones y oscuridades; en fin —cosa perfectamente humana e inevitable—, el apego a las fórmulas, que degenera siempre en idolatría, ha hecho que se pierda el sentido verdadero y espiritual de aquellos símbolos; que subsistan éstos como si fueran en sí mismos realidades, y que por esta perniciosa substitución las religiones se vuelven incomprensibles, llenas de dogmas absurdos y de preceptos extravagantes; hipócritas o venales; plagadas, en fin, de todas las impurezas y errores que surgen y predominan cuando "la letra mata al espíritu", cuando el cuerpo destierra y sustituye al alma.

La gnosis, que es a un tiempo ciencia y religión, ley moral y ley física, síntesis que explica cuanto es capaz el hombre de comprender sobre el origen y la

vida del universo, se halla esparcida y fragmentada en el espiritismo, en la teosofía, en la alquimia, en la astrología, en la masonería, en las visiones de Swedenborg, en la kabala, en las religiones de Moisés y de Mahoma, en la católica, en Pitágoras, en Platón, en Plotino. Pero la total y pura inteligencia de aquélla, sólo fue alcanzada de muy pocos hombres en el mundo; los cuales siempre la mantuvieron secreta, no sólo porque exige, para entenderse bien, una gran disciplina mental, sino porque, siendo ocasionada a torpes interpretaciones, no deben penetrarla sino aquellos hombres ejercitados en una severa disciplina moral.

Grandes iniciados en la gnosis fueron Krishna, Zoroastro, Manú, Hermes, Orfeo, Pitágoras, Moisés, Daniel, Ezequiel, Isaías, San Pablo, Juan el Bautista, Lao-Tze, Juan Evangelista, Platón, Sócrates y Plotino, y en grado menor, Goethe, Paracelso, algunos padres de la Iglesia, el Dante, Leonardo de Vinci. Pero los mayores entre todos fueron Pitágoras, Budha y Jesús. Singularmente Budha y Jesús, a quienes se les llama por eso, redentores.

*

Juan el Bautista, enseñaba y bautizaba. Aquellos en quienes la palabra y el ejemplo del profeta suscitaban arrepentimiento y anhelos de una vida pura, recibían, mediante una suficiente comprensión de la doctrina pública de Juan, y mediante ayunos y abstinencias, el bautizo con agua, que era el primer grado de la iniciación.

Estos neófitos vivían en mayor contacto con el profeta, y se ejercitaban en la conducta y el saber necesarios para alcanzar el segundo grado, cuyo símbolo era la comunión con pan. Aquellos que pasaran esta segunda iniciación, una vez que fueran bien acrisolados e iluminados, serían bautizados con fuego, es decir, que se les abrirían todas las puertas de la sabiduría; que

serían no sólo purificados, sino esclarecidos y como encendidos en la nueva fe, que era vivir en comunicación con el Espíritu Santo. Este último grado tenía por símbolo la comunión con pan y vino, emblemas del alma y del Espíritu, de la sabiduría y de la virtud.

Hablando de este espíritu de sabiduría y de amor que poseía a los elegidos, decía Juan en sus amonestaciones públicas: "yo os bautizo con agua para lavaros del orgullo, del egoísmo y de la concupiscencia. Pero detrás de mí vendrá Uno, de quien yo no soy digno para desatar la correa de su zapato. El os bautizará con fuego y con espíritu".

La fervorosa y visionaria imaginación del profeta asociaba placentemente aquel espíritu, a un hombre colmado de fuerza, de gracia, de inteligencia y de virtud; a un Mesías que surgiera de su escuela, y del cual, él, Juan, sería llamado el precursor. Y ésta era la única gloria que para sí deseaba en lo íntimo de su corazón. Cuando este discípulo amado surgiera y él le enseñara todo lo que sabía, y le acrisolara en la conducta y en la misericordia; cuando este Mesías lleno de saber y de unción, de elocuencia y de simpatía se fuera de su lado, como el aguilucho que se aparta del águila para vivir y triunfar con sólo sus alas, entonces él, profeta rudo, de continente áspero y de lenguaje acre; él, que más bien era un volcán que un hombre, habría encontrado su propia voz; la voz que haría vivir y triunfar los anhelos de su impetuoso corazón. Entonces, su gozo quedaría colmado, y aquella su voz, que clamaba ahora en el desierto, se convertiría en el canto de los serafines que abren las puertas del reino de los cielos...

¿Cuándo aparecería aquel hijo amado en quien él pondría todas sus complacencias? Juan esperaba. Siendo joven, pues no contaba todavía más de treinta y cinco años, tiempo habría de que su discípulo ideal apareciera, y él le tallara como a un diamante único.

Entretanto, y por amor a este hijo de su espíritu, él le enderezaba los caminos y le allanaba los senderos, preparándole una gran multitud heroica y obediente, con la cual el Mesías, su Mesías, realizaría la justicia en aquel reino que iba a nacer.

En tal expectación se hallaba Juan, cuando se presentó Jesús.

JUAN Y JESUS

XXIII

Juan y Jesús convivieron algunos meses, siendo en ese tiempo cada uno maestro del otro, hasta que la comunión completa del corazón y de la mente se hubo realizado entre ellos. La convicción firme de Jesús, después de aquella experiencia de vida íntima, fue que Juan no era el Mesías, aunque sí un gran profeta, más que profeta, según más tarde solía decir: "el mayor entre los nacidos de mujer", Juan, noble, esforzado, generoso, iluminado, valeroso, carecía de suavidad, de gracia; cualidades necesarias al Mesías, según Jesús se lo imaginaba, y a la obra que había de cumplir.

Juan, por su parte, seducido por la gracia de Jesús, hallóle incomparable, llamado a los destinos más altos, si él quisiera... Como una madre con su primogénito, así Juan atribuía a Jesús todas las perfecciones. Sólo una cosa le faltaba para ser el Mesías, y era la fuerza. ¿Cómo aquel joven tan suave, tan dulce, que sólo hablaba de perdón, de ser todos hermanos, de no resistir al mal...? ¿cómo un hombre así, podría ser el caudillo del pueblo que iba a luchar por su independencia?

Pues en la mente de Juan, el Mesías no sólo había de ser asceta severo e igualitario, como era él mismo, sino capaz de extirpar a sangre y fuego el mal, como fuera Moisés; gran rey, como fuera David; caudillo heroico y avisado, cual Judas Macabeo; en fin, her-

mano compasivo y amoroso, como fuera en Egipto Josué, como lo necesitaban las turbas de hambrientos y desnudos, oprimidos y desamparados...

No, Jesús no era hombre para justicias terribles, ni para implacables limpiezas.

No querría verter sangre, sino la propia suya, en el evento, y antes que para encender la guerra, era, más bien, apto para fundar la misericordia y la paz.

No era Jesús el Mesías...

Y sin embargo... ¿no había Juan leído tantas cosas en aquella mente? ¿No había encontrado tantas virtudes y audacias en aquel corazón? ¿No sería Jesús como una de esas flores que ya parecen del todo desplegadas, y a la mañana siguiente se las ve que todavía crecen y se exfolian? En aquel espíritu, ya tan rico y lleno de promesas, en aquel temperamento tan flexible, ¿no iría a brotar, de un instante a otro, la voluntad rectilínea que, una vez orientada, se encamina a su objeto sin que la desvíen ni lágrimas ni sangre, ni afectos ni odios, ni tradiciones ni creencias?

Así, Juan, dudoso, concluía siempre en un ¿quién sabe?... favorable a sus sueños, y mientras llegaba la resolución de aquél tal vez, amaba a Jesús; le amaba y comprendía cada día más, y era su deleite enseñarle cuanto él aprendiera, y mayor deleite aún que instruir a Jesús, era para él ser instruido por éste. Tal un padre que adora a su hijo, siente la más grande ventura si por acaso el niño advierte y denuncia una verdad que el padre no sabía.

Las tardes, cuando Juan, hastiado de batallar con los instintos malos, con los vicios y los errores, salía del Jordán con el alma oprimida, si por acaso Jesús le salía al encuentro, sentía disiparse la niebla de su angustia; un efluviio de gracia y de serenidad se le infundía en el ánimo, y calmándose al punto, y regocijándose, decía: "He aquí el cordero de Dios que me libra de los

pecados del mundo; éste quita mi yugo y aligera mi corazón". Y las noches, bajo el fulgor de las constelaciones, o al resplandor suave de la luna, sentados juntos sobre un risco donde apenas se oía el siseo de las aguas del Jordán, oyendo a Jesús que contaba de sus viajes, de las doctrinas de los esenios, de los misterios aprendidos en Egipto, de cómo entendía él a los profetas, Juan se dejaba mecer por la dulzura de aquella voz, arrobar por el encanto de aquella fluidez, y se decía que de alma tan grande y tan límpida, había que esperar todos los prodigios.

Y así vivían y se amaban, en un santo amor de padre e hijo, en una generosa amistad de amigos que sueñan con el mismo ideal, Juan y Jesús. Como se amistarían y vivirían juntos un roble y una rosa; como se amarían un león y una alondra...

*

¿De qué hablaron, qué misterios profundizaron y qué confidencias se hicieron en aquellos días venturosos?

De aquellas gozosas confidencias resultó que Jesús poseía virtudes que Juan no poseía, como la virtud de los milagros y el don de curar. Y también, que en muchas cosas no se hallaban de acuerdo, más bien a causa de su temperamento que no por diferencias mentales. Juan confirmó a Jesús en la profunda virtud depurativa del ayuno; en el poder fortaleciente y serenizador de las aguas que corren libres bajo el sol, infiltrándose de la savia del suelo y de las esencias del aire; le explicó la necesidad moral en que él se hallaba, de vivir de miel y de langostas, para ser verdadero; pues fuera mentira vivir sin privaciones, predicando abstinencias en medio de las muchedumbres indigentes.

Jesús expuso y detalló la doctrina de la renunciación, aprendida en sus viajes, hablando con discípulos de Budha,

el rabí de la India; habló de Platón, que había enseñado la doctrina del verbo, y de la posible manifestación del Cristo que vive latente en cada hombre. Los dos advirtieron una noche, tras de silenciosa y dilatada meditación, que esta doctrina del Cristo realizado, era la misma que Daniel, siglos antes, simbolizó con las palabras de *el Hijo del hombre*, y en la cual se encontraba no sólo la promesa de los futuros mesías espirituales, sino también la de una humanidad santificada, en la cual habría de realizarse la visión de Isaías: cuando los hombres harían de sus espadas rejas de arado, y de las lanzas, hoces, para segar la mies...

Embebecidos en estos pensamientos, pasaban las horas sin sentir las fuera del presente, viviendo en un mundo glorificado, en que la luz advenía de todas partes y en el cual no había sombra; y a causa de la sugestión profunda de la soledad, del silencio, de la noche azul y constelada, su pensamiento se convertía en revelación, el porvenir se actualizaba, y toda visión se les cristalizaba en un hoy, sin mañana ni ayer...

*

Hablando una vez más de las justicias que precederían al Reino de Dios, una noche clara y silente, Juan, arrebatado, prorrumpió, repitiendo a Ezequiel:

—Jehoshuá, he aquí el día; he aquí que viene; ha florecido la vara, ha reverdecido la soberbia. La violencia se ha levantado en vara de impiedad... Pero ninguno quedará de ellos —ni de su multitud— ni uno de los suyos... Ni habrá quién por ellos se lamente siquiera.

Jesús, alzando los ojos, respondió, lenta y suave, con las palabras de Isaías.

—Rabí, en verdad te digo que cuando venga el *Hijo del hombre*, habitará el lobo con el cordero, y el tigre se acostará con el cabrito, y el león y el buey

doméstico andarán juntos, y un niño les llevará a pacer. Entonces la vaca y la osa andarán juntas, y juntas andarán sus crías, y el recién destetado, extenderá sus manos dentro de la caverna del basilisco. Porque la tierra estará ya entonces llena del conocimiento de Jehová, así como la mar rebosa ahora colmada de sus aguas...

Por encima de los dos profetas, tras de la piedra, en que se reclinaban, surgió una voz, pausada e incisiva:

—Sí, Jehoshuá; sí, rabí, pero antes de que se realicen esos sueños, Herodes Antipas cortará la cabeza de Juan...

“Porque Juan no quiere comprender...”

“Y entonces, el pueblo seguirá oprimido y hambriento...”

“Porque sólo habrá tenido un profeta, cuando lo que necesitaba era un rey...”

H I L L E L

XXIV

El intruso era un hombre de estatura mediana, cenceño, gallardo, y mesurado; la nariz tenía grande y curva, los labios irónicos, los ojos pequeños, verdes, fosforescentes, los cabellos suaves y castaños, el color moreno y terso el cutis. Su voz era aguda, cortante y sibilina, y todos sus ademanes como de hombre de fina sangre y de fino vivir. Su frente, atrevida y recta, y sus sienas hundidas, revelaban agudeza y netitud, y los pliegues desdeñosos de su boca, valor contenido y resolución.

Hillel andaba por los treinta y dos años; era discípulo de Juan, y uno de sus adeptos más seguros y decididos.

Abstraídos los dos maestros en sus visiones, no le sintieron llegar, y así pudo oír su conversación, que finalizó él, con aquel augurio amenazador:

—Hillel, respondió Juan, ven y declara tus palabras. Hablas de mi muer-

te; ¿acaso no sé yo que los profetas mueren de muerte violenta?

—Sí, rabí, lo sabes, no te cuidas de ello, y ahí está el mal. Te imaginas que todo se ha dicho cuando uno dice: no le temo a la muerte. Para un soldado como yo, estaría bien eso, pues el valor es nuestra mejor virtud. Pero tú, rabí; tú, en quien tantos confían y esperan; tú, que podías libertar a este pueblo...; tú, en quien las gentes ven al Mesías... Tú no debes creer que cumples con sólo disponerte a morir. Morir, hacerse degollar o lapidar, está al alcance de cualquiera..., hasta de los bueyes y de los carneros; pero reconstruir un reino, y fortalecerlo para que un día sea poderoso y grande; eso, rabí, no requiere un cordero sino un hombre. Rabí, necesitamos un Moisés, un Judas Macabeo. Con que tu cabeza ruede por el suelo, el pueblo judío no recobrará ni la independencia ni el poder.

Habló Juan: —Hillel, tú me has oído decir muchas veces, que yo no soy el Mesías; en alta voz lo he dicho; yo no soy sino la voz que allana sus caminos y endereza sus senderos.

—Sí, maestro, todos lo hemos oído, pero ninguno lo creyó; porque no queremos creerlo. Sabemos que eres sincero, y que tú mismo esperas a otro. Pero ¿dónde está? ¿Y quién pondrá su esperanza en una promesa, si tiene a la mano una realidad? No te hemos creído, porque no queremos abandonar nuestro sueño, próximo a realizarse. Mira, rabí; mira, tú, Jehoshuá: enderezaos y mirad esos campamentos: ved, cómo toda la orilla del Jordán hormiguea de tiendas. Son millares; no ya centenares, sino millares de hombres, de discípulos tuyos, maestro; de adeptos, de fieles, que sólo esperan tu señal para levantarse y hacer de ti un rey.

“A una señal tuya, esas tiendas rebotarán de soldados; no sólo de judíos —que éstos vendrían todos a tu voz—

sino de idumeos, egipcios, y árabes. Ved allá lejos, más allá del río, aquellas caravanas; son árabes, que se han quedado ahí para oírte, y una vez que te oyeran, para seguirte, rabí, desde los tiempos de Moisés, ningún hombre contó en Israel con mayor número de corazones y de espadas. ¿Vas ahora a defraudar nuestras esperanzas, y a despedirnos sin otra consigna que la de seguir ayunando y lavándonos en el Jordán? En verdad, te digo, rabí, que ya hemos ayunado bastante, y que ya estamos cansados de lavarnos. Ahora queremos otra cosa: queremos un rey, un profeta rey, que nos una y nos reconstituya; que nos libre de la podrida aristocracia sacerdotal; que resucite el espíritu de la ley; que arroje del templo a los mercaderes, y que realce y glorifique el trono de David. ¡Todos creímos que tú serías nuestro Mesías, nuestro libertador! ¡Todos lo creemos aún y lo anhelamos...!”

Intervino Jehoshuá:

—Hillel, tú hablas de que habéis ayunado bastante, y de que os habéis lavado muchas veces. ¿Crees que esos ayunos y esas abluciones hayan purificado al pueblo? Porque nosotros profesamos que nada alto se puede alcanzar si el alma no se limpia; y que si buscamos antes el reino de Dios y su justicia, lo demás se nos dará por añadidura; pero si no lo buscamos antes, nada se nos dará; antes bien, lo poco que tenemos nos será quitado. Así es que no podría este pueblo ser libre ni feliz, si antes no limpia su alma.

—Jehoshuá dice verdad, asintió Juan: todo mal viene del pecado; el dolor viene del pecado; la enfermedad y la locura vienen del pecado; el cautiverio en Babilonia, nuestros reyes malvados y tiranos, la opresión de Roma, han venido del pecado, y la desnudez, la humillación y el hambre que padecemos, del pecado vinieron. Nosotros tenemos esta doctrina de Moisés, de los patriarcas, de todos los profetas: que

ningún mal puede afligir al hombre, si éste no se lo atrae con sus culpas. Así que, antes de hablar de guerra, Hillel, debes hablar de si el pueblo ha hecho penitencia, y si se halla arrepentido y limpio.

—Perdóname, rabí, y tú también Jehoshuá: pero, ¿cómo pensáis que un hombre admita vuestra doctrina, así tan absoluta? ¿Ha de esperar un pueblo a que todos sus hijos sean perfectos, antes de luchar por su libertad? ¿Y he de creer yo que los niños de teta que mueren de frío en nuestras aldeas, han merecido eso por sus culpas? ¿Acaso tienen culpas?

“Y entretanto Roma, impura, rapaz, lasciva y cruel, es libre, sin embargo, y tiene en sus manos el cetro del mundo. Os digo, en verdad, que no comprendo vuestra doctrina”.

Jesús iba a explicar, pero Juan llevó un dedo a sus labios, indicando silencio, y luego dijo:

—En verdad, Hillel, nuestra doctrina es difícil de comprender y sin embargo es cierta. Sólo que aún no se te puede revelar. Cuando avances en la iniciación, lo sabrás.

—Entretanto, rabí, Herodes Antipas, en la primera orgía que tenga, y cuando el pueblo ande ocupado en sus afanes, te pondrá en la cárcel y destruirá tu obra. Y a ti, Jehoshuá, mi tío el pontífice, que tiene el alma tan dura y tan seca como este guijarro, te envolverá en sus redes como una araña a una mosca. Bien: si en aquella hora deseáis la compañía de un amigo que muera a vuestro lado, llamadme. Yo también sé morir, y al cabo, será lo mejor que pueda hacerse en un mundo en que no hay más que el César podrido, sus esbirros abyectos y sus esclavos temerosos de miedo. Llamadme, os digo, que, en verdad, me será grato morir con vosotros. Sin embargo, habría preferido otra clase de muerte...

Con esto Hillel, arrebujiándose en su manto, descendió con indeciso andar

hacia la ribera, donde las tiendas comenzaban a sonrosarse, tocadas apenas por los primeros rayos de la aurora. Juan le vio alejarse, y se sintió acongojado, como si ya se alejara de él para siempre.

Jesús, melancólico un instante, recobró su placidez, diciendo: Hillel es ardiente como el viento del desierto, y sus palabras son como carbones encendidos; su mirada fascina como la mirada de la serpiente, y su voz conmueve como el murmullo de las olas. Es un seductor, y muchas veces, cuando me habla, le digo que él es Satán, que viene para tentarme. El sonríe, y en su sonrisa se transparenta su alma, que es clara como el rocío y áltiva como el tronco de la palmera... ¿Le amas tú, rabí?

—Le amo, sí, y ahora más que nunca, porque presiento que no le veré más.

—Disipa tu tristeza, rabí; le veráis, y regocijará tu alma con su voz. Mira, hoy es día de buen augurio; no te señalo las águilas ni los cuervos, con los que auguran los romanos, sino la aurora, que asoma allá tras la montaña. Mira cómo esclarece las cumbres y cómo esparce rosas sobre los valles. ¿No dirías, maestro, que es el anuncio del reino que se acerca? ¿No es así cómo te imaginas la nueva vida, cuando hayamos nacido de nuevo, del agua y del espíritu, y haya en nuestras almas tanta claridad como en las cimas de esos montes?

La voz dulce y unciosa de Jesús, hizo, como siempre, su efecto en el ánimo sombrío de Juan. Su frente, cargada de sombras, fue poco a poco serenándose, hasta ser como una de aquellas cimas bañadas de luz y de esperanza. Sus manos se elevaron en acción de gracias, y luego, descendieron a posarse en los cabellos ondeantes de Jesús, nimbados por el oro que ya bajaba de los montes; y con una voz alta y resonante, que se oyó hasta el Jor-

dán, y que se diría venida de las nubes, exclamó el rabí, rebotante de emoción y ternura: “¡Este es mi hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias!”

EL BAUTIZO

XXV

Todavía estuvieron juntos algunos días Juan y Jesús, y cada vez se hicieron más íntimos, y compenetrados del mismo ideal, y apercebidos para el mismo designio. En aquellos días hablaron del suceso inminente, del apareamiento del Mesías.

—¿Serías tú, por ventura?, preguntaba Jesús a Juan.

No; Juan estaba cierto de su misión de precursor, y no pensaba nunca en una misión tan alta y excesiva como la del Mesías.

—¿Serías tú, Jehoshuá?...

Jesús callaba, todavía incierto sobre lo que podría surgir de su alma.

¿Quién podría ser?...

Se convino en que los dos enseñarían “allanando los caminos del Señor, y enderezando sus sendas”; el primero de ellos que descubriera al Mesías lo avisaría al otro, y los dos acudirían entonces a trabajar con Él, a desatarle siquiera las correas de sus sandalias.

Luego, hablaron de Roma. Vasta, gris, sofocante como una nube rastrera y densa, Roma se abatía sobre el mundo. Ya no había reyes, ya no había pueblos, ya no había almas; ya no había sino el César, el orgullo hecho hombre, empinado sobre un hacinamiento de sombras y de esclavos.

César era rey, era pontífice; era sabio y artista, y legislador; era el Estado, era la religión, era Dios. Bajo de él, los pueblos lívidos, suplicaban la gracia de morir para distraerle, y él les otorgaba la merced de que murieran ante sus ojos, sin quejas ni ademanes en una actitud reverente y solemne.

—No queda ya, decía Juan, sobre la tierra más que este rincón de Palestina donde todavía se cree en la justicia y se espera a su enviado. Fuera de aquí, no hay sino la muerte y el silencio. Pero yo conozco a este pueblo tan veleidoso, tan inclinado siempre a los ídolos. Unos años más de esta opresión, y creerán en César y le adorarán. ¿No adoraron ya a Molock y a Baal? ¿Y qué son Baal y Molock al lado de César? ¿Adónde se irá que la sombra de César no llegue, ni hiera su espada, ni envenene su aliento? Si el Mesías no viene luego, el alma de este pueblo morirá también, y Satán será dios...

—Entonces, rabí, habrá que fundar un reino secreto e inaccesible donde el alma pueda refugiarse mientras pasa el reinado de César.

—¿Y dónde?, preguntó Juan.

—En el corazón de cada hombre, rabí. Dividiremos la vida en dos regiones, y le dejaremos una a César, la del cuerpo, la de la apariencia; y la otra, la de Dios, la del alma, servirá de refugio a la verdad y al amor.

“Y un día vendrá en que perezca César y hasta su nombre, y entonces haremos uno solo de los dos reinos..., el reino del Padre.”

Juan, deslumbrado, asentía, sin comprender aún claramente cómo había de operarse aquella transformación salvadora.

*

Uno de aquellos últimos días, Jesús expuso a Juan la doctrina de la unión con el Padre, de la senda que conduce a la unificación. Y entonces, no teniendo ya Juan ni Jesús nada que revelarse, éste pidió ser bautizado.

—¡Yo a ti!, exclamó Juan, sorprendido. ¿Acaso no eres tú quien me ha traído luz? ¿No eres tú aquí el verdadero maestro?

—Rabí, deja que se cumpla toda justicia; es justo que yo reciba el bautis-

mo de ti, pues me has enseñado muchas cosas, y una, la más grande, cómo se realiza con vida visible y tangible nuestra vida interior. Tú has sido para mí la demostración de la palabra hecha carne; del verbo hecho hombre. Dame, pues, tu bautizo, para que vaya a mi obra con autoridad y confianza.

Juan, para dar al bautismo de Jesús una significación especial, *nacimiento del agua y del espíritu*, quiso hacerlo en lugar distante, de las tiendas, arriba de los campamentos, con el agua intocada de un manantial que de una roca brotaba sobre el río.

Al despertar el alba, los dos se encaminaron allá, Juan iba provisto de una amplia concha marina, que por vez primera iba a servirle. Jesús llevaba, envueltos en hojas de palmera, dátiles frescos y una ánfora leve de vino de Enghadí.

Llegados, Jesús entró en el agua, casi tocando el manantial. Juan le siguió. Oraron callada y profundamente los dos..., y en el instante en que la cima de los montes lejanos se doraba de sol naciente, Juan llenó la concha, de agua virgen y diáfana.

La luz fue descendiendo a despertar las nubes que dormían sobre las pendientes de los montes; luego bajó hasta las colinas, en rayos largos y trémulos, como si fueran las antenas de una araña de oro; luego, alargándose más y más y tiñendo de rosicler las rocas y las copas de los árboles, fue tanteando, atinando, hasta que descubrió la cabeza del Nazareno, humilde bajo la mano del rabí. Entonces, alto ya el sol, el ancho haz de sus rayos circundó la cabellaera de Jesús, y en aquel instante Juan, conmovido y trémulo, vertió lentamente el agua de la concha, y a un tiempo una lluvia de agua y una lluvia de luz envolvieron el cuerpo de Jehoshuá... dando así testimonio de que el Hijo del hombre acababa de nacer del agua y del espíritu.

Y sucedió entonces una cosa extraña: que al manantial que allí fluía, venían, las mañanas, para abrevarse, una banda de palomas silvestres; y aquella mañana, no hallando el sitio libre como solía estarlo, anduvieron inquietas, revoloteando, inciertas sobre esperar que el manantial quedara solitario o partir en busca de otra fuente. Y sucedió que en el instante en que Juan vertía lentamente al agua sobre la cabeza de Jesús, aquella diseminada por la brisa, formó lluvia, en la cual viniendo a quebrarse los rayos del sol, formaron en torno a la cabeza de Jesús un halo luminoso, como si le ciñeran la frente con un arco iris. Y una de aquellas palomas, que iba y venía, viendo aquella guirnalda que flotaba en el aire; y atraída del maravilloso espectáculo, descendió para verle mejor, y vino casi a detenerse sobre la cabeza de Jesús... y ascendió de nuevo, bañada ella también de aquella claridad misteriosa...

Juan, sobrecogido, inclinó la cabeza, adorando; Jesús, extático, vio en aquel prodigio una señal del espíritu, que bajaba para inaugurar su misión.

*

Después, Juan y Jesús salieron reverentes, a tomar su refrigerio de la mañana, a la sombra de un datilero.

—Ahora, rabí, dijo Jesús, beberás

vino la primera vez en tu vida, porque vamos los dos a comulgar antes de separarnos. Estos dátiles servirán de pan, el cual dividiremos a usanza de Egipto, para significar la iniciación menor que es la de la vida del alma. Y este vino nuevo, que viene de las viñas de Enghadí, lo beberemos sorbo a sorbo, en la concha con que me has bautizado, para simbolizar que nos anima el mismo espíritu, y que los dos nos ofrendamos en cuerpo y alma al establecimiento de la nueva vida, del reino que se acerca.

“Rabí, esta comunión total con pan y vino, dio Jetro, el sacerdote de Madián, a Moisés, cuando éste se aprestaba a redimirnos del yugo de Faraón. Que Jehová de los ejércitos, que de hoy más será llamado nuestro Padre, bendiga esta otra comunión con que nos aprestamos a quebrar el yugo de César, de Satán...”

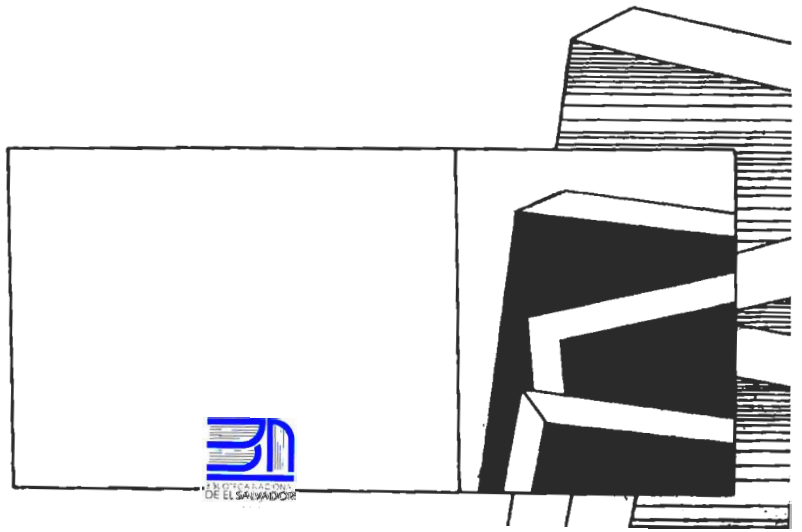
*

Después Jesús descendió lentamente, camino del desierto, por la senda que conduce a Enghadí.

Ya su silueta se perdía en el horizonte, y todavía Juan, inmóvil, apoyándose en el tronco de la palmera, le miraba insistente, rasgando con sus ojos ávidos, la lejanía gris...

1922 a 1925.

LIBROS



El poeta cubano, radicado en Nueva York desde hace muchos años, José Kozer, es una de las voces más reconocibles de la actual "poesía viva latinoamericana", como diría Pellegrini. Y se caracteriza, entre otras nobles virtudes de creador, por un empeño reconstructivo de pasados remotos, sin embargo tan presentes, que su olor y su color se nos imponen con desusada inmediatez.

Esta búsqueda pretérita, que responde a un imperativo visceral, se explica, en gran medida, en cuanto recordamos que en Kozer las raíces de la sangre tienen antigüedad incommovible: se hunden en la entraña del pueblo judío, es decir, en el venero fecundo de una grande y coherente tradición. Pero lo curioso es que los temas de Kozer arrancan, más bien, del Lejano Oriente, y de su fervoroso arte menudo y trascendental, que adclgazan las esencias como cedazos en que el entendimiento relumbra de la mano de la emoción. El gozo picante de la poesía sintética da a José Kozer la facultad de trasmutar lo mágico en rico material concreto, haciendo que el tejido primoroso de su imaginación resista la aguja conveniente de la ironía.

El poeta se enfrenta, pues, a este modo de poesía —su poesía— con una suerte de magnetismo inconforme, en que lo argumental exótico ayuda a potenciar la vivencia estrictamente actual, personal. Hay una transferencia

vívida, por la que siempre —como debe de ser— el equilibrio es inestable. Lo dice Kozer en uno de los poemas más breves del libro:

ESCRITURA

Los cielos
concedieron a Yang Wan Li el don de la poesía
y su amilanamiento.

No es posible, por otra parte, dejar de mencionar que, por las hendidias de estos versos libérrimos (suetos de toda formalidad preconcebida) asoman las angustias y los temores de nuestro tiempo. Es natural, si se piensa en el apremio de la época insegura, y más natural aún si se tiene en cuenta que Kozer pertenece a esa forma tan aguda de exilio que las grandes ciudades magnifican y que los sistemas totalitarios enriquecen. La nota de nostalgia densa, de intimidad corroída, de cultura agrietada por la duda (todo en uno), aflora en estas “abreviaturas” como símbolo de la lucha del hombre-poeta con su hidra. Y así dice el poeta, en un gesto viril:

HAI-KU

La luna (nueva) en su lustración
sobre el lago.
Desde los confines se aproxima (imaginémosla) un ave de presa.
El viejo azor (aquel graznido) no alcanza
las aguas.

Simplemente. Es, si se quiere, la poesía de la inminencia, vestida con un traje serenamente surrealista.

* * *

ESCRITORES LATINOAMERICANOS CONTEMPORANEOS. Guillermo Morón. Segunda edición. Dirección de Publicaciones, Ministerio de Educación, San Salvador, 1980.

Guillermo Morón, distinguido historiador y narrador venezolano, es uno de los conocedores más cordiales y profundos de las letras hispanoamericanas de nuestro tiempo. No es simplemente un técnico en la crítica literaria sino un investigador en diversas comarcas del saber actual: de ahí que su visión sea omnicomprendiva y esté orientada al sentido superior de la complejidad social y de sus ilimitadas concomitancias. Tarea de pensador que usa la erudición como vehículo y no como fin. Dentro de estas posibilidades, el libro que nos ocupa es una especie de ejercicio bio-biblio-

gráfico destinado a ubicar nombres relevantes de la literatura hispanoamericana reciente en una armoniosa concatenación de vitalidades creadoras. No el simple dato. No la simple "noticia", como el autor, discretamente, califica sus empeños. Más bien el acercamiento en la pluralidad, y la convergencia en el esfuerzo común hacia eso que nos pertenece tan raigal e inevitablemente: Hispanoamérica, su esencia, su palabra.

Morón es fluido en su exposición esquemática. Y tal fluidez —que acarrea la amenidad— acerca el libro a las labores de la cátedra. Se trata, pues, de un libro no orgánico sino acumulativo, pero con la espontaneidad que favorece el uso didáctico. Morón penetra —con pericia de historiador— en los datos que le ofrece el rico acervo de nuestras letras ya universales, con universalidad reconocida. Y deja filtrarse —sin ánimo polémico evidente— opiniones personalísimas, caldeadas en el buen calor de la cultura sistemática.

Esta segunda edición lleva una nota preliminar de David Escobar Galindo, profesor de "Lectura Dirigida" de la Facultad de Cultura General de la Universidad "Dr. José Matías Delgado", de San Salvador.

* * *

LA ORATORIA Y SU FUNCION SOCIAL. Edgardo Paz Barnica. Tegucigalpa, Honduras, 1981.

En un denso volumen de más de seiscientas páginas, el abogado, internacionalista, orador y escritor hondureño Edgardo Paz Barnica traza el vasto panorama de un género que —por diversas circunstancias— ha ido siendo minusvalorado en nuestro tiempo, en el cual, por paradoja, prospera el uso indiscriminado de la palabra.

Paz Barnica se acerca a la oratoria con ojo de investigador y habilidad de practicante; y de ahí surge un ensayo muy vivo, en que el dato histórico va de la mano con la observación práctica, y en que la norma se sazona con la anécdota. Por eso el libro se lee gustosamente, y el lector tiene la sensación cierta de que ha redescubierto las potencias expresivas de un género tan ineludible.

Claridad metodológica, riqueza de información, fluidez expositiva, empeño integrador de lo teórico y de lo pragmático: tales las características más acusadas de este ensayo que sorprende por lo jugoso del planteamiento general y por la útil ejemplificación que lo acompaña. Es de notar, en este último aspecto, que Paz Barnica incorpora, en dos capítulos sustanciales, la oratoria centroamericana: la del pasado y la de nuestros días, con ejemplos esclarecedores.

D. E. G.

INDICE

NARRATIVA

	PAGINA
El curandero	11
Carlos Murciano	
El compadre	15
Jorge Kattán Zablah	

POESIA

En la torre	23
Miguel Arteché	
Poesía reciente	27
Hugo Lindo	
Bendición de la nana	33
Francisco Andrés Escobar	
Poemas	45
Julio Sequeira	
Mujer para poesía	49
Mario Rodríguez Mejía	

ARTICULOS

La admiración de Jorge Guillén por Rubén Darío	55
Carlos Meneses	

En el próximo número trad.

Vintila Horia

Raúl Henao

Raúl Contreras

Matías Romero

Carlos Meneses

Fedro Guillén

José Salvador Guandique